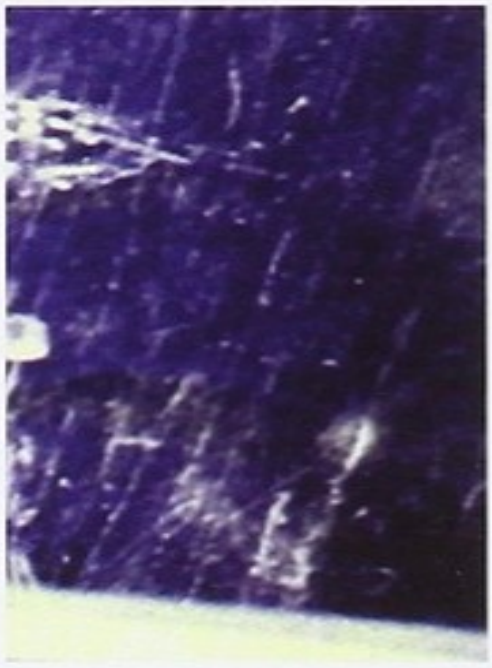
Enrique Moradiellos (dir.)

Las caras de Franco

Una revisión histórica del caudillo y su régimen

SIGLO XXI ESPAÑA

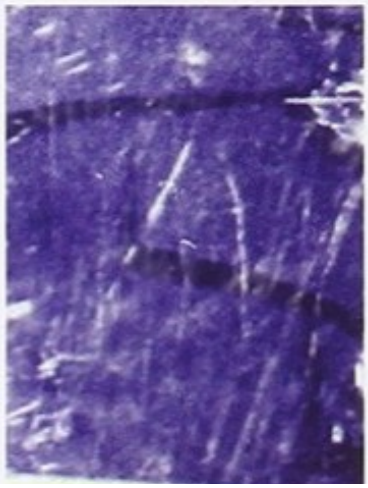


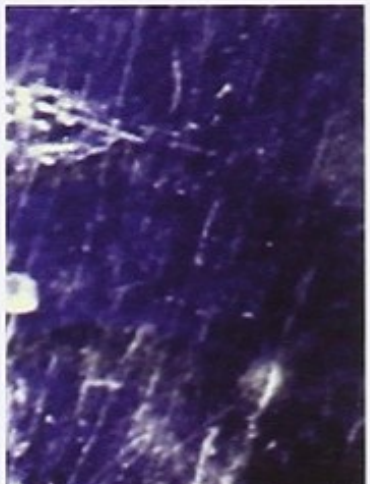
Enrique
Moradiellos (dir.)

Las caras de Franco

Una revisión histórica del caudillo y su régimen

SIGLO XXI ESPAÑA





Siglo XXI

Enrique Moradiellos (dir.)

Las caras de Franco

Una revisión histórica del caudillo y su régimen

Francisco Franco Bahamonde, Generalísimo de los Ejércitos, jefe del Gobierno, jefe del Estado, jefe Nacional del Movimiento, Caudillo de España por la gracia de Dios, dictador. Han pasado más de cuatro décadas desde el 20 de noviembre de 1975, día en que el general Franco falleció en Madrid. Para el momento de su muerte, casi habían transcurrido otras cuatro décadas en las que ocupó la Jefatura de Estado al frente de una dictadura legitimada por la victoria en la Guerra Civil.
Las caras de Franco. Una revisión histórica del caudillo y su régimen reevalúa a través de distintas perspectivas la figura, pública y privada, y la personalidad del dictador, su actividad como gobernante, las fuentes de su poder… cuestiones que sirven para explicar cómo el dictador consiguió perpetuarse sin grandes dificultades durante 40 años, falleciera de muerte natural y no recibiera ningún revés político que hiciera peligrar su posición.

Enrique Moradiellos es catedrático de Historia contemporánea en la Universidad de Extremadura, universidad donde ejerce desde 2007. Su trayectoria académica confirma su dedicación al estudio del franquismo como régimen y del general Franco como protagonista histórico de relativa constancia y entidad. Entre su obra hay que destacar *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado* (2002) y *El Franquismo (1939-1975). Política y sociedad* (2000). En Siglo XXI de España ha publicado *Las caras de Clío. Una introducción a la historia* (2009) y *La perfidia de Albión. El Gobierno británico y la Guerra Civil española* (1998).

Diseño de portada
RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Los autores, 2016

© Siglo XXI de España Editores, S. A., 2016

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1825-2

INTRODUCCIÓN

Conocer y comprender a Franco y su régimen

> Conocimiento y comprensión no son lo mismo, pero están interrelacionados. […] Comprender, a diferencia de tener información correcta y del conocimiento científico, es un proceso complicado que nunca produce resultados inequívocos. Es una actividad sin fin, en constante cambio y variación, a través de la cual aceptamos la realidad y nos reconciliamos con ella, es decir, tratamos de estar en casa en el mundo. […] Comprender quiere decir, más bien, investigar y soportar de manera consciente la carga que nuestro siglo ha impuesto sobre nuestros hombros: y hacerlo de una forma que no sea ni negar su existencia ni derrumbarse bajo su peso. Dicho brevemente: mirar la realidad cara a cara y hacerle frente de forma desprejuiciada y atenta, sea cual sea su apariencia.
>
> *Hannah Arendt (1950-1953)*

Este libro es el resultado de un esfuerzo colectivo de varios historiadores que tienen un objetivo único y central: estudiar y analizar desde varias perspectivas el papel personal desempeñado por el general Francisco Franco Bahamonde (Ferrol, 1892-Madrid, 1975) en el sistema político de la dictadura franquista, en su múltiple calidad de Generalísimo de los Ejércitos, jefe del Gobierno, jefe del Estado, jefe Nacional del Movimiento y, en suma, Caudillo de España por la gracia de Dios. Es, por tanto, una reevaluación historiográfica de su figura pública y privada y de las funciones ejercidas en esos ámbitos a partir del análisis de las nuevas fuentes primarias disponibles (tanto bibliográficas, como hemerográficas, iconográficas o archivísticas). En esencia, así pues, se trata de intentar comprender de modo convergente y a través de varias facetas el modo de construcción y las formas de ejercicio del enorme poder político personal concentrado por el general Franco en el transcurso de los primeros compases de la Guerra Civil en el año 1936 y preservado en su integridad hasta su muerte por fallecimiento natural en el año 1975, hace ahora ya poco más de 40 años.

La empresa proyectada no era ni fue nada sencilla porque, como recordaba ya en 1977 Ricardo de la Cierva, uno de sus biógrafos más benévolos y prolíficos, «hablar de Franco es difícil», en la medida en que ello «equivale a tomar una posición total sobre el último medio siglo de vida española»[1]. De la Cierva no andaba nada equivocado porque, 20

años después, algo parecido señalaba sobre su propia tarea el mejor biógrafo de un contemporáneo muy admirado por el Caudillo, el *Führer* de Alemania. En palabras de Ian Kershaw, la labor de biografiar a Adolf Hitler solo había sido posible partiendo de una premisa básica: «Es necesario examinar la dictadura además de al dictador»[2]. Y todavía más recientemente, en 2004, un aclamado estudio conjunto de los dos dictadores más influyentes del siglo XX, Hitler y Stalin, empezaba su tarea con una declaración de principios muy similar. A juicio de Richard Overy, la biografía de ambas personalidades «tiene que ser una historia de su vida y su tiempo» porque no cabía «limitarse a la imagen simplista del déspota omnímodo» y porque «las dictaduras no las edificó y dirigió un solo hombre, por ilimitada que fuera la base teórica de su poder»[3].

El trabajo aquí presentado es plenamente solidario de esas premisas metodológicas propias de las nuevas perspectivas de la biografía histórica y parte del principio de que estudiar a Franco demanda y exige estudiar al franquismo porque el Caudillo fue la suprema cabeza titular de un régimen de poder personal autocrático que se conformó y se mantuvo en España durante casi cuatro décadas de vigencia y existencia. Y por ese simple pero transcendente motivo, cualquier estudio convincente de la figura humana de Franco requiere y conlleva, necesariamente, un estudio de su dictadura y de su tiempo para comprender tanto el perfil personal del dictador como las bases sociopolíticas y jurídicas de su autoridad soberana y de la naturaleza de su régimen de poder personal carismático y constituyente.

En definitiva, lo que estas páginas tratan de conformar es una reconsideración historiográfica más solvente, objetiva y documentada de la figura del general Franco en su dimensión pública y privada. Una reconsideración que, fiel al *dictum* canónico legado por Tácito, trata de hacer historia del hombre y su época *bona fides, sine ira et studio;* esto es, con buena fe interpretativa de partida, sin encono sectario partidista y con meditada reflexión sobre el material informativo disponible. Una reconsideración, por tanto, que afronta el complejo reto y desafío de historiar un pasado vivo, reciente y socialmente traumático (nada menos que una Guerra Civil y una larga dictadura de los vencedores) con la templanza, distancia (que no indiferencia) y voluntad de apertura de miras

comprensivas exigibles a todo oficiante de una disciplina que se quiere científica en alguna medida y proporción y no meramente propaganda sutil, encubierta y edulcorada en sus propósitos. Una reconsideración, en fin, cuyo único compromiso es el de tratar de comprender intelectualmente un fenómeno humano más o menos detestable o admirable, pero sin pretensión de dictar a la par sentencias definitivas como profeta retrospectivo, moralista intachable o justiciero inapelable. Exactamente lo mismo que recomendaba Hannah Arendt nada más acabada la Segunda Guerra Mundial y descubierta la enormidad criminal del genocidio judío practicado por el Tercer Reich, superando su propia condición de víctima afectada por el crimen en favor de su «necesidad de comprender»[4] porqué pasó lo que pasó y cómo fue posible racionalmente su gestación y desarrollo. Y también lo mismo que el gran historiador Emilio Gentile planteaba mucho más recientemente como frontispicio para su propia labor y la de sus colegas de generación a la hora de afrontar la dura historia del fascismo italiano y de la figura de Benito Mussolini:

> Mas estudiar el fascismo [cabría sustituir ese vocablo por franquismo, para el caso] no significa solamente reconstruir su historia a través de los documentos y las valoraciones críticas de los acontecimientos, que se mantiene, de todas maneras, como la base fundamental para cualquier intento serio de interpretación; estudiar el fascismo significa también reflexionar sobre la naturaleza de la política en la época de la modernización de la sociedad de masas, sobre el papel del individuo y de la colectividad, sobre el significado de la modernidad, sobre la fragilidad de la libertad y de la dignidad humana y sobre la agresividad de la voluntad de poder. Por esto, el oficio del historiador es más arduo frente al problema del fascismo que, por ejemplo, frente al del feudalismo. Del historiador del fascismo se exigen responsabilidades culturales, políticas y morales que no se atribuyen al historiador del feudalismo. Establecer estas es, a menudo, causa de animosas polémicas y hay quien, incluso taxativamente, niega que se pueda estudiar el fascismo como se estudia el feudalismo. […] Creo que el historiador, y sobre todo el historiador del pasado contemporáneo, no debería buscar en la Historia el eco de sus propios prejuicios, el aplauso de sus propios ideales, el pasatiempo para sus propias fantasías y ni siquiera la ocasión para remodelar la humanidad a su imagen o pronunciar veredictos inapelables como un dios joven al inicio de la creación o al final del Juicio Universal[5].

Para acometer esa compleja empresa intelectual, los integrantes del equipo de investigación conformado bajo la dirección del firmante de estas líneas introductorias pudieron contar con la inexcusable ayuda del Ministerio de Economía y Competitividad, que financió el consiguiente Proyecto de Investigación (referencia HAR2013-41041-P) en el marco del

Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia. Como director del mencionado equipo, aparte de agradecer ese inestimable apoyo institucional a la investigación histórica, me cumple la gratísima tarea de subrayar que todos sus miembros llevaron a cabo su labor específica con una contrastada calidad historiográfica en virtud de su evidente competencia profesional y de acuerdo con las líneas generales aprobadas colectivamente. Y por eso es más digna de mención su acreditada labor investigadora ahora aquí reflejada en su mayor parte[6].

Antes de dar paso al trabajo en sí, organizado en capítulos temáticos que guardan un orden de contenidos coherente, conviene subrayar una peculiaridad que afecta directamente al carácter y formato de esta introducción. Como quiera que el volumen es un estudio y reevaluación del papel político e institucional del Caudillo en el seno del régimen en diferentes facetas y dimensiones, parecía necesario recordar a sus potenciales lectores (o informarles por primera vez) sobre cuáles fueron los hitos básicos de su trayectoria humana vital, para evitar los equívocos y malentendidos que pudiera generar una falta de contextualización suficiente. Dicho en otras palabras: es preciso procurar una breve semblanza biográfica del personaje que ayude a la mejor comprensión y contextualización de las restantes contribuciones del libro, que son por naturaleza estudios específicos sobre algunos aspectos de esa vida humana individual.

Por consiguiente, esta breve semblanza que se ofrece a continuación no quiere ser más que un recordatorio sucinto pero sustantivo de la vida personal de Franco para iluminar mejor el sentido y contenido de los sucesivos capítulos de la obra. Y como tal debe entenderse y considerarse, sin que sirva para eludir en su caso la consulta de otras biografías más densas y completas sobre el personaje.

Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco Bahamonde había nacido en El Ferrol el 4 de diciembre de 1892, en el seno de una familia de clase media ligada desde antaño a la administración de la Armada. El tímido Francisco, el segundo de cuatro hermanos, creció en esa pequeña ciudad de 20.000 habitantes bajo el influjo de su piadosa madre y distanciado de un padre librepensador y mujeriego. Fracasado su intento de convertirse en

cadete de la Academia Naval, y después de que su padre abandonara definitivamente el hogar familiar (cosa que su hijo nunca le perdonó), Franco consiguió entrar en la Academia de Infantería de Toledo en 1907, a los 14 años. Allí se labró gran parte de su carácter y de sus ideas políticas básicas.

No en vano, el Ejército, con su rígida estructura jerárquica y la certidumbre de las órdenes y la disciplina, cubrió por completo sus necesidades afectivas y proporcionó al tímido muchacho una nueva identidad. Al mismo tiempo, bajo el trauma del Desastre colonial de 1898 y en el fragor de la cruenta guerra en Marruecos, Franco asumió durante sus años como cadete todo el bagaje político e ideológico de los militares de la Restauración: sobre todo, la convicción de que el Ejército era el guardián supremo de la nación y que su deber le situaba por encima de la autoridad civil en caso de amenaza al orden público y a la unidad de la patria.

Finalizados sus estudios en Toledo con un mediocre resultado (solo logró el número 251 de una promoción de 312 cadetes), Franco solicitó y obtuvo en 1912 su traslado al Protectorado español en Marruecos. Allí, donde permanecería en conjunto más de diez años de su vida, se reveló como un oficial valiente y eficaz, obsesionado con la disciplina: el arquetipo de oficial *africanista,* tan distinto de la burocracia militar sedentaria que vegetaba en los tranquilos cuarteles peninsulares. Esas cualidades y el valor mostrado en el combate motivaron rápidos ascensos «por méritos de guerra» hasta convertirse en 1926 en uno de los generales más jóvenes de Europa, a los 33 años de edad.

Su etapa africana, en el contexto de una despiadada guerra colonial y al mando de una fuerza de choque como era la Legión, reforzó las sumarias convicciones políticas de Franco y contribuyeron a deshumanizar su carácter. No en vano, combatiendo o negociando con los jefes cabileños marroquíes, el joven oficial aprendió bien las tácticas políticas del «divide y vencerás» y la eficacia del terror (el que imponía la Legión) como arma militar ejemplarizante para lograr la parálisis y sumisión del enemigo. Además, su dilatada experiencia marroquí confirmó en la práctica el supuesto derecho del Ejército a ejercer el mando por encima de las lejanas autoridades civiles de la Península.

De hecho, a partir de entonces, Franco siempre entendería la autoridad política en términos de jerarquía militar, obediencia y disciplina, refiriéndose a ella como «el mando», y considerando poco menos que «sediciosos» a los discrepantes y adversarios. En 1939, ya victorioso en la Guerra Civil, recordaría la influencia de su época marroquí con estas palabras bien reveladoras:

> Mis años en África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se formó el ideal que hoy nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas.

El ascenso a general y su nombramiento como director de la nueva Academia General Militar de Zaragoza marcaron un cambio notable en la trayectoria vital de Franco. A partir de entonces, el arriesgado y valiente oficial de Marruecos se iría convirtiendo en un jefe militar cada vez más prudente y calculador, muy consciente de su propia proyección pública y muy celoso de sus intereses profesionales y del avance de su carrera. No hay duda de que su matrimonio con Carmen Polo, una piadosa y altiva joven de la oligarquía urbana ovetense, acentuó esa conversión y sus previas inclinaciones conservadoras y religiosas; al igual que el nacimiento en 1926 de su única e idolatrada hija.

En esta época Franco permaneció al margen de la política activa, aunque se mostró partidario de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera y siguió contando con el favor público del rey Alfonso XIII. También en esta época comenzó a devorar la literatura anticomunista y autoritaria enviada por la Entente Anticomunista Internacional, un organismo ultraderechista con sede en Ginebra y dedicado a alertar a personajes influyentes sobre el peligro de la conspiración roja universal. Esa literatura maniquea sería clave en la formación de las obsesivas ideas de Franco sobre la existencia de una conspiración masónico-bolchevique contra España y la fe católica.

La crisis sociopolítica que condujo a la caída de la monarquía y la proclamación de la Segunda República en abril de 1931 supusieron un bache notable en la fulgurante carrera del general favorito de Alfonso XIII.

Durante el periodo de gobierno republicano-socialista de 1931-1933, con Manuel Azaña al frente del gabinete, la cautela y *retranca* gallega del

general logró evitar todo conflicto abierto con las nuevas autoridades sin dejar de marcar sus distancias del régimen. El cierre de la Academia de Zaragoza, la revisión de sus ascensos durante la dictadura, y la inclinación progresista y anticlerical del gobierno de Azaña reforzaron ese distanciamiento de Franco sin que por ello se volcara a conspirar temerariamente contra el mismo, al modo como lo haría el general José Sanjurjo en el frustrado golpe militar de 1932. Esa prudencia y fría cautela que ya empezaba a ser proverbial motivó el cáustico comentario de Sanjurjo sobre su antiguo subordinado: «Franquito es un cuquito que va a lo suyito».

El desgaste de la coalición republicano-socialista debido al fuerte impacto que tuvo en España la crisis económica internacional posibilitó su derrota en las elecciones generales de noviembre de 1933. La victoria correspondió a los conservadores del Partido Radical de Alejandro Lerroux y a la potente y autoritaria Confederación Española de Derechas Autónomas (la CEDA, el partido de masas católico dirigido por José María Gil Robles). Este cambio político sustancial modificó las expectativas profesionales de Franco y le reconcilió con el régimen republicano. De hecho, bajo los gobiernos conservadores de 1934 y 1935, Franco se convirtió en el general preferido de las autoridades y en el oficial más distinguido del Ejército español.

Por eso mismo, cuando los socialistas convocaron la huelga general contra la entrada de la CEDA en el gabinete y estalló la revolución de octubre de 1934, el gobierno le encomendó la tarea de aplastarla por todos los medios, incluyendo el traslado y uso de la Legión en Asturias. Esta coyuntura crítica proporcionó a un Franco muy ambicioso su primer y grato contacto con el poder estatal cuasiomnímodo. En virtud de la declaración del estado de guerra y de la delegación de funciones por parte del ministro, Franco fue durante poco más de quince días un auténtico dictador de emergencia, que controlaba todas las fuerzas militares y policiales en lo que percibía como una lucha contra la revolución planificada por Moscú y ejecutada por sus agentes y españoles traidores. La aplastante victoria que logró en Asturias le convirtió en el héroe de la opinión pública conservadora y reforzó su liderazgo sobre el cuerpo de jefes y oficiales. Su

nombramiento en mayo de 1935 como jefe del Estado Mayor central cimentó ese liderazgo de un modo casi incontestable.

Dadas esas circunstancias, no resulta extraño que la inesperada victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 motivara el primer intento serio golpista por parte de Franco. En aquel momento, la tentativa se frustró por falta de medios y tiempo y por su cautelosa decisión de no actuar hasta tener casi completa seguridad de éxito. Sin embargo, el grave deterioro de la situación política española en los meses siguientes, provocado por el sabotaje conservador a la gestión reformista del gobierno y por la movilización reivindicativa obrera y campesina, llevaría a Franco a entrar en contacto cauteloso con la amplia conjura militar contra la República que se estaba fraguando en el Ejército.

Tras el asesinato del dirigente monárquico José Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936, las dudas de Franco que tanto enervaban a sus compañeros de conspiración fueron eliminadas. Decidió sumarse al proyectado golpe militar no para anticiparse a un supuesto golpe comunista, sino para frenar las reformas aplicadas desde el gobierno y atajar así el espectro de revolución social que creía percibir tras la movilización popular.

El 18 de julio de 1936, iniciada la sublevación militar en Marruecos, Franco asumió su mando con la misma mezcla de cautela y decisión que había demostrado durante sus años de oficial: por si las cosas iban mal, embarcó previamente a su mujer e hija con destino a Francia, se hizo con un pasaporte diplomático y rasuró su singular bigote para pasar inadvertido.

El periodo de la Guerra Civil sentó los cimientos del Estado franquista a la par que sirvió de excelente escuela política y diplomática para Franco. Por esa asombrosa suerte que él tomaba como muestra de favor de la Divina Providencia, la mayoría de los políticos y generales que hubieran podido disputarle el liderazgo de la insurrección fueron eliminados de la escena: el carismático Calvo Sotelo había sido asesinado previamente; Sanjurjo se mató en accidente aéreo poco después; los generales Fanjul y Goded fracasarían en su rebelión en Madrid y Barcelona y serían fusilados por los republicanos; al igual que el líder falangista, José Antonio Primo de Rivera (a quien Franco, en privado, temía y minusvaloraba con particular intensidad).

Además, fue Franco quien consiguió con presteza la vital ayuda militar y diplomática de Italia y Alemania, quien fue reconocido como jefe insurgente por Hitler y Mussolini, y quien dirigía las victoriosas tropas que avanzaban incontenibles hacia Madrid.

Esos triunfos bastaron para que el generalato sublevado le eligiera en septiembre de 1936 como su único jefe militar y político en calidad de Generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado. Esos mismos triunfos, junto con su falta de definición política explícita, facilitaron su ascensión incontestada a la Jefatura del Estado con el apoyo unánime de todas las fuerzas políticas que apoyaban la sublevación: los carlistas, los monárquicos alfonsinos, los católicos y los falangistas. Convertido así en Caudillo de la España insurgente, Franco procedió a unificar a todas las fuerzas que le apoyaban en un nuevo partido-amalgama: la heterogénea Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). En realidad, el incipiente régimen franquista siempre reflejaría la simplista filosofía política de su propio Caudillo: un feroz anticomunismo, antiliberalismo y antimasonería, y la firme determinación de proteger la unidad nacional y el orden social existente por medio de una dictadura militar.

Las dotes estratégicas y tácticas de Franco durante los casi tres años de Guerra Civil provocaron mucha inquietud entre los valedores italianos y alemanes. Por ejemplo, en diciembre de 1936, el general Wilhelm Faupel, embajador alemán en Salamanca, informó confidencialmente a las autoridades de Berlín:

> Personalmente, el general Franco es un soldado bravo y enérgico, con un fuerte sentido de la responsabilidad; un hombre que se hace querer desde el principio por su carácter abierto y decente, pero cuya experiencia y formación militar no le hace apto para la dirección de las operaciones en su presente escala.

Sin embargo, el flamante Caudillo no actuaba bajo meras consideraciones militares ni perseguía una victoria rápida al estilo *Blitzkrieg* o guerra relámpago, como pretendían los gobernantes germanos e italianos. Su pretensión era más amplia y profunda: la extirpación física y total de un enemigo considerado como la anti-España y tan racialmente despreciable como lo habían sido los rebeldes cabileños en Marruecos. Franco confesó

este hecho al teniente coronel Faldella, jefe de las fuerzas militares italianas que servía a sus órdenes, con la siguiente frase bien reveladora:

> En una Guerra Civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país aún infestado de adversarios.

Por eso se empeñó en librar con tenacidad y constancia una lenta guerra de desgaste que diezmaba literalmente las filas enemigas y consintió una despiadada represión en retaguardia que acalló la resistencia y paralizó toda oposición entre los vencidos durante muchos años del porvenir. Hace tiempo, el historiador Raymond Carr advirtió que ese inmenso «pacto de sangre» había garantizado para siempre la lealtad ciega de los vencedores hacia Franco por temor al regreso vengativo de los vencidos. También podría añadirse que esa misma sangría y terror representó una utilísima «inversión» política respecto a los vencidos: los que no habían muerto quedaron mudos y paralizados por mucho tiempo.

Si el Ejército fue el instrumento para vencer y la Falange el medio para organizar a sus partidarios, el catolicismo militante y fanático fue la ideología suprema del régimen construido por Franco durante la Guerra Civil. La idea de ser un cruzado contra el ateísmo comunista que trataba de destruir a España no fue un mero ropaje para consumo público convenientemente utilizado por Franco, a pesar de los evidentes beneficios que reportó en el plano internacional. Se trataba también de una convicción interna que le llevó a considerarse un auténtico *homo missus a Deo:* un enviado de Dios para la salvación de la patria y la fe, al estilo de un nuevo Felipe II (y por eso quiso remedar El Escorial con su Valle de los Caídos). No deja de ser revelador de esta devoción católica tridentina el que Franco tuviera consigo durante toda la guerra, en su dormitorio, la reliquia de la mano incorrupta de Santa Teresa, y que nunca en lo sucesivo se desprendiera de ella ni siquiera durante sus viajes.

En abril de 1939, la victoria incondicional sobre una República aislada y desahuciada dejó el camino despejado para la consolidación de lo que ya era sin duda una dictadura personal del propio Franco.

Como resultado de una sistemática política de adulación iniciada en octubre de 1936, el Caudillo había acentuado su carácter frío,

imperturbable, calculador y reservado, hasta extremos sorprendentes para sus propios íntimos. El final de la guerra profundizó la tendencia a sucumbir a la *folie de grandeur* y a rodearse de una corte de aduladores interesados. Si bien Franco no se decidió a ocupar el Palacio Real para no enajenarse a sus partidarios monárquicos, sí se instaló en el palacio de El Pardo con toda la pompa y ceremonial digna de la realeza (incluyendo la exótica Guardia Mora). También comenzó a hablar ocasionalmente de sí mismo en tercera persona e insistió en que su mujer tuviera el tratamiento de «Señora» y se interpretara la Marcha Real siempre que acudiera a un acto oficial, como había sucedido con las reinas de España. Los síntomas de su voluntad de permanencia vitalicia en el poder eran ya inequívocos, así como su determinación de no proceder a la restauración de la monarquía en la persona de Alfonso XIII o de su heredero legítimo, don Juan de Borbón.

Por aquellas fechas, la función de asesor principal hacía tiempo que había dejado de corresponder a su hermano mayor, el disoluto Nicolás Franco, en beneficio de su joven cuñado, el más inteligente Ramón Serrano Suñer, que por aquellas fechas se había convertido en un fascista y falangista convencido. En estrecha colaboración con Serrano Suñer, Franco se enfrentaría con astucia a las amenazas para la estabilidad y supervivencia de su régimen que traería consigo la Segunda Guerra Mundial.

A pesar del proceso de fascistización que había experimentado la dictadura franquista durante la Guerra Civil y de su inclinación política y diplomática hacia el Eje italogermano, el Caudillo se vio obligado a permanecer al margen de la contienda europea iniciada en septiembre de 1939 con la invasión alemana de Polonia. El cansancio y la destrucción provocados por la Guerra Civil, junto con el estado de honda postración económica y hambruna creciente, habían dejado a España a merced de una alianza anglofrancesa que dominaba con su flota los accesos marítimos y controlaba los suministros alimenticios y petrolíferos vitales para la recuperación posbélica. En esas condiciones, la neutralidad decretada era pura necesidad y no libre opción. Por eso mismo, fue acompañada de una pública identificación oficial con la causa de Alemania y de un limitado apoyo encubierto, militar y económico, a su esfuerzo bélico.

Las sorprendentes victorias alemanas del verano de 1940, con su derrota de Francia e inminente ataque a Gran Bretaña, al igual que la entrada de Italia en la guerra, permitieron un cambio en la posición española. Entonces, Franco sufrió la tentación de entrar en la guerra al lado del Eje para realizar los sueños imperiales de su régimen: la recuperación de Gibraltar de manos británicas y la creación de un gran imperio norteafricano a expensas de Francia. El problema seguía siendo que España no podría sostener un esfuerzo bélico prolongado, dada su enorme debilidad económica y militar y el control naval británico de sus suministros petrolíferos y alimenticios. Por eso, el cauteloso Caudillo intentó hacer compatible sus objetivos expansionistas con la situación española mediante una intervención militar en el último momento, a la hora de la victoria italogermana, para poder participar en el reparto del botín imperial posterior.

Por fortuna para Franco, Hitler despreció como innecesaria la oferta de beligerancia que hizo secretamente a mediados de junio de 1940, en un momento de triunfo sobre Francia y aparente derrota inminente de Gran Bretaña. El almirante Wilhelm Canaris, jefe del servicio secreto alemán, resumió para el alto mando germano la naturaleza y peligros de la oferta franquista con estas palabras certeras:

> La política de Franco ha sido desde el principio no entrar en la guerra hasta que Gran Bretaña haya sido derrotada, porque teme su poderío (puertos, situación alimenticia, etc.). […] España tiene una situación interna muy mala. Sufre escasez de alimentos y carece de carbón. […] Las consecuencias de tener a esta nación impredecible como aliado son imposibles de calcular. Tendríamos un aliado que nos costaría muy caro.

Cuando poco después la tenaz resistencia aérea británica en la batalla de Inglaterra demostró que el final de la guerra no estaba tan cercano, el desacuerdo hispanoalemán se acentuó. Según los propagandistas franquistas, en la crucial entrevista entre Franco y Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940, el Caudillo habría resistido con astucia las presiones amenazadoras de Hitler para que España entrara en la guerra al lado de Alemania. Esta supuesta actitud de Franco en Hendaya se convirtió en un mito central de la propaganda franquista después de la Segunda Guerra Mundial.

En realidad, como demuestra la documentación alemana e italiana capturada por los aliados al final del conflicto, en dicha entrevista Franco meramente se negó a entrar en la guerra si antes Hitler no aceptaba sus demandas de previa ayuda militar y alimenticia y de futura entrega de parte del imperio francés. Sin embargo, el *Führer* ni quiso ni pudo aceptarlas. Había concluido que era prioritario mantener a su lado la Francia colaboracionista del mariscal Pétain, que garantizaba la neutralidad benévola del imperio colonial francés en la lucha contra Gran Bretaña. Por eso se negó a prometer una desmembración de ese imperio que habría empujado a sus autoridades coloniales en los brazos enemigos de De Gaulle y de Churchill. Sencillamente, Hitler no podía arriesgar las ventajas que estaba reportando la colaboración francesa en aras de la costosa y dudosa beligerancia de una España de Franco hambrienta y desarmada. También los italianos consideraban entonces que la beligerancia española «cuesta demasiado para lo que pueda producir».

En lo sucesivo, el régimen franquista mantuvo su firme alineamiento con las potencias del Eje sin traspasar, por mera incapacidad material, el umbral de la no beligerancia oficial. Incluso el comienzo de la ofensiva nazi contra la Unión Soviética (en junio de 1941) permitiría mostrar de modo práctico la identificación con la causa del Eje: 47.000 voluntarios y oficiales de la *División Azul* combatirían con la *Wehrmacht* alemana en el frente ruso hasta 1944. Se trataba de la contribución de sangre española al esfuerzo bélico del Eje que habría de avalar las reclamaciones territoriales en el futuro.

Sin embargo, a partir de la entrada de Estados Unidos en la guerra (en diciembre de 1941) y del consecuente cambio de la coyuntura bélica en favor de los aliados, la política exterior de Franco fue recuperando gradualmente sus habituales dosis de cautela y pragmatismo. Desde noviembre de 1942, con el desembarco aliado en el norte de África destrozando sus sueños imperiales, Franco se replegó hacia una neutralidad cada vez más aceptable para los aliados, decidido a sobrevivir a toda costa al hundimiento del Eje en Europa. En abril de 1943, poco antes de que la invasión aliada de Sicilia provocara la caída de Mussolini, el Caudillo reiteró al embajador italiano la causa de su inactividad:

> Mi corazón está con ustedes y deseo la victoria del Eje. Es algo que va en interés mío y en el de mi país, pero ustedes no pueden olvidar las dificultades con que he de enfrentarme tanto en la esfera internacional como en la política interna.

Con astucia camaleónica, Franco comenzó a reescribir la historia y, gracias al concurso de una prensa controlada, se convirtió en un pretendido neutralista honesto e imparcial que había librado a España de los horrores de la guerra. El depuesto Serrano Suñer, ahora satanizado, cargó convenientemente con todas las culpas por las proclividades filonazis del pasado. Un despacho confidencial enviado por el embajador británico en Madrid a su gobierno en diciembre de 1944 proporciona un retrato insuperable del Caudillo en esta época. El embajador había acudido a entrevistarse con Franco en el Palacio de El Pardo para transmitirle las protestas aliadas por su pasada conducta hostil. Pero Franco solo dio muestras de seguridad en sí mismo y astuta complacencia, según el relato del embajador:

> No mostró ningún síntoma de preocupación respecto al futuro de España y, evidentemente, se ha convencido de que el régimen actual está a la cabeza del progreso humano y es el mejor de cuantos haya tenido España jamás. Es imposible decir con certeza si esta aparente complacencia es una pose o es sincera. En mi opinión, él está sinceramente convencido de que es el instrumento elegido por el Cielo para salvar a España y considera cualquier sugerencia en sentido opuesto como fruto de la ignorancia o de la blasfemia. […] Solo cuando me marchaba pude apreciar una señal de que el aire comenzaba a entrar en este santuario cerrado de la autocomplacencia. Fotografías del papa y del presidente Carmona (de Portugal) habían reemplazado en su escritorio a las fotografías de Hitler y Mussolini.

El término de la Guerra Mundial en 1945 y el comienzo del ostracismo del régimen franquista permitieron que el Caudillo demostrara nuevamente sus habilidades políticas en una situación difícil.

El 19 de marzo de 1945 don Juan de Borbón publicó su *Manifiesto de Lausana,* solicitando a Franco su retirada en favor de una monarquía abierta a la reconciliación nacional y la transición democrática. Poco después, el 2 de agosto de 1945, la conferencia de los aliados victoriosos en la localidad alemana de Potsdam emitía su declaración vetando el ingreso de la España franquista en la ONU «en razón de sus orígenes, de su carácter y de su asociación estrecha con los países agresores».

Acosado por la condena internacional y por la presión interna monárquica en favor de la restauración, Franco libró su último gran combate por la supervivencia reavivando la memoria de la Guerra Civil y el espectro de la conjura masónico-bolchevique contra la católica España. Ante los generales y políticos monárquicos dejó bien clara su voluntad de permanecer en el poder sin ceder la Jefatura del Estado al pretendiente, don Juan. No pudo ser más explícito: «Mientras viva, yo no seré nunca una Reina Madre». Al más significado y peligroso de los militares monárquicos, el general Varela, le previno fríamente sobre los riesgos de romper la unidad de los vencedores en la Guerra Civil. Sus palabras revelan la astucia primaria del Caudillo:

> Si lograran derribar al portero, iríamos cayendo todos uno a uno; si nos encuentran unidos no llevarán los ataques al último extremo.

Enfrentados al dilema de aguantarle *sine die* o echarle por la fuerza a riesgo de una guerra y del regreso de la República, los monárquicos acabaron por resignarse ante su pomposo reinado sin corona. No en vano, Franco empezó a hacer uso de todas las prerrogativas reales: concesión de títulos nobiliarios, ejercicio del derecho de presentación de obispos, emisión de monedas con su efigie impresa junto a la leyenda «Caudillo de España por la gracia de Dios», etc. El duque de Alba, que en el verano de 1945 dimitiría como embajador español en Londres para expresar su protesta, dejó constancia de la amarga decepción de quienes habían confiado en las convicciones monárquicas de Franco:

> No quiere sino sostenerse a perpetuidad; es infatuado y soberbio. Todo se lo sabe y confía en el juego internacional temerariamente.

Otro tanto sucedió con las potencias democráticas vencedoras: en la alternativa de soportar a un Franco inofensivo o provocar en España una desestabilización política de incierto desenlace, tanto los británicos como los norteamericanos resolvieron aguantar su presencia como mal menor y preferible a una nueva Guerra Civil o un régimen comunista. En junio de 1946, un alto funcionario del Foreign Office británico resumió confidencialmente las razones que excluían toda presión económica o

militar aliada para lograr la caída de Franco. Sus palabras textuales eran las siguientes:

> Odioso como es su régimen, el hecho sigue siendo que Franco no representa una amenaza para nadie fuera de España. Sin embargo, una Guerra Civil en España generaría problemas en todas las democracias occidentales, que es lo que desean el gobierno soviético y sus satélites.

El triunfo de la estrategia de resistencia numantina desplegada por el Caudillo fue evidente a la altura de 1948, cuando el gobierno francés ordenó la reapertura de su frontera española que había cerrado dos años antes. También en 1948 don Juan se entrevistó con Franco y cedió a su demanda de que el príncipe Juan Carlos fuera educado en España bajo su tutela.

Dicho triunfo se formalizó definitivamente en el año 1953, con la firma del Concordato con el Vaticano y de los Acuerdos hispanonorteamericanos para la instalación de Bases militares de Estados Unidos en España. En definitiva, la Guerra Fría entre la Unión Soviética y el bloque occidental había llegado a tiempo para salvar a Franco de su «pecado original» porque acentuó en Washington y Londres el valor político y estratégico de una España anticomunista en caso de conflicto en Europa con la Unión Soviética.

Desde entonces, ningún peligro esencial pondría en cuestión la autoridad omnímoda de Franco en España ni su reconocimiento diplomático en el ámbito occidental, aunque fuera como socio menor y despreciado por su estructura política y pasado reciente. En este sentido, la supervivencia del régimen se logró a costa de un alto precio político y económico para España: la exclusión en 1947 de los beneficios del Plan Marshall norteamericano para la ayuda a la reconstrucción europea y el veto de las democracias continentales al ingreso español en el Consejo de Europa, la Alianza Atlántica y el incipiente Mercado Común.

Firme en su puesto y reconocido como árbitro supremo e inapelable por todas las familias políticas franquistas (falangistas, carlistas, católicos y monárquicos), el Caudillo pudo dedicar tranquilamente cada vez más tiempo a sus ocupaciones preferidas: la pesca y la caza; los partidos de golf; las tertulias y partidas con sus escasos amigos militares; las quinielas; y el disfrute del cine y, cuando llegó, de la televisión. La falta de una biblioteca

de mínima entidad en los apartamentos privados de la familia Franco en el palacio de El Pardo da idea de las aficiones culturales dominantes y del ambiente aislado y parroquial reinante en el mismo.

La consumada habilidad del Caudillo para la manipulación política quedó reflejada en el nombramiento de gobiernos donde las distintas fuerzas franquistas estaban equilibradas y mutuamente contrarrestadas. Buena prueba de su arraigado cinismo político íntimo es la respuesta que en 1962 dio a su embajador en Washington, Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, cuando este le preguntó qué era en realidad el Movimiento Nacional (nombre preferido para denominar a la Falange a partir de 1945). Franco, «todavía más sonriente», le respondió:

> Pues verá usted, para mí el Movimiento es como la «claque». ¿Usted no ha observado que cuando hay un grupo grande de gente hace falta que unos pocos rompan a aplaudir para que los demás se unan a ellos y les sigan? Pues más o menos es así como yo entiendo la finalidad del Movimiento.

Durante el crucial año de 1957, la combinación de crisis política y profunda crisis del modelo económico autárquico, forzaron una intervención mediadora decisiva del Caudillo. El resultado fue la postergación de los falangistas en el nuevo gobierno y la promoción de los llamados tecnócratas del Opus Dei, partidarios de la modernización económica e institucional del régimen para posibilitar su supervivencia. A pesar de ese cambio, fiel a sus principios autárquicos y temeroso de las consecuencias políticas de la apertura económica hacia el exterior, Franco ofreció considerable resistencia a los planes de estabilización y liberalización promovidos por su ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio. Finalmente, en febrero de 1959 dio su renuente aprobación cuando un desesperado Navarro Rubio le preguntó a bocajarro qué haría si la cosecha de naranjas se perdía por una helada y hubiera que reintroducir las cartillas de racionamiento.

Después de aprobar el Plan de Estabilización de 1959, Franco fue retirándose de la política activa en favor del cultivo de sus aficiones lúdicas. Los hondos cambios socioeconómicos y culturales habidos durante la década del desarrollismo tecnocrático acentuaron esa retirada porque, sencillamente, el Caudillo no acertaba a comprender totalmente la

complejidad de la nueva situación y sus demandas. Además, su *alter ego* desde el cese de Serrano Suñer, el almirante Luis Carrero Blanco, comenzó a ocuparse de las labores efectivas de la Presidencia del Gobierno de un modo tan leal como eficaz.

El declive de las facultades físicas de Franco desde finales de los años sesenta fue convirtiendo al temible dictador de épocas previas en un anciano débil y tembloroso que oficiaba como simbólica figura paterna de una España irreconocible para su generación y cada vez más conflictiva. Su última gran operación política fue el nombramiento en julio de 1969 del príncipe Juan Carlos de Borbón como sucesor a título de rey, en la confianza de que así su régimen sobreviviría a su propia muerte.

Sin embargo, el asesinato de Carrero Blanco en diciembre de 1973 en un atentado preparado por ETA desbarató los planes sucesorios porque eliminó al previsto guardián de la ortodoxia franquista. A la par, la súbita caída de la dictadura portuguesa, el inicio de la crisis económica internacional y la creciente contestación social y política al régimen desataron en Franco una reacción de graves costos diplomáticos: su aprobación de cinco ejecuciones en septiembre de 1975 provocó la mayor oleada de protestas internacionales contra el régimen desde los tiempos del ostracismo. Ningún otro acontecimiento del tardofranquismo reveló más claramente el desfase entre una sociedad y economía que habían avanzado dramáticamente y un sistema político anacrónico y falto de legitimidad ciudadana.

Los dos últimos años de la vida de Franco fueron, así pues, una época de ansiedad y frecuentes depresiones que se agudizaron con las dolencias derivadas de su flebitis, úlcera gástrica y enfermedad de Parkinson. Finalmente, mientras sus partidarios se dividían entre aperturistas de última hora y ultras recalcitrantes, el Caudillo se extinguió en una larga y dolorosa agonía que culminó en la madrugada del 20 de noviembre de 1975.

Con su desaparición, la alternativa dejó de consistir en la apertura tecnocrática o el inmovilismo del búnker. A partir de entonces, el dilema radicaría en la reforma interna desde el régimen en un sentido democrático o en la ruptura con el mismo propiciada por las fuerzas de oposición. Al

final, y en gran medida por el recuerdo de la Guerra Civil, el proceso de la transición política tuvo más de lo primero que de lo segundo.

En definitiva, la reciente historiografía sobre la figura de Franco demuestra claramente que no fue el inteligente y previsor estadista proyectado por sus hagiógrafos ni tampoco la nulidad humana meramente afortunada que pretendían sus adversarios. Fue algo mucho más complejo y, a la par, más normal y corriente, como demuestra el obvio contraste entre esas habilidades que le permitieron alcanzar grandes triunfos y su sorprendente mediocridad intelectual que le llevaba a creer en las ideas más banales. Quizá ahí haya residido, después de todo, la manida impenetrabilidad del general Franco. Tras de ella, quizá la única constante que guió su conducta haya sido la que Salvador de Madariaga detectó tiempo atrás, que puede ser un buen colofón para esta introducción:

> La estrategia política de Franco es tan sencilla como una lanza. No hay acto suyo que se proponga otra cosa que durar. Bajo las apariencias tácticas más variadas y hasta contradictorias (paz, neutralidad, belicosidad; amnistía, persecución; monarquía, regencia), en lo único en que piensa Franco es en Franco.

[1] R. de la Cierva, «Prólogo», en M. Mérida, *Testigos de Franco,* Barcelona, Plaza y Janés, 1977, pp. 12-13.

[2] I. Kershaw, *Hitler, 1889-1936,* Barcelona, Península, 1998, p. 26.

[3] R. Overy, *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* Madrid, Tusquets, 2010, pp. 26 y 32

[4] H. Arendt, *Lo que quiero es comprender,* Madrid, Trotta, 2010, pp. 14 y 44.

[5] E. Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación,* Madrid, Alianza, 2004, pp. 316-318.

[6] Por razones varias de fuerza mayor, ha sido imposible incorporar los valiosos trabajos de los profesores Manuel Loff (Universidade do Porto) y Juan Sánchez González (Universidad de Extremadura), que verán la luz en otras cabeceras y plataformas próximamente.

I. CAUDILLO DE ESPAÑA. FRANCO, UN DICTADOR SOBERANO Y CARISMÁTICO

Enrique Moradiellos

La conversión de Franco en Caudillo. Un proceso complejo en un contexto de Guerra Civil

«Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios.» Tal era la inscripción que circundaba una efigie muy reconocible en el reverso de las monedas españolas acuñadas desde diciembre de 1946 por decisión unánime de las Cortes Españolas y tras su preceptiva publicación en el *Boletín Oficial del Estado* como Ley de 18 de diciembre de 1946 sobre acuñación de un nuevo sistema monetario (*BOE* de 19 de diciembre de 1946).

No era la primera vez, ni mucho menos, que el general Francisco Franco Bahamonde (Ferrol, 4 de diciembre de 1892-Madrid, 20 de noviembre de 1975) recibía un homenaje oficial y público de ese tipo reservado normalmente para los monarcas españoles puesto que «la moneda es una expresión de la soberanía» (en palabras del propio Franco pronunciadas el 20 de enero de 1939, muy pocos meses antes de lograr la victoria definitiva sobre el enemigo en la Guerra Civil)[1]. No era, tampoco, la primera vez (ni sería la última) que una agencia estatal y un documento oficial le atribuían el título de «Caudillo de España» para definir así, escueta y formalmente, la suprema magistratura política que ostentaba y el principal cargo institucional que desempeñaba desde su «exaltación» a la Jefatura del Estado el 1 de octubre de 1936.

En aquella ocasión crucial para su régimen, Franco había recibido en la Capitanía General de Burgos la transferencia de «todos los Poderes del Estado» que, a su vez, había asumido el 24 de julio de 1936 la Junta de Defensa Nacional, el organismo de mando colegial creado por el generalato sublevado para hacer frente a la conversión en Guerra Civil de una insurrección militar solo parcialmente triunfante en media España. Esta Junta burgalesa había justificado su insurrección frente al poder constituido reactualizando los antiguos principios del más rancio pretorianismo militar

español, que situaba al Ejército por encima de cualquier institución civil y constitucional en caso de emergencia nacional y peligro para la patria, como declaraba en su proclama insurreccional:

> No somos rebeldes, porque ahora y siempre obedecemos al supremo deber del patriotismo. No usurpamos la autoridad, sino que recogemos el poder abandonado entre fango y entre sangre, en medio del arroyo. […] Aspiramos, en el plazo más breve posible, a fortificar los resortes del poder, garantizar la vida y seguridad de los ciudadanos, vigorizar el patriotismo, pacificar moral y materialmente a la nación; […] y todo ello, como trámite previo a la devolución al pueblo español de los resortes del poder que la violencia, el fraude y el crimen le han arrebatado[2].

El carácter dictatorial de aquella solución política provisional era incontestable y reconocido, como también el hecho de que respondía al único modelo conocido y apreciado por los mandos sublevados: el régimen de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930). El propio Franco, en declaraciones a la prensa portuguesa el 13 de agosto de 1936, había utilizado el concepto y las fórmulas tecnocráticas propias de aquel ensayo político al que había prestado su concurso y apoyo:

> El Directorio Militar llamará junto a él a los elementos que crea precisos para realizar la obra proyectada en el más breve plazo. Su administración estará a cargo de elementos técnicos y no políticos, ya que intentamos, y lo conseguiremos, transformar por completo la estructura de España. […] La dictadura militar procurará agrupar con ella a quienes lo merezcan por su capacidad y (porque) su tecnicismo ofrezca el máximo de garantía[3].

La exposición de motivos del decreto que transformaba a Franco en el representante personal e individual del único poder efectivo y dictatorial imperante en la España insurgente subrayaba «la alta conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado». Por eso mismo, sus compañeros de armas acordaban su nombramiento como «jefe del Gobierno del Estado español» (una función política y administrativa) y «Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire» y «general jefe de los Ejércitos de operaciones» (una función militar y estratégica), con el añadido de la plena asunción personal de «todos los poderes del nuevo Estado»[4]. Las palabras de Franco al recibir esa transferencia de poderes de la junta de generales no dejaban duda de que era

bien consciente de la inmensidad de la autoridad que recibía y de su procedencia militar originaria:

> Mi general, señores generales y jefes de la Junta: podéis estar orgullosos; recibisteis una España rota y me entregáis una España unida en un ideal unánime y grandioso. La victoria está a nuestro lado. Ponéis en mis manos a España y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré la patria a lo más alto o moriré en el empeño. Quiero vuestra colaboración. La Junta de Defensa Nacional seguirá a mi lado[5].

Cabe subrayar que las primeras disposiciones jurídicas que servirían de fundamento a la amplísima autoridad política asumida por Franco no incluían ninguna mención a su calidad de «Caudillo», sino tan solo a su condición de «jefe del Estado», «jefe del Gobierno del Estado», «Generalísimo» y «general jefe de los Ejércitos». De hecho, la primera ocasión en que se hizo uso público formal y legal de ese título de caudillaje fue casi un año después de esa fecha fundacional, cuando el *Boletín Oficial del Estado* (*BOE* del 28 de septiembre de 1937) publicó una orden crucial de la presidencia de la entonces llamada Junta Técnica del Estado (el organismo de administración civil que Franco había creado al día siguiente de asumir los poderes de la Junta de Burgos). En ella, se le daba al título carta oficial de existencia jurídica al instituir la «Fiesta Nacional del Caudillo» de obligada conmemoración oficial durante el resto de la existencia del régimen franquista:

> El 1.º de octubre próximo se cumple el primer aniversario del momento histórico en que, asumiendo por la gracia de Dios y verdadera voluntad de España, los máximos poderes, fue solemnemente proclamado jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos Nacionales de Tierra, Mar y Aire, el Excmo. Sr. General D. Francisco Franco Bahamonde, jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y Caudillo Supremo del Movimiento salvador de España.

Con posterioridad, una segunda ocasión para refrendar legalmente la condición de «Caudillo» de Franco fue motivada por la publicación del decreto de 31 de julio de 1939 que contenía los «Estatutos de Falange Española Tradicionalista y de las JONS» (*BOE* del 4 de agosto de 1939). En ese texto legal, que sancionaba al partido único formado en abril de 1937 por fusión obligada de todas las fuerzas derechistas como «Movimiento

militante inspirador y base del Estado español», su artículo 46 definía el cargo con los siguientes caracteres:

> El jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Supremo Caudillo del Movimiento, personifica todos los valores y todos los honores del mismo. Como autor de la era histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento, el jefe asume, en su entera plenitud, la más absoluta autoridad. El jefe responde ante Dios y ante la historia.

La tercera ocasión de atribución a Franco del título de «Caudillo» fue mediante una «disposición» de 21 de mayo de 1941 que delimitaba «las respectivas competencias de los mandos superiores» del Movimiento Nacional y corroboraba literalmente su «caudillaje y jefatura» de manera expresa. Así rezaba el artículo 3.º: «Los nombramientos de personal y Mandos […] se harán en nombre del Caudillo por la Presidencia de la Junta Política y a propuesta de la Secretaría General, con la firma de ambos titulares». Teniendo en cuenta que ambos cargos eran, según los estatutos, nombrados, designados y separados «libremente» por el jefe Nacional y Caudillo, cabe ver la disposición como una mera reafirmación de su poder soberano y constituyente[6].

La cuarta y decisiva ocasión para corroborar la condición jurídico-política de Franco como «Caudillo» tuvo que esperar a la proclamación de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado de 26 julio de 1947 (*BOE* del 27 de julio de 1947), aprobada por las Cortes franquistas y sometida a referéndum nacional (en las condiciones de limitación de la libertad de expresión prevalecientes) y que supuestamente tuvo el apoyo «del 82 por 100 del Cuerpo electoral, que representa el 93 por 100 de los votantes». En ella el artículo primero convertía a España en un «reino» pero entregaba su «Jefatura» vitalicia a un «Caudillo» que también era regente *de facto* y con derecho a elección de su sucesor «a título de rey o de regente» y siempre con posibilidad de revocar su elección si así lo entendiera conveniente:

> Artículo 1.º: España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino.
>
> Artículo 2.º: La Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, Generalísimo de los Ejércitos, D. Francisco Franco Bahamonde[7].

Quizá el último uso público oficial de la categoría jurídica y política de «Caudillo» referido a Franco tuvo lugar con motivo de su fallecimiento, por muerte natural, en la madrugada del 20 de noviembre de 1975. Aquel mismo día, el *BOE* publicaba un Decreto-Ley 15/1975 que disponía tres días de luto oficial en el país con la siguiente exposición de motivos:

> Fallecido el jefe del Estado, Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos, Excelentísimo Señor Don Francisco Franco Bahamonde, y convocadas las Cortes Españolas y el Consejo del Reino para la sesión conjunta que se celebrará el día veintidós de los corrientes, a fin de recibir el juramento prescrito en la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado.

Dejando el ámbito jurídico formal, cabe apreciar igualmente el devenir en el ámbito del lenguaje popular y del léxico mediático de ese título de «Caudillo» (muy pronto en mayúscula y siempre en singular) como expresión de la más alta magistratura del Estado residenciada en la persona de Franco. Y, desde luego, es evidente que su uso fue muy anterior a su conversión en título oficial con motivo de la orden de septiembre de 1937 que instituía la «Fiesta Nacional del Caudillo». De hecho, el vocablo estaba en circulación desde el propio 1 de octubre de 1936, en gran medida como parte de una campaña de prensa y propaganda destinada a proyectar la figura política de Franco en el seno del bando insurgente y por encima del resto de generales sublevados[8].

Así, por ejemplo, el mismo día 1 de octubre de 1936, el diario gallego *El Eco de Santiago* presentaba a Franco como «ilustre general» nombrado por la Junta de Defensa Nacional, «jefe del Gobierno del Estado» y «Generalísimo de los Ejércitos», pero añadiéndole la categoría de «Caudillo» de «valor extraordinario» y «uno de los más gloriosos [nombres] del Ejército africano». Por su parte, al día siguiente, 2 de octubre, el diario monárquico *ABC* (en su edición sevillana) informaba de la asunción de «los plenos poderes» por parte del «jefe del Nuevo Estado Español» calificándole de «caudillo que tiene los poderes del Estado» y es «fundador de la patria nueva». Y muy pocas semanas después toda la prensa de la zona insurgente rotulaba sus portadas con las siguientes consignas de inserción obligatoria: «Una Patria. Un Estado. Un Caudillo» (caso, por ejemplo, de *La Gaceta Regional* salmantina el 5 de noviembre de 1936); «Una Patria; Un Estado; Un Caudillo. Una Patria: España. Un Caudillo:

Franco» (caso, por ejemplo, de *El Heraldo de Aragón* zaragozano el 24 de febrero de 1937); «Una Patria: España; Un Estado Nacional Sindicalista; Un Caudillo: Franco» (caso, por ejemplo, de *El Telegrama del Rif* melillense el 30 de abril de 1937). Apenas es necesario recordar que esa triple consigna era una traducción de la famosa fórmula utilizada por los nacionalsocialistas alemanes desde principios de los años treinta: *«Ein Volk! Ein Reich! Ein Führer!»* («¡Un Pueblo!, ¡Un Imperio!, ¡Un Caudillo!»)[9].

La promoción de la figura de Franco como Caudillo de España por la gracia de Dios (y a veces también y sin exclusión: «de la Cruzada», «de la Victoria», «del Imperio», «de la Neutralidad», «de la Paz», «de la Fe», «de la Patria», «de la Nueva España») no fue solo canalizada por la prensa escrita, naturalmente[10]. El resto de los medios publicitarios y propagandísticos entonces existentes pero todavía quizá menos difundidos (como la radio, los noticiarios cinematográficos, la cartelística, los sellos de correos, más tarde la televisión, etc.) también participaron en esa campaña de culto a la personalidad carismática de Franco con todo su vigor y potencia. Al respecto, solo hace falta recordar la plantilla ideada ya en 1937 que permitió reproducir mediante pintura en las paredes de toda España la efigie de Franco con gorro militar de campaña sobre un texto laudatorio que decía: «Franco. Caudillo de Dios y de la Patria. El primer vencedor en el mundo del bolchevismo en el campo de batalla». Por no mencionar las loas poéticas destinadas a encumbrar líricamente su figura, que circularon por millares durante los años de la guerra y con posterioridad. Probablemente ninguna fue tan famosa y difundida como la que le dedicó Manuel Machado en 1939 en un soneto tan sencillo como bombástico titulado *¡Bienvenido Capitán!:* «De tu soberbia campaña, / Caudillo noble y valiente, / ha surgido nuevamente / una grande y libre España»[11].

Desde luego, también contribuyó a ese propósito mitificador del Caudillo la educación formal a través de varios canales (el retrato oficial en las aulas, las menciones en los textos de manuales escolares, los ritos y ceremonias públicas de homenaje). Buen ejemplo de estas fórmulas es la referencia a Franco en el *Catecismo patriótico español,* libro declarado «de texto para las escuelas» por orden del Ministerio de Educación Nacional en enero de 1939, que era obra del dominico fray Albino González Menéndez-

Reigada (obispo de Tenerife en 1924 que en 1946 lo sería de Córdoba). En sus páginas se explicaba a los niños que el Estado español estaba «bajo la suprema autoridad del Caudillo, Generalísimo Franco» y que este era «como la encarnación de la Patria y tiene el poder recibido de Dios para gobernarnos»[12]. Varios lustros después (1953), una de las habituales enciclopedias escolares para el grado medio (entre 10 y 12 años) reiteraba todo lo que un pequeño español debía saber al respecto de manera igualmente catequética: «¿Qué es el Estado? Es la nación organizada para el cumplimiento de sus fines. El Estado español tiene un jefe, que es el Caudillo Franco»[13]. Y todavía en 1964 el joven escolarizado de 10 años era instruido en el significado del «Día del Caudillo» con una completa explicación política e ideológica a tono con los fundamentos del régimen:

> El día 1.º de octubre de 1936, Franco fue elegido en Burgos jefe del Estado y Caudillo de España. A partir de dicha fecha consagró por entero su vida y su saber a la patria y si durante la Guerra de Liberación consiguió brillantes victorias militares, llegada la paz ha conseguido no menos resonantes triunfos políticos. En agradecimiento a sus servicios, prometámosle en este día nuestra adhesión y cariño[14].

La conclusión que cabe extraer de este recorrido por el uso público, tanto popular como oficial, de la expresión «Caudillo» referida a Franco es muy evidente: comenzada su circulación como mero término propagandístico que acompañaba a su condición oficial y formal de «jefe del Estado» y «Generalísimo», muy pronto, en menos de un año, acabó por superar a esas categorías para designar una magistratura superior e inclusiva de las mismas que denotaba la completa concentración de todos los poderes estatales en una sola persona e individuo de manera vitalicia y sin limitación temporal alguna. Ramón Serrano Suñer subrayó ese proceso de asunción personal y caudillista de los plenos poderes de manera bien expresiva en su discurso del 18 de julio de 1938, cuando denostó la premisa liberal de la separación de poderes con sarcasmo: «¡El poder civil! ¡El poder militar! ¡Aquí no hay sino un Poder único, total, indivisible y sagrado de la España unida!»[15].

Desde la perspectiva de las ciencias sociales, el jurista italiano Giovanni Mammucari apreció bien en 1955 esta transformación progresiva efectuada

entre octubre de 1936 y septiembre de 1937 que sería sancionada por La Ley de Sucesión de 1947 de manera muy precisa y terminante:

> El Caudillo, por tanto, es en España jefe del Estado y, al mismo tiempo, jefe del Gobierno, Generalísimo de todas las fuerzas de tierra, mar y aire, además de jefe del Partido Único, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, también llamada «Movimiento». […] El Caudillo, así pues, no es elegido, ni se confirma ni mucho menos puede ser revocado, no existiendo ningún órgano superior al mismo[16].

En el mismo sentido cabe registrar la conclusión del estudio muy posterior de otro jurista, el español Juan Ferrando Badía, que manifestaba en 1984, casi una década después de la desaparición del régimen franquista, lo siguiente:

> La figura del Caudillo era la institución capital del régimen por el hecho de constituir la suprema institución de la jerarquía política no solo en el orden de la representación, sino también en el del ejercicio del poder. Los rasgos que caracterizaban la figura del jefe del Estado autoritario español eran los siguientes:
>
> 1. Exaltación personal del jefe y su identificación con el supuesto destino histórico de su pueblo.
> 2. Plenitud del poder concentrado en sus manos.
> 3. Ausencia de un control institucional de su ejercicio, pues el jefe del Estado, Franco, solo era responsable ante Dios y ante la historia[17].

Y 20 años después de ese juicio, en 2004, otro jurista español, José Zafra Valverde, comenzaba su estudio sobre «el sistema político en las décadas de Franco» reiterando ese concepto de autoridad suprema y soberana de manera igualmente precisa:

> Con base en su condición primordial de Caudillo, ostentó vitaliciamente la calidad máximamente genérica de jefe del Estado, una calidad que entrañó siempre, sin que sufriera merma alguna con el correr de los años, la aptitud para decir últimas palabras sobre lo justo y lo conveniente mediante el instrumento de la ley. […] Sin asumir el título de rey o semejante, Franco fue un monarca realmente soberano, bien distinto de un monarca nominal, cortesano y ceremonial. Su oficio fue el de *dux populi,* como en los orígenes bíblicos de la monarquía[18].

En definitiva, en su calidad de Caudillo, Franco concentraba de manera expresa la *plenitudo potestatis* y ejercía la máxima autoridad estatal, combinando funciones ejecutivas, legislativas, judiciales (en suma, soberanas y constituyentes), sin discriminación y a la par, de manera vitalicia y sin posibilidad de remoción. En palabras recientes de Miguel

Ángel Giménez Martínez: el Caudillo era «un dictador constituyente» con «poderes excepcionales» vitalicios que le convertían en «el órgano soberano» y «la clave del arco» del nuevo régimen construido durante la Guerra Civil[19].

El propio Franco definió su magistratura de «mando» y «capitanía», su condición de «Caudillo de todos», con perfiles nítidos y rotundos en un memorable discurso pronunciado en Valladolid en octubre de 1960:

> La Capitanía pide y exige una sincronización perfecta con los latidos más profundos y legítimos de la hora en que se vive, mirada penetrante en el futuro y al mismo tiempo capacidad para renunciar a los éxitos fáciles, amor perseverante a la obra sólidamente establecida y de largo alcance, serenidad y firmeza en las circunstancias adversas, fidelidad a los principios y voluntad insobornable de servicio[20].

Y, desde luego, nunca contempló la posibilidad de abandonar su cargo por razones expuestas un par de meses después de esa declaración, con ocasión de su tradicional «Mensaje de Fin de Año» de 1960, al cumplirse los 25 años de su «exaltación» a la Jefatura del Estado:

> Quien recibe el honor y acepta el peso del caudillaje, en ningún momento puede legítimamente acogerse al relevo ni al descanso. Ha de consumir su existencia en la vanguardia de la empresa fundacional para la que fue llamado por la voz y la adhesión de su pueblo, enraizando y perfeccionando todo el sistema levantado[21].

En consecuencia, durante toda la existencia del franquismo, la figura personal del Caudillo fue objeto de una veneración y exaltación oficialmente consagrada y cultivada que reduplicaba en el espacio público (con sus lugares de la memoria, hitos monumentales, menciones en el callejero, ceremonias oficiales, rituales civiles…) y en el tiempo social (las efemérides, festividades colectivas, conmemoraciones cronológicamente secuenciadas, hitos de transición temporal, etc.) tanto su omnímodo poder efectivo como su autoridad legal indiscutida y de origen providencial. Y ante esta situación, cabe legítimamente preguntarse: ¿cómo y cuándo llegó el vocablo «Caudillo» a denotar todas esas atribuciones personales de Franco y mediante qué procesos, canales y sujetos operantes?

Etimología y usos del vocablo «caudillo» antes de la Guerra Civil

Aun cuando la etimología del vocablo es todavía oscura y debatida, parece claro que en la lengua española el término «Caudillo» podría derivar solo de dos posibles orígenes. Por un lado, es muy probable que proceda de la palabra latina *caput* (cabeza) a través de su derivación en el diminutivo *capdellus* o *capitellum,* de uso corriente en la baja latinidad y temprana Edad Media con el sentido de «cabecilla» de un grupo armado (lo que también en parte significaba *dux* como equivalente a «jefe» o «guía» y que en italiano derivó en *condottiero* o *Duce*). De hecho, las voces «caudiello», «cabdiello» y «cabdillo» aparecen registradas en textos del siglo XIII con ese sentido de «cabeza que guía y manda la gente de guerra» (Gonzalo de Berceo; Alfonso X el Sabio) y con sentido análogo a expresiones similares surgidas a la par o posteriormente en otras lenguas romances contemporáneas: occitano («cadpel»), gascón («caddet»), catalán antiguo («cabdellar») o portugués («caudilho»). Por otro lado, algunos autores sugieren que podría derivar directamente de una expresión del temprano castellano que tradujera la palabra árabe *cadí* (en plural, *cadíes*) en su sentido de «el que decide», figura típica de la magistratura musulmana que asume poderes judiciales pero también funciones legales y ejecutivas. En ambos casos, el término sugiere un dirigente, alguien que se pone al frente de otros, los dirige y encabeza, principalmente (aunque no solo) en acciones de guerra y operaciones militares. Es decir, un conductor de huestes armadas y el que ejerce el mando de esas u otras multitudes[22].

Por ejemplo, la *Enciclopedia Universal Ilustrada Hispano-Americana* (Barcelona, Hijos de Espasa Editores, 1908-1930), en su entrada correspondiente al vocablo (volumen 12, p. 534, publicado en 1911), define la palabra como un neologismo hispanoamericano con significado sobre todo militar (pero no exclusivo): «el que como cabeza guía y manda la gente de guerra» (también el que «es cabeza y director de algún gremio, comunidad o cuerpo»). En realidad, la obra estaba recogiendo textualmente la definición proporcionada por el entonces vigente *Diccionario de Autoridades de la Real Academia de la Lengua,* que mantenía esa entrada prácticamente inalterada en todos sus términos todavía en su edición de 1984.

Según algunos testimonios, la palabra «caudillo» estaba ya en circulación en el siglo XVI y particularmente se difundió en la América colonial para designar a los dirigentes, cabecillas y jefes de las tropas conquistadoras que penetraban por aquellas tierras y extendían las fronteras del imperio español. Pero fue sobre todo desde inicios del siglo XIX cuando la palabra empezó a divulgarse de manera masiva con ocasión de las guerras de emancipación de la corona española y de las posteriores guerras civiles que azotaron a los países independizados. En aquel contexto de incertidumbre y violencia generalizada, la sucesión de fragmentados conflictos bélicos, tanto externos como internos, fue originando en casi todas las nuevas naciones americanas la formación de partidas y grupos de hombres armados que trataban de imponer algún tipo de orden y equilibrio bajo la dirección de un «caudillo popular» que afianzaba (o perdía) su liderazgo por la fuerza de su personalidad en términos de valor, carisma, capacidad de mando y éxito militar. Como explicó ya hace casi un siglo el historiador venezolano Laureano Vallenilla Lanz, el caudillo así surgido no era un bandolero, un bandido o un delincuente común (salvo para sus enemigos, que así querían deslegitimar su causa y persona). Era, muy al contrario, «el gendarme necesario» en épocas de anarquía y caos, cuando la destrucción de los equilibrios sociales tradicionales hacía de la fuerza armada dirigida por una personalidad fuerte y temida una exigencia para la restauración del mínimo orden, siquiera en ámbitos locales y comarcales, ya que no nacionales (que también):

> Es evidente que en casi todas estas naciones de Hispano-América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el Caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aún en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior. Es el carácter típico del estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un jefe. Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que, aún después de asegurada la Independencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes, sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos[23].

Así se explica que la primera mitad del siglo XIX en la América emancipada (por no decir también después) fuera la «era de los caudillos» y

el tiempo de los «caudillajes», una época de formas de gobiernos más o menos autoritarios bajo la guía personal de grandes figuras o próceres que habían logrado éxitos militares de algún tipo en la defensa de su país, de su causa o de sus paisanos, clientes y seguidores. En palabras recientes de otros dos historiadores venezolanos:

> Se entiende por caudillo a un jefe guerrero, personalista, político, el cual emplea un grupo armado que le acepta como su jefe a manera de «elemento» fundamental de su poder. El caudillismo es la actividad política dominante desplegada por los caudillos en un momento histórico determinado. Es una forma de dominación patrimonial[24].

Esas figuras de próceres armados se convirtieron en caudillos con indiferencia de cual fuera su extracción social originaria (humildes, mesócratas o poderosos), su ocupación laboral previa (militares, labradores, ganaderos, comerciantes, juristas), su grado de formación cultural (analfabetos, ilustrados, universitarios) y su declarada ideología personal (liberales, conservadores, católicos, anticlericales). Los consecuentes caudillos militares dominaron la vida política de las naciones latinoamericanas con diferente grado de éxito, duración, apoyo social e investidura institucional: desde José Tomás Rodríguez Bobes al frente de los realistas y José Antonio Páez al frente de los patriotas en Venezuela, hasta Ramón Castilla en el Perú, Juan José Flores en Ecuador, Antonio López de Santa Anna en México, Rafael Carrera en Guatemala, José Gervasio Artigas en Uruguay, José María Obando en Colombia o Juan Manuel de Rosas en Argentina[25].

En definitiva, la noción de «caudillo» difundida en la América independiente probablemente retornó a España en aquella época del siglo XIX para denotar a los líderes militares que también entonces, como «espadones» en la «era de los pronunciamientos», regentaban las facciones del régimen monárquico liberal a duras penas afianzado contra el carlismo o contra el republicanismo: Baldomero Espartero como «caudillo» y «espadón» del «partido» de los progresistas y Ramón María Narváez como equivalente del «partido» de los moderados. La razón de ser de ese protagonismo de los generales como «caudillos militares» en la vida política del liberalismo español radicaba básicamente en la propia fuerza del Ejército como institución clave de un aparato estatal débil, enfrascado

en una sucesión de conflictos interminables y sometido a desafíos sociales y políticos crecientes y graves. En palabras del dirigente republicano Emilio Castelar durante el sexenio democrático: «Sin los generales somos tan débiles que no podemos vivir»[26]. La consecuente aplicación del término «caudillo» para denotar a esas personalidades capaces de mover tropas en favor de uno u otro programa o partido era así lógica y natural. Sin olvidar que el término también podía aplicarse a figuras prominentes y próceres de la vida política sin mando militar alguno: Antonio Cánovas del Castillo, sin ir más lejos, denominó «caudillo de la plebe» al financiero y político Juan Álvarez Mendizábal; en tanto que Alejandro Lerroux, en su época radical barcelonesa, fue bien conocido y aclamado como «caudillo de las masas» republicanas y obreras[27].

En los decenios previos a la Guerra Civil, el término «caudillo» volvió a tomar protagonismo público en gran medida como resultado de las operaciones militares para defender las plazas de soberanía española en África e implantar la paz en el Protectorado de Marruecos (1908-1927), una tarea que provocó hemorragias financieras y demográficas además de crecientes conflictos sociopolíticos en la propia metrópoli. La prensa española derechista comenzó a denominar «gloriosos caudillos», «caudillos heroicos», «caudillos de África» o «invictos caudillos» a los mandos militares que, como jefes y oficiales, dirigían las tropas del Ejército de África (caso de los generales Berenguer, Sanjurjo y Fernández Silvestre y del coronel José Millán Astray, el fundador de la Legión en 1920)[28].

A título de ejemplo, en enero de 1923, el popular semanario madrileño *Nuevo Mundo* dedicó un reportaje ilustrado (firmado por el periodista Juan Ferragut) a la figura del entonces comandante Francisco Franco, que había tenido una destacada actuación después del penoso desastre de Annual, que había puesto en riesgo a la propia ciudad de Melilla en el verano de 1921. En el mismo, hablando de los jefes militares africanistas, Ferragut no dudaba en incluirlo entre «los mejores, los caudillos, los que cuando el pánico de la derrota vergonzosa cundía supieron ser fuertes, héroes y españoles», como el general Sanjurjo y el coronel Millán Astray, citados expresamente. Y antes de terminar ese año, el 31 de octubre, otro semanario madrileño muy popular, *Mundo Gráfico,* informaba de la boda de Franco en

Oviedo a toda plana con un titular significativo: «La boda de un Caudillo heroico».

También las revistas profesionales militares hacían uso regular de ese vocablo con el mismo sentido, como demuestra un artículo publicado en la ceutí *Revista de Tropas Coloniales* en junio de 1924, que bajo el título de «El Caudillo de Xexauen» homenajeaba al general Dámaso Berenguer, «el amado del Ejército de África». Esa misma revista, ya dirigida por Franco como coronel, publicaba en su número de marzo de 1925 un artículo sobre su nuevo director del político conservador Antonio Goicoechea, que no dudaba en alabarle como jefe militar africanista con esta frase elogiosa:

> Por su juventud, por su historia, por su triunfal carrera, el nuevo coronel Franco es un hijo del ambiente militar de la Legión y un singularísimo prototipo de ella. […] El soldado, audaz, se ha convertido en un caudillo[29].

Exactamente un año más tarde, en marzo de 1926, con motivo de su ascenso al generalato, Franco volvió a ser incluido entre «los nombres de los caudillos más significados» (entendidos como «ilustres hombres de guerra» y abarcando a los conquistadores del siglo XVI) en un homenaje que le tributaron sus compañeros de promoción de la Academia de Infantería de Toledo. El pergamino entregado con ese motivo incluía una dedicatoria que, al igual que el texto previo de Goicoechea, resulta extrañamente premonitoria:

> Cuando el paso por el mundo de la actual generación no sea más que un comentario breve en el libro de la Historia, perdurará el recuerdo de la epopeya sublime que el Ejército español escribió en esta etapa del desarrollo de la vida de la Nación. Y los nombres de los caudillos más significados se encumbrarán gloriosos, y sobre todos ellos se alzará triunfante el del general don Francisco Franco Baamonde [sic] para lograr la altura que alcanzaron otros ilustres hombres de guerra, como Leiva, Mondragón, Valdivia y Hernán Cortés, y a quien sus compañeros tributan este homenaje de admiración y afecto por patriota, inteligente y bravo[30].

El uso en singular y mayúscula del término parece que comenzó durante la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930) y como parte del proceso de «construcción carismática» de su figura pública como gobernante autoritario pero eficaz, para que pudiera compensar así su falta de legitimidad constitucional o tradicional. Ese proceso requirió la movilización de recursos muy diversos (medios de comunicación impresos

y radiofónicos, ceremonias civiles y militares patrióticas) y de fórmulas innovadoras (creación de una Oficina de Información, campañas de prensa orquestadas a nivel nacional, financiación de actos, medios y periodistas afines). En la estela de esa operación se enmarcaba su presentación como «Cirujano de Hierro» que venía a curar los males de la patria («en la mejor línea regeneracionista de Joaquín Costa») o como «Caudillo Nacional» (una especie de traducción del término *Duce* aplicado en Italia a Mussolini, cuyo aparato de propaganda se admiraba y trataba de imitarse). Cabe subrayar que la experiencia entonces adquirida no dejaría de estar presente en las primeras etapas de configuración de la política propagandística del franquismo, una circunstancia favorecida porque muchos de los personajes encargados de esta labor bajo Primo de Rivera asumirían la misma tarea bajo Franco: José María Pemán, José Pemartín, Julián Cortés Cavanillas y Máximo Cuervo[31]. En todo caso, es significativo del perfil adoptado por el vocablo que, con ocasión del cese del dictador por el rey Alfonso XIII a principios de 1930, el boletín del Comité Ejecutivo de la Unión Patriótica (el amago de partido fundado años antes para servir de apoyo civil a la dictadura), llevara en su portada, en versales grandes, el siguiente titular: «El 28 de enero cesó en el Gobierno nuestro Caudillo».

Quizá por esa misma utilización del término en sentido político y carismático bajo la dictadura primorriverista, el vocablo tuvo poco prestigio y menor recorrido durante el quinquenio de existencia de la Segunda República entre 1931 y 1936. No en vano, como acreditan los estudios del léxico político del periodo, su uso estaba casi siempre asociado a «contextos de contenido negativo», a tono con la «especial sensibilidad democrática y antimilitarista de la época» («los términos “caudillo” y “mesnada” no figuran en el vocabulario socialista»). Y ese contenido negativo todavía «es más claro aún» en el derivado “caudillismo” («Nuestra lucha contra el caudillismo será implacable»)[32].

Sin embargo, en los sectores derechistas más hostiles al régimen democrático republicano, el término no era rechazado, ni mucho menos. José Calvo Sotelo, exministro de la dictadura y líder del monarquismo autoritario opuesto frontalmente al régimen, abogó siempre por una acción militar contra el mismo y apeló de manera regular a los «caudillos» a los

que tocaría «hablar» en la «atmósfera cargada de España» justo un mes antes de la intentona militar de agosto de 1932 liderada por el general Sanjurjo. Poco más de un año después, reiteraría: «Las naciones necesitan conductores geniales. Necesitan caudillos y cuando los suprimen –¡magnífica ingenuidad!– se hunden bajo un caudillaje anónimo e infamante»[33]. Por su parte, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, converso al fascismo y futuro líder de la Falange Española, a mediados de 1933 apelaba a un caudillo que fuera «un profeta» con «una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y de cólera que no es compatible con el refinamiento». En las filas de la oposición configurada por el catolicismo político, a tono con su estrategia posibilista, se popularizó entonces el más civilista término de «jefe» (con preferencia a «líder», «dirigente» y «prohombre») para denominar a sus «caudillos» políticos[34]. Fue así como José María Gil Robles, el líder indiscutido del catolicismo político español, fue aclamado como «jefe», con mayúscula y mediante un grito/consigna de estructura trimembre muy habitual en todas las concentraciones de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA): «¡Jefe, jefe, jefe!» (fórmula que, en parte, recuerda la triple invocación divina propia del culto religioso en los oficios: «Santo, Santo, Santo, es el Señor, Dios del Universo…»).

En el contexto crítico de las vísperas de la Guerra Civil hay un caso sobresaliente y revelador del uso del término en las filas socialistas que merece mención expresa. En su certero discurso de Cuenca del 1 de mayo de 1936, Indalecio Prieto advertía a sus correligionarios del riesgo de una intervención militar contra el gobierno frentepopulista y no dudaba en anotar quién era el candidato idóneo para actuar como «el caudillo de una subversión militar»:

> No he de decir ni media palabra en menoscabo de la figura del ilustre militar. Le he conocido de cerca, cuando era comandante. Le he visto pelear en África; y para mí, el general Franco […] llega a la fórmula suprema del valor, es hombre sereno en la lucha. Tengo que rendir este homenaje a la verdad. Ahora bien, no podemos negar […] que entre los elementos militares, en proporción y vastedad considerables, existen fermentos de subversión, deseos de alzarse contra el régimen republicano, no tanto seguramente por lo que el Frente Popular supone en su presente realidad, sino por lo que, predominando en la política de la nación, representa como esperanza para un futuro próximo. El general Franco, por su juventud, por sus dotes, por la red de sus amistades en el ejército, es hombre que, en momento dado, puede acaudillar con el máximo de

probabilidades –todas las que se derivan de su prestigio personal– un movimiento de este género[35].

La Guerra Civil y el retorno de los caudillos militares al espacio público

La sublevación militar iniciada por el Ejército de África el 17 de julio de 1936 no fue el preludio para el éxito de la simultánea sublevación del resto de las guarniciones en toda España, como habían previsto más o menos los generales conjurados, cuyo modelo de operaciones era el bien conocido golpe militar de Primo de Rivera en septiembre de 1923. Como esta vez la empresa insurreccional no era la tarea unánime de toda la corporación militar, en apenas tres días de julio (17, 18 y 19) quedó claro que los sublevados tenían enfrente a una parte significativa de sus compañeros de armas, rápidamente reforzados (y superados) por milicias armadas sindicales y partidistas formadas urgentemente. En virtud de esa división de fuerzas militares y resistencias civiles, el golpe militar auspiciado por una facción grande pero no abrumadora del Ejército resultó solo parcialmente victorioso en media España, abriendo así la vía para una Guerra Civil de duración incierta y resultado, en principio, más incierto[36].

En la parte del país donde el golpe militar logró sus objetivos, el poder quedó en manos de la cadena de mando del Ejército sublevado, con arreglo a la preceptiva declaración del estado de guerra y previa depuración de elementos hostiles o indecisos en sus filas. La implacable militarización consecuente fue seguida de una involución social y política que tanto derogaba las reformas democráticas adoptadas por los gobiernos republicanos como destruía las organizaciones obreras partidistas y sindicales, ya fueran reformistas o revolucionarias. Para evitar la dispersión de mandos generada por los fracasos cosechados, y ante la muerte inesperada en accidente aéreo en Lisboa del general Sanjurjo (jefe supremo de la sublevación tácitamente aceptado por todos), el general Emilio Mola constituyó en Burgos el 24 de julio de 1936 la Junta de Defensa Nacional «que asume todos los Poderes del Estado y representa legítimamente al País ante las Potencias extranjeras» (según rezaba el decreto número uno

publicado en el nuevo *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional* al día siguiente). Presidida por el general Miguel Cabanellas en su condición de jefe más antiguo en el escalafón, quedó integrada por la plana mayor del generalato sublevado: Mola, Saliquet, Ponte, Dávila, Franco, Queipo de Llano, Orgaz, Gil Yuste, más el almirante Moreno y los coroneles Montaner y Moreno Calderón (como secretarios). Sin embargo, la dirección de las operaciones bélicas quedó a cargo de los tres generales que dirigían las tropas operantes en los frentes abiertos: Mola, que dirigía todas las fuerzas del núcleo centro-norteño; Queipo de Llano, que aseguraba el foco sevillano; y Franco, que comandaba las tropas de África cuyo traslado a la Península le permitiría emprender la marcha sobre Madrid.

El contexto de Guerra Civil generado a partir del 20 de julio de 1936, con su fragmentada geografía de micropoderes locales y pequeñas fuerzas activas enfrentadas (según Cardona, al principio, «ambos bandos luchaban con columnas bastante primitivas»), fue la plataforma idónea para la reactivación en el bando insurgente del vocablo «caudillo» en su habitual sentido de «jefe militar y guerrero» valeroso y heroico. Y, quizá por la misma razón, de su exclusión radical del vocabulario de sus enemigos republicanos, ya fueran reformistas demócratas o revolucionarios sociales. Esa reactivación fue propiciada por el hecho de que buena parte de los líderes insurgentes se habían formado en el Ejército de África, conocían y apreciaba el término y, además, su caudal lexicográfico (como parte de su cosmovisión ideológica) pasaría a ser muy pronto el elemento principal y dominante de la retórica pública y oficial del incipiente aparato institucional insurgente[37]. Por si ello fuera poco, ese vocablo y su contexto léxico era también conocido, apreciado y utilizado por múltiples periodistas y políticos derechistas que iban a cooperar desde el principio con los militares sublevados en la difícil tarea de construcción de un Estado alternativo a la odiada democracia republicana.

El retorno del vocablo «caudillo» a la arena pública puede seguirse en las proclamas, arengas, discursos y declaraciones hechas por los jefes y oficiales sublevados a partir del inicio de la guerra, así como también puede registrarse en las noticias, artículos y entrevistas impresas en los diarios y medios favorables a los mandos insurgentes y de inmediato sometidos a su

control. No en vano, como resultado de la declaración del estado de guerra por parte de la Junta de Burgos el 28 de julio de 1936, quedaban sometidos a la jurisdicción militar y juicio sumarísimo los autores del siguiente delito de rebelión: «Los que propalen noticias falsas o tendenciosas con el fin de quebrantar el prestigio de las fuerzas militares y de los elementos que prestan servicios de cooperación al Ejército»[38]. La consecuente censura previa de todas las comunicaciones e informaciones fue complementada de inmediato con la emisión de directrices y consignas de propaganda de obligada inclusión, así como de la remoción, expulsión y eliminación de todo el personal de los medios desafecto u hostil.

Apenas unos días más tarde de aquella medida clave de militarización de la política informativa, el 5 de agosto de 1936 la Junta de Burgos instituyó el «Gabinete de Prensa» para atender «los convenientes trabajos relacionados con esta especialidad». Sin duda forzados por la marcha de la guerra, pocos días después, el 24 de agosto, el Gabinete pasó a llamarse «Oficina de Prensa y Propaganda» y aumentó sus competencias al convertirse en «órgano encargado exclusivamente de todos los servicios relacionados con la información y propaganda por medio de la imprenta, el fotograbado y similares y la radiofonía»[39]. Desde el principio, el organismo estuvo a cargo de dos figuras clave como responsables de la misma: los periodistas derechistas Juan Pujol Martínez (que había sido diputado de la CEDA y director del diario madrileño *Informaciones* antes de la guerra) y Joaquín Arrarás Iribarren (que había ejercido de corresponsal de *El Debate* en Marruecos, era miembro del grupo monárquico-autoritario *Renovación Española* y sería luego primer biógrafo oficial de Franco). No en vano, como ha subrayado Gustau Nerín: «los generales rebeldes […] de inmediato recurrieron a aquellos periodistas que en los años veinte habían escrito loas al ejército colonial»[40].

Mientras ese grupo burgalés tomaba forma, Franco también asumía la tarea de controlar la prensa y propaganda gracias a los servicios de Luis Bolín Bidwell, excorresponsal de *ABC* en Londres que había gestionado su viaje en aeroplano desde Las Palmas a Tetuán al inicio de la sublevación, acompañándole y realizando diversas tareas internacionales para él desde entonces. A Bolín se le unirían muy pronto otras dos figuras: el famoso

general Millán Astray y el médico y periodista Víctor Ruiz Albéniz (que había sido cronista de guerra en las campañas coloniales bajo el pseudónimo de *Tebib Arrumi:* «médico cristiano», en árabe). Ambos se sumaron al equipo de auxiliares de Franco cuando este trasladó su cuartel de Tetuán a Sevilla a principios de agosto de 1936, siguiendo el avance victorioso de sus tropas hacia Madrid por Extremadura y el valle del Tajo. Tras la elección de Franco para el mando único a finales de septiembre, su oficina de prensa y propaganda asumiría a la burgalesa y se reforzaría con nuevos activos como sería el caso del excéntrico escritor y crítico literario Ernesto Giménez Caballero, temprano admirador de Mussolini y precursor del fascismo español con su libro *Genio de España* (1932)[41].

Para completar el equipo inicial de la propaganda insurgente hay que mencionar a la plantilla del diario monárquico *ABC* residente en Sevilla: el director Juan Carretero; su tío y propietario, Juan Ignacio Luca de Tena; Manuel Sánchez del Arco, redactor-jefe; Juan María Vázquez, Antonio Olmedo, Tomás Borrás, José María Pemán y Luis de Galinsoga como articulistas permanentes u ocasionales, etc.). Esta cabecera prestigiosa, que sin duda recordaba bien la lealtad monárquica de Franco (en contraste con el republicanismo de Queipo o la indiferencia de Mola), se convertiría en una plataforma influyente de expresión de los insurrectos (superaba ampliamente los 100.000 ejemplares de circulación al día) y muy proclive a promover la figura de Franco: «*ABC* de Sevilla, el diario de mayor circulación de la España nacional» y «el que mayor espacio le destinó a la figura de Franco»[42].

El mencionado diario nacional impreso en Sevilla (su homólogo en Madrid fue incautado por los republicanos, que variaron su línea editorial radicalmente) otorgó inicialmente una atención prioritaria a la figura del general Gonzalo Queipo de Llano por razones obvias (era el líder de la sublevación en Andalucía), atribuyéndole el título de «caudillo» en varias ocasiones, al igual que al ya fallecido general Sanjurjo[43]. Sin embargo, sus páginas permiten seguir el creciente protagonismo del general Franco en virtud de su crucial importancia al frente de las decisivas tropas marroquíes y de su historial de éxitos militares durante la ocupación de Extremadura y el avance por el valle del Tajo hacia Madrid.

La primera mención de Franco en el *ABC* sevillano se produce el miércoles, 22 de julio de 1936, cuando ya está claro que el golpe militar ha devenido en Guerra Civil. Se trata de varias citas a «proclamas» radiofónicas y «telegramas» del «general Franco», presentado como «jefe del Ejército de Marruecos», que subrayan el éxito del «movimiento militar» («No ha podido ser mayor el éxito logrado»), aseguran el próximo triunfo («El final está muy próximo») y señalan el enemigo a batir con rotundidad («la roja anarquía que nos tiranizaba, convirtiendo nuestro glorioso solar en una mísera colonia rusa»). Al día siguiente, 23 de julio, la portada del diario reproduce «La patriótica alocución del general Franco al iniciar el movimiento», que no es otra cosa que el discurso pronunciado el 18 de julio en Las Palmas con ocasión de la declaración del estado de guerra. Tres días más tarde, el 26 de julio, también en portada y en páginas interiores, Franco figura de manera prominente presentando su discurso radiado desde Tetuán del día anterior a los militares españoles bajo el rótulo de «La patriótica alocución del caudillo» (primer uso del término en la guerra para referirse a su persona). Con una singularidad en ese uso porque esa alocución del 25 de julio incluía los vocablos «caudillos» y «cruzada» en el propio texto original: «Y ya que hablo a militares o a profesionales del Ejército, a Cuerpos armados, he de recomendar la fe en la cruzada, la firmeza del caudillo, sin desmayar un solo instante».

El 28 de julio de 1936 Franco se trasladó en avión a Sevilla para preparar la llegada de las tropas marroquíes que iban a iniciar la marcha sobre Madrid y el diario, ese mismo día, daba cuenta de su presencia en la capital anunciándole como «el general Franco, cabeza insigne del movimiento libertador». Un día después, antes de su regreso a Tetuán, la portada del diario reproducía sus declaraciones con este preámbulo informativo:

> Ayer estuvo en Sevilla el general Franco. No es caso de hacer la semblanza de este ilustre caudillo, uno de los propulsores del movimiento militar salvador de España. El general Franco, aquel valiente capitán de Regulares, aquel comandante de la Legión, cuyo heroico espíritu es insuperable, no necesita de presentaciones ni de elogios. El nombre de Franco es familiar en todos los hogares de España.

En días sucesivos, el diario siguió haciéndose eco de las actividades, declaraciones, alocuciones y manifiestos de Franco, siempre presentándolo como «excelentísimo general», «españolísimo caudillo», «insigne general» o «ilustre caudillo» (ejemplares de los días 30 de julio, 3 de agosto y 16 de agosto). El progresivo encumbramiento de su figura sobre el resto de generales, derivación directa del éxito de sus tropas en la marcha sobre Madrid (en comparación con el estancamiento de las de Queipo y Mola en sus áreas respectivas), se aprecia en la portada del diario del 23 de agosto de 1936. Bajo una gran fotografía a toda plana en la que aparece Franco acompañado del teniente coronel Yagüe (que comandaba las columnas en marcha), un texto a pie de foto le identifica como: «El general Franco, jefe del movimiento salvador de la Patria». Un par de semanas después, el 10 de septiembre de 1936, el diario repitió casi la misma fórmula icónica y léxica: una gran foto de Franco en el balcón de su cuartel general de Cáceres con un pie de texto que rezaba «El general Franco, jefe de las fuerzas del Ejército nacional». Y esa promoción de su figura era complementaria a una llamada a la más férrea unidad nacional bajo dirección militar que conllevaba, por pura lógica, la unidad de mando personal de todas las operaciones militares y políticas. El 9 de septiembre, un editorial del propio Luca de Tena («Cara a la nueva España») señalaba que «la autoridad militar tiene razón en querer cortar de raíz todo motivo de diferencia, venga de donde viniere». Y dos días después el periodista Francisco de Cossío reiteraba en una destacada columna titulada «Frente Nacional»:

> ¿Quién puede resumir en estos momentos el anhelo común de salvación nacional que a todos nos anima? Exclusivamente el Ejército. Se impone, pues, una rígida disciplina que aúne a todos los españoles. […] El Ejército debe ser el gran aglutinante de esta empresa de solidaridad nacional[44].

Cuando se produjo la transmisión de poderes de la Junta burgalesa al nuevo jefe del Estado y Generalísimo, el diario no dudó en prestar al acto la debida atención preferente en la medida en que se cumplían sus exigencias de unidad sin fisuras y mando personal único para vencer al enemigo. La noticia del nombramiento de Franco para ambos cargos publicada el 30 de septiembre fue completada con una breve biografía (de las primeras

aparecidas en la prensa española) que subrayaba su valor como militar africanista con este colofón:

> El resto de la historia del caudillo es tan actual, que no es preciso consignarlo en estas notas compuestas a vuela pluma. Esperemos el juicio de la Historia, que habrá de comparar al general Franco con los genios de la guerra.

Los homenajes no dejarían de prodigarse sobre el nuevo «caudillo», «Generalísimo» y «jefe del Estado» (así se le denomina en las crónicas del día 2 de octubre, describiendo la ceremonia de transmisión de poderes en Burgos). Y tampoco dejaría de apreciarse (crónica del día 3 de octubre) que esa concentración de poderes era tan total que bien merecía el calificativo de «dictadura» en su sentido más ponderativo (como había tenido el término entre las derechas durante el gobierno de Primo de Rivera):

> En esta forma la Junta se convierte en un Gobierno oficial, bajo la presidencia del General Franco, que es su jefe único y reúne en sus manos poder por lo menos igual a los de cualquier dictador.

El diario sevillano no erraba el juicio y esa misma apreciación certera reflejaría la crónica del mismo acto publicada el día 2 de octubre por *La Gaceta Regional* de Salamanca, en cuya portada figuraba en grandes titulares la noticia del traspaso de poderes con estas palabras: «El nuevo Dictador de España dirigió la palabra a una imponente muchedumbre». Y en su texto central, también en portada, reiteraba sin remordimiento léxico y con precisión conceptual un término (dictador) que no era precisamente entonces una palabra ominosa para los militares sublevados y sus apoyos civiles aun cuando luego fuera prudentemente orillada en beneficio de otras (Caudillo, por ejemplo):

> Suenan las bandas de música, pero la música se desvanece y quedan apagados los ruidos de los instrumentos por los aplausos de la muchedumbre. Vivas y estentóreas ovaciones que el pueblo, el verdadero pueblo, tribuna al nuevo jefe del Estado español, al Dictador. […] El Dictador revista las tropas y las milicias. […] Aquí solo daremos una impresión de las vibrantes palabras del heroico general, hoy Dictador de España. […] Arriba, dominando a la multitud, con gesto de Caudillo, el que dentro de unos minutos asumirá los plenos poderes. Abajo, el pueblo y el Ejército confundidos, dispuestos a responder con sus vidas y haciendas las palabras del Dictador. […] En la Plaza de Alonso Martínez se encuentra hoy representada la España sana, la España que está en pie y delante de ella, como conductor indiscutible, un jefe firme y sereno: un

> Dictador, el general Franco. ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva Franco! ¡Viva España! ¡Viva siempre España!

A partir de aquel momento fundacional, la palabra «caudillo» dejó progresivamente de circular en la retórica oficial de la España insurgente para referirse a otros jefes militares por razones obvias. Sintomáticamente, una biografía de Franco y otros «soldados ilustres de la Nueva España» (Mola y Varela) que vio la luz en enero de 1937 en Melilla todavía denominaba a los tres como «caudillos de la guerra». Pero el mismo autor se cuidaba de subrayar la preeminencia de «Franco, el Generalísimo de nuestros Ejércitos», enfatizando que España estaba «bajo la dirección única y suprema de nuestro Caudillo». El formato léxico plural daba paso al singular y las iniciales minúsculas a la forma mayúscula. Y esa transformación tenía una razón bien subrayada con peculiar estilo bombástico:

> El General Franco Bahamonde ha llegado al más alto puesto de la Nación, aureolado con luces de la inmortalidad, porque, aparte de sus condiciones morales, es la personificación del heroico Ejército Español, al que debemos la señalada dicha de haber salvado a España de lo que para fecha fija iba a ser su inevitable ruina[45].

En efecto, el 1 de octubre, en Burgos, había nacido el régimen franquista en medio de una cruenta Guerra Civil y sobre la base de una dictadura militar colegiada que había optado por entregar todos sus omnímodos poderes a uno de sus integrantes de manera personal y vitalicia. Un depositario que hasta entonces no había reservas en llamar «buen Dictador» o ponderar como «auténtico Dictador»[46]. Un dictador que muy pronto pasaría a ser, sencillamente, el «Caudillo de España», con la correspondiente gestación de un cuerpo de doctrina ideológica que trataría de legitimar su nueva condición de gobernante absoluto, soberano, constituyente y providencial.

LAS CULTURAS POLÍTICAS DE LA DERECHA ANTILIBERAL ESPAÑOLA EN VÍSPERAS DE GUERRA

Como recordaba en una obra clásica el maestro que fue Manuel García-Pelayo, todas las sociedades registradas en la historia han ido gestado diversos órdenes políticos que siempre descansaban sobre «unos sistemas de ideas y creencias destinados a mantener los valores en que se sustentaban, a consolidar la estructura en que se configuraban y a proporcionar (a sus integrantes) unas pautas de orientación y de acción»[47]. Ese conjunto de ideales, valores y principios orientativos de toda sociedad política humana, más o menos integrados, respetados o violados, conforman el material básico denotado por las distintas categorías conceptuales que tratan de describir su esencia, papel y funcionamiento: las «formas de poder político» (entendiendo aquí «poder» como capacidad de unos hombres para forzar la conducta de otros según su voluntad, en palabras de Hans Gerth y Charles Wright Mills); los «tipos de autoridad legítima» (siendo la «autoridad» un poder considerado «legítimo» porque su «fuerza» se convierte en «derecho» y la «obediencia» deviene un «deber», al modo de Max Weber); las «formas de dominación socioinstitucional» (que presuponen unas «relaciones de interacción» entre gobernantes y gobernados que exigen al menos prestigio del superior y subordinación del inferior, en la línea de Georg Simmel); o los patrones subyacentes de «las culturas políticas» (consideradas como sistemas de ideas-fuerza que tienen efectos en las dinámicas sociopolíticas, a tenor de Gabriel Almond, Sidney Verba o Lucien Pye)[48].

Las diversas fuerzas y tendencias sociopolíticas que en España organizaron y ejecutaron la insurrección militar de julio de 1936, libraron y ganaron la Guerra Civil y establecieron un régimen institucional victorioso que duró casi 40 años, por supuesto que contaban con sus propias «culturas políticas» que sustentaban diferentes «tipos de autoridad legítima» y soportaban «formas de poder político y de dominación» bien perfiladas y conocidas. Todavía más. Como han demostrado claramente varios trabajos recientes (en particular los completos estudios de Ferran Gallego sobre «la formación de la cultura política del franquismo» y de Ismael Saz sobre «los nacionalismos franquistas»), la guerra propició una rápida convergencia de intereses y postulados entre todas esas culturas políticas de las derechas españolas antiliberales. Y ello por la sencilla razón de que impuso la

necesidad de mantenerse férreamente unidas contra el enemigo para superar los retos bélicos, lograr la victoria y sobrevivir sin riesgo de involución con posterioridad[49].

En vísperas de la Guerra Civil, el espacio sociopolítico de las culturas políticas de la derecha antiliberal española (el también llamado «pensamiento reaccionario español» o «frente contrarrevolucionario») permitía registrar un mínimo de cuatro grandes corrientes operativas muy consolidadas y arraigadas de manera desigual en la población española y en su geografía. Y, por supuesto, como han subrayado diversos analistas, cada una de ellas contaba con su respectivo repertorio de doctrinas depuradas por años de tradición, nombres prestigiosos, organizaciones vetustas o modernizadas y fórmulas de acción sociopolítica más o menos eficaces con sus propias masas de seguidores y fieles militantes o activistas[50].

Ante todo, debe subrayarse el inmenso peso del catolicismo político, heredero del veterano «agustinismo político» promovido por la jerarquía eclesiástica y sus portavoces intelectuales en sus múltiples variantes, que respondía a la esencial premisa teológica de que «Toda autoridad procede de Dios» (San Pablo *dixit*): con su corolario de subordinación del orden humano al orden divino superior y anterior. Un movimiento articulado durante la Segunda República por la CEDA y cuyo perfil político era claramente confesional, corporativo, jerárquico y conservador, empero su táctica política posibilista y pragmática en el quinquenio republicano y hasta la debacle de las elecciones generales de febrero de 1936. El propio fracaso de esa estrategia posibilista y el estallido de la guerra arruinarían el capital político de la CEDA como partido y de su máximo dirigente, José María Gil Robles, que solo cooperaría con la insurrección desde Portugal y en un segundo plano. Pero no haría desaparecer, ni mucho menos, el acervo doctrinal, el personal político y las masas de seguidores del catolicismo político español y sus inspiradores eclesiásticos. Todo lo contrario. Por eso mismo, la ideología del nacionalcatolicismo y la idea de «Cruzada por Dios y por España» surgirían de su seno como potentes fórmulas ideológicas de legitimación de la sublevación y de su Nuevo Estado[51].

En segundo orden, y a gran distancia en cuanto apoyo popular (pero no en cuanto a personal político capacitado), cabe mencionar al monarquismo

autoritario alfonsino, que acababa de sufrir el colapso del régimen militar primorriverista y mantenía relaciones simbióticas con el catolicismo político solo quebradas por el grado de fidelidad respectivo a la monarquía como fórmula institucional. Tras la debacle de 1931 el monarquismo acentuó la crítica de la tradición liberal y democrática en favor de objetivos como el fin de la política de partidos y parlamentos, la instauración de gobiernos tecnocráticos asépticos y fuertes, la refundación del nacionalismo integral y la restauración de la identidad de trono y altar en proyectos de Estado corporativos y disciplinados. Era la alternativa que alentaría con singular coherencia doctrinal la revista *Acción Española* en la estela del integralismo francés maurresiano, cuyo preclaro portavoz sería José Calvo Sotelo, antiguo hombre fuerte de la dictadura que sería asesinado en vísperas de la sublevación de 1936, eliminando a uno de los más prestigiados líderes del movimiento monárquico autoritario[52].

En tercer lugar, seguía presente en algunos núcleos geográficos (sobre todo, las provincias vascas y Navarra) la cultura política del viejo tradicionalismo carlista, la más antigua de las corrientes políticas antiliberales y la más integrista en el plano religioso y moral. Renovado desde principios del siglo XX por figuras como Juan Vázquez de Mella y Víctor Pradera, el tradicionalismo ofrecía una verdadera cantera de alternativas políticas e ideológicas al «agotamiento» del sistema liberal y a la «disolución» de la idea nacional con mimbres variados y progresivamente confluyentes con los nuevos postulados del alfonsinismo y del autoritarismo corporativo católico. Su reducida base territorial, unida al secular fracaso y debilidad de sus pretendientes dinásticos y al limitado prestigio nacional de sus dirigentes, cercenaba su potencia y capacidad de maniobra. Pero la crisis abierta con la proclamación de la República en abril de 1931 parecía corroborar retrospectivamente el acierto de su intransigencia antiliberal y de su catolicismo beligerante[53].

Y, finalmente, desde 1933, había cristalizado la alternativa fascista inspirada en el modelo italiano de la mano de la Falange Española, fundada por José Antonio Primo de Rivera, el hijo del dictador que sería fusilado por los republicanos cuatro meses después de iniciada la guerra, dejando a su movimiento descabezado en una coyuntura crítica. A tono con la inspiración

mussoliniana, la fórmula falangista proyectaba un nuevo concepto de Estado totalitario completado con la militarización política de la sociedad civil, la confraternización plebeya de una ciudadanía encuadrada y jerarquizada y la doctrina del liderazgo carismático asentado en una religión civil y secular de la patria hipostasiada y divinizada. Sin embargo, pese a su modernidad, su seductor esteticismo y su atractivo juvenil, el falangismo apenas lograría competir con las otras alternativas antes de que la guerra ofreciera una oportunidad única para su expansión y consolidación como movimiento y partido de masas[54].

En todo caso, fuera cual fuera el peso e influencia de cada una de esas culturas políticas, lo cierto es que entre ellas se había producido un proceso de convergencia y cooperación muy intenso durante el periodo republicano y, particularmente, después de la crisis de octubre de 1934 y tras la derrota electoral de febrero de 1936. Un proceso exigido por la percepción de la gravedad del riesgo afrontado y de la fuerza del enemigo común: en primer término, la realidad efectiva de la democracia liberal reformista y, tras ella, la amenaza de la revolución social como su derivación potencial y obligada. No en vano, como advertía el líder fascista Onésimo Redondo ya en 1931 a todos los interesados: «Jacobinismo es hoy bolchevismo. O algo que dejará a este franco y libre paso». Y la réplica desde filas monárquicas alfonsinas, en la voz del periodista Joaquín Arrarás en 1932, no dejaba dudas de la conformidad con ese juicio y el corolario derivado: «La adversidad es vínculo que hoy reúne y concentra y aprieta a la familia toda»[55]. La consecuente llamada a la unidad fue perfectamente apuntada por otro ilustre monárquico de Acción Española, Pedro Sainz Rodríguez, en vísperas de la crisis de octubre de 1934 con una apelación indirecta al protagonismo exigido por la coyuntura: «La imperiosa lógica del mando único es algo que no se discute, es una necesidad que impone la realidad en los momentos trágicos de los pueblos»[56].

Sin olvidar, además, que la relativa facilidad de ese proceso de convergencia unitaria se fundaba en la presencia de varios componentes compartidos en mayor o menor dosis por todas esas culturas: la afirmación de la tradición católica de la nación como componente definitorio irrenunciable; la defensa de un nacionalismo palingenésico e integral que

no admitía dudas ni pactos con la «Anti-España»; la promoción de una idea de reforma del Estado que rompía con el liberalismo y la democracia de manera radical; la concepción de las relaciones sociales bajo prismas jerárquicos y de disciplina militarizada que pretendía atajar las divisiones sociales y las luchas de clases; y, progresivamente, la convicción de que solo la violencia organizada y preferentemente la fuerza de las armas militares podrían atajar la disolución social y nacional.

En efecto, a partir de la derrota electoral de febrero de 1936, el protagonismo clave en la reacción violenta contra esos peligros mortales dejó de estar en manos de los movimientos partidistas civiles para pasar a los mandos del ejército español, en un proceso de creciente satelización política bien percibida por todos los contemporáneos y claramente demandada por muchos líderes políticos conscientes de la situación. El propio Calvo Sotelo había exigido ya en enero de 1936 ese retorno del pretorianismo militar más tradicional con palabras claras y precisas:

> No faltará quien sorprenda en estas palabras una invocación indirecta a la fuerza. Pues bien. Sí, la hay […]. ¿A cuál? A la orgánica: a la fuerza militar puesta al servicio del Estado. […] Hoy el Ejército es la base de sustentación de la Patria. Ha subido de la categoría de brazo ejecutor, ciego, sordo y mudo, a la de columna vertebral, sin la cual no es posible la vida. […] Cuando las hordas rojas del comunismo avanzan, solo se concibe un freno: la fuerza del Estado y la transfusión de las virtudes militares –obediencia, disciplina y jerarquía– a la sociedad misma, para que ellas desalojen los fermentos malsanos que ha sembrado el marxismo. Por eso invoco al Ejército y pido al patriotismo que lo impulse[57].

Y no otra cosa llegaron a sugerir en vísperas de la sublevación igualmente tanto Gil Robles como José Antonio Primo de Rivera, a pesar de su temor a las consecuencias que ese protagonismo militar corporativo pudiera tener para sus propios planes políticos. José Antonio lo hizo en su «Carta a los Militares de España» remitida desde la cárcel el 4 de mayo de 1936: «Sin vuestra fuerza, soldados, nos será titánicamente difícil triunfar en la lucha. […] El que España siga siendo depende de vosotros». Gil Robles lo había hecho una quincena antes desde la tribuna parlamentaria al advertir: «cuando la Guerra Civil estalle en España, que se sepa que las armas las ha cargado la incuria de un Gobierno que no ha sabido cumplir su deber»[58].

La Guerra Civil como tiempo matriz del caudillaje franquista

Cuando la sublevación se inició y la Guerra Civil fue su consecuencia, todo el arsenal léxico, ideológico y doctrinal de la tradición militarista y africanista del ejército español se puso en marcha de manera abrumadora. De hecho, cualquiera que fuera la mayor o menor simpatía de los jefes militares sublevados por una u otra «cultura política» de las derechas españolas (y es evidente que predominaban los católicos y monárquicos sobre carlistas y falangistas), todos estaban totalmente de acuerdo en el carácter exclusivamente militar del movimiento de fuerza en curso. Es improbable que ninguno objetara un ápice de lo que el general Mola declararía al respecto y como aviso a navegantes a mediados de septiembre de 1936 (justo antes de que la Junta de Defensa Nacional decretara «un apartamiento absoluto de todo partidismo político» y la subordinación de todos «al Ejército, símbolo efectivo de la unidad nacional»):

> Tengo una confianza ciega en estos muchachos impetuosos que hoy exigen (apenas velada referencia a las milicias partidistas, falangistas y carlistas); pero tengan bien entendido que en esa obra de reconstrucción nacional que se han propuesto realizar y que realizarán, ¿quién lo duda?, en esa formidable empresa hemos de poner nosotros, los militares, sus cimientos; hemos de iniciarla; nos corresponde por derecho propio, porque es ese el anhelo nacional, porque tenemos un concepto exacto de nuestro poder y porque únicamente nosotros podremos consolidar la unión del pueblo con el Ejército, distanciados hasta el 19 de julio, por las absurdas propagandas de un intelectualismo estúpido y una política suicidas[59].

No hace falta subrayar que los escasos desafíos a esa exclusividad del poder militar en la zona insurgente fueron tajantemente cortados de raíz por las autoridades castrenses desde el principio y hasta el final. Basta recordar las dos intervenciones expeditivas de Franco ya como Generalísimo de los Ejércitos: 1) la expulsión de España en diciembre de 1936 del líder carlista Manuel Fal Conde por su pretensión de hacer de las milicias requetés un brazo virtualmente autónomo del resto del Ejército; y 2) la detención, proceso y condena a dos penas de muerte de Manuel Hedilla (sucesor provisional en la jefatura falangista de José Antonio) y algunos otros compañeros de dirección falangista por su tibia oposición a la unificación forzosa de partidos políticos decretada en abril de 1937.

En este sentido, como muestran los últimos estudios sobre la articulación del esfuerzo bélico insurgente (a título de ejemplo, los trabajos de Gabriel Cardona, Jorge Martínez Reverte, Michael Seidman o James Matthews), es evidente que el aporte humano del voluntariado miliciano de Falange y el Tradicionalismo (más que de Renovación) fue muy destacado y apreciado por los mandos militares sublevados: a finales de 1936 suponían casi 37.000 milicianos falangistas, 22.100 requetés carlistas y poco más de 6.000 monárquicos alfonsinos. Pero también es evidente que esas «milicias nacionales» (siempre integradas en unidades militares y bajo mandos profesionales) nunca llegaron a ser más del 34 por 100 de las fuerzas movilizadas hasta el otoño de 1936: en torno a 65.000 hombres para un total de 189.000 soldados en armas. Aún más. Esa cantera de tropas voluntarias, impulsadas por su compromiso político e ideológico partidista, dejó muy pronto de ser la matriz principal de reclutamiento[60]. Frente al aporte miliciano, el Ejército sublevado utilizó y perfeccionó los tradicionales canales de reclutamiento militar obligatorio porque la guerra no podía librarse con tan pocos hombres voluntarios en armas y hubo que recurrir a la movilización forzosa y forzada de otros jóvenes y no tan jóvenes (entre 18 y 45 años) para mantener las operaciones y nutrir la mano de obra bélica: los ejércitos franquistas movilizarían así a 1.200.000 de hombres en 15 reemplazos hasta principios de 1939. No es poco éxito el que hay detrás de esa enorme operación logística de «encuadramiento» humano y material realizado por militares, bajo preceptos militares y en torno a una lógica castrense bien engrasada y veterana.

En cuanto a «mitos movilizadores» para estimular el celo combatiente, sin menospreciar los aportes falangistas con su ropaje de modernidad y prestigio internacional, lo cierto es que los motivos fundamentales, recurrentes y omnipresentes, que circularon por «el Ejército de Franco» fueron más clásicos y tradicionales que otra cosa. Ante todo, el nacionalismo español unitarista, integralista e historicista: la «España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio» que alabara Marcelino Menéndez y Pelayo y aprendieran a amar los cadetes de las academias militares desde finales del siglo XIX. Y, a su lado, el catolicismo identificado

con la idea de cruzada «por Dios y por España» que llevaba siglos proclamando la idea de «España como país predilecto y predestinado para la realización del Reino de Cristo». En este punto, todo parece indicar que los discursos de movilización de masas del bando insurgente recurrieron por inercia y por defecto a lo que era acervo común y sustantivo en todas las derechas españolas y en el alma de las dos corporaciones burocráticas que articulaban el ser y el hacer del Nuevo Estado en construcción: «el culto místico hacia la nación» de los militares que sentían al Ejército «como la única institución patriótica y poseedora de la verdad»; y «la teología política del nacionalcatolicismo» de los sacerdotes y su discurso de la cruzada providencial y purificadora[61]. Al igual que no dejó de ser bastante clásico el instrumento orgánico encargado de la «moral» en las filas en dicho ejército: las tenencias vicarias o servicios de capellanes castrenses encargados de los «auxilios espirituales». En palabras muy recientes de James Matthews:

> La alianza entre la Iglesia y los militares se fraguó muy pronto tras el alzamiento y, durante la mayor parte de la Guerra Civil, «nacional» y «católico» fueron palabras sinónimas. […] El lenguaje sacralizado del espíritu de cruzada tenía el poder de hacer la muerte tolerable, e incluso positiva, en el discurso oficial. Los hombres que caían eran mártires de la causa y por ello «incorporados a la iconografía de la adoración». Esto se aprecia en los lemas pintados en las fachadas de los edificios de la España nacional: «Ante Dios no serás un héroe anónimo»[62].

Precisamente uno de los focos de convergencia de todas las culturas políticas de la derecha antiliberal española fue la doctrina del caudillaje como fórmula de suprema autoridad, mando y gobierno exigida por las circunstancias bélicas y ajustada a las tradiciones nacionales y a los imperativos internacionales. En este punto, la coincidencia de todos fue unánime y el resultado bien conocido: el encumbramiento de Franco a la condición de Caudillo carismático y providencial de magistratura vitalicia, plenos poderes constituyentes y juicio soberano e inapelable. Aunque, eso sí, para unos fuera sobre todo (o solo) «Caudillo de la Victoria» por triunfo militar, «Caudillo de la Cruzada» por voluntad divina o «Caudillo de la Revolución Nacional» por liderazgo político falangista. Y, por supuesto, el propio Caudillo se ocuparía siempre de mantener sus tres fuentes de

legitimidad armónicamente equilibradas y coordinadas, sin menoscabo de su autoridad suprema, soberana, arbitral y decisoria[63].

Los mandos militares sublevados iniciaron el proceso por su propio protagonismo en la insurrección y en la dirección de las operaciones bélicas y fueron ellos quienes, a finales de septiembre de 1936, procedieron a elegir al general Franco como «Generalísimo de los Ejércitos» y «jefe del Gobierno del Estado» sin consulta con nadie ni intermediación de nadie, al margen de las preferencias políticas expresadas desde Roma y Berlín, que eran mucho más influyentes que cualquier otra opinión política interna española[64]. La imposición de la «unidad de mando» en torno a Franco estaba a tono con la visión jerárquica y disciplinada de los jefes militares ante una situación de emergencia nacional, respondía al «principio de autoridad» única e indivisa y no dejaba de ser «un signo de cesarismo» encomiable por sus éxitos («Los césares eran generales invictos», rezaría una consigna inmediatamente adoptada por la propaganda insurgente)[65]. El recurso al vocablo «Caudillo» era igualmente lógico habida cuenta de su amplia circulación previa para denotar al jefe militar heroico y admirable que, además, asumía atribuciones políticas literalmente omnímodas. De hecho, ese término permitía fusionar sin distingos en una sola magistratura las dos formalmente «transferidas»: la autoridad militar para librar la guerra («Generalísimo») y la autoridad política para edificar el aparato estatal alternativo («jefe del Estado»).

La consagración definitiva del Caudillo ante sus compañeros de armas tuvo lugar con la ceremonia del desfile de la Victoria celebrado en Madrid el 19 de mayo de 1939, cuando Franco contempló el paso de más de 100.000 soldados (los triunfales «Ejércitos de Franco») y recibió la más alta condecoración militar española por su proeza. Así se explicaba esa decisión de «la familia militar» de honrar a su máximo capitán y caudillo en el decreto correspondiente:

> Ganada completamente la guerra, que la Anti-España desencadenó sobre nuestra Patria, la nación entera y a la cabeza todos los Caballeros de la Gran Cruz Laureada de San Fernando, reunidos en capítulo, solicitaron la concesión de la Gran Cruz Laureada de San Fernando para el Caudillo, que con su genio supo ganar la guerra […]. No se trata ya de un general en jefe que llena cumplidamente los requisitos que exige el artículo 35 del reglamento de la Orden de San Fernando para ingresar en ella, sino que en el caso presente es el gran Caudillo que salvó a su

> Patria, devolviéndole la independencia y el orden y que además rindió al mundo entero el mejor servicio que podía prestar para la paz al derrotar al bolchevismo en nuestro solar patrio salvando con ello una civilización seriamente amenazada[66].

En el caso de la jerarquía eclesiástica, la casi inmediata conversión del esfuerzo bélico insurgente en una cruzada por la fe de Cristo fue muy pronto completada con la elevación de Franco a la categoría de *homo missus a Deo,* enviado de la Divina Providencia para defender la Iglesia y restaurar su papel en la nación española a tono con los postulados del nacionalcatolicismo. El cardenal primado y arzobispo de Toledo, Isidro Gomá, informó al Vaticano desde el principio que Franco era el más favorable hacia la Iglesia de los mandos sublevados («Quien tiene mejores antecedentes en este punto es el Generalísimo Franco, católico práctico de toda la vida»). Y recibió pronto confirmación de esa buena disposición del interesado en forma de medidas legales, económicas y culturales que restablecían los derechos y privilegios del catolicismo suprimidos por la República[67].

El tránsito hacia la fórmula de «Caudillo por la Gracia de Dios» fue muy rápido porque enlazaba con la vieja idea teológica de la autoridad como investidura divina («Non est potestas nisi a Deo», San Pablo) y remedaba la fórmula del *Rex per Gratia Dei* habitual en la tradición histórica española y católica universal («Rex Sacratissimus Christianus», San Isidoro). Terminada la guerra, al día siguiente del Desfile de la Victoria, la ceremonia del *Te Deum* de acción de gracias por el triunfo militar en la cruzada celebrada en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid, con Franco recibido por la jerarquía episcopal en pleno a su puerta y entrando bajo palio, solo confirmó una realidad previa ahora sacralizada por la oración pública del Primado:

> Dios a quien todos se someten, a quien todas las cosas sirven, haz que los tiempos de tu buen siervo el Caudillo Francisco Franco sean tiempos de paz y alegría, para que aquel a quien pusimos al frente de nuestro pueblo bajo tu guía tenga paz y días de gloria. Te rogamos hoy, Señor de los señores, para que mires benignamente desde el trono de tu Majestad a nuestros Caudillo Francisco Franco al que diste un pueblo sujeto a su gobierno asistiéndole en todo tu voluntad[68].

Por lo que respecta al partido político unificado, su impronta dominante falangista asumió perfectamente el caudillaje de Franco porque concordaba

con su propia concepción jerárquica y carismática del liderazgo político de estirpe fascista y mussoliniana («Un jefe. Un solo jefe, de donde dimana todo poder», palabras de Augusto Turati, secretario general del Partido Nacional Fascista, en 1927). Además, la pérdida de José Antonio y su difícil reemplazo en el mando de la vieja Falange habían minado crucialmente al partido, impidiéndole oponer resistencia a la decisión de Franco, mediante decreto del 19 de abril de 1937, de apropiarse de sus estructuras, simbologías y masas para fusionarlas con otros grupos políticos derechistas y fundar así un nuevo partido unificado que sirviera de tercer pilar, junto al Ejército y la Iglesia, para su régimen de poder personal caudillista: la FET y de las JONS[69].

Como reconocería Dionisio Ridruejo, entonces joven líder falangista a cargo de la propaganda oficial, oponerse a la unificación hubiera sido suicida y aceptarla redundaba en beneficio de ambas partes porque solucionaba un problema real: la doble presencia de «un movimiento sin Caudillo y un Caudillo sin movimiento». En consecuencia, la conversión de Franco (un caudillo militar y con sanción religiosa) en Caudillo de la nueva Falange fue aceptada como única vía para realizar la «Revolución nacionalsindicalista» al compás de la guerra y gracias a un «caudillaje cimentado en la potencia militar» con poderes omnímodos y supremos pero asesorado y aconsejado por sus fieles seguidores y servidores:

> El Caudillo no está limitado más que por su propia voluntad, pero esta voluntad limitativa es justamente la razón de existir del movimiento: los dogmas proclamados, las minorías elegidas y la fe del pueblo abierta. Así el movimiento –instrumento del Caudillo (del Estado que en él reside) populariza, de una parte, su voluntad y sirve, de otra, de piedra de toque y voz de consejo para las decisiones de esa misma voluntad que otros órganos (Ejército para el poderío, burocracia para la administración) ejecutarán[70].

La convergencia programática de las tres instituciones en torno a la necesidad del caudillaje de Franco como virtual César victorioso, providencial y soberano cimentó el consecuente culto a la personalidad carismática que se mantendría hasta su propio fallecimiento en 1975. Eso sí, con variaciones de intensidad y modalidad de mayor o menor grado. Por eso, unas veces se subrayó su condición de Caudillo militar de la Victoria (durante la guerra, cuando la categoría de Generalísimo se utilizaba con

profusión en los medios de propaganda y el régimen se preciaba de ser un nuevo directorio militar similar al de 1923 *mutatis mutandis*). Otras veces, se enfatizó su calidad de Caudillo falangista de la Revolución nacional (como sucedió entre 1937 y 1942, cuando el contexto internacional acentuó las tentaciones de emulación de los valedores fascistas y nazis y el régimen se presentaba como un totalitarismo español sin complejos). Incluso otras veces se hacía hincapié en su perfil de Caudillo religioso de la cruzada (desde 1943 y hasta 1959, cuando la legitimidad nacionalcatólica se convirtió en carta de presentación ante las potencias vencedoras en la Guerra Mundial y durante la primera posguerra). Y, finalmente, otras veces se proyectaría su papel de Caudillo de España y «jefe del Estado» sin más adjetivos discutibles (como ocurriría a partir de 1959, cuando la eficacia tecnocrática y los éxitos modernizadores servirían para encontrar nuevas legitimidades civiles y «de ejercicio» más respetables en el mundo exterior) [71].

Y por esa misma versatilidad de funciones y situaciones, «el Caudillo» se convirtió, de hecho antes que de derecho, en la «suprema y única institución» del régimen franquista. Por una razón muy certeramente apuntada por Giménez Caballero en una de sus arengas propagandísticas más difundidas entre «los combatientes» durante la Guerra Civil, que era también una llamada al cierre de filas de «todos» en torno a su persona por motivos de mera supervivencia:

> Nosotros los Combatientes –este ejército nuevo y tradicional de España– sabemos quién es Franco y le adoramos hasta el fanatismo por saberlo. […] Y todos saben –en especial los rojos, los enemigos– que sin Franco todos nuestros sueños, todos nuestros sacrificios, «todo» y «todos», «totalitariamente», se hundiría y se perdería. […] Y ante esta grandeza y esta gloria ¡España! –España de Franco y la Falange, Falange de Dios y de los Ejércitos[72].

Por supuesto, la victoria militar incondicional lograda en abril de 1939 sobre sus enemigos siempre sería el fundamento y origen primigenio de la legitimidad de Franco para gobernar como Caudillo de España, al modo de un derecho de conquista apenas sublimado. Y por eso mismo la fuerza militar que garantizaba la irreversibilidad de esa victoria siguió siendo una *ratio* última de la existencia del régimen. El propio Franco dejó claro ambos aspectos en distintos momentos de su vida pública. Ese fue el caso de su

discurso inaugural ante las recién constituidas Cortes, pronunciado el 17 de marzo de 1943. En el mismo afirmó: «Con los derechos dimanantes de la legitimidad del Poder del que salva una sociedad instauramos un sistema de gobierno ilustrado y paternal». Tres meses después, el 17 de julio de 1943, reafirmó esa misma idea en su discurso de conmemoración del inicio de la guerra:

> Nuestra política se basa en el derecho de nuestra Victoria, respaldado por la fuerza de la razón, afianzado por la voluntad del pueblo y guardado fielmente por la lealtad de nuestros Ejércitos[73].

La consecuente apelación del Caudillo a sus compañeros de armas para preservar el fruto de la victoria fue, por tanto, constante y recurrente durante toda la existencia de la dictadura, particularmente en sus momentos más difíciles. Por eso mismo, en octubre de 1945, cuando la condena internacional arreciaba, Franco se dirigió a los altos mandos en la Escuela Superior del Ejército con estas palabras:

> Mientras no lleguen esos tiempos de paz verdadera, de solidaridad y de mejores modos que todos anhelamos, yo os exhorto a que, en medio de vuestro trabajo, os mantengáis celosos y vigilantes en defensa de la unidad sagrada de nuestra Patria, lograda a tan alto precio, cerrando firmes contra cualquier fisura que se intentara abrir en nuestras filas, ya que así lo exige el mandato de nuestros muertos, la existencia de nuestra Patria y la de cuantos vienen laborando en estos nueve años por nuestro resurgir[74].

Poco más de un decenio más tarde, en noviembre de 1957, nuevamente en una coyuntura crítica, el Caudillo volvía a dirigirse a sus compañeros de armas para recordarles la función vital reservada al Ejército por su régimen y en consonancia con la más rancia tradición militarista y pretoriana de la historia española. Y lo hizo en el patio del Alcázar de Toledo, el emblemático lugar de uno de los episodios bélicos más apreciado por el Ejército franquista como símbolo de su valor y tesón:

> Si es transcendente cuanto hagamos para formar la unidad entre los hombres y las tierras de España, tiene igual o mayor transcendencia cuando lo aplicamos al Ejército. Es el Ejército la columna vertebral de la nación. Es la que une, sostiene y mantiene la rigidez de todo el conjunto. Por su médula corren las esencias vitales de los valores sagrados de la Patria. No es la cabeza que dirige y discurre, ni los otros miembros que orgánicamente la constituyen, sino la columna que la une y sostiene. Rota esta, el cuerpo se convertiría en un guiñapo[75].

Y por eso mismo, casi al final de su vida, en septiembre de 1975, volvió a dirigirse en el mismo sentido a una comisión de generales, jefes, oficiales y suboficiales de los tres ejércitos que acudieron a mostrarle su adhesión ante las dificultades afrontadas por entonces:

> Es para mí siempre una gran satisfacción el encontrarme con mis compañeros de la gran familia militar y mucho más en los tiempos que corremos, que exigen de todos la unidad y una mayor exactitud en el servicio, el no bajar la guardia y permanecer firmes en nuestro propósito de defender a España de este mundo atormentado. No somos indiferentes a los problemas de fuera que nos obligan a mantener nuestra posición serena y vigilante en constante vigilia[76].

Carisma y legitimidad política. El sustrato doctrinal del caudillaje

Por supuesto, esa construcción de un régimen caudillista de poder personal soberano y constituyente no era ni mucho menos una excepción insólita y singular de la historia española del siglo XX. Era, más bien, uno de los casos más definidos de los nuevos tipos de regímenes dictatoriales y personales surgidos en Europa durante la «era de los dictadores», que tuvo su eclosión principal en los años de guerras y entreguerras (1914-1945). Unos regímenes que, a diferencia de las previas dictaduras decimonónicas (ya monárquicas, ya militares), se configuraban mediante un proceso de «carismatización» de la autoridad personal y «en torno al culto al líder misionario y ejemplar destinado a rehacer la unidad nacional y conducir a su pueblo hacia una nueva era»[77]. Si bien sus raíces cabe buscarlas en el papel central que la idea de un líder fuerte y poderoso tiene en el pensamiento político occidental desde los tiempos de Alejandro Magno y César, su nueva modulación en los albores del siglo XX era deudora de las aportaciones de Thomas Carlyle (con su romántico elogio al líder heroico), Friedrich Nietzsche (con su teoría del superhombre dominador), Gustave Le Bon (con su postulado de una era de masas que demandaba grandes líderes conductores) y la escuela de politólogos que habían puesto en cuestión el fundamento meramente racional de los sistemas políticos liberales occidentales (desde Roberto Michels a Gaetano Mosca, pasando por Vilfredo Pareto)[78].

El triunfo de las democracias en la Gran Guerra de 1914-1918 no mitigó en absoluto esa tendencia a la personalización de la autoridad suprema en un líder carismático. Sobre todo porque los efectos disolventes de la contienda sobre fronteras, mentalidades y sociedades generaron el contexto para la aparición de una pléyade de nuevos dictadores «soberanos» portadores de «credos de redención nacional» y «evangelios de la violencia purificadora» por todo el continente: desde Lenin en la Rusia bolchevique en 1917 a Mussolini en la Italia fascista en 1922, pasando por el mariscal Pilsudski en Polonia en 1919, el almirante Horthy en Hungría en 1920 o el héroe militar Kemal Ataturk en Turquía en 1921, sin olvidar igualmente los «regímenes militares presidencialistas autoritarios» establecidos en todas las repúblicas bálticas y los estados balcánicos a partir de mediados de los años veinte y con posterioridad[79]. De hecho, la experiencia traumática de la guerra total recién terminada dejaría un pesado legado que haría de la época de entreguerras (1919-1939) una era de conflictos continentales agudamente percibidos por muchos contemporáneos y analistas como «una Guerra Civil europea», como un tiempo de violencias asumidas como necesarias y legítimas al servicio de sueños redentores de normalización reactiva (el retorno a la Arcadia perdida) o de superación revolucionaria (la construcción del Edén terrenal). En palabras certeras de Enzo Traverso:

> La Gran Guerra es una divisoria de aguas: con su estallido se acaba el «largo» siglo XIX y se abre una era de guerras civiles. […] la historia de Europa entre 1914 y 1945 es la de un continente desgarrado por una guerra civil. […] Tomó una forma política compleja, fragmentándose en numerosos conflictos entremezclados: capitalismo contra colectivismo, libertad contra igualdad, democracia contra dictadura, universalismo contra racismo. En otras palabras: primero un enfrentamiento entre el liberalismo y el comunismo, después entre la democracia y el fascismo, el fascismo y el comunismo, hasta el conflicto final de los fascismos aliados contra la alianza de las democracias liberales con el comunismo. […] Behemoth y Leviathan, los dos monstruos bíblicos del Libro de Job, el señor de las tierras y el señor de las aguas, no son tratados por Hobbes con un vasto rigor filológico. Son para él simples metáforas políticas de la anarquía y el orden, de la desobediencia y de la autoridad soberana, de la Guerra Civil y del Estado. […] En breve, la Europa de entre 1914 y 1945 tomó los rasgos de un gigantesco Behemoth, una era de caos y de guerra civil. Su marca antropológica ha sido la irrupción de la violencia y el temor en el espíritu de los hombres, en una época donde la muerte reencontraba su significado hobbesiano: la posibilidad de ser asesinado[80].

En ese contexto convulso, el fenómeno de la aparición de dictaduras tan novedosas y movimientos políticos afines había sido tan evidente que había

propiciado la formulación por Max Weber en 1921 de su concepto de «autoridad carismática» como uno de los tres tipos de «fundamentación legítima de la autoridad política» existentes. Weber utilizó el término «carisma» (del griego *charis,* traducido al latín como *gratia*) en su sentido original de cualidad especial y sobresaliente de una persona que parece investida de un don original, de una gracia particular y luminosa, que suscitaba devoción en los demás y reverencia ante sus pronunciamientos y decisiones. Y trasladó su uso desde los primeros ámbitos religiosos y sacros (el mago, el profeta, el apóstol) a los nuevos tiempos políticos para denotar con el término el aura de santidad e infalibilidad de los nuevos dirigentes autocráticos que recibían la «idolatría popular» y resucitaban en parte «el antiguo culto del soberano divinizado»[81].

El nuevo tipo de autoridad carismática weberiana se contraponía y codeterminaba con los otros dos tipos básicos registrados en la historia: la autoridad «tradicional» (que reposaba en la costumbre y el derecho consuetudinario, ya fuera de orden dinástico, hereditario o teocrático) y la autoridad «racional» (legalmente objetivada mediante normas e instituciones supraindividuales, ya fueran representativas condicionadas, plebiscitarias o liberales y democráticas). A juicio de Weber, la «dominación carismática» se basaba en la «entrega extraordinaria a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y del ordenamiento creado o revelado por esta persona». Y su contraste con las otras formas de legitimación derivaba de esa personalización extrema del fundamento del deber de obediencia a un mando único, sobresaliente y excepcional:

> En el caso de la dominación legal, la obediencia se presta a un ordenamiento legal impersonal y objetivo y a las personas establecidas por ese ordenamiento en virtud de la legalidad formal de sus órdenes y dentro del ámbito de esas personas. En el caso de la dominación tradicional se presta obediencia a la persona competente en virtud de la tradición y vinculada a la tradición en virtud de la lealtad personal. En el caso de la dominación carismática, se obedece al líder con cualidades carismáticas en cuanto tal en virtud de la confianza personal en su heroísmo, revelación, o ejemplaridad dentro del ámbito en el que se inscriba la creencia en el carisma de aquel[82].

Tomando como parámetro conceptual esa fecunda categoría weberiana, los tratadistas de la época y posteriores subrayarían la novedad de los nuevos regímenes carismáticos que concentraban todo el poder estatal en

una persona singular (el «poder personal» de Georges Burdeau) que era depositaria de la *plenitudo potestatis,* de manera vitalicia, sin limitación temporal y de manera incontestada. Se conformaba así un moderno dictador que, como subrayaba satisfecho el jurista Carl Schmitt en 1921, ya no era solo mero y clásico dictador «comisario» (limitado al desempeño de una misión) y necesariamente provisional por su interinidad, sino un verdadero dictador «soberano» y constituyente destinado a permanecer (porque era fuente de derecho y fundaba un nuevo régimen destinado a durar y pervivir) [83].

En definitiva, el nuevo dictador carismático definía una magistratura de poder absoluto excepcional e irrepetible precisamente por ese «carisma» que debe entenderse como cualidad del gobernante soberano ante la cual los gobernados se someten *de facto* y *de iure,* reconociéndole su legitimidad, su prestigio y su autoridad en función de su excepcionalidad y transcendencia para el país, la nación o el grupo considerado y afectado por su emergencia y cristalización. Era una especie de «inmenso César» de carne y hueso, portador de una «misión extraordinaria» por ser «el salvador» de una nación, pueblo o clase y la garantía de su «renacimiento»: el artífice y destinatario de unas nuevas formas de «religión política» civil o de una sacralización religiosa de la vida política[84]. Esa fue la novedosa doctrina de legitimación del poder omnímodo del fascismo italiano en la persona de Benito Mussolini, del nacionalsocialismo en la figura de Adolf Hitler e incluso del comunismo soviético en torno a Iósif Stalin, todos ellos modelos conocidos y difundidos mucho antes de que la guerra española creara el contexto para la aplicación de sus principios y postulados al caso de Franco[85].

A título de ejemplo ilustrativo de lo que significaba esa nueva legitimidad carismática como fuente de autoridad soberana, cabe recordar el grado de culto personal mitificado al *Duce* de Italia que generó el fascismo como parte central de su «religión política» civil y secular (según la formulación de Emilio Gentile). Ya en 1924 era glosado por la publicística oficial como «un hombre de excepción indudable» y «l'uomo segnato dal destino»[86]. En marzo de 1934 el órgano de las juventudes fascistas

proclamaba las virtudes míticas y sobrenaturales del «nuevo Dios de Italia» con estas fórmulas retóricas habituales hasta casi el final del régimen:

> Su figura descuella, ya monolítica, en la actualidad, en la historia, en las proyecciones hacia el porvenir, dominando hombres y cosas, como príncipe de los hombres de Estado, como genio de la Estirpe, como redentor de Italia, como romano, en la realidad y en el mito, de Roma imperial, como personificación y síntesis de la idea-Populus, como gran iniciado […]. Él siguió desde el principio la práctica del Héroe (que) parte solo a conquistar el mundo, que existe, antes y únicamente en sus elaboraciones del espíritu […]. Mussolini ha sido el Héroe en una luminosidad solar, es el Genio inspirador y creador: es el animador que arrastra y conquista; es Él: la entereza maciza del mito y de la realidad[87].

Para el caso posterior del nacionalsocialismo, resulta conveniente recordar los rasgos y contextos que, según el análisis antológico de Franz Neumann (ya en 1942), eran características esenciales de aquella «religión germánica» que respondía a un concepto de liderazgo político definido bajo la fórmula del *Führer Prinzip:*

> Adolf Hitler es el líder supremo. Combina las funciones de legislador supremo, administrador supremo y juez supremo. Es líder del partido, del ejército y del pueblo. En su persona están unificados el poder del Estado, el pueblo y el movimiento. […] Esa persona es *Führer* vitalicio. […] Es independiente de las demás instituciones. […] Es derecho lo que el *Führer* desea y la legislación emana de su poder. De modo semejante, el *Führer* encarna el poder administrativo, que es ejercido en su nombre. Es el jefe supremo de las fuerzas armadas y juez supremo e inapelable. Su poder es legal y constitucionalmente ilimitado. […] el liderazgo supremo no es una institución que regulen normas y precedentes ni un cargo de autoridad delegada, sino la investidura del poder en una persona, Adolf Hitler. La justificación de este principio es carismática: se basa en la afirmación de que el *Führer* está dotado de cualidades que no tiene el común de los mortales. De él emanan cualidades sobrehumanas que penetran en el Estado, el partido y el pueblo. […] En periodos de guerra civil, de perturbación religiosa y profundas conmociones sociales y económicas que producen miseria y dolor, los hombres son a veces incapaces –o se les hace deliberadamente incapaces– de percibir las leyes del proceso que les ha llevado a esa situación. Los estratos menos racionales de la sociedad buscan líderes. Como los hombres primitivos, buscan un salvador que elimine su miseria y les libre de la pobreza. Hay siempre un factor de cálculo, con frecuencia en ambas partes. El líder usa y realza el sentimiento de temor reverente; los secuaces se aborregan junto a él para alcanzar sus fines. La obediencia es un elemento necesario del liderazgo carismático, tanto la obediencia subjetiva –en cuanto carga onerosa– como la objetiva –en cuanto medio de exigir el cumplimiento del deber[88].

Las doctrinas de legitimación del poder de Franco en España hicieron uso abundante y profuso de esas teorías del poder carismático para justificar el caudillaje español de un «César divino de victoria fulminante» (en

palabras siempre hiperbólicas de Giménez Caballero). Pero, a diferencia de los casos precitados, esa conformación de un nuevo tipo de autoridad carismática en torno a la figura de un jefe militar que libra y gana una Guerra Civil tuvo, como hemos señalado, varios componentes confluyentes muy singulares: a) un inicial y básico aporte militar que apuntaló siempre su condición de Generalísimo que ostentaba «todos los poderes del Estado» por delegación expresa de sus compañeros de armas; b) un aporte religioso que le convirtió en Cruzado de la Fe de Cristo y «hombre providencial» ungido por Dios para regir la nación; y c) un aporte político que le situó como jefe Nacional del único partido oficial del régimen «solo responsable ante Dios y ante la Historia».

El resultado de la fusión en un «único mando» personal de esos poderes de legitimación de la autoridad de extracción tan diversa (militar, religiosa y política) y, sin embargo, tan complementaria, fue la atribución a Franco del título de «Caudillo de España», por suma conjunta de la voluntad del Ejército, por la Gracia de Dios administrada por la jerarquía católica y por derivación de la Jefatura del Partido Único estatal que agrupaba y organizaba a sus partidarios civiles. Un buen ejemplo de esa simbiosis en el plano propagandístico cabe apreciarlo en la portada del diario *ABC* (el de «mayor circulación de la España nacional») con ocasión del segundo aniversario del «Alzamiento Glorioso del Ejército», el 17 de julio de 1938. Su texto (que podría ser arquetipo de los homenajes de la prensa franquista en aquella ocasión) era toda una declaración de fe del combinado de nacionalcatolicismo, nacionalmilitarismo y nacionalsindicalismo cuyo vértice y clave de bóveda era la figura carismática del Caudillo invicto, providencial y omnisciente:

> Creemos en Dios. Creemos en España. Creemos en Franco.
> Esperamos en Dios. Esperamos en España. Esperamos en Franco.
> Amamos a Dios. Amamos a España. Amamos a Franco. […]
> Nuestra compenetración con el ideal de la Patria tradicional y unida, fiel al espíritu de los muertos gloriosos de la Cruzada, de sus mártires y de sus héroes, tiene hoy signo estricto, inequívoco, que nos viene señalado por la mano de Dios y por el propio Destino de España. Ese signo es Franco. Con Franco, con el Movimiento Nacional, que no solamente acaudilla, sino del cual es artífice, inspirador y creador, con cuanto Franco piensa, siente y quiere nos reiteramos solemnemente identificados este día 18 de julio al conmemorar la fecha en la que la fe y el amor patriótico del hombre providencial redimieron a España[89].

Por supuesto, el paso del tiempo no cambiaría el tono de la celebración pese a los cambios de contexto y al progresivo debilitamiento del tono carismático más exaltado y rotundo. A título ilustrativo, el 18 de julio de 1946 el diario *Extremadura* (Cáceres) llevaba en portada un retrato de Franco con el epígrafe de «Caudillo y Señor» que reiteraba sus cualidades excepcionales: «Franco, Capitán de la Victoria, Caudillo Nacional de la Falange, Generalísimo de los Ejércitos, jefe del Estado, es síntesis de la alta virtud española salvada en julio de 1936». Y 20 años después, con ocasión de la festividad del 1 de octubre de 1966, el mismo diario renovaba sus votos de lealtad al «Caudillo de España» en agradecimiento por los 30 años de paz y prosperidad logrados bajo su mandato y «pidiendo a Dios siga bendiciéndole en la alta tarea, conservando largos años su preciosa vida para bien de la Patria, a su mano confiada». Apenas dos años antes, con ocasión de una visita de legado pontificio a la basílica del Valle de los Caídos, centro neurálgico del culto al Caudillo en el franquismo, el almirante Carrero Blanco había reactualizado esa autoridad carismática de Franco con un resonante discurso muy difundido por la prensa española:

> La bondad divina, conmovida sin duda, por los merecimientos de tantos mártires (en la guerra civil), nos dio un Caudillo ejemplar que no solo nos condujo a la victoria del 1 de abril de 1939, sino que supo calar agudamente en el origen del mal para corregirlo en su raíz, asentando el futuro político de la patria sobre la fórmula salvadora de unir lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual. A él debemos los españoles nuestra libertad, nuestra paz interior y que nuestros hijos y nuestros nietos se eduquen en la Fe católica. Y a él debe el mundo libre el no ver hoy complicada su estrategia con un Estado comunista en la Península Ibérica, donde, como en el centro de Europa, gemiría también la Iglesia del Silencio. El mismo día en que nuestra guerra terminaba, el Caudillo promulgaba un decreto disponiendo la erección de un monumento destinado a perpetuar la memoria de los Caídos, que viniese a honrar a quienes dieron sus vidas por Dios y por la Patria y que sirviera de ejemplo a las generaciones venideras[90].

Como es lógico, esa cuidada presentación de la figura de Franco en la prensa española respondía al férreo control gubernativo de los medios de comunicación impuesto ya durante la Guerra Civil y a la consecuente campaña de promoción de su figura humana y política, bien vigilada por los organismos encargados de la propaganda oficial. A título de ejemplo, basta recordar el tenor de las «consignas a todos los periódicos» remitidas en noviembre de 1941 y diciembre de 1942 por la entonces Delegación

Nacional de Prensa con carácter de instrucción de obligatorio cumplimiento:

> Todos los periódicos deberán publicar, por lo menos, una fotografía del Caudillo en primer plano […]. Los periódicos dedicarán especialísima atención dentro de la importancia de los actos celebrados en el día de hoy al discurso pronunciado por el Caudillo que habrá de ser publicado íntegramente en la primera página. La composición del mismo ha de hacerse a toda plana en negrita y a un espacio superior a una columna[91].

El culto carismático del Caudillo español y su formulación jurídico-política

El consecuente culto a la personalidad de Franco como mitificado Caudillo de España se convirtió así en uno de los elementos centrales del aparato de propaganda del régimen y de su fundamentación sociopolítica. Una prueba evidente de la atención prestada a esa labor desde el primer momento son, aparte de las ya citadas instrucciones a la prensa escrita, las instrucciones oficiales dadas en mayo de 1937 a los noticiarios cinematográficos para que incluyeran al final de sus emisiones, a la par que se escuchaba el himno nacional, un retrato oficial de Franco. Un año después, la consigna al respecto fue más taxativa y reveladora de la voluntad de mitificar la figura del Caudillo como personaje casi divino: «Toda noticia dedicada al Caudillo o en la que él aparezca señaladamente, debe figurar en último lugar del noticiario y siempre, a ser posible, con un final de apoteosis»[92].

Pero al margen de la propaganda política de mayor o menor calidad y de las formulaciones de los dirigentes políticos y periodistas oficiales, la elaboración del consecuente cuerpo doctrinal legitimador quedó a cargo de un notable grupo de juristas que ocuparon mayormente las influyentes cátedras de Derecho político y Filosofía del Derecho de las universidades españolas (convenientemente depuradas de enemigos) y que dirigieron y coparon el nuevo Instituto de Estudios Políticos creado en 1939 para servir a esos mismos fines y propósitos[93].

Una de las primeras plumas en esa tarea fue el joven y prolífico jurista tradicionalista Francisco Elías de Tejada Spínola (1917-1978), quien pronto

sería catedrático en Salamanca y luego en Sevilla y Madrid. Apenas lograda la victoria en 1939, su folleto *La figura del Caudillo* afirmaba que el Caudillo era «esencialmente un jefe militar» triunfante, un «nuevo Alejandro», que «no tiene talón de Aquiles» y es «fuente de soberanía» porque «es el predestinado de Dios para regir una sociedad política en los momentos en que la normal organización de la misma no puede cumplir su misión». Y a tono con su filiación, reclamaba como soporte intelectual tanto la teología política católica (Donoso Cortés y Jaime Balmes) como los tratadistas modernos afines (Carl Schmitt y los fascistas italianos Cesarini Sforza y Carlo Costamagna)[94].

De manera paralela y contemporánea, otro jurista de filiación falangista formado en Bolonia, Juan Beneyto Pérez (1907-1994), emprendía también en 1939 una larga tarea de justificación doctrinal con el aval de Arrigo Solmi, ministro de Justicia de Mussolini. Su famoso libro titulado *El Nuevo Estado Español* subraya el origen militar del Caudillo como exigencia «del principio de unidad de mando» que había devenido «conductor en la guerra» y «conductor en la paz» porque es «jefe supremo y total» con una función principal: «gobernar no es solo ejecutar, sino mandar, legislar principalmente». Y terminaba recordando aprobatoriamente las palabras que había pronunciado el secretario general de FET y de las JONS, Raimundo Fernández Cuesta, en la celebración del segundo aniversario del Alzamiento Nacional en Valladolid el 18 de julio de 1938:

> El Caudillo no es un jefe de Gobierno ni un dictador vulgar. Es el jefe carismático, el hombre señalado por el dedo de la Providencia para salvar a su pueblo. Figura más que jurídica, histórica, filosófica, que escapa de los límites de la ciencia política para entrar en el de héroe de Carlyle o en el de superhombre de Nietzsche[95].

Ese mismo año de la victoria de 1939, una obra firmada por el propio Beneyto y José María Costa Serrano reiteraba la singular excepcionalidad providencial de la magistratura de Franco con estas palabras: «El Caudillo es la concepción total, y, como acumulador de las funciones históricas, legislador, juez, ejecutor supremo y jefe del Partido. Penetra toda la vida social y política»[96].

Entrado ya el año 1941, en pleno momento culminante de identificación del régimen con las potencias del Eje germanoitaliano beligerantes en la

Guerra Mundial, otro jurista de renombre con cátedra en Madrid, Luis Jordana de Pozas (1890-1983), publicaba en la revista del Instituto de Estudios Políticos un denso artículo sobre «El principio de unidad» que partía de una premisa tajante: «Si el poder es unitario, ha de encarnar en un solo hombre que lo ejerza de un modo efectivo y personal». Por eso encomiaba la decisión de la Junta burgalesa de 1936 de anular «la división de poderes» y traspasar «todos los poderes del Estado» a Franco, incluyendo a su juicio no solo la potestad legislativa y ejecutiva sino también «la función judicial» («aun cuando ese poder continúe ejercido por los jueces y tribunales»). La consecuente «institución» del «caudillaje», en la persona de Franco, era parte del proceso que estaban experimentando «los estados surgidos de las revoluciones nacionales» (Italia, Portugal y Alemania, expresamente mencionadas como términos análogos). Y, a tono con la filiación nacionalcatólica del autor, una de las ventajas del caso español era precisamente la calidad religiosa del Caudillo, evocada por una cita de un discurso pronunciado en el II Consejo Nacional de FET:

> Una sola autoridad legítima en su origen y en la vocación de su voluntad […] rige, con la ayuda de Dios, los destinos de España hacia la realización de su empresa histórica, acaudillando la Revolución Nacional[97].

Apenas un año después, en 1942, cuando el curso de la Guerra Mundial empezaba a tomar un cariz adverso para las potencias del Eje, otro jurista español falangista asumía la tarea de perfilar una «doctrina del caudillaje» para fundamentar la legitimidad de los poderes de Franco que se convertiría en canónica «pieza doctrinal» sobre el tema. Se trata de Francisco Javier Conde García (1908-1974), formado en Alemania bajo el magisterio de Carl Schmitt (al que tradujo al español) que sería catedrático de Derecho político en la Universidad de Santiago de Compostela y luego de Madrid hasta ingresar en 1946 en el servicio diplomático y disfrutar de una larga y distinguida carrera.

Francisco Javier Conde iba a ser, por antonomasia, «el teórico del caudillaje» (Alberto Reig Tapia) y «uno de los intérpretes más lúcidos del Nuevo Estado» (Ferran Gallego)[98]. Primero en artículos en el diario oficial de Falange, *Arriba,* y luego en formato de libro con un título resonante *(Contribución a la doctrina del caudillaje),* Conde subrayaba que

el caudillaje era una institución que suponía la fusión de la máxima voluntad de unidad de mando y de la fe en un hombre providencial legitimado carismáticamente (aun cuando esa legitimidad no excluyera, sino que asumiera, la tradición española). También remarcaba de manera oportuna que la victoria militar, como derecho de conquista apenas sublimado, era la mejor base legitimadora del poder y la autoridad carismática: «La forma militar del mando es el modo más preciso y practicable de asegurar la organización del poder, porque con ella se alcanza el más alto grado de rigor en los mandatos y de seguridad en la obediencia». No en vano, en su argumentación, «acaudillar es, ante todo, mandar legítimamente» (no mera dictadura provisoria, según la terminología de Schmitt), «acaudillar es mandar carismáticamente» (porque la excepcionalidad del caudillo genera devoción sin límite) y «acaudillar es mandar personalmente» (porque el poder en emergencias es indiviso para ser eficaz y no cabe limitar sus decisiones por ningún motivo formal). Y en justa apreciación de la necesidad de integración de otras culturas políticas afines (y de la incertidumbre de los tiempos venideros), Conde también añadía que la legitimidad carismática podía asumir y devenir en legitimidad tradicional gracias al proceso constituyente en curso (convocatoria de Cortes, posterior definición del Estado como «reino»…): «El predominio del elemento carismático en el caudillaje tampoco excluye el principio de legitimidad tradicional»[99].

Con menos aparato crítico pero igual convicción política, en ese mismo año de 1942, en pleno apogeo de la influencia nazi y fascista sobre el régimen español, un correligionario falangista explicaba en un sencillo manual la naturaleza de Salvador y Padre de la Patria del Caudillo por razón de su propia condición de guerrero victorioso e invicto, que le facultaba para emprender la senda de la regeneración palingenésica de una España redimida por la sangre y la espada de sus pecados contra Dios y la Historia:

> Cuando una Nación llega al Estado de descomposición a que había llegado la nuestra no tiene ya salvación si no es yendo a un cambio profundo y social, con una nueva concepción del Estado, o sea, una revolución nacional, y esta revolución nacional exige al frente de ella la figura, no del «líder» del partido democrático, ni de un jefe de Gobierno, ni siquiera la del dictador vulgar y conocido, sino la figura de un Caudillo, es decir, el jefe carismático (don gratuito que Dios concede con abundancia a una criatura), el hombre señalado por el dedo de la

> Providencia, que escapa de los límites de la ciencia política para entrar en la del «héroe sobrenatural» o en el del superhombre. […] El caudillaje es reverencia ante lo superior y surge por mandato de Dios reflejado en el suceder histórico, y por lo tanto el Caudillo nace solo, erguido sobre sus propios merecimientos, y cuando llega este momento es indiscutido e indiscutible. Se le acepta como Caudillo por la luz de su espada para vencer, por la claridad de sus decisiones parar juzgar, por la agudeza de su mirada para mandar y señalar rumbos, y el Destino dio a España este hombre excepcional en el más doloroso de todos los trances[100].

También 1942 fue testigo de la aparición de la segunda edición revisada de un texto doctrinal que trataba de definir, desde postulados católicos integristas, la especificidad del régimen español en el contexto internacional y como resultado de «la honda crisis de la democracia histórica». Su autor era Luis del Valle Pascual, catedrático de Derecho político en Zaragoza, y el título de su obra *Democracia y Jerarquía.* Era una tentativa de explicación del origen y estructura del régimen a partir de la idea de superación de «la democracia puramente formal, inorgánica y totalmente empírica de los forjadores del constitucionalismo», regímenes viciados por ser «democracias de masas, de mayorías numéricas, niveladoras e igualitarias, democracias de individuos».

Del Valle formulaba y recogía en su obra conceptos e ideas que habrían de tener amplia circulación en años posteriores, cuando la derrota del Eje se hubiera consumado y la victoria de las democracias occidentales obligase a reformular categorías definitorias del «Nuevo Estado Español». No en vano, postulaba la mayor eficacia de unos modelos de «democracias orgánicas», basadas en las formas sociales básicas (las corporaciones, familias, municipios clásicos) y articuladas por «una jerarquía de mandos» según «un principio justo de selección». A su frente estaría un «jefe del Estado» que fuera «la cúspide de esta selección de ciudadanos», surgido «mediante la voluntad expresa del Pueblo por aclamación entusiasta o votación plebiscitaria», que era así receptor de «su confianza plena y entera» y devenía «supremo jefe y director, Conductor y Guía de un Pueblo». Por supuesto, el mejor modelo de tal sistema era «el de la España actual, alrededor de la magna figura del Caudillo», un líder carismático y providencial que garantizaba «una más perfecta unidad de dirección y decisión soberanas». Un Caudillo, además, que por su historial y trayectoria «servirá el plan divino y se acercará a los designios de Dios»[101].

Un repaso exhaustivo a esa publicística jurídico-política generada por el propio régimen durante los años cruciales de la Guerra Civil y la Guerra Mundial obligaría a mencionar los trabajos de otros juristas o politólogos igualmente prestigiosos en mayor o menor medida (Luis Legaz Lacambra, Luis Sánchez Agesta, José Antonio Maravall, José Pemartín, Ignacio María de Lojendio, Juan Candela-Martínez, etc.)[102]. Pero esa ampliación del campo de mira apenas variaría el perfil del proceso de creación del carisma caudillista de Franco en sus distintos ámbitos de realización. Y tampoco alteraría el papel crucial que desempeñó en ese proceso la tríada de pilares institucionales que sostenía su régimen de autoridad personal y servían como dominios de escenificación ceremonial, ritual y simbólica de su triple condición de Generalísimo, hombre providencial y supremo *Pater Patriae* de contornos míticos por su excelencia sobrehumana[103].

El paso del tiempo y el cambio de contextos internacionales no modificarían sustancialmente esa doctrina oficial de legitimación carismática del régimen español, ni siquiera cuando la derrota de los fascismos y el breve ostracismo internacional sufrido por la dictadura más daño hicieron a sus credenciales jurídicas y políticas dentro y fuera de España. Aunque, eso sí, el paso del tiempo y mudanza de escenarios modificara y mucho la conceptualización de la naturaleza del régimen: y ahí tiene su lugar la transición sin traumas desde el Estado nacionalsindicalista que configura el *Fuero del Trabajo* (1938) a la democracia católica y orgánica que prescribe el *Fuero de los Españoles* (1945), a la monarquía católica, social y representativa de la *Ley de Sucesión* (1947) y al Estado de administración racional de obras y servicios que postula la *Ley Orgánica del Estado* (1967)[104].

La lectura de las formulaciones jurídicas oficiales posteriores a 1945 prueba esa persistencia del caudillaje bajo nuevos moldes institucionales y nuevos marcos conceptuales. En 1951, con la España de Franco en proceso de lenta rehabilitación en el contexto de la Guerra Fría, un joven jurista llamado Manuel Fraga Iribarne (1922-2012), que entonces era catedrático de Derecho político en Valencia (luego lo sería en Madrid), renovaba la fundamentación carismática tradicional con algunas dosis de validación tecnocrática y funcionalista más acorde con los nuevos tiempos vigentes (y

subrayando conscientemente su excepcionalidad y consiguiente irrepetibilidad). Su libro se titulaba *Así se gobierna España* y estaba destinado, principalmente, a los círculos internacionales occidentales en cuyo seno trataba de reintegrarse el régimen de manera parcial y tentativa, pero con creciente éxito:

> El pueblo español, en plena crisis de convivencia, había aceptado la suprema jefatura de Franco para que este derrotase militarmente al comunismo; pero, al mismo tiempo, le pedía que le constituyese políticamente, entregándole el más auténtico caudillaje, en el sentido propio de la palabra. Visto el fracaso de las asambleas para constituir al país desde la crisis de 1931, se deseaba que esta vez fuese un solo y verdadero caudillo el que diese nuevas leyes, nueva constitución a la comunidad. Como Solón, como Cromwell, como tantos otros héroes nacionales, el General Franco debía ser Padre de la Patria que la volviese a la normalidad y al orden. […] En la actualidad, el jefe del Estado asume al mismo tiempo la Presidencia del Gobierno y ocupa una situación más parecida a la de un Presidente de una República presidencialista que a la de un Regente. No olvidemos que su situación es propiamente la de una magistratura de emergencia. Es decir, que el mando de Franco supone una concentración extraordinaria de poderes para hacer frente a unas circunstancias difíciles; pero no un poder tiránico impuesto a la Nación, que le reconoció en todas las ocasiones por su caudillo[105].

Apenas una década más tarde, en 1961, otro catedrático de esa misma disciplina (en la Universidad de Oviedo) y similar protagonismo político posterior, Torcuato Fernández-Miranda Hevia (1915-1980), escribía un manual de texto muy difundido *(El hombre y la sociedad)* que sería una de las últimas formulaciones doctrinales del caudillaje adaptado a los nuevos tiempos del desarrollismo tecnocrático. Fernández-Miranda rescataba, desde luego, el magisterio de Weber y sus tres tipos de legitimidad política (racional, tradicional y carismática), pero la entroncaba con el pensamiento tradicional católico español y sus tres tipos de autoridad legal (por sucesión, por elección y por adquisición o conquista). Además, explicaba y justificaba el caudillaje con razones históricas y funcionalistas muy explícitas (y otra vez excepcionales e irrepetibles):

> Si en una situación de grave peligro, un buque se queda sin capitán y sin nadie que *normalmente* le sustituya, la persona que, en medio de la anarquía, fuera capaz de imponer su voz y su mando, se constituiría automáticamente, con toda legitimidad, en capitán del buque. De igual modo, la persona que, en situaciones de naufragio social, vacante y en situación de *nullius* el ejercicio de la potestad, es capaz de suscitar la *adhesión del pueblo* y constituirse en director o conductor del mismo, se constituye, excepcionalmente, pero con título legítimo indudable, en *Caudillo.* La doctrina expuesta es, en último término, la doctrina de la *conquista,* como origen legítimo del poder, de Santo Tomás de Aquino y de nuestros teólogos juristas españoles de

> nuestra Edad de Oro, Vitoria, Suárez, etc. Pues bien, a estos conceptos responde […] el *caudillaje,* establecido como una situación originaria de excepción. El proceso de permanente guerra civil, latente o expresa, de la vida española desde Fernando VII, se hunde en la anarquía en la Segunda República, que hizo inevitable la guerra civil. De ella surge, a través del Movimiento Nacional, *suscitado* por la adhesión de la España nacional, la figura del conductor o *Caudillo* de la Cruzada, en la persona de Francisco Franco[106].

Finalmente, ya en 1973, en plena fase crítica del tardofranquismo, veía la luz una obra influyente de José Zafra Valverde, miembro del Opus Dei y catedrático de Derecho Político en la Universidad de Navarra: *Régimen político de España.* Su autor reconocía sin ambages la singularidad de un régimen de «Caudillaje nacional» que confería a Franco «un cargo político en el que se concentra del modo más estricto la soberanía» y ello en «el doble sentido de la máxima potestad y la máxima autoridad» y sus derivaciones: «funciones de autoridad o control persuasivo, constituyentes, legislativas y de suprema administración, ejecutivas y jurisdiccionales». Tal concentración de facultades soberanas tenían su fundamento en una «legitimidad de origen» (la victoriosa defensa contra la revolución comunista iniciada por el ejército en julio de 1936) combinada con una «legitimidad de ejercicio» («Paz, progreso económico y justicia social son los tres conceptos en que se sintetiza el saldo favorable de la labor gubernamental»). Y esa doble legitimidad genética y efectiva se refrendaba por lo que el autor denominaba legitimidades «ductoria y sotérica», claves para entender el poder personal soberano y omnímodo de Franco:

> Pero luego está el hecho de la marcada personalización de la soberanía política, en que desde los comienzos ha estado el fulcro del sistema del régimen. […] Pues bien, a este respecto podríamos señalar dos formas o juicios de legitimidad política que han proyectado sus rayos estimulantes sobre una voluntad continuada de mando y una intención colectiva de consentimiento. Primero fue lo que bien podríamos llamar una legitimidad *ductoria* (del latín «ductor»: guía o caudillo); luego, y con bastante mayor fortuna, una legitimidad para la que proponemos el calificativo de *sotérica* (del griego «soter»: salvador)[107].

Pero las formulaciones doctrinales generadas por esos círculos, con todas sus variaciones y modulaciones, no podían ocultar (ni lo pretendían en verdad) la naturaleza profundamente antiliberal y antidemocrática de ese régimen caudillista, naturalmente[108]. Y tampoco podían eludir el mayor problema de todo régimen de poder personal carismático y excepcional: el problema de la sucesión del líder irrepetible por definición. Como bien

señalara Georges Burdeau: se trata de regímenes en los que «se sabe quién manda, pero se ignora quién tiene derecho a mandar» porque no pueden codificar carismáticamente «la sucesión de las personalidades en que se encarna la totalidad del Poder»[109]. Esa grave defecto de los regímenes de legitimación carismática les abocaba a un proceso rutinario de «institucionalización» que, como ya observara Max Weber, derivaba necesariamente en su transformación en otras formas de legitimidad, bien tradicional (recayendo en la monarquía o instituciones históricas similares), bien racional (recurriendo a la elección representativa en cualquiera de sus posibilidades).

Pese a que los juristas franquistas habían percibido el problema desde muy pronto (y la propia Ley de Sucesión de 1947 era un intento de cuadrar el círculo doctrinal), no fue hasta entrada la década de los años sesenta cuando se hizo cada vez más acuciante en virtud del propio envejecimiento del general Franco[110]. Para entonces, particularmente después de la intensa crisis gubernamental de octubre de 1969, la divergencia de criterios entre los juristas empezaría a reduplicar la propia divergencia de juicio entre los líderes políticos y sociales del franquismo.

Los continuistas (luego llamados inmovilistas) apostarían por mantener la esencia del régimen sin Franco, a través de las instituciones del régimen y con un monarca instaurado pero limitado en sus poderes por esos mismos órganos institucionales: «Después de Franco, las instituciones» (según la fórmula política acuñada en 1966 por Jesús Fueyo Álvarez, joven catedrático de Derecho político y director del Instituto de Estudios Políticos). Era la misma opción que el propio Franco, alentado por su *alter ego,* el almirante Luis Carrero Blanco, había contemplado desde el principio: «La sucesión del Movimiento Nacional es el propio Movimiento Nacional, sin mistificaciones»[111].

Los aperturistas (luego reformistas) comprenderían que no habría posibilidad de franquismo sin Franco y que el sucesor a título de rey (elegido ya en 1969) debería encabezar la transición hacia otras fórmulas de legitimación liberales y democráticas por voluntad o por fuerza. Tal sería la apuesta abierta de Fraga Iribarne antes de la muerte del Caudillo de naturaleza irrepetible: «la legitimidad democrática debe ser reconocida en la

elección por sufragio universal de una cámara representativa». También sería la apuesta más velada de Fernández-Miranda, extutor del rey y uno de los grandes artífices de un proceso transitorio «sin quiebra formal de la legalidad» pero con un final resolutivo: «La monarquía del 18 de julio carece de sentido. La monarquía no puede ser azul, ni falangista, ni siquiera puede ser franquista. […] La monarquía tiene que ser democrática»[112].

En todo caso, el problema de las alternativas a la sucesión, angustioso en los años 1973-1975 con Franco octogenario y progresivamente más incapacitado para ejercer regularmente sus funciones, no alteraría las bases de la legitimidad política de su caudillaje personal e irrepetible: «Mientras viviera el protagonista de toda una época de la historia de España, era imposible pensar en cambios sustanciales»[113]. Por eso mismo, ante los ojos de observadores internacionales poco dados a compartir las doctrinas del caudillaje carismático, el juicio político abrigado sobre Franco era mucho más claro y negativo. En 1959, poco después de la mencionada explicación de Fraga Iribarne sobre la naturaleza excepcional de los poderes franquistas y casi al mismo tiempo que la racionalización de Fernández-Miranda sobre su legitimidad de conquista, el embajador francés en España resumía para sus superiores en París el papel político del Caudillo con una fórmula lacónica y más próxima a la realidad esencial del fenómeno: Franco era lo más parecido a «un monarca absoluto y solitario»[114]. Aquel mismo año de 1959, un observador liberal y templado como era Salvador de Madariaga lo reiteraba de manera más taxativa y denunciatoria desde el exilio: Franco era un dictador autocrático a la par que «un reaccionario beato y cuartelero»[115]. Era una forma de señalar el persistente «pecado original» del franquismo como régimen de dictadura personal que ninguna doctrina jurídico-política podía ocultar ni deformar, a pesar de todos sus artificios retóricos verbales:

> La historiografía (también cabría decir la doctrina jurídica) franquista no ha querido nunca plantearse el que fue el gran problema del régimen de Franco: que careció siempre de verdadera legitimidad moral ante la conciencia liberal y democrática del mundo contemporáneo, por su origen (alzamiento militar, guerra civil) y por su naturaleza autoritaria y represiva[116].

[1] Cit. en M. Martorell, *Historia de la peseta,* Barcelona, Planeta, 2002, p. 219. Sobre el tema en general, véase el certero trabajo de J. M.ª de Francis Olmos, «Estudio de la tipología monetaria como documento propagandístico de la evolución política española», *Revista general de información y documentación* 15 (2), 2005, pp. 5-38.

[2] Proclama fechada el 23 de julio de 1936. Reproducida en J. E. Díez Hidalgo, *General Franco. Sus escritos y palabras,* Sevilla, Tipografía M. Carmona, 1937, pp. 75-76. El previo decreto citado, de 24 de julio de 1936, fue publicado por el *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional,* 25 de julio de 1936.

[3] Declaraciones al diario *O Século* de Lisboa, 13 de agosto de 1936. Reproducidas en J. García Mercadal, *Ideario del Generalísimo,* Zaragoza, Tipografía La Académica, 1937, pp. 42-43. Esas mismas declaraciones se recogen en J. E. Díez Hidalgo, *General Franco. Sus escritos y palabras,* p. 92.

[4] Decreto de 29 de septiembre de 1936, *Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional,* 30 de septiembre de 1936.

[5] El discurso de Franco se reprodujo en toda la prensa española de la zona insurgente con ligeras variantes. La reproducida aquí aparece en el *ABC* sevillano, 2 de octubre de 1936. *El Eco de Santiago* (1 de octubre 1936) señala que Franco dijo que sus «manos no temblarán al sujetar las riendas del Poder». Las recopilaciones de discursos de Franco con posterioridad reflejarían un discurso idéntico en fondo pero más elaborado en la forma («Me tengo que encargar de todos los poderes»): *Palabras de Franco,* Bilbao, Editora Nacional, 1937, pp. 9-10. Sin embargo, en los años siguientes seguiría citándose el discurso abreviado publicado por *ABC,* como permite comprobar el homenaje en el diario *Extremadura* (Cáceres) con ocasión del 1 de octubre de 1946.

[6] *BOE* del 22 de mayo de 1941.

[7] La importancia extrema de esta ley en la conformación del caudillaje franquista fue muy bien apreciada por muchos analistas. Pero procede citar especialmente al jurista italiano G. Mammucari, *Il Caudillo di Spagna e la sua successione,* Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1955.

[8] Al margen del apartado correspondiente de la canónica biografía de P. Preston (*Franco, Caudillo de España,* Barcelona, Grijalbo, 1994; reedición ampliada en Barcelona, Debate, 2015), cabe encontrar muy buenos análisis de este proceso de promoción propagandístico en los trabajos recientes de A. Reig Tapia, *Franco. El César superlativo,* Madrid, Tecnos, 2005; F. Sevillano Calero, *Franco, Caudillo por la Gracia de Dios,* Madrid, Alianza, 2010; L. Zenobi, *La construcción del mito de Franco,* Madrid, Cátedra, 2011; y A. Cazorla, *Franco. Biografía de un mito,* Madrid, Alianza, 2015.

[9] La propaganda falangista siempre hizo uso extensivo de la consigna en todas sus publicaciones: véase su publicación mensual titulada *FE. Doctrina Nacional-Sindicalista,* publicada en Zaragoza por la Jefatura Nacional de Prensa y Propaganda desde enero de 1937. Un repaso general al papel de la propaganda en el conflicto en A. Pizarroso (coord.), *Propaganda en guerra,* Salamanca, Consorcio, 2002.

[10] Meras ilustraciones de cada una de esas variaciones pueden verse en las portadas de estos diarios diversos: *Extremadura* (Cáceres), 18 de julio de 1940, 1 de abril de 1959 y 31 de marzo de 1962; *Arriba,* 7 de septiembre de 1943 y 8 de mayo de 1945; *El Alcázar* (Toledo) 22 de octubre de 1937; *ABC* de Sevilla, 1 de octubre de 1937; *El Heraldo de Aragón* (Zaragoza), 20 de abril de 1937.

[11] Recogido en J. Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española. Antología,* Madrid, Akal, 1987, p. 568.

[12] Padre González Menéndez-Reigada, *Catecismo patriótico español,* Salamanca, Establecimiento Tipográfico Calatrava, 1939, pp. 33 y 70. Hay una reedición comentada por el padre Hilari Raguer, Barcelona, Península, 2003.

[13] A. J. Onieva y F. Torres, *Enciclopedia Hernando. Grado Medio,* Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1953, p. 32.

[14] A. Álvarez Pérez, *Enciclopedia Álvarez. Primer Grado,* Valladolid, Miñón, 1964, p. 264.

[15] Cit. en F. Gallego, *El Evangelio Fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950),* Barcelona, Crítica, 2014, p. 492.

[16] G. Mammucari, *Il Caudillo di Spagna…, op. cit.,* pp. 17-18 y 26-27. Traducción propia.

[17] J. Ferrando Badía, *El régimen de Franco. Un enfoque político-jurídico,* Madrid, Tecnos, 1984, p. 54.

[18] J. Zafra Valverde, *El sistema político en las décadas de Franco,* Madrid, Grafite, 2004, pp. 14-15.

[19] M. Á. Giménez Martínez, «Del Caudillaje a la Monarquía del 18 de julio. Perfil jurídico-político de la Jefatura del Estado español durante el gobierno de Francisco Franco», *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* 36, 2014, pp. 437-466.

[20] Discurso del 29 de octubre de 1960. F. Franco, *Pensamiento político de Franco. Antología,* Madrid, Servicio Informativo Español, 1964, p. 79.

[21] *ABC,* 30 de diciembre de 1960. El discurso fue radiado y televisado a las 22:00 del 29 de diciembre.

[22] J. Corominas y J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico,* Madrid, Gredos, 2000, vol. 1, p. 928. M. Alonso, *Diccionario medieval español,* Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986, vol. 1, p. 654. M. Pérez González, *El latín de la cancillería castellana, 1158-1214,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1985, p. 193. G. Mammucari, *Il Caudillo di Spagna…, op. cit.,* pp. 19-20.

[23] L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático,* Caracas, Monte Ávila Editores, 1990, p. 165. La primera edición es de 1919.

[24] D. Irwin e I. Micett, *Caudillos, militares y poder. Una historia del pretorianismo en Venezuela,* Caracas, Universidad Católica, 2008, p. 18.

[25] C. Perea Moscoso, *El populismo en América Latina,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1990. H. M. Hamill (ed.), *Caudillos: Dictators in Spanish America,* Norman, University of Oklahoma, 1992. J. Lynch, *Caudillos en Hispanoamérica, 1800-1850,* Madrid, Mapfre, 1993. P. H. Lewis, *Authoritarian Regimes in Latin America. Dictators, Despots and Tyrants,* Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield, 2006.

[26] Cit. en S. G. Payne, *Los militares y la política en la España contemporánea,* París, Ruedo Ibérico, 1968, p. 32. Cfr., M. Ballbé, *Orden público y militarismo en la España contemporánea,* Madrid, Alianza, 1983.

[27] Véanse las voces «dictadura» y «partido» en J. Fernández Sebastián y J. Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español,* Madrid, Alianza, 2002. Cfr., J. Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista,* Madrid, Alianza, 1990; las contribuciones de Álvarez Junco y Martin Baumeister en L. Mees y J. M. Núñez Seixas (coords.), *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder,* Madrid, Tecnos, 2012; y las reflexiones de L. Ferrán Toledano, «El caudillaje carlista y la política de las partidas», *Ayer* 28, 2000, pp. 91-113.

[28] G. Nerín, *La guerra que vino de África,* Barcelona, Crítica, 2005, pp. 37, 45-46 y 64. Sobre la formación del ejército africanista véase también S. Balfour, *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939),* Barcelona, Península, 2002. Una visión

general y actualizada del impacto de la guerra marroquí en España en F. Villalobos, *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos,* Barcelona, Ariel, 2004.

[29] Véase sobre la publicación el estudio de R. Velasco de Castro, «De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario africanista de la *Revista de Tropas Coloniales* (1924-1936)», *El Argonauta Español* 10, 2013, disponible en [http://argonauta.revues.org/1590].

[30] Texto reproducido en J. Arrarás, *Franco,* Valladolid, Santarén, 1939, p. 140. L. Zenobi (*La construcción del mito de Franco, op. cit.,* pp. 62-64) subraya el contexto de este homenaje con acierto.

[31] A. Quiroga Fernández de Soto, «Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera», *Ayer* 91 (3), 2013, pp. 147-168. Del mismo autor, «Miguel Primo de Rivera. La espada y la palabra», en A. Quiroga y M. Á. del Arco Blanco (eds.), *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria,* Granada, Comares, 2010, cap. 2.

[32] J. F. García Santos, *Léxico y política de la Segunda República,* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, pp. 99-102.

[33] Declaración de octubre de 1933 reproducida en J. Zafra Valverde, *El sistema político en las décadas de Franco,* Madrid, Grafite, 2004, p. 13.

[34] Las conclusiones expresadas por García Santos habían sido apuntadas previamente por M. Á. Rebollo Torío, «Tanto jefe como caudillo son términos positivos en el lenguaje de la derecha», *El lenguaje de la derecha en la Segunda República,* Valencia, Fernando Torres, 1975, p. 83.

[35] I. Prieto, *Discursos fundamentales,* Madrid, Turner, 1975, pp. 257-258.

[36] Sobre el estallido de la contienda y su perfil militar, aparte de las clásicas obras de Ramón Salas Larrazábal, Michael Alpert y otros historiadores militares, contamos con actualizadas visiones globales gracias a G. Cardona, *Historia militar de una guerra civil,* Barcelona, Flor del Viento, 2006; J. Martínez Reverte, *El arte de matar. Cómo se hizo la Guerra Civil española,* Barcelona, RBA, 2009; y J. Matthews, *Soldados a la fuerza. Reclutamiento obligatorio durante la Guerra Civil,* Madrid, Alianza, 2013.

[37] Un repaso válido a esa cosmovisión del militar insurgente y franquista en J. C. Losada Malvárez, *Ideología del Ejército Franquista, 1939-1959,* Madrid, Istmo, 1990; y G. Jensen, *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2014. Su gestación previa entre las tropas africanistas se analiza sobradamente en G. Nerín, *La guerra que vino de África, op. cit.,* y S. Balfour, *Abrazo mortal…, op. cit.*

[38] *Boletín de la Junta de Defensa Nacional* del 30 de julio de 1936. Sobre la actuación de esos tribunales véase Jorge Marco, «"Debemos condenar y condenamos…". Justicia militar y represión en España (1936-1948)», en J. Aróstegui (coord.), *Franco: la Represión como sistema,* Barcelona, Flor del Viento, 2012, cap. V; y P. Anderson, *The Francoist Military Trials: Terror and Complicity,* Londres, Routledge, 2010.

[39] *Boletín de la Junta de Defensa Nacional* del 9 y del 25 de agosto de 1936.

[40] G. Nerín, *La guerra que vino de África, op. cit.,* pp. 133-141. Sobre esa fecunda cantera véase J. J. López Barranco, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005),* Madrid, Mare Nostrum, 2006.

[41] Una descripción reveladora de esta primera política informativa de los sublevados puede seguirse en P. Preston, *Idealistas bajo las balas. Corresponsales extranjeros en la Guerra Civil,* Madrid, Debate, 2007, cap. IV; H. García, *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la guerra civil,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, cap. II; y A. Cazorla, *Franco. Biografía del mito,* Madrid, Alianza, 2015, cap. II. Sobre Giménez Caballero véase M. Martín Gijón, *Los (anti)intelectuales de la derecha española*, Barcelona, RBA, 2011, cap. II.

[42] Palabras de C. Langa, «*ABC* de Sevilla, el diario de mayor circulación de la España nacional», en A. Checa, C. Espejo y M.ª J. Ruiz (coords.), *ABC de Sevilla. Un diario y una ciudad,* Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007, pp. 85-102.

[43] Ejemplos de ambas atribuciones de caudillaje en el ejemplar del 31 de julio (Queipo: «nuestro bravo caudillo») y del 5 de agosto de 1936 (Sanjurjo: «Los restos del caudillo fueron llevados a Estoril»).

[44] *ABC* de Sevilla, 30 de julio de 1936.

[45] R. Fernández de Castro Pedrera, *Vidas de soldados ilustres de la Nueva España,* Melilla, Gráficas Postal Exprés, 1937, p. 88. El autor era el cronista oficial de Melilla y había conocido personalmente a todos los mandos africanistas biografiados.

[46] Así se pronuncia J. García Mercadal en su *Ideario del Generalísimo, op. cit.,* pp. 42-43, que a la altura de marzo de 1937 ya tenía dos ediciones y había sido «visado por la censura».

[47] M. García-Pelayo, *Los mitos políticos,* Madrid, Alianza, 1981, p. 12.

[48] Una selección clásica de esos autores y obras en Lewis A. Coser y B. Rosenberg, *Sociological Theory. A Book of Readings,* Londres, Collier Macmillan, 1976; y T. Parsons (ed.), *Theories of Society. Foundations of Modern Sociological Theory,* Nueva York, Free Press, 1965.

[49] F. Gallego, *El Evangelio Fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950),* Barcelona, Crítica, 2014. I. Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid, Marcial Pons, 2003. A ellos cabría sumar, desde perspectivas más reducidas pero interesantes, el trabajo previo de J. Andrés-Gallego, *¿Fascismo o Estado Católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941,* Madrid, Encuentro, 1978.

[50] Una acertada exposición de esta panorámica debe mencionar a P. Preston, *Las derechas españolas en el siglo XX,* Madrid, Sistema, 1986; J. L. Rodríguez Jiménez, *La extrema derecha española en el siglo XX,* Madrid, Alianza, 1997; P. C. González Cuevas, *El pensamiento político de la derecha española en el siglo XX,* Madrid, Tecnos, 2005; J. Novella Suárez, *El pensamiento reaccionario español, 1812-1975. Tradición y contrarrevolución,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2007; y E. González Calleja, *Contrarrevolucionarios. La radicalización violenta de las derechas en la Segunda República,* Madrid, Alianza, 2011.

[51] J. Tusell, *Historia de la democracia cristiana en España,* Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1974, vol. I. J. R. Montero, *La CEDA: el catolicismo social y político en la Segunda República,* Madrid, Revista de Trabajo, 1977, 2 vols. A. Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil,* Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1995. G. Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista,* Valencia, Universidad de Valencia, 2012. F. Montero, *La Acción Católica en la Segunda República,* Alcalá, Universidad de Alcalá, 2008. J. M. Cuenca Toribio, *Nacionalismo, franquismo y nacional-catolicismo,* Madrid, Actas, 2008. M. Álvarez Tardío, «La CEDA: ¿amenaza u oportunidad?», en M. Álvarez Tardío y F. del Rey (eds.), *El laberinto republicano. La democracia española y sus enemigos (1931-1936),* Barcelona, RBA, 2012, cap. IV.

[52] R. Morodo, *Los orígenes ideológicos del Franquismo: Acción Española,* Madrid, Alianza, 1985. J. Gil Pecharromán, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria Alfonsina (1913-1936),* Madrid, Eudema, 1994. P. C. González Cuevas, *Acción Española: Teología política y nacionalismo autoritario en España,* Madrid, Tecnos, 1998; y «El sable y la flor de lis. Los monárquicos contra la República», en F. del Rey (ed.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República,* Barcelona, RBA, 2011, cap. VII.

[53] M. Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939,* Barcelona, Crítica, 1979. J. C. Clemente, *El carlismo en el novecientos español, 1876-1936,* Madrid, Huerga y Fierro, 1999. J. Canal, *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939,* Madrid, Marcial Pons, 2006; y «El carlismo en la II República», en M. Álvarez Tardío y F. del Rey (eds.), *El laberinto republicano,* cap. IX.

[54] J. M.ª Thomàs, *Lo que fue la Falange,* Barcelona, Plaza y Janés, 1999; y *Los fascismos españoles,* Barcelona, Planeta, 2011. F. Gallego y F. Morente (eds.), *Fascismo en España,* Barcelona, El Viejo Topo, 2005. F. Gallego, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español,* Madrid, Síntesis, 2005. I. Saz, *Fascismo y Franquismo,* Valencia, Universidad de Valencia, 2004. M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco,* Zaragoza, Institución Cultural Fernando el Católico, 2013.

[55] Ambas citas en F. Gallego, *El Evangelio Fascista…, op. cit.,* pp. 125 y 137.

[56] La cita de P. Sainz Rodríguez en J. Rodríguez Puértolas, *Literatura fascista española…, op. cit.,* p. 119.

[57] Palabras pronunciadas el 12 de enero de 1936. Recogidas en J. Arrarás, *Historia de la Segunda República,* Madrid, Editora Nacional, 1968, vol. 4, p. 13.

[58] J. A. Primo de Rivera, *Textos de doctrina política,* Madrid, FET y de las JONS, 1966, p. 929. Declaraciones de Gil Robles el 15 de abril de 1936 reproducidas en M. Álvarez Tardío, «La CEDA y la democracia republicana», en F. del Rey (ed.), *Palabras como puños…, op. cit.,* p. 416.

[59] E. Mola, *Obras completas,* Valladolid, Santarén, 1940, p. 1184 (discurso radiado del 13 de septiembre de 1936). El decreto de 25 de septiembre citado en el *Boletín* de 28 de septiembre de 1936. La aceptación de esa demanda militar de apoyo civil subordinado se relata bien en J. L. Orella, *La formación del Estado Nacional durante la guerra civil,* Madrid, Actas, 2001.

[60] G. Cardona, *Historia militar de una guerra civil, op. cit.* J. Martínez Reverte, *El arte de matar…, op. cit.* M. Seidman, *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la guerra civil,* Madrid, Alianza, 2012. J. Matthews, *Soldados a la fuerza…, op. cit.*

[61] Palabras de J. C. Losada en *Ideología del Ejército Franquista, 1939-1959…, op. cit.,* p. 25; G. Cardona, *El poder militar en el franquismo,* Barcelona, Flor del Viento, 2008, p. 18; y G. Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria…, op. cit.,* pp. 17, 31 y 56. La cita previa de Menéndez y Pelayo (de 1882) formaba parte de su libro *Historia de los heterodoxos españoles* y fue profusamente difundida en todo tipo de formatos. Uno de sus grandes divulgadores en los años treinta fue un prestigioso general, Jorge Vigón, que publicó una síntesis de la obra bajo el título de *Historia de España,* Madrid, Fax, 1934 (cita en p. 354).

[62] J. Matthews, *Soldados a la fuerza…, op. cit.,* pp. 140 y 144.

[63] Certeros análisis de ese proceso de construcción carismática en A. Reig Tapia, *Franco. El César…, op. cit.;* F. Sevillano, *Franco. Caudillo por la Gracia de Dios,* Madrid, Alianza, 2010; L. Zenobi, *La construcción del mito…, op. cit.;* y A. Cazorla, *Franco. Biografía…, op. cit.* También resulta de gran interés el estudio de Z. Box, *España, año cero: la construcción simbólica del franquismo,* Madrid, Alianza, 2010 (especialmente pp. 317-325).

[64] Así lo demostró P. Preston en su clásica biografía *Franco. Caudillo de…, op. cit.,* cap. VII. Y pese a su diferente enfoque y empatía, no contradice esa tesis el trabajo más reciente de S. G. Payne y J. Palacios, *Franco,* Madrid, Espasa, 2014.

[65] Palabras del catedrático de derecho Luis Jordana de Pozas, excolaborador de la dictadura primorriverista e integrante del catolicismo político, en «El principio de unidad y sus consecuencias políticas y administrativas», *Revista de Estudios Políticos* 3-4, 1941, pp. 621-640 y 33-53.

[66] Decreto de 19 de mayo de 1939. Reproducido en el diario *ABC,* 20 de mayo de 1939. Un análisis del desfile y sus preparativos en G. Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria…, op. cit.,* pp. 97-113. M. Platón, *Hablan los militares. Testimonios para la historia,* Barcelona, Planeta, 2001, pp. 12 y 15, recuerda que la exhibición fue «una de las mayores de su género celebradas en el mundo durante este siglo» y constituyó «la apoteosis del que había asumido para sí la denominación de Ejército Nacional» y de su «joven Generalísimo».

[67] El juicio de Gomá en sus informes confidenciales para el Vaticano de 24 de octubre y 9 de noviembre de 1936. M.ª L. Rodríguez Aisa, *El cardenal Gomá y la guerra de España,* Madrid, CSIC, 1981, pp. 32 y 36. Sobre la traumática experiencia de la Iglesia con la modernidad secular y la etapa republicana véase F. Lannon, *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España, 1875-1975,* Madrid, Alianza, 1987.

[68] Oración y contexto de la ceremonia analizados en G. Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria…, op. cit.,* pp. 109-118 (oración en p. 113). Las fuentes canónicas de esa concepción cristiana de la autoridad pública fueron bien expuestas por la obra clásica de W. Ullmann, *Historia del pensamiento político en la Edad Media,* Barcelona, Ariel, 2013 (ed. original de 1965). Su adaptación contemporánea en España puede verse en el trabajo ya citado de J. Novella y, también, F. Vallespín (ed.), *Historia de la teoría política,* Madrid, Alianza, 1995, vol. 1.

[69] Un reciente análisis de ese complejo proceso en J. M.ª Thomàs, *El gran golpe. El «caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con la Falange,* Barcelona, Debate, 2014. La cita de Turati en E. Gentile, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 218.

[70] D. Ridruejo, «La Falange y su Caudillo», *FE. Revista mensual de doctrina Nacional-Sindicalista* 4-5, 1938, pp. 35-38.

[71] A título de ejemplo, desde perspectivas jurídicas J. Zafra Valverde, *El sistema político en las décadas de Franco, op. cit.,* pp. 19 y ss., menciona las siguientes «fases de un Caudillaje»: de la Cruzada en guerra civil, de la Revolución en la segunda guerra mundial, del Principado desde 1947 y de la Resistencia en sus últimos años.

[72] E. Giménez Caballero, *España y Franco, s. l.,* Los Combatientes, 1938, pp. 14-15 y 29.

[73] Discursos ante las Cortes y ante el Consejo Nacional de FET, 17 de marzo y 17 de julio de 1943. F. Franco, *Franco ha dicho. Recopilación de las más importantes declaraciones del Caudillo desde la iniciación del Alzamiento Nacional,* Madrid, Carlos Jaime, 1947, pp. 53 y 57.

[74] Discurso del 16 de octubre de 1945, F. Franco, *Franco ha dicho…, op. cit.,* p. 109.

[75] Discurso del 5 de noviembre de 1957 en el Alcázar de Toledo con motivo de la celebración de las Bodas de Oro de la XIV promoción de Infantería, reproducido en *La Vanguardia Española*, 6 de noviembre de 1957.

[76] F. Franco, *Pensamiento político de Franco* (edición de 1975), vol. 2, p. 863.

[77] R. Eatwell, «Introduction: New Styles of Dictatorship and Leadership in Interwar Europe», *Totalitarian Movements and Political Religions* 7 (2), 2006, pp. 127-137. Cfr., G. Besier y K. Stoklosa, *European Dictatorships. A comparative history of the XXth Century,* Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, 2013; y A. Costa Pinto y A. Kallis (eds.), *Rethinking Fascism and Dictatorship in Europe*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.

[78] El contexto de ese proceso intelectual se describe en los análisis clásicos de H. S. Hughes, *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo, 1890-1930,* Madrid, Aguilar, 1972; K. D. Bracher, *The Age of Ideologies. A History of Political Thought in the XXth Century,* Londres, Methuen, 1984; G. L. Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the Two*

World Wars, Oxford, Oxford University Press, 1990; y M. Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo,* Barcelona, Ediciones B, 2001. Un útil compendio de textos clásicos sobre «Poder y Autoridad» en la obra ya citada de L. A. Coser y B. Rosenberg (eds.), *Sociological Theory…, op. cit.,* cap. V.

[79] Una panorámica actualizada de ese proceso en J. W. Borejsza, *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945,* Madrid, Siglo XXI de España, 2002; S. J. Lee, *Dictaduras europeas, 1918-1945,* Madrid, Servidoc, 2004; M. Kitchen, *El periodo de entreguerras en Europa,* Madrid, Alianza, 1992; y J. Casanova, *Europa contra Europa, 1914-1945,* Barcelona, Crítica, 2011.

[80] E. Traverso, *A sangre y fuego. De la Guerra Civil europea, 1914-1945,* Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 37, 40 y 195-198.

[81] Palabras de L. Cavalli, *Carisma. La qualitá straordinaria del leader,* Roma, Laterza, 1995, pp. 6-7 y 83-84. En el mismo sentido, véase Ch. Lindholm, *Carisma,* Barcelona, Gedisa, 2012; y R. Eatwell, «The Concept and Theory of Charismatic Leadership», en *Totalitarian Movements and Political Religions* 7 (2), 2006, pp. 141-156.

[82] Una versión española del estudio de Weber, traducido y anotado por Joaquín Abellán, se publicó bajo el título *Sociología del poder. Los tipos de dominación,* Madrid, Alianza, 2007 (citas en p. 75). En realidad, corresponde al capítulo III de su magno estudio *Economía y Sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

[83] C. Schmitt, *La dictadura,* Madrid, Alianza, 2013. La primera edición alemana del texto es de 1921, el mismo año de formulación del concepto de «autoridad carismática» de Weber. El concepto de «poder personal» de Burdeau (reformulado ya después de 1945) se expone en J. Ferrando Badía, «Las formas históricas de poder político y sus legitimidades», *Revista de Estudios Políticos* 138, 1964, pp. 85-121.

[84] Palabras de L. Cavalli, *Carisma…, op. cit.,* pp. 84-85.

[85] I. Kershaw, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich,* Barcelona, Paidós, 2003. L. Passerini, *Mussolini immaginario. Storia di una biografía, 1915-1939,* Bari, Laterza, 1991. S. Davis y J. Harris (eds.), *Stalin. A New History,* Cambridge, Cambridge University Press, 2005. R. Overy, *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* Barcelona, Tusquets, 2006.

[86] Palabras del periodista exsocialista T. Nanni citadas en R. De Felice y L. Goglia, *Mussolini. Il Mito,* Roma, Laterza, 1983, pp. 112-113.

[87] Reproducido en E. Gentile, *El culto del Littorio…, op. cit.,* pp. 219-220.

[88] F. Neumann, *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 108-109 y 121.

[89] *ABC,* 17 de julio de 1938, p. 23. Veáse C. Langa, «*ABC* de Sevilla, el diario de mayor circulación de la España nacional», en A. Checa, C. Espejo y M. J. Ruiz (coords.), *ABC de Sevilla…, op. cit.,* pp. 85-102.

[90] Discurso ante el cardenal Cicognani, 28 de enero de 1964, *ABC,* 29 de enero de 1964.

[91] Instrucciones reproducidas por L. Zenobi, *La construcción del mito de Franco…, op. cit.,* pp. 126-127.

[92] L. Zenobi, *La construcción del mito de Franco, op. cit.,* p. 141.

[93] N. Sesma Landrín, *Antología de la Revista de Estudios Políticos,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010. B. Rivaya, *Filosofía del Derecho y primer franquismo,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998. M. Eiroa San Francisco, «Palabra de Franco. Lenguaje político e ideología en los textos doctrinales», en C. Navajas y D. Iturriaga (eds.), *Coetánea. Actas del III congreso internacional de historia de nuestro tiempo,* Logroño, Universidad

de la Rioja, 2012, pp. 71-88. J. Claret Miranda, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945,* Barcelona, Crítica, 2006. Según este autor (pp. 352-353), la plantilla de catedráticos existente en 1935 quizá se redujo en la mitad como consecuencia de las muertes, expulsiones y salidas al exilio. En las facultades de Derecho, la reducción afectó a 27 catedráticos y 28 profesores.

[94] F. Elías de Tejada, *La figura del Caudillo. Contribución al derecho público nacionalsindicalista,* Sevilla, Ateneo de Sevilla-Tipografía Andaluza, 1939, 48 pp.

[95] J. Beneyto Pérez, *El Nuevo Estado Español. El régimen nacional-sindicalista ante la tradición y los demás sistemas totalitarios,* Madrid, Biblioteca Nueva, 1939, pp. 113, 115-116, 165 y 168. A juicio certero de Ferran Gallego, la obra era «uno de los más importantes textos de la época» (*El Evangelio Fascista…, op. cit.,* p. 595).

[96] J. Beneyto y J. M. Costa Serrano, *El Partido. Estructura e historia del derecho público totalitario,* Zaragoza, Hispania, 1939, p. 153.

[97] L. Jordana de Pozas, «El principio de unidad y sus consecuencias políticas y administrativas», *Revista de Estudios Políticos* 4, 1941, pp. 41-44.

[98] A. Reig Tapia, *Franco. El César superlativo, op. cit.,* p. 191; F. Gallego, *El Evangelio Fascista…, op. cit.,* pp. 553 y 617.

[99] F. J. Conde, *Contribución a la doctrina del Caudillaje,* Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942, pp. 17, 23, 31 y 34. Los artículos previos fueron publicado por *Arriba* entre el 4 y 8 de febrero de 1942.

[100] F. Moret Messerli, *Conmemoraciones y fechas de la España nacional-sindicalista,* Madrid, Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET, 1942, pp. 71-72.

[101] L. del Valle Pascual, *Democracia y Jerarquía,* Zaragoza, Atheneum, 1942, pp. 9, 162-164, 218 y 239. La primera edición de la obra era de 1938.

[102] Todos ellos aparecen y se analizan, en mayor o menor grado, en F. Gallego, *El Evangelio Fascista…, op. cit.;* I. Saz, *España contra España…, op. cit.;* A. Reig Tapia, *Franco. El César superlativo, op. cit.;* B. Rivaya, *Filosofía del Derecho y primer franquismo, op. cit.;* J. M. Cuencua Toribio, *Nacionalismo, franquismo…, op. cit.*

[103] El título de «Padre de la Patria» había sido asumido por Julio César poco antes de su asesinato. Augusto también lo asumiría a instancias del Senado y del Tribunado del Pueblo como uno más de sus títulos de autoridad soberana.

[104] Un actualizado análisis de la evolución institucional en M. Á. Giménez Martínez, *El Estado franquista. Fundamentos ideológicos, bases legales y sistema institucional,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014. Una introducción al debate sobre «la naturaleza del franquismo» en E. Moradiellos, «Franco y el franquismo en tinta sobre papel: narrativas sobre el régimen y su caudillo», en J. Casanova (dir.), *40 años con Franco,* Barcelona, Crítica, 2015, cap. IX. Jorge Novella analiza bien la transición ideológica franquista desde los tiempos de Conde a las formulaciones finales de Gonzalo Fernández de la Mora en *El pensamiento reaccionario español…, op. cit.,* caps. XII-XIII.

[105] M. Fraga Iribarne, *Así se gobierna España,* Madrid, Oficina de Información Diplomática, 1951, pp. 36-37 y 54.

[106] T. Fernández-Miranda, *El hombre y la sociedad,* Madrid, Ediciones Doncel-Delegación Nacional de Juventudes, 1963 (4.ª ed.), pp. 190.

[107] J. Zafra Valverde, *Régimen político de España,* Pamplona, Universidad de Navarra, 1973, pp. 164-167, 195 y 200.

[108] I. Saz, «Franco, ¿Caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del Caudillaje franquista», en I. Saz, *Las caras del franquismo,* Granada, Comares, 2013, cap. VII, pp. 113-133.

[109] C. en J. Ferrando Badía, «Las formas históricas de poder político y sus legitimidades», *op. cit.,* pp. 97 y 112.

[110] L. Sánchez Agesta lo mencionaba expresamente en su conocido manual *Lecciones de Derecho Político,* Granada, Librería Prieto, 1959, p. 471. El contexto político de ese debate crucial se presenta en Á. Soto Carmona, *¿Atado y bien atado? Institucionalización y crisis del franquismo,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2005; C. Palomares, *Sobrevivir después de Franco. Evolución y triunfo del reformismo, 1964-1977,* Madrid, Alianza, 2005; y C. Molinero y P. Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977,* Barcelona, Crítica, 2008.

[111] Declaraciones de Franco al director del diario *Arriba,* 23 de enero de 1955. Cit. en J. Zafra Valverde, *El sistema político en las décadas de Franco, op. cit.,* p. 395. La fórmula de Fueyo se publicó en el diario *Pueblo,* órgano de la Organización Sindical franquista. Se reproduce en R. Carr y J. P. Fusi, *España, de la dictadura a la democracia,* Barcelona, Planeta, 1979, p. 236.

[112] Los juicios de Fernández-Miranda (del año 1973) en P. Fernández-Miranda y A. Fernández-Miranda, *Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández-Miranda y la Reforma Política,* Barcelona, Plaza y Janés, 1995, pp. 17 y 55-56. La previa declaración de Fraga se reproduce en R. Carr y J. P. Fusi, *España, de la dictadura a la democracia, op. cit.,* p. 266. Cfr., N. Sesma Landrín, «Franquismo, ¿Estado de Derecho? Notas sobre la renovación del lenguaje políticos de la dictadura durante los años 60», *Pasado y Memoria* 5, 2006, pp. 45-58.

[113] Declaración de uno de los miembros del último gobierno de Franco en 1976. Reproducida en R. Carr y J. P. Fusi, *España, de la dictadura a la democracia, op. cit.,* p. 236.

[114] Palabras de un informe confidencial de Guy de la Tournelle en octubre de 1959. Reproducido en Á. Fleites Marcos, *De Gaulle y España,* Avilés, Azucel, 2009, p. 152.

[115] S. de Madariaga, *General, márchese usted,* Nueva York, Ediciones Ibéricas, 1959, p. 10.

[116] J. P. Fusi, *Franco. Autoritarismo y poder personal,* Madrid, El País, 1985, p. 15.

II. FRANCO EN LOS CUARTELES. EL GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS

Manuel Ros Agudo

Resulta claro que en la figura histórica de Francisco Franco el componente militar fue el aspecto esencial de su identidad y la base de su poder político. Lo militar determinó su formación, su mentalidad y por tanto su personalidad y realizaciones. Su victoria en una Guerra Civil determinó su poder político indiscutido durante cerca de cuatro décadas. La milicia le proporcionó una visión de la historia de España, en la que la Ilustración, la masonería y el liberalismo eran los tres responsables de sus desgracias y decadencia de la patria. De ahí nació su desconfianza hacia los políticos profesionales y los intelectuales, y resultante de todo ello, la creencia en la superioridad militar sobre la vida y el poder civil. Concibió la carrera militar como servicio, obediencia y mando. Cuando las circunstancias lo elevaran a lo más alto del poder político y militar a partir de 1939 siguió considerando esa experiencia más como mando que como poder, exigiendo de todos, militares y civiles por igual, una absoluta disciplina y obediencia. Franco fue un militar convertido en dictador, pero no fue un líder fascista. Para comprender su dictadura es esencial analizar una serie de aspectos militares: cómo se desarrolló su carrera antes de 1936, cuál fue su capacidad como general en jefe durante la Guerra Civil, su actuación durante la Segunda Guerra Mundial. Finalmente qué peso y papel tuvieron las Fuerzas Armadas como sustentadoras de su régimen.

La carrera militar de Franco estuvo marcada por un hecho trascendental, una sima, una frontera que establece un «antes» y un «después» en su vida profesional: el 18 de julio de 1936 y la Guerra Civil que siguió.

Antes de 1936 el centro de la vida de Franco había estado en desarrollar su carrera militar y en obtener una serie de ascensos por méritos de guerra a un ritmo verdaderamente vertiginoso. Conviene subrayar que fue hasta entonces un militar puramente profesional, nada politizado. Partiendo de teniente en 1912 fue ascendiendo a lo largo de catorce años de intensa vida en campaña, hasta llegar al generalato en 1926. La prensa del momento lo mimaba como el general más joven de Europa, con 33 años de edad, pero

antes había sido el comandante, el teniente coronel y el coronel más joven promovido en España. Con su ascenso a general se le premió por su brillante actuación en el desembarco de Alhucemas y la rápida campaña posterior que puso fin a la guerra de Marruecos.

Francisco Franco era hijo de un aposentador de la Armada, nacido en 1892 en la base naval de El Ferrol. Procedía de una familia vinculada de siempre a la Marina, y por ello el joven Franco trató primero de obtener plaza en la Escuela de Guerra Naval, pero sin éxito. Tras la guerra hispanonorteamericana de 1898 y el desastre de Cuba, la Armada carecía de unidades para reemplazar a las hundidas, no tenía presupuesto y la Escuela Naval tuvo que cerrar temporalmente.

Un Franco adolescente optó entonces por el Ejército de Tierra y en 1907 entró en la Academia de Infantería de Toledo. Con solo catorce años Franco era un cadete de baja estatura, delgado y de voz aflautada, que por ello y su manera de ser reservada debió de sufrir más de una inocentada por parte de sus compañeros[1]. Por entonces le empezaron a llamar Franquito, apelativo que hacía referencia a su escasa corpulencia y que nunca le gustó. En la Academia pasó cinco años recibiendo nociones básicas de táctica y estrategia, instrucción y mucha historia militar, un reflejo de las gloriosas campañas de España en el pasado. Parece ser que le interesó sobretodo la logística y organización de los ejércitos en campaña. Como cadete no destacó en especial en ninguna materia y se graduó con un puesto en su promoción más que modesto: el 251 sobre el total de 312 aprobados. Entre sus compañeros estaban Juan Yagüe, Camilo Alonso Vega, Heli Rolando de Tella y Eduardo Sáenz de Buruaga.

La experiencia de la guerra de África

Recién graduado en el verano de 1912 no optó, como muchos compañeros, por la vida fácil y aburrida de cuartel pidiendo un destino peninsular. Acompañado de su inseparable primo «Pacón», Franco Salgado-Araujo, pidió plaza en un Regimiento de Regulares en Marruecos, el único lugar donde España estaba librando una guerra abierta. En esta temprana decisión de Franco se aprecia su persecución de un objetivo perfectamente

claro desde un principio: lograr una brillante carrera militar a base de ascensos por méritos de guerra allí donde podían ser concedidos. Es más, en líneas generales siempre prefirió un ascenso a una condecoración. Para lograr los ansiados ascensos Franco se convirtió en un experto conductor de columnas, exponiéndose continuamente al fuego enemigo de los rifeños, y dando prueba de su valor en una guerra singular de carácter colonial con frentes movedizos.

Desde la formación en 1912 del Protectorado de España en Marruecos, España estaba obligada por los acuerdos suscritos con Francia, a establecer un control efectivo militar sobre el territorio a ella asignado. Era el paso previo a la labor propiamente protectora, que consistía en preparar a la región, mediante el desarrollo económico y educativo, para una futura independencia en un distante futuro. Pero el control militar de la zona, a pesar de que no era muy extensa en superficie, chocó desde el primer momento con la rebeldía armada de los líderes rifeños y de otras cabilas, por naturaleza poco inclinados a someterse a poder alguno, ni siquiera al del propio sultán.

Sin embargo, este era el escenario más propicio para un joven oficial con valor y ambiciones. Fueron estos los años decisivos, entre 1912 y 1926, en los que Franco aprendió las tácticas de una cruel guerra colonial, guerra de columnas y pequeñas escaramuzas, avances y retiradas. En cualquier caso se trataba de una guerra que tenía poco que ver con la guerra moderna, en la que no se llegaron a aplicar las enseñanzas obtenidas de la Primera Guerra Mundial.

En junio de 1916, Franco, tras ser herido en combate en la zona de Biutz con una peligrosa herida en el abdomen y permanecer en su puesto hasta lograr su objetivo, trató de obtener la más alta condecoración al valor, la Cruz Laureada de San Fernando. Sin embargo el juicio contradictorio establecido por un consejo de generales no le fue favorable. Tuvo que esperar muchos años y ganar toda una Guerra Civil para que los compañeros de la Orden, a propuesta del bilaureado general Varela, se la concedieran por fin en mayo de 1939. En compensación en 1917 obtuvo del rey Alfonso XIII por mediación del general Berenguer el ascenso a comandante.

En estos primeros años Franco, siempre al mando de regulares indígenas, se convirtió en un hábil oficial, rodeado de un aura de valentía y «baraka» o buena suerte, muy apreciada tanto por sus subordinados moros como por sus superiores. En 1920 durante unos ejercicios de tiro en Carabanchel conoció a Millán Astray, que estaba por entonces dando forma a lo que pronto iba a ser la Legión o Tercio de Extranjeros. Una unidad de elite, nutrida de voluntarios extranjeros, siguiendo el modelo francés ya existente en Argelia. Millán ofreció a Franco el puesto de segundo al mando de la Legión convirtiéndose en su gran organizador. Dentro del ejército de Marruecos la Legión se transformó en la punta de lanza de la llamada mentalidad africanista que se basaba en los siguientes principios:

– obediencia ciega;
– sentido mítico de la muerte;
– superioridad de los valores militares sobre los civiles;
– incomprensión ante los movimientos obreros y los nacionalismos periféricos[2].

Y realmente la guerra de Marruecos fue formando en los años veinte a todo un grupo de militares, los africanistas, unidos por una experiencia y una serie de valores comunes (Mola, Varela, Yagüe, Asensio…, por su puesto el propio Franco), que años más tarde se conjurarían para alzarse contra una República a la que veían en caída libre hacia la revolución. Partirían para ello de la ventaja de conocerse todos ellos desde antiguo como miembros de esa elite de los africanistas, en oposición al grupo más extenso de los peninsulares, oficiales de cuartel sin la experiencia africana. A este respecto tenemos el testimonio del propio Franco:

> Mis años de África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos redime. Sin África yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas[3].

Mientras tanto el comandante de la Legión Francisco Franco, mimado por la prensa y por el rey Alfonso XIII, se fue haciendo un oficial muy conocido dentro y fuera del Ejército. En 1922 publicó su primer libro *Diario de una Bandera,* donde relataba sus recientes campañas como oficial

legionario. Fue todo un éxito editorial que sin duda ayudó a incrementar su popularidad en una España necesitada de héroes tras el desastre de Annual de apenas un año antes. Por ello entre 1924 y 1929 se le requirió como director de la *Revista de Tropas Coloniales.* En ella publicó varios artículos siempre defendiendo la certeza de la victoria y la validez de la guerra de Marruecos como único banco de pruebas donde foguear a soldados y oficiales.

Franco participó a regañadientes en la retirada de 1924 ordenada por el dictador Primo de Rivera, pero antes trató de convencerlo de lo erróneo de aquella estrategia abandonista. Primero mediante encuentros personales y luego con artículos como este, aparecido en abril de aquel año, donde destaca el buen diagnóstico:

> Por mucho que queramos definir el protectorado marroquí, por mucho que ansiemos la paz en Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos. No es posible permanecer quietos desempeñando la eterna parodia de un protectorado, que para ejercerse necesita autoridad y fortaleza […].

Pero también la insolencia final de que el entonces indeciso mando dejara paso a los verdaderos profesionales:

> No es la guerra oficio de pasivos; en ella encarnan la actividad y la energía, la iniciativa y la voluntad, y los que no sientan en la campaña la actividad del bien obrar, los que encubran tras de suicida pasividad su indecisión e ignorancia, los que no acierten a vislumbrar tras el empeño el resplandor de la victoria, o se sientan sobrecogidos por la responsabilidad o el temor, recuerden la máxima napoleónica que dice: «la guerra es un juego serio en el cual se puede comprometer la reputación y el país, y cuando se es razonable se debe sentir y conocer si se ha nacido o no para el oficio» y dejen paso a los más aptos o capaces […][4].

Pese a la oposición de criterio de muchos oficiales africanistas la retirada ordenada por Primo de Rivera se llevó a cabo y se hizo con una precisión modélica. Además tuvo una virtud entonces no sospechada. Condujo al eufórico líder rifeño Abd el-Krim a cometer un error descomunal. El de creer que los españoles estaban ya acabados y la campaña decidida a falta tan solo de derrotar a los franceses. Este sería el comienzo de su final. El ataque rifeño a la zona francesa llevó a una colaboración militar francoespañola, que en septiembre de 1925 culminó en el desembarco en la bahía de Alhucemas. Franco, ya como coronel de la

Legión, participó brillantemente en este desembarco decisivo, que marcó la fase final de la rebelión rifeña. El ascenso a general, que llegó por fin en 1926, no le permitió a Franco estar presente en los meses finales de la campaña francoespañola en Marruecos. Se encontraba en Madrid al mando de una brigada.

Pero tenía sobradas razones para darse por satisfecho. A sus 33 era entonces según se dijo el general más joven de Europa. En su meteórica carrera había influido, no cabe duda, su valor y determinación ante el enemigo rifeño, pero también el sistema de ascensos por méritos de guerra y el favor real. Franco fue quizá el militar que supo aprovecharse mejor del sistema o que fue más favorecido por él. Algunos compañeros envidiosos le afearon los ascensos criticando que no hubiera hecho los cursos de comandante o el de general, por las carencias que esto pudiera provocar en el futuro.

Precisamente al sistema de ascensos por méritos se opuso rotundamente el movimiento de las llamadas Juntas de Defensa, activo entre 1917 y 1922, proponiendo en cambio que los ascensos fueran por estricta antigüedad para evitar favoritismos. Cuando llegó la Segunda República el tema fue retomado por el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, con intención de revisar todos los ascensos efectuados durante la Dictadura. Franco se pasó 18 meses esperando desde junio de 1931 a que la comisión determinara si regresaba o no al empleo de coronel. Finalmente se le hizo retroceder 24 puestos en la escala de generales de brigada, compuesta de un total de 36[5]. Suficiente para que la animadversión por Azaña y la República fuera aumentando en Franco.

Pero por entonces, en 1926, el joven general Franco era todavía un militar que no se metía en política. Se mantuvo totalmente ajeno a las conspiraciones contra Primo de Rivera, ya fueran de signo constitucionalista (volver al sistema parlamentario de los viejos partidos, anterior a 1923) o de signo republicano, que empezaron a formarse. Por esta razón y por ser un militar fogueado en África, enérgico y de gran prestigio, Primo de Rivera lo eligió como director de la Nueva Academia General Militar abierta en Zaragoza en 1928. El objetivo era que haciendo tres años de Academia General, más dos de especialización, todos los cadetes se

formaran en un solo espíritu común al Ejército, evitando las antiguas rivalidades entre distintos cuerpos y armas, como Artillería, Ingenieros, Caballería o Estado Mayor. Franco aceptó el encargo con gran ilusión y entrega, situando como profesores de la Academia a muchos de sus antiguos compañeros en África, entre los que destacó Miguel Campins.

La Segunda República

La Academia General fue un experimento nuevo, producto de la política militar de la Dictadura, que trató de inculcar en los cadetes una firme adhesión al monarca, una rígida disciplina y una obediencia ciega. Como tal no fue del agrado del nuevo régimen republicano, ni especialmente de su ministro de la Guerra, Manuel Azaña, que aspiraba a democratizar y republicanizar al Ejército. Por todo ello la Academia General fue cerrada por decreto en junio de 1931. En su discurso de despedida ante los cadetes Franco dio muestras evidentes de su disgusto y de solo acatar la orden por disciplina. Por esta primera muestra de desafección Azaña le aplicó el correctivo de tenerle ocho meses disponible sin destino. Así apareció la primera nota desfavorable en su hoja de servicios.

Franco consideró que la llegada de la República tenía dos responsables máximos: el rey Alfonso XIII al abandonar su puesto por debilidad y el director de la Guardia Civil, general Sanjurjo, que al ofrecerse al Comité revolucionario, traicionó a la monarquía haciendo imposible su defensa. Sin embargo se guardó muy mucho de manifestar a nadie su disgusto. Se puede decir que el choque con la República, y sobretodo con Azaña, transformó para siempre su carácter. El Franco extrovertido, jovial y amigo de las tertulias de los años veinte se convirtió desde 1931 en un Franco retraído, monosilábico, impenetrable y frío[6]. Alguien que buscaba la seguridad del hermetismo ante circunstancias adversas.

Sin embargo decidió acatar el nuevo régimen y permanecer en activo. Se negó a aprovechar el decreto de Azaña y pasar a la reserva con el sueldo íntegro, pensado para quitarse de encima a aquellos oficiales que por su lealtad monárquica se sintieran incapaces de servir bajo la República. En 1932, pasados esos meses de castigo, Azaña destinó a Franco como

Gobernador Militar de La Coruña y en 1933 a Baleares como Comandante Militar. Fiel a su norma de mantenerse en un apoliticismo estudiado no participó en el fallido golpe militar de Sanjurjo de agosto de 1932. Cuando Sanjurjo, pese a la notoria enemistad entre ellos, le pidió a Franco que se hiciera cargo de su defensa ante los tribunales, el joven general se negó en rotundo y con tono altivo le respondió: «Fracasando, mi general, se ha ganado usted el derecho a morir».

De este golpe fracasado contra la República, de sus improvisaciones y debilidades iban a sacar los futuros conspiradores de 1936 no pocas lecciones. Mientras llegaba ese momento, y quizá con la secreta esperanza de que nunca fuera necesaria una intervención militar, Franco asistió impasible a los tropiezos de los gobiernos republicanos de izquierdas y al cambio de signo, tras las elecciones de noviembre de 1933, hacia el centro-derecha de los gobiernos radical-cedistas.

El nuevo ministro de la Guerra, el notario y político radical Diego Hidalgo, nombró a Franco asesor del Ministerio y le invitó a asistir a las maniobras militares desarrolladas en León en junio de 1934. Cuando en octubre el Partido Socialista Obrero Español respondió con una huelga general revolucionaria a la entrada de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) en el gobierno, triunfando solo en Asturias y brevemente en Barcelona, sonó la hora de Franco. El ministro le llamó urgentemente para que desde Madrid dirigiera el aplastamiento militar de la revolución minera asturiana. Para entonces Hidalgo ya le había ascendido a general de División aprovechando la primera vacante disponible. No fiándose mucho de lo que pudiera llegar a pactar el masón general López Ochoa con los mineros sobre el terreno, Franco envió a Asturias a las fuerzas de su máxima confianza, la Legión y los Regulares bajo el mando del teniente coronel Yagüe. Para el 15 de octubre la revolución había sido sofocada, pero la República estaba ya herida de muerte en lo que respecta a la mínima convivencia necesaria entre izquierdas y derechas en un régimen democrático. Durante los meses siguientes Franco pasó a ser comandante en jefe del Ejército de Marruecos, su máxima aspiración hasta entonces. Cuando José María Gil Robles, líder de la CEDA, llegó al Ministerio de la Guerra en mayo de 1935 le nombró jefe del Estado Mayor Central.

Con este puesto Franco había alcanzado ya la cumbre a la que puede aspirar un oficial de carrera. Los breves siete meses que pasó allí fueron muy intensos. Los dedicó de manera prioritaria a restaurar la moral del ejército persiguiendo la propaganda revolucionaria en los cuarteles y creando el Servicio de Información SIM, para informar reservadamente al mando de los reclutas, suboficiales y oficiales con ideas extremistas. En cuanto al material ordenó adquirir patentes para la fabricación de aviones de guerra modernos, la construcción de 25 baterías de artillería y un aumento de la producción de munición. Se organizó la defensa de las Baleares y se crearon dos nuevas brigadas para proteger el Campo de Gibraltar y la frontera portuguesa. Todo ello, conviene recordarlo, durante la crisis de la guerra de Abisinia que enfrentó a la Italia de Mussolini con las democracias occidentales, que pudo alterar el equilibrio en el Mediterráneo. Finalmente estableció un plan de rearme en tres años por valor de 1.100 millones de pesetas y un nuevo modelo de casco de acero, que se estrenó en las maniobras de León[7].

Cuando la corrupción del Partido Radical de Lerroux llevó a Portela Valladares al gobierno, y ante sus dificultades Alcalá Zamora decidió la convocatoria de nuevas elecciones generales, Franco abandonó por unas horas su habitual cautela política. Ante la victoria del Frente Popular el 16 de febrero de 1936, y lo disputado de los resultados, Franco, respaldado por Gil Robles, propuso a Portela que declarase temporalmente el Estado de Guerra e invalidase el resultado electoral. Habría sido este un golpe de Estado desde el poder que, a pesar de su ilegitimidad con toda probabilidad habría evitado la Guerra Civil. Sin embargo Portela Valladares no era un hombre por edad y condición dispuesto a asumir tan grande responsabilidad y presentó su dimisión de forma inmediata.

El nuevo gobierno Azaña, conocedor del peligro golpista que se cernía sobre la nueva situación política, decidió alejar inmediatamente a los posibles cabecillas de los centros de poder. Franco fue destinado como comandante Militar a Canarias, Mola a Pamplona y Goded a Baleares. Pero antes de hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades los generales conspiradores asistieron en marzo de 1936 a una reunión secreta en Madrid

para tantear las posibilidades de un golpe en el futuro. Sin embargo nada quedó prefijado.

En mayo el general Mola adoptó el papel de «director» de la conspiración aunque la jefatura nominal estaba en Sanjurjo, residente en Portugal. Todo esto no acababa de satisfacer a Franco, que dudaba en Canarias entre sumarse o no a la sublevación. Para prepararse una puerta de salida por si las cosas iban mal, el 21 de junio de 1936 escribió una carta al presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, Casares Quiroga, exponiéndole el profundo malestar existente en el Ejército y ofreciéndose al ejecutivo para enderezar la situación.

Finalmente el asesinato del diputado de la oposición Calvo Sotelo el 13 de julio por la propia policía republicana y la noticia de que había llegado un avión privado a Gando para trasladarlo a Marruecos impulsaron a Franco a sumarse a la conspiración. Allí su misión sería hacerse con el mando del Ejército de África, trasladarlo a la Península y comenzar el avance sobre Madrid. Dice mucho sobre el espíritu extremadamente precavido y cauteloso de Franco el hecho de que no volara directamente a Tetuán, sino que prefiriera pasar la primera noche en Casablanca, en el Marruecos francés, a la espera de que la situación quedara totalmente asegurada en manos golpistas en la zona española.

La Guerra Civil

Una vez aterrizado en Tetuán en la mañana del 19 de julio se hizo cargo de la Jefatura del Ejército de África. Enseguida fue consciente de la situación de aislamiento en que sus fuerzas se encontraban, al sur del Estrecho y sin posibilidades de cruzar por mar a la Península. El control republicano de la Armada lo impedía. El peligro que corrían los sublevados peninsulares en estos primeros días sin la ayuda de estas tropas de elite era indudable. Franco buscó entonces la ayuda exterior, de Alemania e Italia, factor que además iba a fortalecer su candidatura a la jefatura del bando sublevado semanas después. Hitler y Mussolini, cada uno por separado, accedieron a la petición de transporte aéreo urgente que se les hizo, ya desde el día 25 de Julio. Ambos dictadores todavía no eran conscientes de

que esto era solo el primer paso para Alemania e Italia en una implicación de gran envergadura en una Guerra Civil de larga duración. Comenzó así un puente aéreo (idea de Franco y Kindelán) que en el plazo de un mes y junto al llamado convoy de la Victoria (5 de agosto por vía marítima) permitió el traslado a Sevilla y Algeciras de cerca de 30.000 hombres, legionarios y regulares del Ejército de África.

La primera decisión de envergadura que se le presentó a Franco como jefe Militar del Ejército del Sur, a primeros de Agosto de 1936, fue qué ruta escoger para avanzar sobre Madrid. La más corta, por Despeñaperros, tenía el inconveniente de que había sido barrenada en sus riscos por mineros y el territorio cordobés presentaba fuerte resistencia republicana. La otra ruta de acceso a Madrid, 100 kilómetros más larga, tenía la doble virtud de apoyar su flanco izquierdo sobre la frontera con Portugal, desde donde iban a llegar suministros, y poder enlazar en Cáceres con las tropas de Mola, muy necesitadas de munición. La decisión parecía obvia. Franco dio orden de avanzar por Extremadura. Las columnas se movieron con rapidez. Enseguida se tomó Mérida. Una segunda disyuntiva se presentó con el caso de Badajoz: ¿dejarla de lado con sus 3.000 defensores republicanos y avanzar rápidamente sobre Madrid o desviar la columna de Yagüe y tomar Badajoz limpiando toda la retaguardia? Parece ser que Yagüe era partidario de tomar primero Badajoz y dejar así libres sus espaldas. Franco le dejó hacer, aunque ello significó un primer desvío (el segundo sería el Alcázar de Toledo) que iba a retrasar la llegada a Madrid. Debido a la fuerte resistencia republicana en Badajoz, que causó muchas bajas a la Legión y los Regulares, los conquistadores se ensañaron en la represión. Unos 2.000 republicanos fueron pasados por las armas. Las noticias de esta dureza llegaron a Madrid. La respuesta fue la matanza de presos derechistas de agosto de 1936 en la Cárcel Modelo.

El ritmo de avance del Ejército del Sur fue realmente rápido. 400 kilómetros en 30 días. Para el 2 de septiembre se encontraban ya en Talavera de la Reina. Se produjo entonces una situación que va a ser determinante para el encumbramiento militar y político de Franco. Entre los generales sublevados, y singularmente por iniciativa de Kindelán, jefe de la Aviación, surgió la necesidad de nombrar un general en jefe que pudiera

dirigir la guerra en su conjunto, y liderar en el aspecto político, aunque todavía no se hubiera formado un gobierno formal. Kindelán aunque todavía no lo decía, estaba pensando en que la figura de mayor prestigio y empuje era Franco, que además pasaba por monárquico y seguramente no pondría muchas dificultades a una restauración una vez terminada la contienda. En esto los cálculos de Kindelán se mostraron con el tiempo del todo erróneos.

La primera reunión de generales tuvo lugar el 21 de septiembre en un aeródromo cercano a Salamanca. Se sugirió ya el posible nombre de Franco pero todavía no se llegó a un acuerdo definitivo. Fue precisamente en esa semana, la que va del 21 al 28 de septiembre, cuando Franco necesitaba con urgencia un golpe de efecto que inclinase la balanza de la Jefatura suprema en su favor. Y aquí se manifestó lo que va a ser una constante en la dirección de toda la Guerra Civil por parte de Franco: la estrategia va a estar sometida a consideraciones políticas, más que puramente militares. Ante la elección de optar entre el puro sentido estratégico militar (avanzar rápidamente sobre Madrid para tomarlo antes de que se fortaleciera la resistencia republicana) o por la necesidad política de impulsar su Jefatura suprema con un golpe de audacia que liberase el Alcázar toledano, Franco eligió la opción que le fortalecía políticamente, aun a riesgo de alargar el conflicto.

En esta decisión por Toledo se enfrentó a Yagüe, contrario, al que tuvo que destituir, confiándole a Varela el mando de la columna que habría de liberar el Alcázar. Pudo ser un error estratégico grave, pero representaba un gran éxito político para Franco y propagandístico para el bando nacional. La resistencia durante más de dos meses del coronel Moscardó al frente de sus cadetes, guardias civiles y paisanos, se había convertido, gracias a la atención de la prensa y la radio, en un acontecimiento internacional. La salvación de aquellos valientes y la liberación de Toledo, cuyo Alcázar era todo un símbolo para los militares, valía la pena a efectos propagandísticos y de moral, pero todavía más en el aspecto de poder para el propio Franco. Cuando al día siguiente de la liberación, 28 de agosto, se convocó la segunda reunión de generales, nadie, ni el mismo Mola, pudo poner reparos al nombramiento de Franco como Generalísimo de los Ejércitos y jefe del

Gobierno del Estado Español mientras durase la guerra. El único voto discrepante fue el del general Miguel Cabanellas, que conocía la naturaleza exacta de la ambición de poder de Franco y se atrevió a decir a sus compañeros:

> Si como quieren, va a dársele en estos momentos España [a Franco], va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra ni después de ella hasta su muerte.

Cabanellas, que hasta entonces había sido el presidente de la Junta Militar de Burgos por ser el general de mayor antigüedad, fue relegado días después al anodino puesto de inspector general del Ejército, muriendo a los pocos meses.

El 1 de octubre de 1936 en la Capitanía General de Burgos se produjo la proclamación oficial de Franco como Generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado Español. Una hábil manipulación del *Boletín Oficial del Estado* de última hora por su hermano Nicolás había permitido sustituir la expresión «jefe del Gobierno del Estado» por la de «jefe del Estado». El nombramiento dejaba en manos de Francisco Franco todo el poder tanto político como militar sin límite temporal. En los 30 meses siguientes, mientras durase el conflicto, Franco trataría desde luego de ganar la guerra, pero de hacerlo a su ritmo, fortaleciendo al mismo tiempo en el proceso su poder político.

Se ha especulado mucho por historiadores de una u otra tendencia si Franco imprimió ese ritmo lento a su dirección de la guerra de forma deliberada, para destruir al adversario y asentar mejor su poder, o si por el contrario, el ritmo pausado de sus operaciones militares que tanto exasperaba a sus aliados Hitler y Mussolini, fue algo fortuito, fruto de su incapacidad para dirigir de otra forma, aprovechando las debilidades del enemigo. Tratándose de Franco es difícil pensar que dejara algo a la simple casualidad. Su naturaleza como persona y como militar le inclinaba a la cautela, a no arriesgar lo más mínimo, y como jefe militar y político supremo en una situación tan precaria como la de la Guerra Civil, a preocuparse en primer lugar por su prestigio.

El teniente coronel Barroso, jefe de operaciones en el Cuartel General del Generalísimo, llegó a comunicar a un oficial italiano que el principal

factor a tener en cuenta en aquella guerra era el prestigio de Franco. Por ello el Caudillo descartó conscientemente las operaciones de guerra «celere» o rápida que preconizaban los italianos, por su componente de riesgo o daño a su prestigio si fracasaban. Esto se vio corroborado por los hechos en Guadalajara en marzo de 1937. Franco optó en cambio por acudir en rápida respuesta a todos los envites del coronel y luego general Vicente Rojo (Brunete, Teruel, El Ebro…) aunque esto demorara su más importante avance en otros frentes. Al tener que velar permanentemente por su propio prestigio y por la moral de los combatientes no se podía permitir no recuperar de forma inmediata el terreno temporalmente ganado por los republicanos.

Otros autores, singularmente Preston y Viñas, creen que Franco impuso deliberadamente un ritmo lento a las operaciones, evitando un más rápido desenlace de la guerra, con un doble objetivo: darse tiempo en la consolidación de su poder y destruir lo más completamente posible al enemigo, con vistas a obtener así una España más dócil y sometida cuando todo hubiera acabado[8]. Hay un testimonio del propio Franco en este mismo sentido del 4 abril de 1937 ante el embajador italiano Cantalupo. Dijo que los golpes estratégicos rápidos eran solo adecuados contra un enemigo extranjero. Refiriéndose a «las ciudades y al campo, que ya han sido ocupados pero que aún no han sido redimidos» declaró:

> Debemos realizar la tarea, necesariamente lenta, de redención y pacificación, sin la cual la ocupación militar sería totalmente inútil. La redención moral de las zonas ocupadas será larga y difícil, porque en España las raíces del anarquismo son antiguas y profundas. Ocuparé España ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, ferrocarril a ferrocarril […]. Nada me hará abandonar este programa gradual. Me dará menos gloria, pero mayor paz en el interior. Llegado el caso, esta Guerra Civil podría continuar aún otro año o dos, quizá tres. Querido embajador, puedo asegurarle que no tengo interés en el territorio, sino en los habitantes. La reconquista del territorio es el medio, la redención de los habitantes, el fin. […] No puedo acortar la guerra ni siquiera un día […]. Podría incluso ser peligroso para mí llegar a Madrid mediante una compleja operación militar. No tomaré la capital ni siquiera una hora antes de lo necesario: primero debo tener la certeza de poder fundar un nuevo régimen[9].

Hay que reconocer que Franco en esta ocasión fue totalmente sincero y sus declaraciones equivalían a todo un programa militar y de gobierno. No quería que ni Mussolini ni los italianos se llevaran una idea equivocada de lo que el futuro inmediato deparaba. Franco estaba pidiendo tiempo y el

mantenimiento de la ayuda material y humana italiana durante dos o tres años más. Y trató de justificar su lentitud con el asunto de la redención. En la psique de Franco había una obsesión, probablemente alimentada desde sus tiempos al frente de la Legión, por redimir al extraviado, enderezar a los torcidos por ideas venenosas como el comunismo. Una parte del ejército republicano, al terminar la campaña del norte, pudo evitar la prisión pasando a combatir con los nacionales. Otros tendrían que redimir sus penas mediante el trabajo y la prisión.

Sin embargo, hubo otros factores ajenos a la voluntad de Franco que contribuyeron a alargar el conflicto. Por un lado la intermitente pero eficaz ayuda soviética a la República en armas, aviación, tanques y asesores. Por otro la habilidad y talento del general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano, para, con un Ejército popular levantado sobre una masa de milicianos, ser capaz de golpear con efecto sorpresa en Brunete (retrasando dos meses la caída del Norte), en Teruel (desbaratando una segunda ofensiva de Franco sobre Madrid por Guadalajara). O finalmente en el Ebro, retando a Franco a hacerle frente en esa bolsa de treinta kilómetros de profundidad, impidiendo que los nacionales se dirigieran como era lo natural, hacia Barcelona y la frontera francesa. De haberlo hecho así en julio de 1938 la guerra podría haber terminado ocho meses antes. Sin embargo, contra toda lógica militar, Franco eligió hacer frente al Ejército republicano del Ebro hasta su total destrucción.

En la victoria de Franco de 1939 conviene no ocultar la importancia decisiva que tuvo el apoyo material, humano y diplomático extranjero. Si consideramos extranjeros los 75.000 marroquíes que lucharon a sus órdenes y les sumamos los 50.000 italianos del Corpo di Truppe Volontarie y los 5.000 alemanes de la Legión Cóndor, obtenemos la cifra de unos 130.000 voluntarios del exterior, acompañados de abundante material de artillería, aviación y carros, frente a la cifra de 35.000 voluntarios de las Brigadas Internacionales que combatieron por la República. Es verdad que los tanques soviéticos eran superiores a los ligeros *panzer* alemanes o las tanquetas italianas, y también su aviación, pero la República no supo concentrar esas armas en los momentos decisivos ni mantener esa superioridad.

La ayuda militar extranjera de Italia, Alemania y en menor medida Portugal fue determinante en la victoria nacional. Fue una ayuda constante en el tiempo y no se vio frenada por el cierre de fronteras o el bloqueo marítimo como en el caso de la República. Junto a esta superioridad cuantitativa en armamento, en el bando nacional se dio desde el primer momento una superioridad en disciplina y profesionalidad al hacer la guerra, manifestada, por ejemplo, en el rápido avance inicial sobre Madrid de las columnas de legionarios y regulares. La República por el contrario había licenciado por decreto al Ejército en las primeras semanas, con la esperanza de sembrar el caos entre los sublevados cuando los soldados volvieran a sus casas y no se incorporaran a sus unidades. No ocurrió nada parecido entre los alzados pero sí entre los republicanos. El gobierno de Madrid se vio obligado a sustituir su desmembrado Ejército por milicias de obreros armados sin ninguna experiencia de combate, empeñados además en simultanear guerra en el frente y revolución en la retaguardia. Por ello se puede afirmar que hasta mediados de 1937, cuando el Ejército popular de la República se consolidó, Franco luchó contra un enemigo manifiestamente inferior en el campo de batalla.

En los primeros meses, hasta el avance sobre Madrid en noviembre de 1936, los milicianos republicanos, provenientes de toda una amalgama de partidos y sindicatos del Frente Popular, eran muy inferiores en la lucha en campo abierto. El temor constante a ser copados por un movimiento de flanco de los nacionales o la mera aparición de un avión en solitario del enemigo bastaban para desbaratar cualquier intento de resistencia, provocando una desbandada republicana hasta la localidad siguiente donde guarecerse. Este esquema de comportamiento miliciano tuvo un inesperado y brusco final en la batalla de Madrid. Con las espaldas contra la pared de la gran ciudad, que a su vez proporcionaba un cobijo formidable, sin espacio sobre el que retirarse, y con la idea de que esta vez era el combate decisivo a vida o muerte, las unidades milicianas, más el pueblo de Madrid y las Brigadas Internacionales, hicieron posible una primera victoria republicana en una batalla defensiva.

A este desenlace negativo contribuyó el Caudillo con sus propios errores. El socorro al Alcázar de Toledo retrasó casi un mes la llegada de las

tropas de Varela a los arrabales de la capital. En lugar de un ataque a Madrid por el norte (preferencia de Mola y Yagüe) o el oeste, Franco se decidió por un ataque frontal por la zona más difícil, el sur, sobre el río Manzanares y al fracasar este, intentó una penetración a través de la Ciudad Universitaria y el Puente de los Franceses con éxito muy limitado. Para mayor ventaja republicana el teniente coronel Rojo dispuso por un golpe de suerte con 24 horas de antelación del plan completo de ofensiva de Varela, capturado a un oficial enemigo y por ello pudo reforzar justo a tiempo esas zonas del oeste. El resultado fue que el ataque de los nacionales el 6 de noviembre de 1936, que apenas contaba con 25.000 hombres muy fatigados por la lucha sin descanso que venían soportando, se estrelló contra una resistencia republicana tan inesperada como notable.

El 23 de noviembre Franco abandonó el ataque frontal y optó por una táctica de envolvimiento, para tratar de aislar Madrid del exterior y rendir la capital por hambre. Fueron las batallas de la carretera de La Coruña (diciembre 1936) y del Jarama (febrero 1937) ambas de resultado indeciso. La batalla del Jarama fue tan cruenta que obligó al Caudillo a solicitar de los italianos una ofensiva en Guadalajara que aliviara la presión que estaban padeciendo las tropas franquistas en aquel sector. En teoría Guadalajara tenía que haber sido la batalla de embolsamiento en la que las fuerzas republicanas quedaran atrapadas entre la hoz del ataque italiano por el norte y la hoz del ataque nacional por el sur. Sin embargo Orgaz no cumplió con su parte del plan y los italianos, avanzando solos desde Brihuega, quedaron pronto atascados en un temporal de lluvia y barro. Su potente aviación legionaria no pudo participar mientras la aviación republicana disponía de aeródromos secos. El resultado de Guadalajara en marzo de 1937 fue una nueva derrota, que Franco se las arregló para cargar sobre los italianos. Lejos de desalentar a Mussolini, aquella derrota impulsó más y más la implicación italiana en el conflicto, pues el dictador italiano no se podía permitir otra cosa que la victoria de las armas fascistas en España.

Ante la imposibilidad de tomar o rendir Madrid a corto plazo, pues habían fracasado tanto el ataque frontal como el envolvimiento de la capital, Franco aceptó el consejo del coronel Juan Vigón, jefe del Estado Mayor de Mola: había que dedicar ahora todo el esfuerzo a la conquista del

norte. Las provincias vascas, Santander y Asturias estaban aisladas del resto del territorio republicano y corroídas por la desunión interna. Militarmente parecían el objetivo más fácil, aunque la complicada orografía del terreno, con cadenas montañosas, valles y ríos iban a complicar el avance.

Franco apenas participó en la dirección de la campaña del norte iniciada a finales de marzo de 1937. El peso de las decisiones recayó en Mola y, a su muerte en accidente de aviación en junio, en Dávila, asesorados siempre por el coronel Vigón, el alma verdadera de aquella campaña. El momento más polémico de cara a la opinión internacional fue el bombardeo de la villa de Guernica, el 26 de abril, iniciado por la aviación italiana y continuado por la alemana. Debió ser una decisión conjunta tomada entre Vigón y Von Richthofen, el jefe de Estado Mayor de la Legión Cóndor. Su finalidad era colapsar la retirada vasca e inspirar el suficiente terror en Bilbao como para facilitar su rápida rendición. El uso de bombas incendiarias provocó que media ciudad quedara arrasada por el fuego, dando una primera y pavorosa imagen ante el mundo de lo que podía hacer la aviación en las guerras del futuro. La propaganda nacional trató torpemente de enmascarar la responsabilidad alemana adjudicando el incendio a elementos anarquistas en retirada, tal como había sucedido efectivamente en Irún. Sea como fuere no parece que Franco tuviera conocimiento previo de la operación o que hubiera dado taxativamente su visto bueno. Como hemos señalado la campaña del norte fue llevada por Mola y sobretodo Vigón.

Bilbao se rindió a finales de junio, dejando toda su industria intacta. Las tropas vascas en retirada hacia Santander se rindieron en Santoña ante los italianos en agosto de 1937. A continuación el teniente coronel Rojo trató de frenar la caída de la capital cántabra poniendo en marcha una ofensiva de distracción al sur de Madrid, en Brunete. Franco tuvo que trasladar tropas del norte, en efecto, para hacer frente a esta emergencia. En la siguiente maniobra de distracción de Rojo, desarrollada en Belchite, en el frente de Aragón sobre Zaragoza, Franco ya no mordió el anzuelo. Al final estas dos ofensivas limitadas por parte republicana apenas aliviaron algo la presión de los nacionales sobre el frente Norte, que se dio por terminado con la caída de Asturias en octubre de 1937.

Tras estas apretadas semanas se produjo un parón en las operaciones. Franco reorganizó con destino a otros frentes los 150.000 hombres que quedaban liberados del norte. Con estos refuerzos más los que ya cercaban Madrid el Caudillo estaba preparando para diciembre de 1937 una segunda batalla de Guadalajara. Esta vez contaba con muchos más triunfos en la mano. Para desbaratar tan peligrosa maniobra, que ya parecía evidente, Rojo ideó la ofensiva republicana sobre Teruel, una capital en un frente secundario poco defendido. La sorpresa fue total para Franco, que no esperaba tal cosa en lo más crudo del invierno. Teruel cayó temporalmente en manos republicanas, pero como siempre ocurría en la caso del Caudillo, primaron las cuestiones de prestigio sobre las estratégicas. Franco no se podía permitir perder una capital de provincia por muy secundaria que fuera. Aparcó por tanto sus planes para la segunda batalla de Guadalajara y trasladó sus fuerzas para la reconquista de la capital aragonesa. Cuando finalmente Teruel fue recuperada por los nacionales en enero de 1938 la situación estratégica distaba mucho de ser favorable para Rojo. Es verdad que había evitado el cerco seguramente definitivo sobre Madrid, pero en cambio había atraído peligrosamente a los 160.000 hombres del Ejército nacional de operaciones al saliente de Teruel. Para los nacionales la operación obvia subsiguiente mirando el mapa era tratar de aprovechar el desgaste republicano para iniciar una gran ofensiva por el Bajo Aragón con vistas a llegar al Mediterráneo y partir en dos la zona republicana.

Así pues entre febrero y abril de 1938 se inició la contraofensiva nacional sobre unas fuerzas republicanas incapaces ya de sostenerse o de replegarse ordenadamente. Por primera vez en toda la Guerra Civil las tropas de Franco en estrecha colaboración con la aviación alemana de la Legión Cóndor fueron capaces de realizar una guerra de movimientos. Las tropas del general Camilo Alonso Vega llegaron a Vinaroz en Castellón el 15 de abril.

Se trataba de un éxito notable para las armas de Franco y tanto Vigón como Yagüe le aconsejaron explotar ese éxito iniciando una rápida ofensiva al norte del Ebro sobre Cataluña. Lérida había caído el 3 de abril y todo aconsejaba aprovechar la debilidad republicana en aquellos momentos para avanzar en dirección a Barcelona. El objetivo final debía ser cerrar la

frontera con Francia. Pero Franco, contra todo pronóstico y toda lógica, en una de esas decisiones polémicas que hoy se consideran un claro error estratégico, dio orden de detenerse al norte del Ebro, en los ríos Noguera Pallaresa y Segre. Dispuso entonces sus ejércitos para una ofensiva en dirección contraria, hacia el Sur, contra Valencia, por el accidentado terreno del Maestrazgo, mucho más propicio a facilitar una defensa escalonada a los republicanos.

Cuando a mediados de julio de 1938 Franco estaba todavía empantanado a 200 kilómetros de Valencia el general Rojo dio forma a lo que iba a ser su última ofensiva de socorro. Para evitar la caída esta vez de la capital levantina lanzó una ofensiva en el saliente del Ebro el 25 de julio. Las tropas de Tagüeña atravesaron de noche el caudaloso río y profundizando treinta kilómetros en su ataque establecieron posiciones defensivas en las sierras de la Fatarella, Cavalls y Pandols. Como cabía esperar, siguiendo su patrón de conducta habitual Franco olvidó su ofensiva sobre Valencia. Además no hizo caso alguno de sus consejeros, que le indicaban la oportunidad que se había presentado para fijar a los republicanos en el Ebro, objetivo sin importancia, y flanquearlos maniobrando a su retaguardia con una ofensiva sobre Barcelona. En su lugar Franco se empeñó en una costosa batalla de desgaste que librar en los 40 kilómetros del frente del Ebro. Ordenó que se atacara frontalmente tras una gran saturación artillera las muy ventajosas posiciones defensivas escogidas por Rojo en las citadas sierras. El empeño costó cinco meses y siete contraofensivas, con 125.000 bajas entre muertos y heridos. Pero la República había sufrido otras tantas y ya no pudo reponerlas. Además la táctica de Franco seguía siendo la destrucción del enemigo. Cuando el 15 de noviembre de 1938 terminó la batalla del Ebro, hacía mes y medio que el peligro de guerra europea a causa de los Sudetes había sido superado. Entonces la seguridad en el exterior y la debilidad republicana dejaron abierto el camino para una ofensiva sobre Cataluña. Esta vez Franco sí aprovechó la ocasión.

Barcelona cayó el 28 de enero y 400.000 refugiados republicanos, entre soldados y civiles, se apresuraron a ganar la frontera francesa. El golpe contra el gobierno Negrín del coronel Casado en marzo de 1939 aspiraba a

rendir Madrid bajo unas condiciones honorables. Pero Franco quería una rendición incondicional y la consiguió. La guerra terminó por fin el 1 de abril de 1939. Es verdad que se llegó a ese desenlace bajo un ritmo a veces exasperante por su lentitud pero lo indiscutible es que Franco cumplió con el objetivo para el que había sido elegido: llevar a sus tropas a la victoria. Y conviene valorar que lo hizo superando una situación inicial de desventaja en todos los campos. Sin oro, casi sin aviación, armada, o industria y partiendo de apenas un tercio del territorio nacional bajo su control. Supo crear el armazón de un Estado y además mover los hilos para conseguir rápidamente ayuda del exterior, mantenerla en el tiempo y pagarla a crédito.

Cambó, el líder catalanista conservador, dijo de Franco que no era un Aníbal, un César o un Napoleón pero que era un excelente organizador de sus ejércitos. Quizá la clave de su éxito y encumbramiento fue organizar sus fuerzas para una campaña larga, no arriesgar y destruir al enemigo poco a poco.

Posguerra civil y Segunda Guerra Mundial

Franco, aunque a su ritmo a veces criticado, había conseguido el objetivo de ganar la guerra. Durante ese tiempo se asentó fuertemente en el poder, dando forma a una dictadura personal indiscutida cuya aspiración era una España nueva y redimida. No cabe duda de que la victoria militar de Franco en 1939 fue el pedestal sobre el que se asentó su victoria política, su poder personal extendido a todo el territorio nacional y por tiempo indefinido. Aspiró a gobernar como había aprendido a mandar, con todo el poder en sus manos y sin plazos temporales. Como referiría a Sainz Rodríguez en 1938, entonces ministro de Educación, criticando a la dictadura de Primo de Rivera por haber anunciado su interinidad: «Es una equivocación. Si se toma el mando es para toda la vida». Nótese que empleó la expresión mando y no poder. Franco se veía a sí mismo como un militar con mando supremo metido a gobernar, pero no como un político. Entendía su misión como un servicio y deber para con la patria. Por ello no se le puede clasificar ni remotamente como líder fascista. Era en cambio un soldado profesional, de mentalidad militar y por lo tanto autoritaria, con

maneras de político, pero sin una ideología propia, más allá del conservadurismo y el anticomunismo. Sabía de las limitaciones de los militares en política tal como dijo a José María de Areilza, diplomático: «Los militares son malos políticos, en general, pues propenden a verlo todo en blanco y negro, como los niños». Pese a ello sabía que los militares eran su principal soporte y en la remodelación de gobierno de agosto de 1939 creó tres nuevos ministerios, del Ejército, de la Marina y del Aire, para dar mayor peso a la milicia dentro del gabinete y debilitar el de Falange. A partir de ese momento y durante todo el régimen Franco siguió de cerca, a través de entrevistas semanales con cada ministro, las reformas en las armas y servicios, los nombramientos, ascensos y condecoraciones otorgadas. Su control sobre la política de defensa y todo el campo militar lo mantuvo hasta el final de sus días.

Pero volvamos a la situación de la primavera de 1939. Finalizada la Guerra Civil comenzaba una etapa nueva, los difíciles años de reconstrucción de la posguerra, ensombrecidos pronto por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. En esa labor reconstructiva Franco no se olvidó de las Fuerzas Armadas. Es más, dedicó una parte sustantiva de los Presupuestos del Estado a financiar un programa secreto de rearme. La razón era clara. Desde el otoño de 1939 Europa estaba en guerra. Una guerra que enfrentaba a la Alemania nazi con las potencias democráticas que habían acudido en defensa de Polonia. España en principio no tenía intereses vitales en juego, pero Franco deseaba contar con unas Fuerzas Armadas potentes que le permitieran defenderse y aún atacar en caso de necesidad.

Por ello el 30 de octubre de 1939 reunió en el Palacio de Oriente en sesión secreta a la Junta de Defensa Nacional, que también en secreto aprobó un ambicioso plan de rearme a diez años vista. Debía estar concluido para 1950 y proporcionar a España un nuevo Ejército de Tierra, con 150 Divisiones, una nueva Flota Aérea, con 4.000 aparatos y una nueva Marina de Guerra, con submarinos y lanchas torpederas. Elementos estos últimos de gran poder ofensivo, bajo coste y rápida producción. Aunque el plan de rearme se fijaba un plazo de diez años, la situación estratégica contemplada para su despliegue y utilización era la de 1939-1940: los

posibles enemigos eran Francia y Gran Bretaña en una guerra en la que los probables aliados de España serían Alemania e Italia[10].

Por lo tanto lo que reflejan los documentos y planes militares de Franco en esta primera etapa de la Segunda Guerra Mundial es un espíritu belicoso y nada neutral, muy lejos de la habitual prudencia asociada con el Caudillo. Es verdad que Franco había proclamado el 3 de septiembre de 1939 la neutralidad oficial de España en el conflicto europeo, pero era una neutralidad armada y vigilante, preparada incluso para la intervención, ya lo veremos, en una guerra corta.

Las circunstancias parecieron dar pronto la razón a los secretos preparativos bélicos de Franco. El 10 de mayo de 1940 se inició la ofensiva alemana sobre Francia, que cayó derrotada aparatosamente un mes después. Era la ocasión que Franco había estado esperando largamente, desde sus días de joven oficial en Marruecos.

Ante la caída de Francia, se abría para España la oportunidad única de hacerse con el control de todo Marruecos, con la excusa aparente de garantizar así el orden en la zona. Pero para poder hacer efectivos estos sueños había que darse prisa. Hitler podía firmar en cualquier momento la paz con Francia y convenía ponerle antes al corriente de los vitales intereses españoles en el Norte de África. Por ello Franco envió con urgencia al general Vigón, jefe del Alto Estado Mayor, con una carta manuscrita del Caudillo para el victorioso *Führer*. El 16 de junio de 1940 Hitler recibió a Vigón, que le expresó el vivo deseo de España de hacerse con el control de todo el Marruecos francés. El canciller alemán, con los ojos puestos en un rápido armisticio con Francia, no quiso estropear las negociaciones entonces en curso con las inoportunas exigencias españolas y no se comprometió a nada.

Franco entretanto no había permanecido con los brazos cruzados. Para provocar una situación favorable a sus propósitos había armado a 75.000 indígenas marroquíes de su zona y sobornado a numerosos caides de la zona francesa para que se sublevasen. El Caudillo quería así crear los desórdenes que justificasen una ocupación militar española del Marruecos francés. Todo estaba ya preparado para desatar la operación el 17 de junio de 1940 cuando llegó el veto terminante de Hitler, que no quería poner en

peligro la paz con Francia. Franco quedó así temporalmente frustrado, pero el tema de Marruecos no se olvidó. Se convirtió en el eje principal de las negociaciones de Hendaya, el precio que España exigía por su entrada en guerra contra Inglaterra.

Esto nos lleva directamente al momento que hemos llamado de «La Gran Tentación». Se refiere al momento histórico, entre junio y diciembre de 1940, en que Franco creyó posible la derrota de Gran Bretaña en un plazo corto, de apenas seis meses, mediante el formidable golpe para Londres que supondría la entrada de España en guerra junto a Alemania e Italia y el ataque a Gibraltar, cerrando esa puerta del Mediterráneo.

Franco siempre fue un hombre realista. Conocía las limitadas posibilidades militares de España en armamento y combustible. Pero creía posible una participación española de seis meses que diera en Gibraltar, junto a una invasión preventiva de Portugal, el golpe de gracia a la otrora orgullosa Inglaterra. Sabía también que tenía que jugar sus pobres cartas con mucha habilidad. Si la guerra, como parecía, se iba a decidir en tan corto espacio de tiempo con una victoria del Eje germanoitaliano a España le convenía situarse en la mesa de los vencedores. Era muy posible que en el tratado de paz se produjera un nuevo reparto colonial a partir de las posesiones francesas e inglesas. Para Franco y otros observadores del momento todo ello representaba una oportunidad única para que España pasase de potencia secundaria a protagonista en Europa, en igualdad de condiciones con Alemania e Italia. La única duda que se le presentaba a Franco era si Hitler, a cambio de la beligerancia de España, estaba dispuesto a garantizar todo el Marruecos francés además de Gibraltar. Cuando en la entrevista de Hendaya (23 de octubre de 1940) y después Franco constató que el dictador alemán solo ofrecía Gibraltar y mediante engaños quería dejar en una nebulosa las aspiraciones españolas a la totalidad de Marruecos, el Caudillo tomó la decisión de echarse atrás. Fue entonces, durante la máxima presión alemana (diciembre de 1940-enero de 1941), y solo a partir de entonces, cuando Franco inició su famosa táctica dilatoria y de no compromiso, alegando la falta de preparación y las grandes necesidades económicas de España.

Se puede afirmar con toda rotundidad que el factor que determinó la no entrada en la guerra en 1940-1941 fue Marruecos, y que la famosa prudencia de Franco vino después, cuando quedó claro que se le negaba el botín colonial. Y Hitler se lo negó por razones obvias: no podía arriesgarse a que los franceses del Norte de África se pasasen al bando de De Gaulle y los ingleses en cuanto tuvieran noticia de la intención alemana de traspasar a España aquellos territorios. El *Führer* en este tema estaba atado de pies y manos, no quería complicaciones en la zona y por eso trató de embaucar a Franco con bonitas palabras de victoria y con la prenda exclusiva de Gibraltar[11].

Finalmente Franco se dio cuenta de que el suyo era un sueño irrealizable. Mussolini quedó gravemente comprometido con su derrota en Grecia aquel otoño, hasta el punto de que tuvo que ser rescatado por las tropas alemanas. La guerra se iba complicando cada vez más. La batalla aérea sobre Inglaterra no consiguió doblegar a Londres, la invasión alemana de las islas se pospuso indefinidamente y en junio de 1941 el foco de la guerra se trasladó al Este con el ataque alemán a la Unión Soviética. En diciembre entraron en conflicto Japón y Estados Unidos y la guerra se convirtió en mundial. Sería un conflicto largo y de cada vez más incierto resultado para el Eje. Ante las nuevas circunstancias Franco decidió permanecer expectante y no intervenir.

En el frente interior el aspecto más destacado en los años 1940-1942 fue la intensa rivalidad entre el Ejército y la Falange. Salvo contadas excepciones como Yagüe, Muñoz Grandes o Asensio, los generales no eran falangistas sino monárquicos, y como tales más filobritánicos que admiradores de los alemanes. Varela, Aranda o Kindelán consideraban muy peligrosa para España la deriva pro Eje que protagonizaba a sus ojos Serrano Suñer, el poderoso presidente de la Junta Política de Falange, exministro de gobernación y entonces ministro de Exteriores. Pensaban que era Serrano el responsable de la política que empujaba a España a entrar en la guerra, cuando nada se habría hecho en Berlín o Hendaya sin el previo consentimiento de Franco. Los militares atribuían además a la corrupción falangista el lamentable estado alimentario del país y no dejaban de

presionar a Franco para que destituyera a Serrano y disminuyera el poder de la Falange.

El primer amago de crisis política interior se produjo en mayo de 1941 cuando un militar, el coronel Valentín Galarza, ocupó la importante cartera de Gobernación, hasta entonces en manos falangistas. Se produjo un torrente de dimisiones de altos cargos falangistas. Franco manejó como pudo la situación, trató de aminorar los daños y conservó a Serrano en Exteriores. La segunda crisis entre Falange y los militares se produjo en el verano de 1942. El 16 de agosto los carlistas celebraban una misa en el santuario de Nuestra Señora de Begoña, próximo a Bilbao, por sus caídos durante la Guerra Civil. Estaba invitado el ministro del Ejército, general Varela. A la salida, mientras se cantaban himnos carlistas y se daban vivas a la monarquía aparecieron unos cuantos falangistas en busca de camorra. Su jefe, Juan José Domínguez, inspector nacional del Sindicato Español Universitario, hizo explotar dos bombas de mano. Hubo varios heridos. Varela se lo tomó como un atentado contra su persona y en cualquier caso maniobró para que Falange pagara por ello. Domínguez fue sometido a consejo de guerra y fusilado. Varela y Galarza que habían mandado una circular a las capitanías explicando su versión parcial de los hechos, también pagaron por su actuación. Fueron destituidos. Para que no pareciera que Falange resultaba vencedora en la crisis, la balanza fue equilibrada con mano maestra por Franco aconsejado por Carrero Blanco con el cese de Serrano Suñer en septiembre.

Giro neutralista y oposición monárquica

El Ministerio de Exteriores volvió de nuevo a manos del general Gómez Jordana, responsable de iniciar un giro neutralista que se consolidaría tras el desembarco aliado en el Norte de África en noviembre de 1942.

En la segunda mitad de la guerra, a partir de las fechas en las que se evidenció la futura victoria aliada, Franco se fue replegando a una neutralidad más patente, alejándose progresivamente de su anterior inclinación pro Eje. Para la primavera de 1944 los aliados ya estaban en disposición de exigirle que suspendiera sus exportaciones de wolframio a

Alemania. Si no lo hacía se enfrentaría a un embargo total de petróleo y al colapso de la maltrecha economía española.

El giro experimentado por la guerra hacia una victoria de las democracias, removió el frente interno español con un segundo elemento, los monárquicos, que tenía vinculaciones evidentes con los militares de mayor rango. Los consejeros en torno a don Juan de Borbón y el mismo pretendiente al trono comenzaron a inquietarse, pensando que había llegado la hora de hacer ciertos cambios en el régimen de Franco que dieran paso a la monarquía antes de la victoria aliada. Un sector de siete viejos generales monárquicos se decidió en septiembre de 1943 a firmar un escrito, una especie de carta colectiva donde se reclamaba al Caudillo que empezara a preparar una restauración monárquica. Dos meses antes 23 procuradores en Cortes le habían dirigido un texto en el mismo sentido. Pero Franco, lejos de mostrarse impresionado por este brote de oposición interna destituyó de forma inmediata a los procuradores y después recibió a los generales uno a uno para que no le pudieran hacer frente de forma colectiva. Con ello consiguió con buenas palabras desactivar el movimiento y ganar tiempo. Para su propia tranquilidad y la del régimen, Franco seguía contando con la fidelidad a toda prueba de los jefes y jóvenes oficiales del Ejército, la gran masa de mandos intermedios con los que había ganado la Guerra Civil.

El nerviosismo en España aquel verano partía de la situación creada en Italia. Mussolini había sido depuesto por los jefes de su propio partido a finales de julio de1943, cuando los aliados desembarcaron con éxito en Sicilia y la guerra parecía perdida. La intención del nuevo gobierno Badoglio era rendirse en las condiciones más favorables. Pero la invasión alemana de la península partió Italia en dos, provocando el desgarro de la nación en lealtades geográficas. En España la situación era muy diferente y nadie, salvo la extrema izquierda, estaba interesado en iniciar una nueva Guerra Civil. Los monárquicos tardarían sin embargo años en comprender que la monarquía solo volvería a España de la mano y con el consentimiento de Franco.

INVASIÓN GUERRILLERA DEL VALLE DE ARÁN

El éxito de los desembarcos aliados en Normandía y el sur de Francia, la rápida retirada alemana y la activación de la resistencia francesa generaron una contagiosa atmósfera de victoria próxima. El movimiento resistente francés estaba trufado en algunos departamentos de excombatientes republicanos españoles de tendencia comunista, que en el otoño de 1944 vieron llegado el momento de intentar una liberación de la propia España. En octubre unos 5.000 guerrilleros invadieron el valle de Arán con la esperanza de ser acogidos como libertadores. Su plan era extender su rebelión hasta Zaragoza, establecer un gobierno republicano y expulsar a Franco del poder. Pero nada salió según lo previsto. El apoyo popular fue nulo y su ataque fue rápidamente rechazado por el Ejército. Sin embargo partidas de maquis continuaron hostigando la vida nacional hasta 1948 en una especie de prolongación de la Guerra Civil. Aunque la lucha antipartisana se produjo en un ambiente de total reserva y secreto informativo por orden gubernativa, las siguientes cifras nos dan una idea de la actividad del maquis: produjeron 953 asesinatos, 5.963 atracos, 8.269 actos delictivos. Hubo 1.826 choques armados con la Guardia Civil, donde murieron 2.173 guerrilleros. 3.387 fueron detenidos junto a 19.444 cómplices. La Guardia Civil, por su parte, tuvo 257 muertos y 370 heridos[12]. En 1948 llegó la orden de la dirección comunista refugiada en Francia de retirar las partidas supervivientes. Algunos sobrevivieron hasta los años cincuenta en montes remotos. Para 1949 se puede decir que era un problema superado. En 1955 el director general de la Guardia Civil, general Camilo Alonso Vega, en un discurso conmemorativo de aquellos años se refirió al «bandolerismo comunista» como un problema nacional de primer orden que «perturbaba las comunicaciones, desmoralizaba a las gentes, destrozaba nuestra economía, quebrantaba nuestra autoridad y nos desacreditaba en el interior».

La guerrilla no puso nunca en peligro al régimen pero sus acciones fueron molestos aguijonazos al prestigio del mismo. Razones más que suficientes para que Franco decretara un silencio informativo total.

El aislamiento diplomático. La modernización. Descolonización

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial Franco cambió su gobierno en julio de 1945 por uno de color católico e hizo adoptar a los falangistas un perfil bajo. Dejó de ser obligatorio entre los militares el saludo brazo en alto. El objetivo era ir abandonando los rasgos más netamente fascistas y subrayar el anticomunismo y el sentido católico para adaptarse a las nuevas condiciones de posguerra. El intento de maquillaje solo funcionó a medias. España no fue aceptada en la ONU hasta 1955 y padeció un aislamiento diplomático notable hasta la firma de los acuerdos con la Santa Sede y Estados Unidos en 1953.

Como jefe supremo de los Ejércitos Franco era consciente de la debilidad armamentística de estos y por ello trató de iniciar su programa de rearme para 1940-1950 en los plazos previstos. Pero tropezó con multitud de obstáculos. España no disponía de tecnología propia ni de una industria militar digna de tal nombre a principios de los cuarenta. Forzosamente se tenía que confiar en la ayuda tecnológica y financiera de los únicos aliados posibles, Alemania e Italia. Y ambos países se encontraban entonces volcados en su autodefensa en plena Guerra Mundial. De Alemania, tras muchas negociaciones llegó en 1943 un primer lote de armamento (Programa Bär), incluyendo una veintena de carros de combate Panzer IV, pero que no pudo tener continuidad (Programa Ankara) por la derrota del Reich.

Hasta los primeros años cincuenta las Fuerzas Armadas tuvieron que valerse del anticuado parque de material superviviente de la Guerra Civil, sin apenas repuestos y una penuria constante de combustible. Las cosas comenzaron a cambiar lentamente a partir de 1953 cuando la firma de los acuerdos de las bases norteamericanas en España proporcionó la llegada a la Península de los primeros carros, vehículos y aviones americanos. Algunos procedían de la Guerra Mundial y otros de la de Corea. Sin embargo el uso de este material estaba vetado a los españoles para operaciones contra Marruecos. Tras la guerra de Ifni el ejército español trató de solventar esta limitación llegando a acuerdos con Francia, que vendió una serie de carros AMX-30. Esto indica que aunque las relaciones con el amigo americano seguían siendo estrechas, se buscaban alternativas para abastecerse de armamento si el caso era necesario.

El despliegue militar ordenado por Franco en la primera posguerra, entre 1945 y 1949, centraba su atención en la defensa del frente norte, donde se situaron fuerzas ligeras con instrucción especial para impedir las infiltraciones a través del Pirineo. Se desplegaron 24 batallones de Montaña con armamento ligero y mulos como medio de transporte: 6 batallones en el Pirineo catalán, 12 en el aragonés y 6 en el navarro. El despliegue general del Ejército buscaba proteger la frontera norte, el sur en el estrecho de Gibraltar y el centro con la capital, Madrid. Era un ejército defensivo, con el gasto mínimo que a finales de los cuarenta se podía hacer. Mal pertrechado con material anticuado y falto de repuestos. Lo mismo cabría decir para la Armada y el Ejército del Aire. Lo único que se podía hacer en tales condiciones era ir creando mandos en las nuevas promociones para cuando un despegue económico futuro permitiera modernizar los ejércitos. En esta línea Franco reabrió la Academia General Militar de Zaragoza, de la que salió la primera promoción de posguerra en 1946. La Escuela Naval y la Academia General del Aire hicieron lo propio en 1944 y 1945 respectivamente.

Los sueldos de los profesionales de la milicia fueron en esta época y hasta prácticamente los años sesenta de una modestia espartana, perjudicados además por el alto nivel de inflación.

Durante todo el régimen de Franco, y salvo la pequeña guerra de Ifni contra elementos marroquíes en 1957-1958, las Fuerzas Armadas españolas no tuvieron que hacer frente a ningún enemigo exterior. Para mayor tranquilidad se contaba con el amparo que proporcionaba la amistad con Estados Unidos, así que el Ejército entre 1945 y 1975 se limitó a hacer el papel de guardián protector del régimen. Junto con el Movimiento y la Iglesia formaba la tríada sobre la que se apoyaba el régimen de Franco. Para luchar contra la débil y dividida oposición en el interior bastaba la Policía Armada y la Guardia Civil, muy bien organizada y con unos efectivos de 60.000 hombres.

Esto no quiere decir que el Ejército formara un bloque absolutamente monolítico detrás de Franco. Como en toda gran comunidad existían distintas sensibilidades que empezaron a hacerse más manifiestas a partir de los años sesenta, pero existían ya antes. En los primeros años cuarenta fue

muy sonada la destitución del general Yagüe como ministro del Aire por sus conspiraciones pro alemanas-falangistas. En diciembre de 1942 Muñoz Grandes fue sustituido al frente de la División Azul para poner freno a sus contactos con Hitler y los planes de este para derribar a Franco, metiendo a España en la Segunda Guerra Mundial. En 1943 elementos monárquicos sondearon a Orgaz para que diera un golpe en Marruecos aprovechando la presencia de tropas estadounidenses en la zona. Desde 1956 en adelante el conde de Ruiseñada sondeó al general Juan Bautista Sánchez para un golpe que obligara a Franco a dar paso a la monarquía. En 1959 en vísperas de ser destituido del mando, apareció muerto en sus aposentos tras sufrir un ataque al corazón. En aquella ocasión Franco trató de aminorar el malestar en el ejército decretando una subida general de salarios para jefes y oficiales. En los primeros años sesenta, el ministro del Ejército, general Antonio Barroso tuvo contactos con el vicepresidente, general Muñoz Grandes para presionar a Franco en sentido monárquico. Pero al final ambos mostrarían con los hechos que su fidelidad al Caudillo estaba por encima de cualquier conspiración.

Uno de los temas que mayor malestar interno creó dentro del Ejército fue su uso por el régimen para labores de represión, primero con los consejos de guerra de la inmediata posguerra y en los años setenta contra el terrorismo etarra. El disgusto se hizo más patente a medida que la sociedad evolucionaba y toleraba menos esa función represora. Así el llamado proceso de Burgos a miembros de ETA en 1970 generó no pocas tensiones internas en el seno del Ejército, aunque entonces no trascendieran al público. El Ejército no se sentía cómodo en ese papel de represor, tal como sucedió en el caso Julián Grimau en 1963, condenado a muerte. En el consejo de guerra de Burgos finalmente las penas de muerte fueron conmutadas y la tensión en las Fuerzas Armadas disminuyó.

A principios de los años setenta España bajo la inspiración del almirante Carrero Blanco trató de acceder al armamento atómico de forma independiente mediante una asociación con Francia, pero este intento de política autónoma de defensa no gustó en Washington. El asesinato de Carrero en diciembre de 1973 por ETA cortó bruscamente las alas al

proyecto. España fue renovando los acuerdos de bases con Estados Unidos puntualmente hasta la integración de la Península en la OTAN en 1982.

El atentado y muerte del almirante Carrero Blanco, presidente del Gobierno, en diciembre de 1973 por el terrorismo etarra puso a prueba la capacidad de resistencia del régimen, y dentro de este la del Ejército, al que se había encomendado su defensa última. La mayor parte de las Fuerzas Armadas simplemente se mantuvo a la expectativa de cómo evolucionara la situación, pero un sector de generales en puestos clave (como Iniesta Cano, director de la Guardia Civil), el llamado búnker militar, en íntima unión con el búnker civil falangista, planeaba prolongar el franquismo sin Franco. Los elementos liberales que ocupaban altos puestos en el Ejército eran contados y se redujeron a prácticamente nada cuando el general Díez-Alegría fue cesado a su vuelta de un viaje a Rumania. La revolución de los claveles en Portugal en abril de 1974, protagonizada por tenientes y capitanes, no tuvo su correspondencia en España. Las circunstancias eran diferentes y Franco todavía vivía. El único intento de extender las ideas democráticas en el Ejército, el grupo de oficiales de la Unión Militar Democrática, fue ahogado en sus inicios y sus integrantes expulsados a finales de 1976.

En general cabe afirmar que durante el franquismo el Ejército no se civilizó, en el sentido de que los militares se mantuvieron ajenos al ámbito civil. Salvo los pocos que cursaron estudios universitarios, nunca llegaron a entrar en íntimo contacto con la sociedad civil. Esta lejanía provocó su incapacidad para comprender los cambios que se estaban operando en la sociedad española de las décadas de los sesenta y los setenta que conducirían finalmente a la democratización del país[13]. Cabe especular si este alejamiento fue fomentado deliberadamente por el régimen con el fin de evitar contaminaciones ideológicas que hubieran perjudicado la capacidad del ejército para defender la seguridad de las instituciones. La festividad que aproximaba más a las Fuerzas Armadas a la sociedad era el desfile de la Victoria, uno de los eventos más vistosos del régimen a lo largo del año. Se realizaba cada 1 de abril ante Franco y las más altas jerarquías civiles y militares. A partir de 1969, una vez designado sucesor en la Jefatura del Estado, el príncipe Juan Carlos compartía tribuna con el Caudillo. En esa jornada se mostraban los últimos armamentos adquiridos,

bien de procedencia norteamericana o más tarde francesa. La ocasión servía así mismo de recordatorio de que en España había habido una guerra y una victoria. En vida de Franco el régimen jamás se propuso llevar a cabo algo parecido a un intento de reconciliación entre los bandos enfrentados en la Guerra Civil. Lo más parecido a ello fue celebrar en 1964 los 25 años de paz garantizados por el Caudillo.

Si en la segunda mitad de los años cuarenta el peligro para España podía venir del exterior (guerrilleros apoyados por una potencia extranjera) el nuevo peligro en los cincuenta estuvo relacionado con el proceso descolonizador de África. España mantenía todavía en 1956 unas obligaciones en su Protectorado en el norte y sur de Marruecos, y cinco territorios de soberanía: Ifni (enclavado en territorio marroquí), Sahara español (frente a las islas Canarias), Guinea-Fernando Poo, Ceuta y Melilla. Para hacer frente a la nueva etapa y ante la desaparición de las fuerzas indígenas, Franco decidió reforzar la Legión y crear brigadas paracaidistas.

Tras la independencia otorgada por Francia y España a Marruecos en 1956 el sultán Mohamed V hizo una visita a Madrid. En ella expuso sin tapujos su intención de ocupar todos los territorios de soberanía española en el Norte de África (es decir, Ceuta y Melilla) y los de Ifni y Sahara. Franco permaneció impasible durante la entrevista, pero, siempre previsor, reforzó militarmente la zona. Al poco tiempo una serie de bandas armadas haciéndose pasar por pastores se infiltraron en Ifni y Sahara. La guerra abierta por fin estalló en agosto de 1957. Los españoles se vieron obligados a adoptar una estrategia defensiva en Sidi-Ifni, la capital, abandonando todo lo demás, mientras lanzaban una exitosa ofensiva en cooperación con los franceses en el Sahara. La presencia de la flota española ante Agadir con idea de bombardear la ciudad hizo creer al rey de Marruecos que se preparaba un desembarco y esto favoreció la llegada de la paz[14]. Para febrero de 1958 todo había terminado. Se puede decir que Franco y su anticuado ejército ganaron esta pequeña guerra colonial en un tiempo en que las demás potencias perdieron sucesivamente las suyas: Gran Bretaña en Suez, Francia en Argelia e Indochina, Estados Unidos en Vietnam. La ejemplar independencia otorgada a Guinea en 1968 evitó toda complicación allí.

La siguiente crisis en el mismo escenario saharaui iba a tener un resultado menos honroso para el Ejército español. En marzo de 1975 se presentía como inminente una acción armada de Marruecos contra el Sahara. Por ello se puso en marcha el plan defensivo diseñado por Franco y sus jefes militares, reforzando la zona con 20.000 hombres. Eran más que suficientes para hacer frente a las fuerzas marroquíes, estimadas en 6.000 soldados. No obstante, el ambiente de tensión hispanomarroquí trató de ser mejorado por parte de Franco, enviando al general Gavilán en octubre a entrevistarse con Hassan II. El monarca habló entonces por primera vez de sus planes de organizar una marcha civil, la Marcha Verde, que penetraría como vanguardia en el Sahara. El 15 de octubre el Mando Unificado de Canarias, del que dependía la defensa del Sahara, estableció el Plan de Operaciones Conjuntas 2/75. Curiosamente en él se preveía ya como desenlace de la situación la cesión de soberanía del territorio del Sahara tras un acuerdo entre las potencias interesadas, lo que venía a decir Marruecos.

Al día siguiente 16 de octubre de 1975 el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya negó en su sentencia los posibles derechos de soberanía de Marruecos o Mauritania sobre el Sahara. Esto, aparentemente, daba fuerza al plan español de celebrar cuanto antes un referéndum entre los saharauis. El dictamen de la misión de la ONU que había visitado la zona semanas antes fue idéntico al de La Haya. Pero Hassan II unas horas después, a las 16:30, se dirigió a su nación por televisión y radio para anunciar todo lo contrario: que el Tribunal de La Haya había reconocido la existencia de ciertos lazos, y que estos a la luz del derecho coránico significaban la soberanía de Marruecos sobre el Sahara. Para recuperar esas tierras anunciaba a su pueblo la concentración de una marcha de gentes desarmadas, 350.000 personas, con 35.000 mujeres entre ellas, y que las oficinas de reclutamiento se abrirían al día siguiente.

Pese a estas desfavorables noticias Franco no cambió de posición. No tenía ninguna intención de entregar el Sahara, ni abrir con ello la espita a la reclamación posterior de Ceuta y Melilla. Ordenó al presidente Carlos Arias Navarro que se enterraran tres filas de minas para frenar la marcha y que se comunicase al rey Hassan que ello era una decisión personal del Caudillo. El gobierno por su parte se movió en sentido contrario a la línea trazada por

Franco y envió al ministro Solís a hablar con el rey marroquí, quien consiguió así las conversaciones bilaterales que deseaba. Hassan ya envalentonado amenazó con la Marcha Verde si no se devolvía el Sahara a Marruecos de inmediato. Mientras, la salud de Franco se deterioraba por momentos. El 27 de octubre, con el Caudillo entubado, se llegó a un «Acuerdo Tácito» con Marruecos para que la Marcha Verde pudiera penetrar entre siete y diez kilómetros dentro del Sahara[15]. El 20 de noviembre, haciéndolo coincidir con la muerte de Franco, Hassan lanzó por fin su Marcha Verde y el proceso para la incorporación del Sahara al Reino de Marruecos. Franco perdió así su última batalla colonial pese a que las fuerzas armadas allí desplegadas hubieran sido más que suficientes para mantener a raya a los marroquíes. Faltó un gobierno más resuelto que el de Arias para soportar la presión del momento y celebrar de forma inmediata un referéndum bajo la vigilancia del ejército español. Se tenía para ello el respaldo de la ONU y del Tribunal de la Haya. El rey Juan Carlos tuvo que realizar su primer viaje como nuevo jefe del Estado y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas al Sahara con el objetivo de reforzar los ánimos de aquellos soldados desmoralizados.

Desde julio de 1976 el nuevo gobierno de Adolfo Suárez, con la ayuda del general Gutiérrez Mellado como Vicepresidente para asuntos de la Defensa, trató con éxito en los años siguientes, en circunstancias muy difíciles salpicadas de terrorismo y golpismo, de incorporar a las Fuerzas Armadas a la Transición a la Democracia. La entrada de España en la OTAN en 1982 hizo posible la homologación de los Ejércitos españoles con los europeos.

Bibliografía

Blanco Escolá, C., *La incompetencia militar de Franco,* Madrid, Alianza, 2000.

Cardona, G., *Historia militar de una guerra civil: estrategia y tácticas de la guerra de España,* Barcelona, Flor de Viento, 2006.

Casas de la Vega, R., *Franco, militar,* Madrid, Fénix, 1995.

–, *Errores militares de la Guerra Civil, 1936-1939,* Madrid, San Martín, 1997.

'RESTON, P., *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX,* Barcelona, Península, 1997.

/VAA, *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo,* Barcelona, Pasado y Presente, 2012.

[1] «Franco describe sus primeros años», testimonio hecho en 1974 al doctor Pozuelo Escudero reproducido en *ABC, Cien años de Franco,* 3 de diciembre de 1992, p. 31.

[2] R. Muñoz Bolaños, «La institución militar en la posguerra 1939-1945», en *Los Ejércitos del Franquismo (1939-1975),* Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, Madrid, 2009, p. 30.

[3] Declaraciones de Franco a Manuel Aznar, 31 de diciembre de 1938, recogidas en *Palabras del Caudillo 19 de abril 1937-31 de diciembre de 1938,* Ediciones Fe.

[4] *Revista de Tropas Coloniales,* abril de 1924.

[5] C. de Arce, *Los generales de Franco,* Mitre, Barcelona, 1984, p. 59.

[6] R. de la Cierva, *Historia del Franquismo. Orígenes y configuración (1939-1945),* Barcelona, Planeta, 1975, p. 99.

[7] *España en sus héroes. Franco soldado,* Número especial, Ornigraf, Madrid, 1969.

[8] P. Preston, «General Franco as a military leader», en *The transactions of the Royal Historical Society,* Sixth series, 4, pp. 21-41.

[9] Despacho de Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, citado por P. Preston, *La política de la venganza,* Península, Barcelona, 1997, pp. 74-75.

[10] M. Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945),* Crítica, Bracelona, 2002, pp. 44-49.

[11] M. Ros Agudo, *La Gran Tentación. Franco, el Imperio colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial,* Styria, Barcelona, 2008.

[12] R. de la Cierva, *Historia del Franquismo. Aislamiento, transformación, agonía (1945-1975),* Planeta, Barcelona, 1978, pp. 47-48.

[13] M. Bolaños, «La institución militar en la Posguerra», *op. cit.,* p. 54.

[14] R. Casas de la Vega, *Franco, militar,* Fénix, Toledo, 1995, p. 607.

[15] *Ibid.,* p. 641.

III. FRANCO Y EL NACIONALCATOLICISMO. LA CONSTRUCCIÓN DEL CARISMA RELIGIOSO (1936-1939)

Giuliana Di Febo

La «Cruzada» y el pacto nacionalcatólico

Con el término «nacionalcatolicismo» se suele indicar la peculiar configuración del régimen franquista respecto a otras dictaduras, debido a la compenetración de poderes y mutuos apoyos entre Estado e Iglesia que se fue asentando durante la Guerra Civil y que tuvo como resultado la estructuración en clave confesional del denominado «Nuevo Estado». Su ideología se funda en la asimilación de la pertenencia identitaria a un concepto de nación fundado en lo patriótico-religioso-hispánico, recuperando en clave mitificada la actuación política de los Reyes Católicos y el planteamiento de Menéndez Pelayo en la *Historia de los heterodoxos españoles*. Este fenómeno, originado por la irrupción del factor religioso en el conflicto, encuentra su formulación conceptual en la carta pastoral «Las dos ciudades» del obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, del 30 septiembre de 1936. Redactada a los pocos días del encuentro de Pío XI en Castelgandolfo con los españoles refugiados en Roma, el documento interpreta algunas frases del discurso del pontífice[1], presentándolas como una confirmación de que «el alzamiento español no es una mera guerra civil, sino que sustancialmente es una cruzada por la religión, por la patria y por la civilización contra el comunismo»[2].

En la pastoral se aclaran los motivos que habían determinado el posicionamiento de la Iglesia a favor del levantamiento de los generales contra el gobierno del Frente Popular. Se señala, como causa principal, la «persecución religiosa» desencadenada en los primeros meses del conflicto, provocando la matanza de religiosas y religiosos (alrededor de 7.000 según la reconstrucción de Montero Moreno)[3], así como la destrucción y profanación de iglesias y objetos sagrados. Apoyándose en los escritos de Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Belarmino y Suárez, readaptados a las urgencias del momento, el obispo defiende la «guerra justa» para derrocar al «régimen tiránico» cuando recurrir a medios legales resulta

imposible. Utilizando la alegoría agustiniana de «las dos ciudades» como proyección antagonista e irreconciliable de las dos Españas, justifica la «sublevación» como instrumento para «restablecer el orden» y acaba bendiciendo a los que luchan «por Dios y por España» y a los que en la retaguardia cooperan con la «santa Cruzada».

El documento tuvo un fuerte impacto emocional por la detallada denuncia de la violencia contra la Iglesia todavía en vigor y enseguida ofreció una base teológica al «Alzamiento» que se utilizará, sea como resorte propagandístico orientado a afianzar una conciencia «nacional» en clave católica, sea como factor de cohesión militar y política, contra la España de «los sin Dios». La evocación de la amenaza de la «revolución comunista» constituirá otro argumento de autoridad para legitimar la «contrarrevolución» en los sucesivos documentos de la jerarquía eclesiástica. Y permitirá presentar a la dictadura, durante años, como baluarte político y religioso contra el bolchevismo. La misma descripción de la República como concentración de arbitrariedades (especialmente dirigidas contra «los derechos de la iglesia») y caracterizada por un clima de violentos enfrentamientos a causa del descontrol del orden público, fija una representación que será compartida por militares, falangistas y carlistas. En esta línea, no cabe duda de que la reconfiguración del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 en clave redentora y salvífica, también constituyó el trasfondo para la legitimación del Caudillo como jefe providencial y restaurador de la civilización cristiana.

Sin embargo, la carta se presenta como la sistematización doctrinal y política de un discurso y de una mentalidad que, a los pocos días del levantamiento militar, ya comenzaba a circular en sectores de la jerarquía eclesiástica. La misma definición de la guerra como cruzada había aparecido en precedentes documentos de los obispos de Pamplona, de Santiago de Compostela y de Zaragoza[4].

En julio de 1936, Isidro Gomá, cardenal primado de Toledo, en su informe al cardenal Pacelli, secretario de la Santa Sede, escribía que «los dirigentes del movimiento, según se desprende de sus proclamas y arengas, propenden a la instauración de un régimen de defensa de la civilización cristiana»[5]. Era esa una afirmación que por aquel entonces sabía más a

sugerencia y auspicio. Comunica, además, que todos los combatientes carlistas de Navarra «consideran la actual contienda como una guerra santa y nadie sale al frente de batalla sin confesar y comulgar. Es cosa corriente llevar sobre el pecho, descubiertos, escapularios y medallas especialmente del Sagrado Corazón»[6]. Entre las justificaciones del llamado «levantamiento cívico-militar» subraya las «coacciones gubernamentales» en las elecciones de febrero de 1936, la perturbación del orden público que, con la complicidad del Gobierno, «produjo la tensión enorme del sentido patriótico y religioso que culminó a raíz del asesinato del Sr. Calvo Sotelo»[7]. Al respecto, aun lamentando el «triste hecho», se le califica de «providencial» en cuanto «es cosa comprobada, por documentos que obran en poder de los insurgentes, que el 20 de julio último debía estallar el movimiento comunista». Se acredita (asignándole a la providencia unos fines muy concretos) unas motivaciones presentadas como causa y efecto, de las cuales se hará portavoz la propaganda: el asesinato de Calvo Sotelo como aceleración del golpe de Estado y la justificación de este como prevención contra la conspiración comunista. Respecto al primer punto, cabe señalar que el propio Franco, en una entrevista del 28 de julio, había negado la relación entre la muerte del exministro y la anticipación del «Movimiento Nacional»[8]. Sobre el segundo aspecto, se debe al historiador Herbert Southworth la desmitificación de un supuesto «complot comunista»[9]. Sin embargo, durante años esta versión de los hechos constituyó un importante argumento para la interpretación de la inevitabilidad del golpe.

Respecto a la redefinición del «Movimiento nacional» en clave salvífica también circularon afirmaciones anteriores a la pastoral de Pla y Deniel. Ya en agosto de 1936 el obispo Mateo Múgica había enviado una carta al cardenal Gomá en la que hacía presente su apoyo al «esfuerzo redentor del ejército español»; mientras tanto en el *Boletín Oficial del Obispado de Vitoria* del mismo mes se había publicado la lista de donativos entregados al general García Benítez «para el Ejército salvador de la Religión y de España». Le informaba también de la ceremonia de entronización del Sagrado Corazón en el domicilio de los falangistas[10], un ritual revelador de una incipiente interacción política y religiosa entre Iglesia y Falange que

será cada vez más frecuente. «Movimiento Nacional», a modo de amplificación y memoria constante de la guerra, se denominará al partido único de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS) creado por Franco en abril de 1937.

Entre los efectos de la guerra-cruzada, y también debido a la profanación de lugares de culto (cuyo momento más exasperado fue el fusilamiento de la estatua del Sagrado Corazón en el Cerro de los Ángeles), se relanzaron devociones de antigua tradición popular junto a liturgias y rituales de sabor tridentino, caracterizados por una politización inspirada en el integrismo carlista. En precedentes trabajos he analizado la función de los ritos (durante la guerra y en los años sucesivos) como plasmación y cimiento del nacionalcatolicismo, poniendo el acento en el uso político de los aparatos sacrales y de los símbolos religiosos en la edificación del carisma de Franco en clave providencial. Al respecto, cabe mencionar, entre las múltiples remodelaciones en clave ideológica y religiosa, la función desempeñada por la mano-reliquia de Teresa de Jesús que, hallada, según la prensa[11], en la maleta de un coronel republicano, acompañará a Franco durante toda su vida evocando un imaginario de familiaridad y contigüidad entre poder terrenal y dimensión sobrenatural. Teresa de Jesús, la santa más celebrada y más utilizada durante el franquismo, a partir de la Guerra Civil y hasta los años sesenta, fue un icono del nacionalcatolicismo a través de muchas atribuciones: «Santa de la raza», que subrayaba la identificación entre catolicismo e hispanidad, patrona de la Sección Femenina de la Falange y protectora de la cruzada.

Asimismo, la necesidad de ofrecer una imagen de unidad entre Iglesia, Ejército y Falange, bajo la égida del dictador, convirtieron los actos de presentación del régimen en una puesta en escena marcada por rituales religiosos y militares. Esta será la coreografía que acompañará la ceremonia del juramento del primer Consejo Nacional de FET y de las JONS, que tuvo lugar en Burgos, en el convento de Santa María la Real de las Huelgas, el 2 de diciembre de 1937, precedido por una espectacular parada militar organizada por el Servicio de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS. En esta ocasión se inaugura la práctica del juramento, ante el Evangelio,

que asume un carácter jurídico e institucional en cuanto aval y garantía de la validez del pacto entre Franco, la Iglesia y el «Movimiento Nacional»[12]. El acto se realizó en la Sala Capitular con las siguientes modalidades: lectura por parte de Fernández Cuesta (secretario general de FET y de las JONS) del decreto constituyente del Consejo Nacional, juramento del dictador con su mano puesta sobre los Evangelios ante el cardenal Gomá y luego desfile de los miembros del Consejo Nacional que repiten la fórmula («Así lo juro en nombre de Dios sobre sus Santos Evangelios») delante del dictador, sentado en un sillón escoltado por tres requetés y tres falangistas. La ceremonia inauguraba una estrategia dirigida a explicitar la utilización del rito como señal de recíproco reconocimiento de autoridad y relevancia política.

Sin dejar de aludir a este marco de evidente interacción con las opciones que caracterizaron al estado dictatorial, haré hincapié en la construcción del mito del Caudillo, incluyendo también formas de autorrepresentación del régimen y de Franco. Este enfoque permite profundizar en el análisis de actores, lugares e instituciones implicadas en la definición y organización del culto al líder carismático, cuyo origen se encuentra en los años de la Guerra Civil. Esta perspectiva ayuda a evaluar las estrategias, caracterizadas por un creciente pragmatismo, que se van desarrollando bajo el arbitraje del «Generalísimo», por parte de la Iglesia y de la Falange, dando lugar a lo que cabe definir como pacto nacionalcatólico; un pacto no formalizado y cuya dimensión contractual se va revelando a través de ajustes, legitimaciones y coincidencias que responden a la necesidad de salvaguardar el poder del dictador y consolidar la unidad necesaria para la victoria y la estructuración del «Nuevo Estado». Me centraré especialmente en algunas convergencias que se fueron afianzando entre la Iglesia y la Falange en el curso de la guerra sobre cuestiones claves, aunque no faltaron tensiones y contrastes respecto a temas fundamentales como la organización sindical, el control de la propaganda y la censura.

Por supuesto, para la jerarquía eclesiástica el problema prioritario era la definición de la naturaleza del Estado y el riesgo de una tendencia de Falange a la «estatolatría», debido al influjo del fascismo italiano, lo cual habría obstaculizado la hegemonía de la Iglesia y el proyecto de

«recristianización» en lo social, en las costumbres, en la educación y la enseñanza. Una remodelación que, cancelando las limitadas aperturas a la modernidad de León XIII y Pío XI, reproducía un esquema intransigente, visible en la recuperación de la antigua idea de la guerra como «castigo», en el caso de España acompañado por la «enmienda» y la «penitencia» para rescatar las desviaciones políticas y religiosas que abrazarían un amplio espectro que incluía el laicismo, «la mala prensa y las costumbres corrompidas»[13].

Principal intérprete y artífice de esta línea fue el cardenal primado, Isidro Gomá, desde enero de 1937, encargado oficioso provisional de la Santa Sede ante la Junta Técnica del Estado en Burgos. Los documentos de su archivo personal revelan un fuerte protagonismo del prelado a partir de los primeros meses de la guerra, que se fue intensificando en 1937, básicamente encaminado a la realización de tres objetivos interrelacionados: la estructuración en sentido confesional del naciente régimen, la oposición a eventuales aspiraciones totalitarias de Falange, y el reconocimiento *de iure* por parte del Vaticano del gobierno de Franco. Todo ello en un contexto marcado por la necesidad de ganar la guerra y mantener buenas relaciones con la Italia fascista y la Alemania nazi que, además de las ayudas militares, habían reconocido oficialmente al Gobierno de Franco en noviembre de 1936.

Interlocutor privilegiado de la jerarquía eclesiástica fue Ramón Serrano Suñér, cuñado y asesor político de Franco, con el cual hubo importantes puntos de encuentro a partir de principios de 1937. Puntos de encuentro que, paulatinamente, se transformaron en colaboración en muchos ámbitos y en acuerdos sobre temas cruciales, a medida que se iba vislumbrando una solución de la guerra a favor de los «nacionales». Paralelamente se fue legitimando la figura de Franco en clave religiosa y militar a través de escritos que tuvieron una relevante importancia en la fijación de clichés hagiográficos de larga duración y que constituirán una importante etapa en el enaltecimiento del dictador como «Caudillo por la Gracia de Dios».

De «Excelentísimo general» a «enviado de Dios»

A finales de septiembre de 1936, la llamada Junta de Defensa Nacional presidida por el general Miguel Cabanellas (exmasón), proclamaba «jefe del Gobierno del Estado español al excelentísimo señor general de División don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado»[14]. El nombramiento había sido motivado por la necesidad de «concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo estado, con la asistencia fervorosa de la nación». El discurso del recién nombrado jefe del Gobierno fue en realidad una arenga que se centró en la autolegitimación incuestionable de su proceder: «No se trata de justificar una actuación que por ser íntegramente nacional no precisa de razonamientos». Habló de la estructuración del nuevo Estado que se iba a realizar «dentro de un amplio concepto totalitario» a través de municipios, corporaciones y asociaciones como sustitutos del «sufragio popular inorgánico» y con «más amplia libertad dentro del supremo interés del Estado». La influencia del programa de Falange de 1933 es evidente sobre todo respecto a la relación con la Iglesia:

> El Estado, sin ser confesional, concordará con la Iglesia Católica, respetando la tradición nacional y el sentimiento religioso de la inmensa mayoría de los españoles, sin que ello signifique intromisión ni reste libertad para la dirección de las funciones específicas del Estado[15].

Esta afirmación provocó enseguida la reacción de los miembros de la Junta Nacional Carlista de Guerra que, en una carta a Franco, aun declarándose de acuerdo con algunos puntos del programa, subrayaban que, «como españoles y católicos», no querían «pasar en silencio» el concepto de «la aconfesionalidad del Estado» y consideraban insuficiente «el propósito de concordar con la Iglesia», puesto que «la independencia y dignidad del Estado, como sociedad perfecta, no estriban en concesiones al laicismo». El documento recordaba a los requetés, que «están muriendo por una recuperación espiritual que no puede quedar reducida a una posición intermedia y estéril». Destacaba, además, «la especial providencia y protección con que Dios nos ha asistido en esta empresa sin precedentes, cuyos episodios diversos están clamando por una interpretación sobrenatural»[16].

La carta revela cómo la dimensión religiosa del Movimiento Nacional empieza a imponerse como primer paso hacia la confesionalización del Estado so pena de divisiones. También había que compaginar otras urgencias entre las cuales estaba el reconocimiento *de iure* del Gobierno de Burgos por el Vaticano, considerado un problema fundamental para la acreditación del «Alzamiento» y de Franco.

Frente a estos problemas, el énfasis en el catolicismo de Franco y de los generales se va delineando como condición indispensable para el reconocimiento y también para contrarrestar un eventual estado totalitario. En septiembre de 1936, Gomá escribió a Pacelli un segundo informe acerca del movimiento cívico-militar tratando de convencer al Vaticano sobre el «buen sentido religioso» de personalidades y de dirigentes del Movimiento, enviando recortes de periódicos que ilustraban «la orientación religiosa, política y social de la Junta de Defensa Nacional de Burgos frente al Gobierno del Frente Popular de Madrid»[17]. Como demostración, se informaba a Pacelli de que el general Millán Astray había ofrendado su Jefatura a la Virgen del Pilar. En la lista figuraban también los generales Mola y Cavalcanti, cuyas alocuciones revelaban una inspiración católica, mientras que Miguel Cabanellas presidente de la Junta de Burgos había asistido a la misa de campaña en la Plaza del Castillo de Pamplona. Por su parte, Franco, junto con Mola y Cabanellas, había presenciado la misa celebrada en la catedral de Burgos. En el intento de Gomá de presionar al Vaticano se vislumbra lo que fue una significativa consecuencia de la cruzada y del pacto nacionalcatólico: la creciente importancia, como atributo de fidelidad a la causa, de la participación en ceremonias y ritos religiosos.

Paralelamente a la acreditación católica de los generales del Movimiento, se va imponiendo la glorificación en clave mesiánica y providencial de Franco, en coincidencia con los éxitos del «Ejército Nacional» y también como parte del pragmatismo antes mencionado. La multiplicación de los instrumentos de la propaganda permite delinear una presencia omnímoda del dictador (desde *El Noticiero Español,* hasta opúsculos, periódicos, revistas y mítines) junto con la exaltación de sus

innumerables cualidades que empiezan a aparecer en los escritos de militares y exponentes del aparato burocrático.

Sin embargo, el acontecimiento que marcó un punto de inflexión en la construcción del carisma de Franco es la conquista por parte de los «nacionales» del Alcázar de Toledo en septiembre de 1936. El episodio tenía todos los ingredientes para la construcción de una epopeya mítica que se convertirá en una duradera «épica de la ruina»[18]. La importancia de Toledo como emblema de la autoridad eclesiástica, el largo asedio a los civiles y a los militares, la presencia de mujeres y niños en el Alcázar, la legendaria conversación telefónica de Moscardó y su repuesta firme al chantaje eligiendo sacrificar a su hijo en lugar de rendirse (un episodio lleno de contradicciones)[19], tuvieron una fuerte resonancia. La decisión de interrumpir la marcha hacia la conquista de Madrid por parte de un Generalísimo más preocupado por su afirmación personal, en el plano político y simbólico, que por la escasa importancia estratégica de Toledo[20], fue la ocasión propicia para abrir el camino a su enaltecimiento militar en clave religiosa. La epopeya del Alcázar encontrará enseguida su amplificación propagandística en el libro *El sitio del Alcázar de Toledo* de Joaquín Arrarás[21], que incorpora el *Diario* de Moscardó y es precedido por el prólogo de Fray Justo Pérez de Urbel, futuro abad del Valle de los Caídos y asesor religioso de la Sección Femenina de la Falange.

Fueron «hombres de confianza» (para utilizar una definición de Max Weber referida a la categoría interpretativa de «dominación carismática»[22]) los que se dedicaron a dibujar la semblanza del Caudillo. En este caso, la sublimación de Franco encontró su autor en el general José Millán Astray, excompañero en la experiencia africanista y director de los servicios de prensa y propaganda de la Junta Técnica del Estado y del Cuartel General del Generalísimo hasta enero de 1937[23]. Millán Astray mitificaría el pasado militar en África en su libro *Franco el Caudillo* (una recolección de escritos publicados entre 1936 y 1939)[24] a través de una construcción retrospectiva centrada en un conjunto de actos ejemplares que anuncian la futura trayectoria de Franco. No interesa aquí señalar las incongruencias históricas ni el tono de arenga de sus artículos, sino más bien la ecuación que se establece entre el creciente poder del general y el

énfasis puesto en la dimensión trascendental que va conformando su actuación militar. El libro –que recoge citas y comentarios de los discursos de Franco y de otros generales– es una muestra significativa de la interrelación entre el carisma político-militar y el religioso. El texto contiene, además, los principales clichés que conformarán los discursos y los sucesivos relatos sobre el Caudillo. En realidad, el hilo conductor que une las etapas de la vida de Franco evoca el esquema hagiográfico propio de la vida de los santos: la premonición, los signos, la ejemplaridad y las virtudes.

A partir del primer artículo de octubre de 1936 se resalta el temple guerrero de Franco, «enviado de Dios como conductor para liberación y engrandecimiento de España»[25], que se había forjado en las campañas de Marruecos y posteriores episodios heroicos, presentados como antecedentes premonitorios del futuro «jefe de los Ejércitos». Se perfila la excepcionalidad del general no solo como militar, sino también como jefe de Estado o más bien «estadista». Se subraya su austeridad y su profundo sentido religioso: «No bebe alcohol, no fuma, es muy sobrio y austero en su comida, en su habitación y en su vestido. Es profundamente religioso y practicante de nuestra Santa Religión», en tanto que «su vida social y familiar es modelo de virtudes»[26]. Se esboza la imagen de un Franco que se inspira en el modelo del cruzado caracterizado por un estilo de vida fundado en el servicio como sacrificio, «abnegación y renuncia a toda vanidad», evocando el «sentido ascético y militar» señalado por José Antonio como norma de vida.

En la representación de Millán Astray, Franco es el jefe de la epopeya del Alcázar de Toledo, fortalecida por una coreografía en la que «cien generales, firmes en sus puestos», ofrecen una imagen de confianza absoluta en el mando del «Generalísimo». Pero es también el comandante que manifiesta una dimensión humana en su dolor por la muerte del general Mola, que se funde con el «dolor de toda España». La muerte del general, para Millán Astray, sería el resultado de un designio divino en cuanto «la voluntad de Dios ha decretado que muriera Mola, convirtiendo un hombre en nada y un alma en un héroe nacional, para que su memoria sirva de faro luminoso a la conducta de Cien Generales españoles»[27]. También en este

caso, como en el de Calvo Sotelo, nos encontramos con una providencia que intervendría muy oportunamente a favor del Caudillo. El libro es, en definitiva, una concentración de los varios carismas acumulados durante la «marcha triunfal» de la guerra, que empieza en Marruecos y continúa en Asturias, Toledo, Aragón, Teruel y el Ebro contra el enemigo invasor. «Gran capitán», hombre de Estado y de gobierno, soldado cristiano y caballero, en definitiva, Caudillo de España «enviado de Dios».

En 1937 se dedicó a la construcción del carisma de Franco el periodista Joaquín Arrarás, también muy amigo del general, al que había conocido en Marruecos, donde había sido enviado por el periódico católico *El Debate.* Arrarás será el autor, junto con Sáenz de Tejada, de una monumental y apologética *Historia de la Cruzada Española,* editada en fascículos entre 1939-1943[28]. En 1937, durante la guerra, publicó el libro *Franco*[29], que tuvo varias ediciones y se convirtió en referencia canónica para sucesivas biografías. Describe las etapas de su vida resaltando su carrera militar salpicada de actos de heroísmo demostrado sobre todo en la guerra de África, también por Arrarás considerada como un edificante antecedente de las futuras victorias. Aunque centrada en la reconstrucción de sus dotes de «condotiero invicto», se incluyen muchas otras calidades hasta delinear una ejemplaridad multiforme que incluye también un Franco «aficionado a la lectura» e «intelectual del arte militar». Se dedican páginas al Frente Popular empezando con la deslegitimación del resultado electoral y describiendo a Manuel Portela como aquel que «pactaba la traición con el Gran Oriente de la masonería»[30].

Entre las numerosas mitificaciones destaca el relato de la «batalla del Estrecho», mientras que silencia la ayuda italiana y alemana que hizo posible el traslado de las tropas franquistas[31], quitando interferencias que pudieran mermar la extraordinaria capacidad militar del «Generalísimo». En realidad, se repite el esquema de Millán Astray respecto a la utilización de la trayectoria bélica de Franco como pieza fundamental para su legitimación como jefe carismático del «Alzamiento». La dimensión del rescate religioso aparece como colofón final y en forma de identificación de su persona con el destino de España:

> Franco, cruzado de Occidente, elegido Príncipe de los Ejércitos, en esta hora tremenda, para que España cumpla los designios de la raza latina y sea España la que aplaste al Anticristo de Moscú, y la que haga prevalecer la Cruz sobre la hoz y el martillo[32].

Las dos últimas páginas del libro están dedicadas a la «Sonrisa de Franco», según se lee en el poema de Manuel Machado dedicado al «Caudillo de la nueva Reconquista» que figura en la introducción a la obra. Frente al carisma «varonil» de Mussolini y al perfil sombrío de Hitler no era fácil tarea dibujar una fisonomía carismática que estuviera la altura de la de los dos jefes. Arrarás encuentra lo que podríamos definir como atisbo de «don» carismático weberiano en la «sonrisa» del Generalísimo, cuyo encanto se representa de esta manera:

> Sonrisa que es saludo a la vida, desprecio a la adversidad, aroma de optimismo, rúbrica de victoria… Que conoce toda España, la liberada y la roja. Que ha transcendido al mundo y es universal como la mirada acerada y fiera de Mussolini o el ceño de Hitler. Sonrisa de Franco que ilumina en su nuevo camino a la España renaciente, mártir y gloriosa[33].

Este imaginario empieza a difundirse también en revistas religiosas. «Franco, figura racial, prez de España» es el título del artículo que aparece en la revista *Reinaré en España,* dedicada al culto del Sagrado Corazón[34] y en la que se magnifica al «Militar excelso, caballero sin tacha» y el hombre providencial llevando el peso abrumador «de la responsabilidad ante Dios y ante la historia». En 1937 estamos ya en pleno auge de la santificación de la guerra como cruzada y en su transformación en fuerte mensaje de cohesión.

Legitimaciones, deslegitimaciones y convergencias

La legitimidad del golpe de Estado fue para los generales sublevados un problema acuciante y prioritario. En primer lugar, había que demostrar la diferencia respecto a los precedentes pronunciamientos, presentando el 18 de julio de 1936 como acción de saneamiento que abarcaba la totalidad de los campos (político social, cultural, religioso) en cuanto defensa de la civilización y respuesta a la «acción destructiva» del gobierno republicano. Objetivo este que, desde la primitiva propaganda, centrada en la

repristinación de «lo nacional», se impone como mensaje permeado de universalidad, fortalecido por la resignificación en clave religiosa.

También había que demostrar el fundamento legal del «Alzamiento» como aval de una represión –a veces con carácter retroactivo–, preámbulo de esa cancelación de los derechos fundamentales a la que será sometida la sociedad española durante años. El régimen intentó, según Julio Aróstegui,

> […] ser tenido por un verdadero Estado de Derecho *«tradicional»,* a pesar de que en sus orígenes establecerá que «el 18 de julio es fuente de derecho». Esto no fue prácticamente cierto nunca: no fue fuente de derecho sino fuente de poder coactivo, de legitimación por una especie de derecho de conquista, el derecho de la *«ocupación»* que se tenderá fundamentar después mediante un aluvión de juridicidad[35].

Precisamente por el papel desempeñado por la Iglesia, Aróstegui excluye la calificación de la dictadura franquista como una variante del modelo fascista: «Un régimen que, por tanto, se fundamenta en la *violencia* de una forma explícita y *"doctrinal",* no al estilo fascista, sino al cristiano, al de la *"Cruzada",* asunto mucho más que "retórico"»[36].

Indudablemente la Iglesia tuvo un rol fundamental en la construcción de un amplio abanico de legitimaciones, incluida la represión, una práctica en la que la propia Falange tuvo una participación muy activa y articulada a partir de los primeros meses de guerra de 1936 y a través de un complejo aparato y redes de informantes que comprendía también a los párrocos[37]. Fue un silencio de omisión el de la jerarquía eclesiástica ante una matanza que «no arrancó una palabra de censura, ni la más mínima reserva, a las autoridades eclesiásticas, que se conformaron con organizar procesiones en acción de gracias», según denunciaba el escritor católico Georges Bernanos, testigo de la brutal represión efectuada en Palma de Mallorca, en *Los grandes cementerios bajo la luna*[38]. Pero también hubo justificaciones, como en el caso del fusilamiento de 16 sacerdotes vascos, acusados de actividades políticas a favor de la República. La ejecución suscitó la dura protesta del presidente del gobierno vasco, José Antonio Aguirre, el cual, en el día de su proclamación, se había empeñado en prestar juramento bajo el árbol de Guernica «como creyente, como magistrado y como vasco», comprometiéndose a defender «los principios de libertad, justicia y democracia»[39]. Entre otras cosas, en un discurso pronunciado desde

Radio Bilbao el 22 de diciembre de 1936, cuestionó el carácter religioso de la guerra, definiéndola «de tipo económico arcaico y de un contenido social»[40].

A propósito de la ejecución en Guipúzcoa de los sacerdotes, Gomá contestaba con una *Respuesta Obligada. Carta Abierta al Presidente Aguirre,* que según Álvarez Bolado, en algunas afirmaciones, «no dejaba de ser una pieza ideológica de la España nacional»[41]. En el guion para la Conferencia de Metropolitanos, aun lamentando la ejecución[42], el cardenal informa «que todos fueron sometidos a juicio, en que se comprobó un delito que en los demás era castigado con pena de muerte». Para mayor convencimiento de la justeza de los criterios de los tribunales militares, cita las palabras de un jesuita que había asistido a los sacerdotes en su última hora: «Todos los sacerdotes fusilados incurrieron en un crimen que la ley española –como la de todos los países– castiga y debe castigar con la muerte; traidores y desertores de España incurrieron en el crimen de lesa patria»[43]. En realidad se aceptaba así lo que el propio Serrano Suñer en sus *Memorias* definía como una «justicia al revés»[44].

El año 1937, denso en acontecimientos políticos y bélicos, es crucial para la configuración del «Nuevo Estado». La promulgación del Decreto de Unificación en abril de 1937, firmado por Franco, marca una etapa importante en la concentración de poderes (político, legislativo, militar) del dictador, que asume el mando del partido único, definido como «una sola entidad política nacional» fruto de la integración de la «fuerza nueva» de Falange con el «sagrado depósito de la tradición española» custodiada por los requetés[45]. El 1 de julio, sale la «Carta colectiva del Episcopado español a los obispos del mundo entero»[46] de Gomá, pastoral solicitada por un Franco anhelante del reconocimiento *de iure* del Vaticano, y que se configura también como respuesta a las críticas que provenían de algunos sectores católicos por la actuación de la Iglesia en la Guerra Civil española[47].

De hecho, se iba asentando progresivamente una activa colaboración en la relación entre la Falange y la Iglesia, atestiguada por la propuesta hecha, en junio, por Serrano Suñer (secretario político de la FET) al propio Gomá para organizar la asistencia religiosa a las Juventudes Falangistas. La

propuesta fue señalada por el cardenal a Pacelli como un cambio de conducta respecto a la «tendencia laicizante» manifestada por algunos organismos de la Falange, confirmado por el telegrama enviado por Serrano Suñer en ocasión del reconocimiento oficial, en junio de 1937, de Pablo Churruca, marqués de Aycinema, como Encargado de Negocios ante el Vaticano, considerado como un primer paso hacia el reconocimiento *de iure.* Serrano Suñer enviaba también un entusiasta telegrama a Pío XI en el cual definía a la FET y de las JONS de esta forma: «por ser expresión del pueblo español…, es eminentemente católica y romana y lucha por los principios cristianos de justicia social que inspiraron documentos sociales pontificios»[48].

En esta fase se intensificaron las aportaciones por parte de teólogos jesuitas, en la revista *Razón y fe,* destinadas a una representación del Movimiento y de Franco como defensores de la tradición cristiana y de los intereses de la Iglesia, dedicando una particular atención a la delineación de una Falange «católica». En septiembre de 1937, la revista sale con una introducción dirigida a sus lectores que se caracteriza por sus acentos militantes, motivados también por la disolución e incautación de bienes de la Compañía de Jesús decretada por el gobierno republicano en enero de 1937, fruto de una radicalización del proyecto de laicización. Declaraba su adhesión absoluta al levantamiento reconvertido en «Causa Nacional»: «desde este momento y desde su punto de vista doctrinal, se pone al servicio de la Causa Nacional, que es la causa del Catolicismo, de la Iglesia española y, con ellos, de la Cultura y de la Civilización». Y proseguía: «Para los caudillos del glorioso y redentor Movimiento, nuestra admiración y obediencia, la más sincera y cordial»[49].

En el mismo número, se publicaba el artículo titulado «¿Se lucha en España contra un poder legítimo?», que empezaba de esta forma: «A mediados de julio del pasado año 1936, cuando veíamos cerrados todos los horizontes de salvación, de repente se rasgó la densa cerrazón de nubes, y el trueno del cañón despertó a España y cuantos suspirábamos por la libertad de la Religión y Patria, aplaudimos frenéticamente a los caudillos de la campaña». Se retomaban los principales temas de la propaganda dirigida a la deslegitimación del quinquenio republicano como justificación del

«Alzamiento», enumerando la «suma de los hechos ilegítimos»: desde la proclamación de una Republica «nunca votada por la nación, sino erigida contra la mayoría de los municipios» y que llega al culmen de la ilegalidad con la victoria del Frente Popular, «cuyo triunfo les cegó los ojos, y no soñaron sino en la venganza y en su paraíso soviético». Subrayando varias arbitrariedades se describe un poder «usurpador además de tiránico», que incluye la elección de Azaña como Presidente de la República «sin garantías constitucionales» y el nombramiento del Gobierno de Casares Quiroga; frente a este gobierno, «se levantó España a la voz de Don Francisco Franco»[50]. En una nota se precisa la diferencia entre «movimiento nacional» y «pronunciamiento» haciendo propia la versión utilizada por el dictador, en muchas ocasiones: aquel era un levantamiento querido por la mayoría del pueblo[51]. El artículo era parte de una campaña contra la legitimidad republicana utilizando un esquema ideológico, más que doctrinal, con el fin de desmantelar la «juridicidad» del gobierno republicano y retomando los argumentos de una propaganda que había empezado a aparecer el día después de la proclamación de la República.

Otras aportaciones posteriores se fijaban en la reiteración de los principales postulados patrióticos-religiosos consustanciales al nacionalcatolicismo y dirigidos a orientar las relaciones entre Estado e Iglesia en cuestiones cruciales para «la nueva España», como la reivindicación de la enseñanza religiosa y la derogación del matrimonio civil. Se planteaba la necesidad de un nuevo Concordato que reglamentara mutuos derechos y obligaciones, subrayando que era tarea del Estado la de «armonizar su legislación con el derecho divino y canónico»[52].

En el mismo año de 1937 la revista de los jesuitas se hace portavoz de una ferviente campaña a favor de la recuperación de la «Hispanidad» como defensa de los «valores de nuestra raza» contra el comunismo y el marxismo, presentados como última evolución del liberalismo masónico[53]. En realidad, la relevancia que se da en los artículos a la amenaza del comunismo, como legitimación de una «revolución preventiva», no tenía ninguna confirmación ni validez, en cuanto la actuación en defensa de la República en España no estuvo inspirada en ningún proyecto de revolución por parte de Rusia[54]. Se trataba más bien

de una propaganda funcional a una mayor condena del liberalismo considerado el origen de muchos «errores modernos»: la laicidad, la libertad de prensa y de cátedra, encarnada por la odiada Institución Libre de Enseñanza, la emancipación de las costumbres, incluyendo la de la mujer y la libertad de asociación. Como contraimagen, se relanzaba el mito del imperio y de la reconquista por obra de los Reyes Católicos, readaptando todas las más conocidas formulaciones: la esencialidad hispánica, según las teorías de Balmes, Menéndez Pelayo y Maeztu, que tendrían su fundamento en la tradición, de la cual Franco era partidario y garante.

Un amplio espacio se dedicaba a subrayar el perfil católico de Falange, como en el caso de los muchos temas esgrimidos en el artículo titulado «El espíritu genuino de Falange Española ¿es católico?»[55]. A través de un largo recorrido, el Constantino Bayle construía su discurso utilizando frases y declaraciones de los fundadores de Falange, entre las cuales resaltaban las de José Antonio Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Onésimo Redondo, «católicos de raigambre y de costumbres», además de la profesión de catolicidad de falangistas como Sánchez Mazas, Eugenio Montes o Ernesto Giménez Caballero. También en esta reconstrucción lo que prevalecía era el espíritu religioso y tradicional, frente al liberalismo y la democracia, representados a través de la óptica de la amenaza comunista y aludiendo las advertencias de José Antonio en un discurso del 17 noviembre de 1935 contra el peligro del deslizamiento de la República hacia una «dictadura del proletariado». Se valoraba el artículo 25 de los puntos de Falange que rezaba: «Máximo respeto a la tradición católica de nuestra raza»[56]. Se señalaban, entre los ejemplos de la catolicidad de Falange, la consagración de la Legión gallega al Sagrado Corazón y las JONS de Navarra que, «al pedir de oficio» el restablecimiento de la Compañía de Jesús, se había autodefinido «milicia de Dios y milicia del imperio».

El 10 de marzo de 1938 Franco promulgaba el Fuero del Trabajo, considerada una de las Leyes Fundamentales del Estado. La ley era el resultado de una larga negociación entre Gomá y Falange hasta llegar a un acuerdo fundado sobre el equilibrio visible en las referencias a la «Tradición católica» y al «Estado nacional en cuanto instrumento totalitario»[57], permitiendo la aprobación por parte del Vaticano

preocupado por el contagio del modelo totalitario italiano. Una ley a la que dedica una particular atención Joaquín Azpiazu, subrayando su sentido cristiano[58], tema sucesivamente desarrollado, junto con otras puntualizaciones, en *Orientaciones cristianas del Fuero del Trabajo*[59]. Este libro, apoyándose en la doctrina de Tomás de Aquino, León XIII y Pío XI, analizaba atentamente todos los puntos del Fuero, empezando con un comentario apologético de la tradición presentada como «retención del principio de *verdad absoluta*». Respecto a la definición de «Estado nacionalsindicalista y totalitario», el autor, por un lado advertía contra el peligro del «estatismo exagerado», y por el otro, tendiendo puentes a Falange, defendía que la formulación presente en la Ley «no significa más que la idea de unidad del Estado español, tal como está constituido, y el repudio del separatismo»[60].

En mayo de 1938 un decreto restablecía la Compañía de Jesús. Entre las motivaciones de la medida constaba la siguiente: «Porque el Estado Español reconoce y afirma la existencia de la Iglesia Católica como Sociedad perfecta en plenitud de sus derechos»[61]. En ese mismo mes de mayo, el Vaticano concedía el reconocimiento *de iure* al gobierno de Franco y el día 16 de mayo, monseñor Gaetano Cicognani era nombrado Nuncio Apostólico ante el Gobierno de Burgos.

A finales del año, la deslegitimación de la República encontrará su institucionalización en la Orden del 21 de diciembre de 1938 (firmada por Serrano Suñer, por entonces ministro del Interior), que preveía la constitución de una «Comisión encargada de demostrar la ilegitimidad de los poderes actuantes en la República Española en 18 de julio 1936»[62]. El preámbulo, típica muestra de la fuerte ideologización que impregnaba el ámbito jurídico, indicaba las líneas principales sobre las que se tenía que plantear la deslegitimación de la Republica en el plano legal. Un sumario recogería «las pruebas auténticas del gran fraude parlamentario del frente popular; la falsificación del sufragio en daño de la contrarrevolución y en provecho de las fuerzas marxistas en grado tal que subvirtió el resultado de la contienda electoral». Acerca del orden público y de la represión:

> […] el sinnúmero de delitos, desafueros y tropelías amparados por un Gobierno que tan audaz e ilegítimamente cabalgaba sobre el país, y en fin el escandaloso crimen de Estado […]

> con el asesinato del jefe de la oposición, Sr. Calvo Sotelo, ordenado y planeado desde los despachos de un Ministerio, y que sirvió de ejemplo a las turbas, en cuyas garras criminales han caído brutalmente sacrificados en las cárceles, en las checas y los caminos de la España roja más de cuatrocientos mil hermanos nuestros.

La que se definía como «tesis acusatoria» habría de ser demostrada «en forma incontrovertible y documentada». Evidentemente en un momento en que parecía acercarse la victoria del ejército franquista se necesitaba reforzar la legitimación del golpe, sea para la gestión de la victoria, una vez terminada la guerra, sea frente a la comunidad internacional.

De la «victoria total» a la «resurrección de España»

En una entrevista de julio de 1937 al enviado especial de *United Press,* a propósito de un posible armisticio, Franco contestaba con decisión: «Sólo la victoria total, o la rendición completa y sin condiciones del Gobierno de Valencia, pueden poner fin a la guerra»[63]. Su rechazo a cualquier tipo de mediación sería confirmado en el discurso de octubre de 1938: «En cuanto a la mediación, no hay más fin de la guerra que la rendición sin condiciones del vencido, entregándose a la generosidad del vencedor»[64]. Por su parte, Serrano Suñer, en un discurso de junio de 1938, refrendaba la decisión del Caudillo: «Para nosotros no hay ni puede haber más meta que la meta de la victoria. Ni pactos, ni abrazos, ni transacciones, que fueran traición»[65].

Entre finales de octubre 1938 y febrero de 1939, mientras los partes de guerra iban anunciando la victoria del ejército franquista, se desencadenaba en la prensa una intensa campaña a favor de la beligerancia y contra cualquier solución pacífica de la guerra. Era la respuesta agresiva a los intentos de mediación puestos en marcha por el presidente Negrín y, a nivel internacional, por el propio Pío XI[66]. Proyectos que se iban configurando a través de varios nombres: «cese temporal de las hostilidades», «armisticio», «reconciliación», «apaciguamiento». Importantes iniciativas, intensificadas con ocasión de los bombardeos de Barcelona efectuados en marzo de 1938, tenían como protagonistas a los Comités por la paz a los que en enero de 1938 se había adherido Niceto Alcalá Zamora[67].

La prensa franquista respondió de forma negativa y tendenciosa[68], recogiendo la consigna de Franco, descrito como el depositario de un legado y la personificación de la coherencia en la realización de su mandato. A su vez, la jerarquía eclesiástica se expresaba contra la mediación, empezando por el posicionamiento de Gomá, en mayo de 1937, frente a las solicitaciones de Pío XI. En una carta a monseñor Pizzardo (secretario de la Congregación de Asuntos Extraordinarios del Vaticano), el cardenal manifestaba su contrariedad por un posible plan de mediación internacional[69]. Básicamente se trataba de un intento de armisticio al que el Vaticano había dado su adhesión, suscitando la oposición de Antonio Magaz y del mismo Franco que, en palabras de Santos Juliá, «inmediatamente despachó a Gomá para que ilustrara a Pizzardo y al mundo católico sobre la verdadera naturaleza de la guerra y la imposibilidad de que acabara de otra forma que no fuera la victoria total, la rendición incondicional del enemigo»[70].

Atendiendo a la voluntad de Franco, el cardenal apoyaba su negativa, entre otras motivaciones, sobre el riesgo que podían correr los sacerdotes escondidos «en país rojo», sobre todo en Barcelona, de no poder escapar a la persecución. Además afirmaba que «un armisticio, a la altura a la que han llegado las cosas, no sería más que un voto y un auxilio a una de las partes que ve perdida su causa». Se hacía así intérprete y portavoz de los deseos del pueblo «que anhela la paz, pero no está cansado de la guerra, que juzga necesaria para lograr un paz decorosa y duradera». Al mismo tiempo, volvía sobre el tema de la fiabilidad de Franco, atestiguada por su «formación religiosa» y por «los actos realizados en favor de la Iglesia».

Haciendo de la intolerancia, fundada en la demonización del enemigo, una baza contra la convivencia y el pluralismo, se configuró un frente unitario de generales, de exponentes de Falange y de la Iglesia contra cualquier tipo de reconciliación, debido a la preocupación por las fisuras que hubiera podido causar en la estructuración del «Nuevo Estado». Excluyendo la actuación del cardenal Vidal y Barraquer a favor de la «pacificación»[71], la jerarquía eclesiástica dio muestra de un pragmatismo intransigente que conjugaba la necesidad del castigo con el temor ante la posibilidad de una reconciliación que significaría, para Pérez de Urbel, «la

renuncia a nuestro ideal de una España católica y tradicional»[72]. Destacaban al respecto las declaraciones de Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid, a favor de la continuación de la guerra en coherencia con el espíritu de la cruzada y como antídoto contra cualquier posible transacción con el «liberalismo democrático»[73].

Fernández Cuesta, en esa época secretario de FET, veía en la victoria sin mediación la posibilidad de la implantación de la doctrina de Falange asociada al triunfo del Caudillo[74], mientras que Eduardo Aunós (miembro de la Junta Política de FET y futuro presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar) advertía contra el «pecado de tolerancia»[75].

Entre los argumentos compartidos resalta la evocación del sacrificio de los caídos, que resultaría inútil y deslegitimado por la mediación. En coincidencia con esta campaña, el culto a los caídos tuvo su importante exaltación en el obsequio a José Antonio celebrado el 20 de noviembre de 1938 en la catedral de Burgos con una profusión de liturgias y rituales. El acto fue fruto de la colaboración de delegados de Falange y de religiosos, entre los cuales el sacerdote Juan Tusquets[76] figuraba como director de los «movimientos litúrgicos» en el interior de la catedral. La ceremonia tuvo como colofón la inscripción en la catedral de Burgos de la frase «Caídos por Dios y por España», seguida por la lista de los caídos del bando franquista y precedida por el símbolo del yugo y las flechas y el nombre de José Antonio. Franco, en el discurso del 18 de julio 1938, apoderándose de la imagen del «Gran Ausente» para reforzar su prestigio, reconvertía al fundador de Falange en «mártir glorioso de nuestra Cruzada», indicaba para «los nuevos jefes» como modelo de «austeridad» a las Ordenes monásticas especificando: «Es la fraternidad humana que tiene su más honda tradición en los preceptos de nuestros Santos Evangelios»[77].

Fracasados todos los intentos de mediación, con la caída de Cataluña en febrero de 1939, se anunciaba la victoria del ejército franquista. Como una de las primeras muestras de la «generosidad del vencedor», la Ley de Responsabilidades Políticas, promulgada el 13 de febrero de 1939, institucionalizaba la represión política incluso de forma retroactiva. Poco después, el ejército franquista entraba en Madrid el 28 de marzo, coincidiendo con el aniversario del nacimiento de Teresa de Jesús, según se

difundió en la prensa y en el *Suplemento al Boletín Eclesiástico de Ávila*[78]. El 16 de abril de 1939, Pío XII redactaba «El Mensaje-radio a España». Gracias a la investigación de Álvarez Bolado, se conocen las dudas que le surgieron al redactar la alocución sobre la introducción del término «victoria»[79], motivadas por la preocupación del pontífice por el influjo nazi en España[80]. Claramente en la propaganda del mensaje, se privilegió la interpretación en clave apologética y de total apoyo a Franco.

A partir del mes de mayo y durante todo el año 1939 se celebró la victoria en las ciudades de España en una clima de fiesta y de triunfo marcado por una profusión de ritos religiosos (misas de campaña, *Te Deum,* procesiones y actos de desagravio), que se fundían con los desfiles y concentraciones de Falange y del Ejército, junto a conmemoraciones a los caídos ofreciendo una imagen de cohesión y de unidad contra cualquier sugestión de un antagonismo en el plano ritual entre Iglesia y Falange. En las ciudades, adornadas con arcos triunfales y grandes retratos de Franco, se leía el último parte de guerra. Los discursos de Franco, aun aludiendo a la «reconstrucción» y a «una España para todos»[81], subrayaban en realidad la división entre vencedores y vencidos, exaltando el triunfo de la guerra-cruzada y glorificando el «nuevo orden» que se iba a implantar.

Madrid, la ciudad-símbolo de la resistencia republicana, fue el centro de numerosas manifestaciones de júbilo, de revancha y de escarmiento al mismo tiempo. El 20 de mayo de 1939 se convirtió en el principal escenario de la consagración de Franco como «Caudillo por la Gracia de Dios», a través de la ceremonia de la «Ofrenda de la espada», cuya organización fue en gran parte obra de Serrano Suñer. El acto se celebró en la Iglesia de Santa Bárbara, engalanada con objetos-símbolos que evocaban el sentido religioso y guerrero de la Reconquista, y en la cual el dictador entró caminando «bajo palio». Las palabras de Gomá bendiciendo a Franco y el abrazo final entre ambos sellaban el poder absoluto de Franco enriquecido con la dimensión mesiánica y providencial, sancionando la interacción entre política y religión, fruto de recíprocos reconocimientos.

La ceremonia, que tuvo mucha resonancia en la prensa, fue precedida y seguida durante todo el mes de mayo por la recuperación de los principales mitos fundacionales de la cruzada y del nacionalcatolicismo. En el

Noticiario Español, en la prensa y en publicaciones religiosas, una especial atención se dedicaba a la «Hispanidad», un poderoso mito de identificación que abarcaba todos los principales ingredientes del patriotismo hispánico-religioso: la conquista, la reconquista, el imperio, la nación católica según el modelo de los Reyes Católicos y de Menéndez Pelayo. Al triunfo de la victoria y a una España «flamero de grandezas, troquel de heroísmos, pendón de glorias, paladín de Cristo» se dedicaba, con énfasis sacralizante, el artículo titulado «La oración hispánica de la victoria», publicado en la revista *Razón y fe* en el mes de mayo[82].

El 28 de mayo de 1939, el *Boletín Oficial del obispado de Salamanca* publicaba la pastoral titulada «El triunfo de la Ciudad de Dios y la Resurrección de España», redactada por Pla y Deniel el 21 de mayo de 1939, en ocasión de las fiestas de la victoria, según el mismo obispo informa[83]. El documento, organizado en cuatro capítulos y un epílogo, empieza con un aplauso a la «verdadera resurrección de España», en coincidencia con la cuaresma pascual:

> Los aleluyas pascuales suenan más jubilosos que nunca en nuestra patria. Al celebrar la conmemoración de la Resurrección de Cristo celebramos en 1939, en el año de la Victoria, la Resurrección de España. Alabemos con júbilo a Dios, al fin de una Cruzada victoriosa por Dios y por España[84].

Las páginas sucesivas son una recapitulación muy detallada de los motivos que habían convertido al «Alzamiento Nacional» en «Cruzada por la civilización cristiana», denominación que, según el obispo, había sido aceptada por las más representativas autoridades eclesiásticas: por parte de Pío XI en el encuentro con los refugiados en Roma, por Pío XII en su mensaje celebrando la victoria y por Gomá en la «Carta colectiva dirigida al episcopado de todo el mundo»[85]. Con muchos datos se describe la persecución religiosa, los ejemplos de martirio y el alcance de las profanaciones. Con énfasis y reiteradamente se alude al complot comunista en todas sus articulaciones, dando la impresión de utilizar la repetición en forma de retórica ritual, como instrumento de convicción. A Franco, «Caudillo de fe indomable, inteligencia preclara y ánimo esforzado»[86], se le hace objeto de un protagonismo mitificado en todos los momentos

heroicos de la guerra, no olvidando la proeza del paso del Estrecho, ni la aportación de otros generales: Kindelán, Queipo de Llano, Moscardó.

Pla y Deniel también recuperaba el tema del catolicismo de Falange, que estaría atestiguado por la adopción del símbolo de los reyes católicos (el yugo y las flechas) y por haber elegido a Teresa de Jesús como patrona de la Sección Femenina. Mediante la utilización de los santos y de los cultos, acompañada por la readaptación de su modelo de santidad a las urgencias políticas, las figuras más autorizadas, como Ignacio de Loyola y sobre todo la omnivalente Teresa de Jesús, devociones muy populares, como Santiago de Compostela y la Virgen del Pilar, se convierten en pilares de la «Hispanidad».

En el capítulo titulado la «Epopeya de la nueva reconquista de España y triunfo de la Ciudad de Dios», el obispo salmantino expresaba el reconocimiento por las medidas aprobadas (ley sobre matrimonio suprimiendo el matrimonio civil, restablecimiento del crucifijo, restauración de la Compañía de Jesús) contra «las leyes expoliatorias y perseguidoras» de la República. No falta el posicionamiento contra la mediación justificado en la necesidad de mantener la coherencia con el espíritu anticomunista de la cruzada. Confirmando el parecer formulado en un dictamen que habría sido requerido por el Gobierno Nacional en 1938, declaraba: «es imposible la unidad de los españoles buscando un término medio entre comunistas y ateos por una parte y católicos tradicionales por otra»[87]. De esta forma sancionaba la división, la imposibilidad de reconciliación, vaciando la palabra mediación del sentido de negociación o de mutuas concesiones.

En el último capítulo, «La Resurrección de España», Pla y Deniel, oscilando entre la sugerencia y la amonestación, enumeraba el programa de recristianización que habría que llevar adelante en nombre de una resurrección en clave de «restitución»: «Si en la nueva España han de repararse las injusticias cometidas con la Iglesia en el orden económico en los últimos dos siglos, deben repararse también las otras vejaciones contra la Iglesia, como sociedad perfecta»[88]. Entre las medidas reparadoras: el reconocimiento del fuero eclesiástico respecto al servicio militar, el restablecimiento de las fiestas anuladas por la República, la reforma de la enseñanza y la educación en sentido religioso.

En realidad, lo que se planteaba, utilizando referencias doctrinales pero de hecho cargadas de significado político, era una reincorporación de la Iglesia en la sociedad y en las instituciones que iba más allá de una recuperación de los derechos cuestionados por la secularización y el laicismo republicanos. Lo que se solicitaba era un papel protagonista y de intervención activa y radical en la legislación, en las costumbres y en las relaciones entre hombre y mujeres (la «moral pública»), reivindicando espacios de control y de poder que solo una fuerte confesionalización del estado dictatorial podría garantizar.

El Caudillo no decepcionará a la Iglesia. Aunque dosificando en el tiempo las medidas legislativas, el programa propuesto por Pla y Deniel se llevará a cabo y la jerarquía eclesiástica figurará en los aparatos claves del régimen franquista. Representantes de la Iglesia participarán en las comisiones de censura, un asesor religioso guiará la Sección Femenina de la Falange y, a principio de diciembre de 1939, el obispo Leopoldo Eijo y Garay será nombrado presidente honorario del Consejo asesor de Religión y Moral de las Organizaciones Juveniles del partido único. El 17 de julio de 1942 se promulgaba la Ley Constitutiva de Cortes, que refrendaba «en la Jefatura del Estado la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general». Los obispos ocuparán escaños en las Cortes designados directamente por Franco según criterios de confianza. La Ley sobre Ordenación de la Universidad Española de 1943 establecía la obligación de la enseñanza de la religión en las universidades españolas y ponía la cultura bajo el monopolio de la Iglesia con estas palabras: «Todas sus actividades habrán de tener como guía suprema el dogma y la moral cristiana y lo establecido por los sagrados cánones respecto de la enseñanza». Son algunos ejemplos significativos de las medidas que contribuyeron a la configuración nacionalcatólica del «Nuevo Estado».

[1] En realidad, Pío XI nunca utilizó el término «cruzada». Sobre la difusión parcial e incorrecta del discurso del papa, véase H. Raguer, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española (1936-1939),* Barcelona, Península, 2008, pp. 119-125.

[2] «Las dos ciudades. Carta pastoral del obispo de Salamanca», en *Boletín Oficial Obispado de Salamanca,* 30/09/1936. Reproducida en A. Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en*

España. 1936-1939, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2000 (4.ª ed.), pp. 688-708 (la cita en p. 701).

[3] A. Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa…, op. cit.,* pp. 758-768.

[4] A. Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz,* Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, p. 50.

[5] En J. Andrés-Gallego y A. M. Pazos (eds.), *Archivo Gomá. Documentos de la Guerra Civil,* Madrid, CSIC, 2001-2010 (13 vols.), vol. 1, Doc. 1-26, 13/08/1936, p. 82 (A partir de ahora se citará *A. G.*).

[6] *Ibid.,* p. 86.

[7] *Ibid.,* p. 81.

[8] En la entrevista del periodista Jay Allen a Franco, publicada en el *Chicago Daily Tribune* del 29 de julio de 1936, a la pregunta sobre si el levantamiento había sido causado por el asesinato de Calvo Sotelo, el general contestaba: «No, Calvo Sotelo had nothing to do with the movement. His Assassination was merely another symptom of the disintegration of the state. We rose because if we had waited two months longer we would have had no army or navy and Spanish economy would have been in a state of collapse». Sobre el importante papel de Jay Allen y otros corresponsales extranjeros en la Guerra Civil española, véase P. Preston, *Idealistas bajo las balas,* Barcelona, Debate, 2007.

[9] Herbert R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco,* Barcelona, Plaza y Janés, 1986, pp. 190-215 (1.ª ed. 1963 publicada por Ruedo Ibérico). Sobre el tema el autor vuelve con el libro *El lavado de cerebro de Francisco Franco. Conspiración y guerra civil,* Barcelona, Crítica, 2000.

[10] *A. G.,* vol. 1, Doc. 1-32, 23/08/1936, pp. 97-98, y nota 145 en p. 97.

[11] *ABC* de Sevilla, 18 de febrero de 1937.

[12] Sobre este y otros ritos y cultos a los que aludo en el presente trabajo, véase G. Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista,* Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012 (2.ª ed. ampliada y revisada).

[13] El primer documento articulado sobre estos temas es la pastoral «El sentido cristiano español de la guerra», del cardenal primado Isidro Gomá del 30 de enero de 1937. Reproducido en A. Montero Moreno, *op. cit.,* pp. 708-725.

[14] F. Díaz Plaja, *La guerra de España en sus documentos,* Barcelona, Plaza y Janés, 1973, p. 114. Sobre la pertenencia de Cabanellas a la masonería, véase M. de Paz Sánchez, *Militares masones de España. Diccionario biográfico del siglo XX,* Alcira-Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente/UNED, 2004, pp. 84-86.

[15] *ABC* de Sevilla, 2 de octubre de 1936.

[16] «Carta de la Junta Nacional Carlista a Franco quejándose de la declaración hecha por este en Radio Castilla el 1 de octubre de 1936», A. G., vol. 1, Doc. 1-86, 07/10/1936, pp. 185-87.

[17] *A. G.,* vol. 1, Doc. 1-39, 4/09/1936, p. 110.

[18] R. R. Tranche y V. Sánchez- Biosca, *NO-DO El tiempo y la memoria,* Madrid, Cátedra, 2006, pp. 471-493.

[19] H. Southworth, *El mito de la cruzada…, op. cit.,* pp. 109-116; P. Preston, *Franco «Caudillo de España»,* Barcelona, Grijalbo, 2002, pp. 204-205.

[20] P. Preston, *Franco…, op. cit.,* pp. 206-210.

[21] J. Arrarás y L. Jordana de Pozas, *El sitio del Alcázar de Toledo,* «Introducción» de J. Pérez de Urbel y contiene *Diario de operaciones del coronel Moscardó,* Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1937.

[22] M. Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva,* ed. de J. Winckelmann, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2002, p. 194.

[23] J. M.ª Thomàs, *La Falange de Franco,* Barcelona, Plaza y Janés, 2000, p. 155.

[24] J. Millán Astray, *Franco el Caudillo,* Salamanca, M. Quero y Simón, 1939.

[25] *Ibid.,* p. 41.

[26] *Ibid.,* p. 43.

[27] *Ibid.,* p. 71.

[28] J. Arrarás y C. Saenz de Tejada, *Historia de la cruzada española,* Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1943.

[29] J. Arrarás, *Franco,* Valladolid, Santarén, 1938.

[30] *Ibid.,* p. 227.

[31] Sobre el paso del Estrecho, véase G. Cardona, «Las operaciones militares», en M. Tuñón de Lara *et al., La Guerra Civil española 50 años después,* Barcelona, Labor, 1986, pp. 209-212.

[32] J. Arrarás, *Franco, op. cit.,* p. 314.

[33] *Ibid.,* p. 316.

[34] *Reinaré en España* 39, junio de 1937, p. 141.

[35] J. Aróstegui, «Opresión y pseudo-juricidad. De nuevo sobre la naturaleza del franquismo», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* 24, diciembre de 1996, p. 41.

[36] *Ibid.,* p. 40.

[37] Una eficaz síntesis sobre este tema en J. M.ª Thomàs, *La Falange de Franco, op. cit.,* pp. 95-120. Sobre la represión en un bando y en el otro, S. Julia (coord.), *Víctimas de la guerra civil,* Temas de Hoy, Madrid, 1999.

[38] G. Bernanos, *Los grandes cementerios bajo la luna,* Madrid, Alianza, 1986 (1.ª ed. francesa 1938), p. 84.

[39] En Díaz Plaja, *La guerra de España…, op. cit.,* p. 146.

[40] Cit. en F. García de Cortázar, «Mateo Mújica, la iglesia y la Guerra Civil en el País Vasco», *Letras de Deusto* 35, mayo-agosto de 1986, p. 26.

[41] El documento se publicó en *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo* del 15 de enero de 1937, en A. Álvarez Bolado, *Para ganar la guerra, para ganar la paz,* pp. 100-101.

[42] *A. G.,* vol. 8, Doc. 8-513, 11/1937, p. 656.

[43] *Ibid.*

[44] R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias,* Barcelona, Planeta, 1977, p. 245.

[45] Diaz Plaja, *La guerra de España…, op. cit.,* p. 286.

[46] En A. Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa…, op. cit.,* pp. 726-741.

[47] Al respecto, fue fundamental la actividad a favor de la paz en España desarrollada por los Comités franceses e ingleses, la revista *La Croix* y por personalidades como Maritain, Mauriac y Mendizábal. Véase H. Raguer, *La pólvora y el incienso…, op. cit.,* pp. 280-289. Para el compromiso de la revista *Esprit,* véase L. Pala, *I cattolici francesi e la guerra di Spagna,* Urbino, Pubblicazioni dell' Università di Urbino/Argalia editore, 1975.

[48] *A. G.,* vol. 7, Doc. 7-298, 01/11/1937, p. 316.

[49] «"Razón y fe" a sus lectores», *Razón y fe,* septiembre de 1937, t. 112, p. 7.

[50] J. de la Cruz Martínez, «¿Se lucha en España contra un poder legítimo», *ibid.,* pp. 24-39.

[51] *Ibid.,* p. 38, nota 28.

[52] R. S. de Lamadrid, «La España Nueva ante el Concordato», *Razón y fe,* octubre de 1937, t. 112, p. 215.

[53] En esta línea, entre otros, J. Azpiazu, «Por Dios y por la patria. El patriotismo como virtud cristiana», *Razón y fe,* septiembre de 1937, t. 112; J. Echarri, «Vuelta al españolismo», *Razón y fe,* septiembre de 1937, t. 112; F. Cereceda, «El nacionalismo español», *Razón y fe,* septiembre-octubre de 1938, t. 115.

[54] Sobre este tema, véase F. Hernández Sánchez, «Con el cuchillo entre los dientes: el mito del "peligro comunista" en España en julio de 1936», en F. Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio,* Barcelona, Crítica, 2013, pp. 275-290.

[55] C. Bayle, «El espíritu genuino de Falange Española ¿es católico?», *Razón y fe,* octubre de 1937, t. 112, pp. 234-267.

[56] *Ibid.,* p. 255.

[57] Sobre la intervención del cardenal Gomá para modificar la ley y las reservas del Vaticano, véase G. Di Febo, «Vaticano e franchismo. El Fuero del Trabajo (marzo 1938)», *Mondo contemporaneo* 3, 2008, pp. 129-141. Sobre las analogías y diferencias con la *Carta del Lavoro* de Mussolini, véase J. Tusell, *Franco en la guerra civil. Una biografía política,* Barcelona, Tusquets, 1993, pp. 256-264; y C. Molinero, «"Sindicalisme nacional". Un anàlisi comparativa entre Itàlia i Espanya», en G. Di Febo y C. Molinero (eds.), *Nou Esta, nova política, nou ordre social,* Barcelona, Fundación Pi i Sunyer, 2005, pp. 45-77.

[58] J. Azpiazu, «El artesanado en el Fuero del Trabajo», *Razón y fe,* septiembre-octubre de 1938, t. 115, 123. El texto de la ley fue publicado en *Razón y fe,* abril de 1938, t. 113, pp. 506-516.

[59] J. Azpiazu, *Orientaciones cristianas del Fuero del Trabajo,* Burgos, Rayfe, 1938.

[60] *Ibid.,* p. 18.

[61] El decreto fue publicado en el *Boletín Oficial del Estado (BOE)* de 7 de mayo de 1938.

[62] *BOE* de 22 de diciembre de 1938.

[63] Se trata de la entrevista hecha por el enviado especial de *United Press* en julio de 1937 en Salamanca. En *Palabras del Caudillo,* Madrid, Ediciones FE, 1938, p. 115.

[64] *Sur,* 15 de octubre de 1938.

[65] R. Serrano Suñer, «Discurso pronunciado en Bilbao el 19 de junio de 1938, aniversario de la ocupación de la capital de Vizcaya», *Siete discursos,* Bilbao, Ediciones FE, 1938, p. 53.

[66] Respecto a la actuación del presidente Negrín durante la Guerra Civil, véase E. Moradiellos, *Negrín,* Barcelona, Península, 2006, pp. 248-257. Sobre las propuestas y los planes de mediación internacional véase A. Marquina Barrio: «Planes internacionales de mediación durante la Guerra Civil», *Revista de Estudios Internacionales* 3, 1984, pp. 569-591; una detallada reconstrucción del complejo entramado entre las propuestas de mediación, la actividad del Comité de No-Intervención y la política británica de apaciguamiento en E. Moradiellos, *La perfidia de Albión,* Madrid, Siglo XXI de España, 1996.

[67] H. Raguer, *La pólvora y el incienso, op. cit.,* p. 289.

[68] Según la reconstrucción de Javier Domínguez Arriba, a partir de la primavera del 1937 la prensa se empeñó en una campaña contra la infiltración judeo-masónica en las iniciativas a favor de la mediación. En *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945),* Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 191-211.

[69] El plan consistía en un cese temporal de las hostilidades para permitir al Comité de Londres estudiar la posibilidad de una solución pacífica al conflicto. El informe de Pizzardo (22/05/1937) y la carta de Gomá (25/05/1937) en *A. G.,* v. 5, doc. 5-366, pp. 473-475 y v. 5, doc. 5-388, pp. 496-501.

[70] S. Juliá, «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en S. Juliá, (coord.), *Víctimas de la guerra civil, op. cit.,* pp. 32-33.

[71] Sobre las gestiones del cardenal para que se llegara a una negociación véase R. Muntanyola, *Vidal i Barraquer. El cardenal de la paz,* Barcelona, Estela, 1971, pp. 385-393.

[72] *El Adelanto,* 11 de octubre de 1938.

[73] *Ibid.,* 13 de octubre de 1938.

[74] *ABC* de Sevilla, 11 de octubre de 1938.

[75] *Ibid.,* 11 de febrero de 1939.

[76] J. Tusquets Tarrats, protagonista de encendidas campañas contra la masonería, dirigía en colaboración con Serrano Suñer, «Ediciones Antisectarias». Es autor del libro *Masones y pacifistas,* «Prólogo» de Ramón Serrano Suñer, Burgos, Antisectarias, 1939.

[77] «Discurso del Jefe del Estado nacional con motivo del aniversario del Alzamiento», *ABC* de Sevilla, 19 de julio de 1938.

[78] *Suplemento al Boletín Eclesiástico de Ávila,* 30 de marzo de 1939, p. 111.

[79] Para el teólogo, las dudas se referían al influjo nazi en España y en particular al «acuerdo cultural y espiritual» firmado en Burgos el 23 de enero de 1939 entre España y Alemania, en A. Álvarez Bolado, «El mensaje de Pio XII al final de la guerra. Datos inéditos "casi desde dentro"», *Razón y fe,* abril de 1989, t. 219, pp. 421-430.

[80] Sobre la actitud del Vaticano, no siempre en total conformidad con la jerarquía eclesiástica española, véase H. Raguer, «El Vaticano y la Guerra Civil española (1936-1939)», *Cristianesimo nella storia* III, 1982, pp. 137-209.

[81] «El Caudillo dirigió anoche por radio una alocución a los españoles», *El Alcázar,* 20 de mayo de 1939.

[82] J. Bta. Bertrán, «La oración hispánica de la victoria», *Razón y fe* 496, mayo de 1939, pp. 12 (la cita en p. 10).

[83] *Boletín Oficial del Obispado de Salamanca,* 28 de mayo 1939, pp. 167-253. La información en p. 263.

[84] *Ibid.,* p. 168.

[85] En realidad el término cruzada no fue utilizado ni por Pío XI ni por Pío XII, ni tampoco por Gomá en la Carta pastoral de julio de 1937.

[86] E. Pla y Deniel, «El triunfo de la ciudad de Dios», *Boletíon Oficial del Obispado de Salamanca,* 28 de mayo de 1939, p. 204.

[87] *Ibid.,* p. 195.

[88] *Ibid.,* p. 228.

IV. FRANCO Y EL YUGO Y LAS FLECHAS. EL JEFE NACIONAL DE LA FALANGE

Joan Maria Thomàs

Sí, Francisco Franco fue *también,* lo subrayo, jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), el partido único de su régimen dictatorial. Lo subrayo porque cuando se autonombró para este nuevo cargo ya hacía siete meses que ejercía como Generalísimo y jefe del Estado, es decir, concentraba en su persona los máximos poderes militar y civil. Fue a estos dos cargos a los que añadió, el 19 de abril de 1937, la Jefatura del Partido. Un nuevo cargo que, como todos los demás, ejercería hasta su muerte el 20 de noviembre de 1975. Lo que significa que el partido existió a todo lo largo de su vida como dictador. De hecho, incluso le sobrevivió, y no fue disuelto hasta abril de 1977, dos meses antes de la celebración de las primeras elecciones democráticas, el 15 de junio de ese mismo año.

Tratar de la figura del general Franco como jefe de un partido único de tipo fascista resulta indisociable del planteamiento de la cuestión de si el Régimen franquista fue fascista o no. Una cuestión ampliamente debatida por la historiografía[1] y a la que no voy a hacer detallada referencia.

Sin embargo, sí resulta pertinente señalar que la mayoría de estudiosos y, por supuesto, la publicística antifranquista, consideran al Régimen como fascista, como uno parangonable a los de Alemania e Italia e inmerso dentro de la corriente autoritaria que recorrió Europa en el periodo de Entreguerras[2]. Aquel tiempo en el que la mayoría de estados europeos abrazaron regímenes autoritarios derechistas con diferentes formas y expresiones. Calificadas todas ellas por esa misma historiografía y publicística como «fascistas». Una corriente que acabó abruptamente en 1945 con la derrota del Eje.

En las páginas que siguen voy a interrogarme sobre las razones que llevaron a Franco tanto a crear un partido único de tipo fascista como a situarse al frente del mismo y a permanecer en ese cargo durante 38 años… *sin ser él propiamente un líder fascista.* Cuestión esta que no deja de ser paradójica. Pero que no creo que fuese simplemente instrumental, sino

conectada con el pensamiento del dictador y con su proyecto de la España que quería crear, la «Nueva España», que se decía por entonces. Deducirán ustedes de ello que no comparto la calificación del Régimen de Franco como propiamente fascista, sino como una dictadura fascistizada, es decir, con un componente fascista –el partido único de este signo e ideología– pero sin que este partido tuviese nunca el poder del gobierno y del Estado en sus manos. Lo que por supuesto no significa que no fuese un régimen político brutalmente represivo, incluso más que los realmente fascistas, siempre antes del estallido de la Guerra Mundial y si atendemos al número de asesinados y encarcelados.

Desarrollaré mi argumentación a partir del planteamiento y respuesta sucesiva de varias preguntas. La primera de ellas es la que sigue.

¿Por qué creó Franco un partido único de tipo fascista para su Régimen?

Porque lo creó, en efecto. Digamos de entrada que ya en la preparación del golpe de Estado del fin de semana del 17 al 19 de julio de 1936 estaba claro para los conspiradores que, en la Península e islas, no contaban con suficientes efectivos militares. Esto no ocurría en el Protectorado de Marruecos, donde preveían, acertadamente, contar con el conjunto de las tropas, incluyendo las mercenarias, fuesen indígenas o no. Tal conciencia comportó la apertura, en las semanas previas al golpe, de negociaciones con los líderes de las fuerzas ultraderechistas, especialmente con las que contaban con fuerzas paramilitares clandestinas, como era el caso de la Comunión Tradicionalista de los carlistas –con sus requetés–, de Falange Española de las JONS, con su *milicia de Primera Línea,* y con otras fuerzas menores, como la monárquica alfonsina u otras.

La fuerza o debilidad de estos apoyos paramilitares acabó siendo decisiva en diversas ciudades e incluso regiones a la hora del triunfo o fracaso del llamado «Alzamiento». Y lo iba a ser aún más a la hora de mantener la porción de territorio controlado por los recién alzados una vez se vio que el golpe desembocaba en Guerra Civil.

De hecho, en los meses posteriores y hasta 1937 –cuando la movilización de quintas y el entrenamiento de oficiales y suboficiales para un ejército capaz de mantener una guerra comenzó a dar sus frutos– la movilización, encuadramiento, entrenamiento y envío a los frentes de guerra de unidades de milicias «políticas» –falangistas y carlistas, por este orden de importancia– fue fundamental. Y posible porque durante ese periodo tanto Falange como el carlismo demostraron una extraordinaria capacidad de reclutamiento –no siempre voluntario–, que no se limitó a los propiamente combatientes, sino que alcanzó a la retaguardia, creándose al efecto toda una serie de secciones para encuadrar la cantidad de adultos, masculinos y femeninos, jóvenes, niños y niñas que querían contribuir al esfuerzo de guerra. Fuese vigilando la retaguardia, atendiendo hospitales, lavaderos en los frentes, talleres de confección de ropa, auxilio a huérfanos de guerra, a personas necesitadas, publicando periódicos o revistas en talleres y redacciones incautadas a partidos y sindicatos de izquierda… y, destacadamente, contribuyendo a la represión del enemigo en la retaguardia. Una represión salvaje en la que *las milicias* –falangistas, carlistas, alfonsinas, cedistas y otras– desempeñaron un importantísimo papel junto al Ejército y a las fuerzas de orden público, todo ello bajo –pero también al margen– de la llamada «justicia militar».

Pero hubo más. Si bien los militares prohibieron inmediatamente después de iniciarse la guerra las actividades políticas y sindicales en la Zona Nacional, los dos partidos que en los meses siguientes se convirtieron en mayoritarios, que eran la Falange y la Comunión Tradicionalista, bajo la cobertura que les daba su contribución a la guerra, pretendieron continuarlas. Ello dio lugar a algunos incidentes con Franco. Unos, inesperados, como cuando los carlistas crearon una academia de oficiales de Infantería propia al margen del ejército, lo que fue interpretado por aquel como insubordinación, y acabó con el exilio en Portugal del principal dirigente carlista Manuel Fal Conde, el menos proclive a Franco de todos ellos. Otros previsibles, como cuando la prohibición por la censura militar de la emisión del discurso de José Antonio del 2 febrero de 1936 por parte de los servicios de propaganda falangistas, conllevó detenciones y procesamientos, luego levantados.

Porque, y esto es lo importante, tanto falangistas como carlistas tenían claro que ellos hacían la guerra en primer lugar para acabar con la República y con las izquierdas, contra la democracia y contra los nacionalismos periféricos, pero sobre todo para imponer su propio modelo de régimen político. Fascista en el primer caso y monárquico, ultracatólico y neoabsolutista en el segundo. Digamos también que el crecimiento de ambos partidos estaba siendo descomunal, mucho mayor en el caso del primero, que con su discurso abierto también a los sectores más desfavorecidos, sus lemas «revolucionarios», sus apelaciones a reformas profundas, su exaltado patriotismo y su promesa –que no sería cumplida tras la unificación, pero sí antes– de no mirar los antecedentes de los ingresados… surtieron gran efecto entre la población de la España Nacional.

Franco era bien consciente de que tenía ese problema, el de contar con dos fuerzas milicianas que tenían proyectos políticos propios y diferentes entre sí. También, de otro problema, más general. En algún momento que no conocemos con precisión pero que debe situarse hacia el último trimestre de 1936, decidió que no iba a permanecer en su cargo tan solo hasta el fin de la guerra, como la mayoría de generales que le habían aupado al poder pensaban, sino mucho más tiempo. Y para ello necesitaba construir un Estado propio y singular. Es decir, no proceder a una restauración monárquica alfonsina –el régimen anterior a la República–, que era para lo que precisamente le habían encumbrado a la Jefatura del Ejército y del Estado generales concretos como Orgaz o Kindelán; ni tampoco proceder a otra instauración en la persona del «pretendiente» carlista al trono. El supuesto de la creación de una República nueva, de tipo autoritario, quedaba descartado, dada la asociación del propio concepto republicano en el imaginario demonizador «nacional» –entre comillas–, es decir, con la democracia, las izquierdas, la masonería y todos los males habidos y por haber.

Se encontraba así Franco en la necesidad de encontrar una fórmula que asegurase y codificase su intención de permanecer en el poder durante mucho tiempo. Tal fórmula pasó en primer lugar, por su mente y por las de los que le rodeaban, por el establecimiento de una dictadura. Después, al

cabo de unos meses llegaría una segunda formulación, la dictadura de partido único; partido en el que agrupasen todos los sectores políticos, preexistentes o no, que apoyaban al naciente régimen. Pero con la característica de que tal partido nunca tendría todo el poder. Ni siquiera la mayoría del mismo. El referente primero del Franco militar había sido la dictadura de otro general, Primo de Rivera, finalizada hacía tan solo cinco años. Pero lo había sido solo en tanto que fórmula política primaria, ya que en lo fundamental la suya sería diferente. En concreto él se planteaba un corte radical, no ya con la República, sino con el régimen que la había antecedido, el de la Constitución de 1876. Y, más en general, con la democracia y aún el liberalismo. Nada pues del corte solo parcial que había significado la etapa de Primo, finalizada con un intento de retorno a la vigencia de una Constitución nunca abolida.

En cuanto al nuevo partido a crear, las primeras formulaciones habían sido las de emular a la dictadura también a este nivel, pensándose en la creación de una organización como la de aquella, la Unión Patriótica (UP), en la forma de un «partido franquista». Es decir, de adhesión a la persona del dictador, como había sido en buena parte la citada UP. Pero pronto tal idea se desechó en favor de la opción de partido fascista.

Ahí fue importante la sustitución como principal consejero político de Franco de su hermano Nicolás por su concuñado Ramón Serrano Suñer. Fue seguramente Serrano Suñer, un exdiputado cedista fascistizado, de procedencia liberal y admirador después del fascismo, quien dio forma última a la idea del partido único. Un Serrano que, gracias a su parentesco, vio la posibilidad de desempeñar un papel importante en el diseño del Nuevo Estado que se quería crear. Y un Serrano igualmente que en la última etapa republicana había tenido relaciones con Falange a partir de su amistad de juventud con el fundador de ese partido e hijo primogénito del antiguo dictador, José Antonio Primo de Rivera. Amistad convertida en cierta colaboración política en los meses anteriores a la guerra, sobre todo en la intermediación entre aquel y el general Franco conspirador.

Ahí resultó fundamental el modelo y deseo de emulación, como mínimo formal, de los regímenes aliados nazi y fascista italiano, que presentaban una fórmula que Franco y Serrano consideraron factible importar hasta

cierto punto a España. Por supuesto esos mismos regímenes estaban interesados en propiciar un régimen de partido único como los suyos en España, vía potenciamiento del partido fascista español FE de las JONS, como aconsejó un enviado de Mussolini, Farinacci a Nicolás Franco en febrero de 1937[3].

Muy rápidamente Franco se había convencido, tras su acceso al poder el 1 de octubre de 1936, del papel providencial que había venido a cumplir. El de «librar España de la revolución», arrancando sus raíces y eliminando a sus propiciadores –reales o presuntos–. Pero también con el objetivo en mente de conseguir una mayor «justicia social» de la realmente existente, que llevase al país a una nueva grandeza, la mejora económica y a la erradicación de la miseria. Extremos estos, palingenésicos, regeneradores, que se encontraban en el discurso falangista, aunque él no lo compartiese en todos sus extremos. Un programa aparentemente apartidista y contumazmente antidemocrático, antiizquierdista, antinacionalismos periféricos y que buscaba el engrandecimiento *de la patria* e incluso una expansión imperial… algo en lo que coincidía el militar africanista que era Franco.

Un Franco que debió de ser consciente de que si conformaba un régimen de partido único fascista, este, además de asegurar la –teórica– conexión entre «el mando» y «la masa», dotaría también a su líder –él mismo– de una base de masas ligada a su persona. Y no a un pretendiente monárquico, fuese alfonsino o carlista. A él.

Consecuentemente, su opción fue por la fuerza política que era la más mayoritaria –y por ello difícilmente soslayable– y que contaba con el ideario con el que podía sentir más concomitancias. Es decir, FE de las JONS. A la otra, la carlista, segunda en importancia, la veía como anticuada, aunque le reconocía como heroica «antecesora» del alzamiento por su tradición combatiente antiliberal y antidemocrática. Por lo demás, digamos que la Falange había perdido a su jefe nacional, fusilado el 20 de noviembre de 1936 en la zona republicana, lo que resultaba una ventaja añadida a la hora de incautarla y ponerse a su frente.

Consecuentemente, eso, el incautar las dos fuerzas políticas más importantes y ponerlas bajo su mando, fue el objetivo de Franco desde

enero de 1937. Y aunque la operación se disfrazaría de «unificación», en realidad fue una incautación en toda regla. Una vez creado el partido único, hecho sobre la base del propiamente fascista de Falange, pretendía constituir Franco con un Estado de partido único fascista y con ello España, su España, pasaría a formar parte de los países –Alemania e Italia– que parecían destinados a desempeñar un papel predominante en Europa. Ello ponía claramente de manifiesto su voluntad de ruptura con las odiadas «plutocracias» occidentales –es decir, Gran Bretaña y Francia destacadamente, aunque también Estados Unidos–, las que presuntamente habrían llevado a España a una decadencia imparable desde el siglo XVIII en adelante. Aquellas de las que el Nuevo Estado franquista pretendía emanciparse.

Por otra parte, al crear una dictadura de partido único y situándose al frente del mismo, Franco iba a concentrar todos los poderes, incluyendo ahora la única parcela de poder que no había controlado desde el momento de su «exaltación» a la Jefatura del Estado y de los Ejércitos de octubre de 1936: la constituida por el mundo político partidario.

Pero aunque crease un partido único y un régimen fascistas, repito, Franco no era un líder de ese cariz. No había ideado, ni liderado, ni participado anteriormente ni en el principal partido de ese signo existente realmente existente en España hasta entonces, FE de las JONS, ni en ningún otro grupo o grupúsculo de tal adscripción. Tampoco creía que la Falange, la fundada por José Antonio, una vez tomada, debiese concentrar todo el poder del Nuevo Estado para llevar a cabo su revolución nacionalsindicalista. Sí, en cambio, compartía algunos de los objetivos generales de la organización. Pero sobre todo quería incautarla, convertirla en la base de la *asistencia popular* del nuevo régimen y a su persona y agrupar en ella, sino a todos, sí a la mayoría de los sectores civiles y militares alzados el 18 de julio.

¿Cómo creó Franco el partido único fascista de su Régimen?

Lo hizo mediante un decreto –de 19 de abril de 1937– por el cual se constituía un nuevo partido, único, denominado de manera casi mimética

que la Falange, Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). Incorporaba el adjetivo «tradicionalista» y la conjunción «y». Aparte de estos añadidos, el resto del nombre… era exactamente igual al de la vieja FE de las JONS de José Antonio Primo de Rivera. En él se integraban los militantes de FE y de la Comunión, pero con una dirección nueva, nombrada por Franco –el nuevo *jefe Nacional*– asistido por una *Junta Política* y por un *Consejo Nacional* cuyas denominaciones eran exactamente las mismas de la anterior Falange. Es más, como ideario-programa la nueva FET adoptaba el de FE –los *27 Puntos*– con la única supresión del último punto, el número 27, el que afirmaba que la Falange, en su camino hacia el poder, pactaría poco con otras fuerzas. El contrasentido con lo que acababa de ocurrir era tal –no ya el pacto, sino la incautación forzada y unificación con otra fuerza– que no hubo más remedio que suprimirlo.

La llamada «unificación» había ido precedida de unos pocos meses de rumores y, previendo lo que les podía ocurrir, tanto los dirigentes falangistas como los carlistas habían tratado de llegar a una unión voluntaria previa, unión que, pensaban, de serle ofrecida a Franco, evitaría la unificación o fusión por decreto y les permitiría un mayor control sobre el artefacto resultante. Sin embargo los idearios y proyectos falangista y carlista eran tan diferentes, y sus intenciones de control del resultado de esta fusión voluntaria tan opuestos, que no habían llegado al entendimiento.

Por otra parte, dentro de las dos organizaciones, algunos dirigentes como el jefe de la Junta de Mando Provisional de FE, Manuel Hedilla y los regionales navarros del carlismo se habían mostrado, en conversaciones con el propio Franco, más abiertos a una unificación «por arriba», es decir, por Franco, que otros, como Fal Conde y don Javier de Borbón-Parma en la Comunión Tradicionalista y, en Falange, el núcleo familiar de los Primo de Rivera y adyacentes, convertidos en «guardadores de las esencias joseantonianas» en la zona nacional. Y aún más convencidos de que, de ser «unificado» su partido, debían ser ellos y no Hedilla los llamados a predominar en la dirección resultante.

La historia de lo que ocurrió en los días anteriores al 19 de abril del decreto en el seno de FE está hoy en día bastante clara y al asunto he

dedicado una de mis monografías[4].

Para explicarlo brevemente, los familiares de Primo pretendieron dar un golpe interno en Falange, acusando a Hedilla de querer hacerse con el mando efectivo de la organización en tanto que nuevo jefe nacional –en lugar de su posición de jefe de una Junta de Mando Provisional, que era el cargo que venía ocupando– y temiendo su encumbramiento. Pero este se revolvió, detuvo a los alzados, y acabó consiguiendo ser designado, efímeramente, jefe nacional de la organización por un Consejo Nacional reunido al efecto. Efímeramente, porque a las 24 horas Franco dictó su decreto 255 por el que desaparecían legalmente tanto Falange Española como la Comunión Tradicionalista. Y cuando emitió un segundo decreto, nombrando a los miembros de la dirección del partido unificado, una nueva Junta Política que le asistiría a él mismo en su prefectura, quién aparecía nombrado en primer lugar era Hedilla, destinado al parecer a ser el secretario general de la organización. Quedaba así claro que la apuesta por Falange, por la antigua Falange, de Franco era clara, pero solo, al nivel de los nombramientos de altos dirigentes, en la persona de Hedilla y de algún otro jefe de segundo orden. El resto de la dirección *viejofalangista* –si me permiten la expresión– quedaba fuera. Como también quedaba Fal Conde por parte carlista, mientras que el principal dirigente navarro, el conde de Rodezno, era designado vocal en la citada Junta.

Ante esto el grupo de «guardadores de las esencias» falangista no se quedó quieto y su principal figura simbólica, Pilar Primo, acusó directamente a Hedilla de «haber vendido la Falange a Franco» y de haberlo hecho además para asegurarse su promoción personal. La presión hizo mella en el aludido, que se negó a aceptar el cargo para el que acababa de ser nombrado por Franco, al tiempo que intentaba ganar tiempo para una negociación con este. Mientras tanto, algunos dirigentes de su entorno trataban de organizar una resistencia a la unificación, incluso armada. La reacción de Franco ante la negativa de Hedilla a ocupar su cargo y ante esos movimientos fue contundente. Él y algunos de los suyos fueron juzgados y condenados a muerte o a largas penas de prisión mientras las autoridades militares desarticulaban cualquier conato de resistencia.

Tras estos incidentes y al quedar inutilizado Hedilla, por voluntad propia, para las intenciones de Franco, el necesario entendimiento con la vieja dirección lo establecería Serrano Suñer, usando sus relaciones personales con la familia Primo y estableciendo un puente de entendimiento, con Pilar y el grupo citado, cuyos miembros fueron promocionados a altos cargos del nuevo partido inmediatamente. En el camino quedó olvidado, literalmente, Hedilla, al que se le conmutaron las sentencias de muerte impuestas, quedando internado en una prisión canaria. Mientras tanto, como digo, los jefes falangistas que le habían acusado de «venderse a Franco»… ahora ocupaban los altos cargos que creían merecer.

Los carlistas, bien escarmentados por lo ocurrido con Manuel Fal Conde en diciembre de 1936, fueron más discretos. El propio Fal Conde daría largas a las ofertas de formar parte de órganos del partido único como el Consejo Nacional, pero lo haría cuidándose mucho de no desairar al Caudillo. Durante el resto de la guerra y sobre todo en la posguerra se esforzaría por mantener una estructura partidaria carlista propia, al margen del partido único, semiclandestina, lo que certificaba la realidad de un carlismo claramente dividido entre partidarios y opositores a la unificación. Ello no obstante, muy pronto, y por otra parte también Rodezno y los otros navarros promocionados por Franco en el partido se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo: no se estaba implementando una auténtica unificación, sino la creación de un partido clónico del falangista fascista anterior en el que no solo el ideario, los órganos de gobierno y el programa eran idénticos sino que, a la hora de hacer nombramientos, los de falangistas predominaban. La opción de Franco estaba siendo bien clara y escorada del lado falangista dentro de FET y de las JONS.

Una vez constituido el partido, cuando se elaboraron los estatutos estos fueron también casi copiados de los de FE y establecieron la militancia automática en él de los militantes falangistas y carlistas anteriores. Pero además, la de todos los cuadros del ejército «nacional». Se trascendía así el ámbito estrictamente civil con la incorporación del mundo castrense. Y se abría también la puerta a la entrada a los miembros de otras organizaciones ultraderechistas menores.

De todo ello podemos deducir que el objetivo inicial de la unificación era la agrupación de los partidarios del golpe de julio. Otra cosa sería que se lograse, dada la actitud de sectores carlistas y a la inhibición de muchos militares, que si bien nominalmente tenían el carnet del partido, en realidad consideraban a este como una organización ajena y, tras la victoria, en buena parte rival, al adquirir un protagonismo que ellos sentían como intento de oscurecimiento de su papel de auténticos salvadores de la patria por su actuación en los frentes de guerra. Este planteamiento de partido representante del conjunto de la coalición autoritaria franquista mistificaba en parte su carácter fascista, pero los falangistas se encargarían de reforzarlo con el apoyo de Serrano Suñer, que comprendió enseguida que ahí estaba su plataforma de promoción política personal.

¿Cuál fue la actuación de Franco como jefe Nacional?

Podemos diferenciar tres grandes etapas en la actuación de Franco como jefe Nacional de FET y de las JONS. En primer lugar, el periodo que transcurrió desde la unificación hasta 1941, que fue el de mayor fascistización del régimen y la época en la que Serrano Suñer fue su principal lugarteniente. Después, la etapa en la que él mismo tuvo mayor presencia directa en los órganos de dirección, con Arrese como secretario general, entre 1941 y 1945. Y en tercer lugar los 30 años que transcurrieron desde la derrota del Eje y de los fascismos hasta su muerte, cuando ejerció como jefe nacional de manera más distanciada y con un partido burocratizado. Un partido, en los años sesenta decrecientemente presente en la vida del país a través de las labores que se le habían encomendado, y con escasa, pero espasmódica, presencia de movilización de los sectores adictos en momentos de especial importancia para el devenir del régimen y de él mismo.

En la primera etapa se construyó el régimen de partido único fascista y el partido adquirió gran protagonismo; en la segunda, se mantuvo lo construido en la etapa anterior, pero no hubo nuevos avances; y en la tercera se tuvo que echar mano de un maquillaje y oscurecimiento de la presencia del partido fascista en el régimen en medio del contexto internacional

adverso de 1945 y después, se mantuvo en sus funciones, compartiendo parcelas de poder con otros sectores de la Administración y de sectores políticos de la coalición autoritaria franquista, pero, como digo, con presencia decreciente, sobre todo en los últimos quince años de la vida del Régimen.

En esa primera etapa, se dio un fuerte desarrollo de FET y de las JONS, con la aprobación de las leyes que le concedían sus atribuciones fundamentales. Pero el contraste entre la letra de las leyes citadas y la realidad de una falta de medios para la organización, nada acordes con la grandilocuencia y voluntad totalitaria de aquellas, fue notable. Igualmente, fue la etapa en la que la gran presencia pública y el discurso inflamado del partido le reportaron devenir el principal recipiente del descontento de amplios sectores de la población, dadas las durísimas condiciones de vida que la draconiana política económica autárquica e intervencionista aplicada por el gobierno estaban significando. Esto llevó a una parte de los dirigentes procedentes de la Falange de José Antonio a intentar forzar un cambio radical del poder para lograr todo este para el partido. Intentaron tomar los resortes fundamentales del gobierno en detrimento del resto de componentes –militares, católicos, monárquicos, empresariales– del bloque franquista.

Lo hicieron presionando a Serrano Suñer para que exigiese a su concuñado la Jefatura del Gobierno para él mismo y la atribución de las carteras ministeriales fundamentales a falangistas para implementar desde ellas el programa nacionalsindicalista y la falangización total del régimen. Sin embargo, la habilidad de Franco desarticuló la maniobra. De un Franco que comenzó por entonces su distanciamiento de Serrano, crecido desde su ascenso a la Jefatura de la Junta Política en 1939, y que, como he dicho, se había ido creando una base de poder propia dentro de Falange.

También estaba presente en la frustración falangista la decepción por la no entrada de España en la Guerra Mundial junto al Eje. Un hecho que, creían los falangistas, les habría acabado aupando de manera natural al poder total del gobierno, para compartirlo tan solo con Franco y con el ejército. Tal entrada había sido un objetivo común tanto del propio Caudillo, como de los militares y de FET y de las JONS durante todo el

primer año de la guerra, pero se había frustrado al no acceder Hitler a las demandas imperialistas españolas presentadas por primera vez en junio de ese año y reiteradas en septiembre y octubre siguientes.

La primera etapa a la que me estoy refiriendo la he denominado la fase álgida del proceso de fascistización[5] del régimen ya que fue entonces cuando se aprobaron leyes como la de Unidad Sindical, la de Constitución de Sindicatos, la del Frente de Juventudes, o decretos como el de concesión del control del Servicio Social de la Mujer a la Sección Femenina del partido o de creación de instituciones como el Instituto de Estudios Políticos, entre otras. Todas ellas venían a plasmar –al menos en la letra– las funciones de encuadramiento, control e ideologización fascista del país encomendadas al partido. Funciones que no obstante encontrarían resistencias en su implementación por parte de la Iglesia católica, sectores empresariales y patronales, y otros. Y que contarían con la antipatía de sectores del Ejército, que recelaba del papel, a su parecer desmesurado, que estaba adquiriendo el partido tras la guerra.

Eran leyes totalitarias, que concedían amplios poderes al partido en sus ámbitos respectivos… pero que, como he avanzado, contrastaron muy pronto con una alarmante falta de medios para implementarlas. Una contradicción entre objetivos totalitarios y altísimo coste que hacía que su implementación total –como la de otras medidas pretendidamente «sociales»– fuese cosa de medio o largo plazo y en función del presupuesto. Encontrándose Franco ante tal disyuntiva una vez descartadas una parte de sus peregrinas ideas económicas por ministros como el de Hacienda José Larraz, y tras rechazar el recurso al empréstito exterior[6] masivo respecto de bancos o instituciones de las *plutocracias democráticas,* por motivos ideológicos. Empréstito que podían defender el propio Larraz, en contra de las aspiraciones de los ministros falangistas.

Un ministro, el tal Larraz, que había tenido que oír de labios de Franco en el momento de anunciarle en agosto de 1939 que iba a nombrarle para el cargo unos planes que le dejaron atónito. Según su propio testimonio, le había hablado de la imperiosa necesidad de adoptar «una política autárquica *a outrance*», dirigiendo ataques a la «economía liberal», defendiendo «con entusiasmo [de] la economía dirigida», mostrando sus «íntimas preferencias

por una revolución desde arriba impregnada de sentido social y anticapitalista», recriminando el «paro obrero, con el que era preciso acabar» convencido como estaba de que «España podía engrandecerse en dos lustros y pasar a ser una gran potencia europea». Le habló también de «planes de obras, trabajos públicos, mecanización del ejército y dotación de grandes armadas aéreas y navales», todo ello, le dijo, en base a la imposición de «una leva sobre el capital y, en lo que fuera necesario, con creaciones de dinero, con billetes porque eso no era inflación. El nuevo dinero [añadió] anima la vida económica y aumenta prodigiosamente la recaudación, revierte al Estado. Hay que dar muchas vueltas al dinero. La historia del siglo XIX» había sido «una historia de montañas de papel en continuo movimiento e incremento»[7].

Pero la realidad económica se impuso y con ella, una vez rechazado el recurso al crédito exterior, unos fondos públicos limitados para desarrollar no ya el amplísimo programa que acabamos de ver sino el cumplimento de las leyes totalitarizantes aprobadas. Pero esto no significa que no se aplicasen, que lo fueron, aumentando los niveles de encuadramiento, control e ideologización de la población en sentido falangista-fascista.

Las citadas aprobaciones de leyes, creación de organismos y desplegamiento del partido se dieron en medio de un gran aparato de propaganda, con gran presencia en la prensa del partido y movilizaciones de masas en las que –vía declaraciones de Serrano y otros jerifaltes–, y aparte de potenciar *ad libitum* la figura del propio Serrano, se repetía machaconamente que se estaba avanzando inexorablemente hacia la revolución nacionalsindicalista. Se trataba con ello de forzar la transformación del régimen en uno completamente fascista en el que el partido detentase el poder… manteniendo, eso sí, a Franco como jefe del Estado.

Y así se llegó a la crisis de 1941, cuando se intentó realmente forzar la voluntad del Generalísimo, demandándole que nombrase a Serrano jefe del gobierno y concediese a la organización los ministerios clave.

Ante el reto, que incluía a un concuñado hasta ese momento depositario de toda su confianza, Franco reaccionó. Maniobró, resolvió la crisis y dejó *de facto* las cosas claras: él tenía asignado un papel al partido dentro de la

coalición autoritaria, compartía sus objetivos de «justicia social» a largo plazo… pero no estaba dispuesto a alterar los equilibrios dentro de aquella en favor de una de sus facciones, aunque fuese la más importante de carácter civil. Tampoco creía que fuese posible conseguir aquellos objetivos a corto o a medio plazo. Él presidía y lideraba una coalición, no una sola parte de la misma.

Demostró pues gran habilidad. Comprendió rápidamente que el Serrano al que había concedido grandes poderes basándose en un proyecto común se había transformado en un personaje con aspiraciones de poder propias y en parte diferentes a las suyas, olvidando por el camino que todo su encumbramiento había sido debido a su parentesco con él, con Franco.

Sorteó en concreto la situación nombrando a nuevos ministros falangistas, pero sin asignarles parcelas de poder nuevas ni tan significativas como se le exigía –por supuesto Serrano no accedió a la Jefatura del Gobierno, ni se crearon los ministerios, citados– pero lo hizo en personas a las que sabía por encima de todo adictas a su persona y que nunca se enfrentarían a él, sino todo lo contrario. Ahora el secretario general del partido sería José Luis de Arrese, un antiguo condenado por los sucesos de la unificación por entonces ya extremadamente sumiso y dispuesto a disciplinar totalmente al partido bajo la Jefatura de Franco. Un hombre que nunca plantearía *ultimatums,* sino que esperaría pacientemente una hipotética orden de poner en marcha la revolución nacionalsindicalista que nunca llegaría; una revolución que mutaría en las lentas, escasas e insuficientes actuaciones de carácter «social» que el régimen adoptaría a lo largo de toda su existencia. El distanciamiento entre los dos concuñados acabaría con el cese definitivo de Serrano en septiembre de 1942, a raíz de un incidente entre falangistas, carlistas y el ministro del Ejército general Varela en el santuario de Begoña.

En la segunda etapa, a partir de 1942 y hasta el fin de la Guerra Mundial, un Franco escarmentado, supervisó en mayor medida la dirección del partido y asistió con agrado a la elaboración por Arrese de un discurso falangista que, desde 1943, comenzó a oponer la –más que presunta– catolicidad originaria del partido y su «españolidad» a las influencias fascistas extranjeras. Influencias por otro lado más que evidentes y

concomitantes con los partidos y regímenes fascistas del Eje que, –¡ay!– ese mismo 1943 habían comenzado a perder la guerra. El propio discurso de Franco incorporó elementos de esta elaboración y sobre todo giró hacia la acentuación del componente anticomunista del régimen, lo que le permitió durante un tiempo justificar la presencia de la División Azul en Rusia. Pero solo hasta que se vio forzado a retirar todos los efectivos militares españoles de ese frente –entre octubre de 1943 y marzo de 1944– cediendo a la presión de los Aliados. De ese discurso anticomunista haría un extensivo uso tras la derrota final del Eje en 1945. Al tiempo comenzó también Franco a argumentar el presunto carácter democrático –orgánico– de su régimen frente a las mismas exigencias exteriores.

Pero no cedería nunca a las presiones aliadas que le exigían el desmantelamiento de la Falange y dar paso a un nuevo régimen. Todo lo contrario. No quería prescindir de ella. Era su base de poder civil organizado más potente y fiel. Por su parte, el partido, sus miles de funcionarios, con sus sueldos, pisos, puestos retribuidos y prebendas, sabía que dependía de él para subsistir. No podía decirse lo mismo de los sectores monárquicos, ni de los católicos, ni de una parte de los empresariales y patronales, ni incluso de una parte del generalato, que venía protagonizando iniciativas de petición a Franco de que restaurase la monarquía en la persona del sucesor del Alfonso XIII, Juan de Borbón y Battenberg. Pero Franco no cedió a las presiones, ni a las externas ni a las internas.

Sí, en cambio, maniobró, en 1945, de nuevo con mucha habilidad. Tras la derrota del Eje dictó leyes conteniendo pseudodeclaraciones de derechos –el *Fuero de los Españoles*–, pseudoelecciones locales, referéndums y regulaciones de su sucesión, declarando a España como reino pero reservándose él el momento de la designación de la persona destinada a sucederle –designación que no llegaría… hasta 22 años después, en 1969. En el ámbito del partido urdió toda una operación de maquillaje y oscurecimiento de su permanencia. Cesó a Arrese y suprimió el ministerio de la Secretaria General del Movimiento como tal. Las funciones de gestión las asumió, desde otro ministerio –el de Justicia– Raimundo Fernández-Cuesta. Suprimió el saludo fascista fuera de la organización, se ocultaron los presupuestos de FET y de las JONS dentro de los de otros ministerios,

se dejó de reunir a la Junta Política y al Consejo Nacional ¡durante once años!… y el partido continuó existiendo.

Al cabo de tres años, una vez capeado lo peor del temporal del aislamiento internacional al que la ONU había sometido al régimen, restauró el Ministerio de la Secretaría General. Como digo, durante todo ese periodo el partido no había dejado de funcionar en ninguno de sus ámbitos propios, fuese en el sindical, el femenino, el juvenil, el del profesorado, el de la prensa y la propaganda y otros. Y así hasta su desaparición en 1977, si bien con la importancia decreciente citada desde la década de los sesenta. Pero siempre significó la parte de la coalición autoritaria franquista de contenido más «social», la que protagonizaría más iniciativas de tipo asistencial en el ámbito sanitario, la vivienda para obreros o funcionarios del partido u otros, entre otras medidas. Fue lo que quedó de una revolución nacionalsindicalista… siempre «pendiente».

Hubo un momento dentro de esta tercera etapa en que pareció que Franco estaba dispuesto a incrementar la influencia política del partido en el régimen y en el futuro, una vez él ya hubiese fallecido. Fue cuando tras los graves incidentes de Madrid de 1956, cuando en el curso de un enfrentamiento entre dos manifestaciones, una de estudiantes falangistas y otra de estudiantes opuestos al monopolio del partido sobre el asociacionismo juvenil a través del Sindicato Español Universitario (SEU, falangista), un falangista resultó gravemente herido por un disparo procedente de sus propias filas, aunque de esto nunca se informó. Entonces, tras cesar a los ministros de Educación Nacional Ruiz Giménez y secretario general del Movimiento Fernández-Cuesta, nombró de nuevo a Arrese para esta última cartera. Y este se dispuso, a partir de una inicial aprobación por Franco del proyecto, a recuperar y aumentar el peso del partido decaído y a asegurar su predominancia dentro de la arquitectura legal del régimen.

José Luis de Arrese reactivó la Junta Política y el Consejo Nacional –que volvieron a reunirse– y comenzó, en el seno de una comisión de las Cortes, a preparar proyectos de leyes en el sentido indicado. En concreto tres. Uno de Principios del Movimiento Nacional, otro de una Ley Orgánica del Movimiento Nacional y un tercero de una Ley de Ordenación del Gobierno. En el primero actualizaba los 26 Puntos, introduciendo el

contraste de pareceres que se daría a través del partido, la familia, el municipio y los sindicatos verticales; en el segundo se concedía al Consejo Nacional el poder de supervisión sobre la obra legislativa de las Cortes; y en el tercero era donde quedaban claras las intenciones hegemonizadoras del partido al instituirse que, una vez muerto Franco, su sucesor –fuese rey o regente– el Consejo Nacional del Movimiento tendría poder para cesar al jefe del gobierno.

El intento arresista suscitó tal grado de oposición en el seno de las propias Cortes y del bloque político y social franquista que, tras una visita a Franco de tres de los cuatro arzobispos existentes en el país, este remodeló el gobierno, cesando a Arrese, creando para él una nueva cartera, la de Vivienda, «para que se enfríe», al parecer dijo. Un Arrese que había creído contar con el apoyo de Franco, como muchos otros, de la frustración de los que puede ser expresivo el testimonio dejado por un jerarca de entonces, que escribió en relación con la tentativa arresista:

> Me parece que fue hacia 1950 [sic] cuando Arrese, hombre leal y sencillo, sin temibles ambiciones, logró penetrar bastante en el afecto de Franco, quizá convenciéndole de la total lealtad de Falange, cuyo evidente soporte permitía una fácil andadura del Régimen. Fue la época de nuestra última esperanza […].
>
> Organizó Arrese un gran acto de masas azules que llenó hasta la bandera el estadio Bernabéu. Teníamos la sensación de que aquel acto iba a ser el prólogo de un primer gobierno falangista y de la realización de nuestros ideales, siempre defraudados. La acogida que dispensamos a Franco fue de clamor apoteósico. Como Consejero Nacional, estaba bastante cerca del Caudillo y al verle, capté, instantáneamente, lo que iba a ocurrir. Su seriedad e indiferencia a la temperatura del ambiente eran tales que constituían un mal presagio. En efecto, comenzó a hablar…
>
> Yo me dirigí a los camaradas más próximos y amigos y les advertí, con mis malos modos de godo silingo injerto de catalán mondongo: «¡Atención al parche! Ahora se desabrochará la bragueta, se la sacará y se va a mear sobre todos nosotros…». Y así fue. Pocas veces le he oído un discurso más inocuo, más frío y más decepcionante. Salimos arrastrando los cojones […][8].

Había permanecido tan solo un año al frente del partido. Su sucesor, José Solís Ruiz, ya no pertenecía a la *vieja guardia* si bien se esforzaría por reafirmar el partido –un partido ya denominado oficialmente Movimiento Nacional– y por resistir a la hegemonía que en cuestiones económicas adquirió un sector católico, el Opus Dei, dentro de los gabinetes ministeriales de la década de los sesenta. Frente a los innegables éxitos económicos de aquel, con su política *desarrollista* que llevó al país a dar un

salto adelante industrializador, Solís y los falangistas defendieron tanto el llamado *desarrollo político* que pretendía codificar la pluralidad de opciones franquistas siempre dentro del marco del Movimiento como el desarrollo de la Organización Sindical, entablándose una pugna entre ambos sectores que llegaría hasta los años setenta[9]. En 1964 Solís intentó conseguir que se aprobase un decreto de Asociacionismo dentro del Movimiento que no llegaría hasta… 1974. En el intermedio, se suprimieron el Frente de Juventudes en 1961, creándose la Organización Juvenil Española y, en 1965, el SEU, sustituido por unas efímeras Asociaciones Profesionales de Estudiantes, de corta vida efectiva.

Todo ello, con un Movimiento muy burocratizado y convertido en poco más que una rama más de la Administración, comportó el descontento interno por parte de *viejaguardias* y sobre todo de sectores jóvenes, que cuestionaban que se hubiese abandonado el espíritu revolucionario, es decir, fascista, de la organización.

Surgieron asociaciones como los Círculos Doctrinales José Antonio o la Asociación de Antiguos Miembros del Frente de Juventudes, que junto a las oficiales Guardia de Franco (de 1944) y delegaciones de Excombatientes y Excautivos, recogían el núcleo duro fascista del partido, sobre todo veterano y siempre fiel al jefe Nacional. Era el núcleo más franquista del bloque político y social o coalición autoritaria, como demostró a lo largo de la vigencia del Régimen, organizando manifestaciones como las de la Plaza de Oriente de Madrid de 1946, 1970 y 1975, esta última del 1 de octubre, muy poco antes de la muerte del líder el 20 de noviembre de este último año. Muerte del hombre que sin ser fascista había potenciado y mantenido contra viento y marea un partido de ese tipo para completar su poder omnímodo y dotarse de una base de masas organizada y encuadrada por el partido, pero que la trascendía. Como jefe Nacional del partido fascista más longevo de la Edad Contemporánea.

[1] Estados de la cuestión recientes en J. M.ª Thomàs, «Los estudios sobre las Falange (FE de las JONS y FET y de las JONS): Revisión historiográfica y perspectivas», *Ayer* 71 (3), 2008, pp. 293-318; y J. Sanz Hoya, «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo

español», en M. Á. Ruiz Carnicer, *Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975),* Zaragoza, Institución «Fernando El Católico» CSIC, 2013, pp. 25-60.

[2] Véase, por ejemplo, J. Casanova, «La sombra del Franquismo: ignorar la Historia y huir del pasado», en J. Casanova, J. Cifuentes, M.ª P. Maluenda y M.ª P. Salomón, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Madrid, Siglo XXI de España, 1992.

[3] J. Tusell, *Franco en la Guerra Civil. Una biografía política,* Barcelona, Tusquets, 1992, p. 113.

[4] J. M.ª Thomàs, *El Gran golpe. El caso Hedilla o cómo Franco se quedó con Falange,* Barcelona, Debate/Penguin Random House, 2014.

[5] J. M.ª Thomàs, *La Falange de Franco: Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945),* Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

[6] J. Larraz, *Memorias,* Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2006, pp. 160-161.

[7] *Ibid.,* p. 182. Larraz recibió una carta de uno de los lugartenientes falangistas de Serrano Suñer, José Luna, que incluían expresiones de este tenor: «Mientras V. E. confecciona ese presupuesto, se levantan más y más Bancos y sociedades anónimas de crédito con edificios fastuosos, los mismos que absorben la mayor parte de estos presupuestos extraordinarios […]. El Estado es deudor a ellos en cantidades enormes, con lo que le atan y al mismo tiempo expolian a las masas hambrientas españolas […] como si los que murieron en nuestra guerra y los que lucharon y ahora se mueren de jambre [sic], cuando salían para los frentes a salvar a España se pararan a pensar en aquellos momentos en el color de sus zapatos o en las marcas de los coches que habían de conducirlos. Vea V. E. si la Falange con todo esto puede ir hablando del Pan y de la Justicia con qué cara nos podemos presentar a las gentes que ahora ven con más desesperación que nunca que su mal no tiene remedio. Todo esto además se puede compaginar con algo que seguramente no sabe V. E. y es que llevamos años y años desgañitándonos a fuerza de decir que no consentiremos el que haya masas hambrientas, mientras viven bien media docena de privilegiados. Es fácil, Excmo. Sr. que V. E. con todas estas operaciones consiga hacer un bonito trabajo y una exacta nivelación presupuestaria, como se hacía en tiempos de la Monarquía y siguientes, pero a costa del tremendo contrasentido de aumentar el desnivel de España, que en buena doctrina es hacer nula nuestra Revolución. Si V. E. fuera falangista yo no titubearía un instante en considerarle incurso en el delito de alta traición. Pero V. E. no es falangista y además, V. E. es ministro de nuestro Caudillo y yo no puedo concebir ni un momento el que pueda haber nadie al lado de quien todos, absolutamente todos, debemos la dicha de seguir pisando esta bendita Tierra de España, que no vaya provisto de la mejor buena fe», *ibid.,* pp. 278-279. Y en algún momento tuvo que ser protegido por sus colaboradores de alguna posible agresión, que no se acabó dando, *ibid.,* p. 282.

[8] J. M.ª Fontana, *Franco. Radiografía del personaje para sus contemporáneos,* Barcelona, Acervo, 1979, p. 58.

[9] J. M.ª Thomàs, *Los fascismos españoles,* Barcelona, Planeta, 2011, p. 253.

V. FRANCO ANTE LAS CÁMARAS Y EN LA PANTALLA. DEL BLANCO Y NEGRO AL COLOR

Mario P. Díaz Barrado

IMAGEN Y MEMORIA

Entre las diversas perspectivas desde las que se aborda la figura de Francisco Franco y de su régimen, la que planteamos ahora en este trabajo tiene una gran ventaja y bastantes inconvenientes.

La ventaja es que la fotografía y la imagen cinética siempre atraen y suscitan un interés fácil de estimular, por el evidente atractivo de las fuentes visuales. Pero los inconvenientes son muchos porque, al mismo tiempo, las imágenes reflejan las cosas de una manera particular, que no se aviene bien con la reflexión sosegada a la hora de comprender, como en este caso, una figura clave de la España reciente.

Además, y a la vez, plasmar imágenes sobre papel limita extraordinariamente la capacidad de transmitir las claves que el análisis de la figura de Franco nos ha permitido extraer, conjugando las miles de imágenes fotográficas del Caudillo y de su régimen y las interminables horas de filmación que, desde el NO-DO (Noticiarios y Documentales) a películas realizadas para su exaltación y loa, se produjeron a lo largo de los casi 40 años de régimen, incluyendo también las innumerables imágenes de los años previos de formación y ascenso de Franco como militar destacado en la España de comienzos del siglo XX.

La imagen de Franco atraviesa por varias fases, algunas de ellas muy diferentes: primero será el militar africanista, luego el dictador temible y admirado, para acabar llegando a ser el abuelito, en apariencia inofensivo, de los últimos años. A esta imagen cambiante –que revela indudablemente el paso del tiempo, pero también los valores o los procedimientos a través de los cuales Franco fundamenta su poder–, se añade el contexto en que aparecen las imágenes personales de Franco, es decir, cómo evoluciona también una España que es muy diferente en la década de los cuarenta o la de los sesenta.

Nuestra intención es reflejar aquí, de la mejor manera posible, la intervención que realizamos en el curso de verano: *Las caras de Franco.* Y lo es porque, en esa intervención, poníamos de manifiesto dos cuestiones esenciales en torno a la imagen de Franco y el franquismo.

En primer lugar que el exceso de información puede condicionar, todavía más en el caso de las imágenes, la capacidad de análisis histórico. El problema del exceso de información está asociado a cualquier manifestación en la sociedad actual, pero en el ámbito de las ciencias sociales se ha tornado un verdadero reto epistemológico que, tanto para el texto como para la imagen, exige nuevos planteamientos, en este caso historiográficos.

En segundo lugar que, para superar ese problema, solo es posible recurrir a una propuesta de conceptualización que nos lleve a considerar las imágenes como un instrumento para levantar la memoria del tiempo del franquismo. Este desarrollo conceptual acarrea una lectura no lineal de las imágenes, más bien una lectura de memoria, donde puedan recogerse saltos adelante y atrás y donde no se tenga en cuenta la cronología como un aspecto intocable.

Porque si, para las nuevas generaciones, Franco ya no es sino un lejano y a veces molesto referente, la forma más evidente de perder el recuerdo de esa etapa es someter las imágenes a los mismos criterios que el análisis histórico convencional. Para evitarlo debemos abordar las imágenes de Franco y las de la sociedad del franquismo, desde criterios distintos al mero análisis o descripción histórica y pensar que las imágenes pueden dotar de una perspectiva nueva el conocimiento del régimen.

Dadas las limitaciones de espacio –que se agravan en nuestro caso con el uso recurrente de imágenes– vamos a proceder, tras unas breves reflexiones metodológicas, a reflejar un *discurso visual,* es decir, un relato apoyado en imágenes que pueda darnos la clave de la aportación que suponen las imágenes para el conocimiento de la figura de Francisco Franco.

La imagen estática: la fotografía

A pesar de su aparente autenticidad, de la fuerza que en muchas ocasiones refleja una imagen como expresión de un tiempo o de una época, las fotografías históricas encierran muchas lecturas diferentes. No solo porque pueden ser miradas por distintas generaciones, y es evidente que no se mira igual cuando se ha vivido durante el tiempo en que se tomó la imagen que se contempla o cuando se observa como un recuerdo lejano del pasado por las nuevas generaciones. Además de las miradas múltiples, la imagen tiene en sí misma muchas lecturas, porque la mirada está cargada de prejuicios, de prevenciones o de entusiasmos y es interpretada de muchas formas, aunque en la mayoría de los casos esas diferentes interpretaciones no se explicitan.

La clave para utilizar de forma adecuada la imagen está en establecer la función que cumple como organizadora del espacio y del tiempo. Cuando se obtiene una fotografía se organiza el espacio de la realidad a través de las dos dimensiones (ancho-alto) y se encierra el tiempo en un instante, congelando una imagen que queda así como testigo de una época y que está a la vez abierta al futuro, a través de la contemplación sucesiva por las siguientes generaciones de algo que se ha quedado definitivamente anclado en el pasado.

Por eso la imagen tiene tanto que ver con la memoria, porque resulta un resto muy vívido, muy atractivo para levantar la interpretación del pasado.

Pero es importante reiterar que, al cortar el espacio y dejar encerrado en el objetivo una serie de objetos o personas, estas alcanzan una significación que quizá no tenían y que las relaciones entre ellas se plantean de forma diferente. Al priorizar el contenido de la fotografía, lo demás no existe.

Cuando contemplamos a Franco y a Azaña en la figura 1, imagen que corresponde a un encuentro con militares del entonces ministro de la Guerra durante la Segunda República, no somos conscientes plenamente de que muchos personajes se han quedado fuera de la toma. Aunque vemos a dos personajes cortados, de los que apenas podemos intuir el rostro y eso ya sería un indicio, lo cierto es que olvidamos a los que se quedaron fuera, incluso a casi todos los que están dentro.

Figura 1.

Lo curioso es que la imagen original no era así, en realidad la imagen que acabamos de ver corta *a posteriori* a los dos personajes de los extremos, porque no resultan interesantes, y centra la mirada en los dos sobre los que posteriormente la historia daría mucho que hablar: Azaña y Franco.

En realidad la imagen ha sufrido una doble selección del espacio pues la imagen original la figura 2.

Figura 2.

Al contemplar el grupo frente a la puerta es posible hacer una composición más natural que responde a la intención original de la fotografía, luego manipulada para dar más importancia a los personajes principales de la misma, aunque esa importancia se adquiera después, es decir, que el tiempo posterior está influyendo en el anterior.

Es más, puede llegarse a manipular aún más la imagen original centrando todavía más la atención sobre los dos personajes, como se observa en esta otra versión muy utilizada de la misma instantánea, la figura 3.

Figura 3.

Por eso resulta muy útil la imagen estática, porque la fotografía detiene el curso natural del tiempo y lo mantiene congelado. La siguiente instantánea (figura 4), que muestra la muerte de Franco, siempre permanecerá como testigo fehaciente de una época que ya se ha ido para siempre.

Figura 4.

En este caso es el tiempo el que queda detenido en el instante, un instante que nos ofrecerá siempre la actitud de la esposa y la hija cuando pasan delante del féretro del Caudillo ya difunto. La estética, el ambiente, las actitudes de los personajes, todo queda encerrado en un tiempo que es irrecuperable, pero que puede resultar también muy presente, muy actual, muy vivo.

La imagen cinética

Por su parte, la imagen cinética puede resultar también muy interesante, pero tiene el inconveniente de que se necesita volver a consumir el tiempo que se empleó para su obtención, es decir, que, para ver un documental, un fragmento del NO-DO o cualquier otro producto cinematográfico, debemos emplear el mismo tiempo que dura la proyección y eso resulta muy complicado porque no permite el filtrado de información.

Por eso hay que imaginar otras formas de utilizar esta información visual en movimiento, pues mientras la fotografía puede fijar en un instante un concepto profundo y asociarlo con otro tipo de información por encima del tiempo y el espacio, la contenida en el documento fílmico está constreñida.

Es indudable que no podemos aquí reflejar siquiera algún fragmento de los innumerables testimonios que el cine –ya sea en su versión documental o dramatizada– nos ha dejado de la figura de Franco, pero al menos vamos a reflejar las características esenciales del tratamiento que esa figura, y el régimen que presidió, recibieron a través de la cinematografía.

El primer testimonio cinematográfico de Franco se remonta a una película muda rodada en torno a 1926 y que se titula *La malcasada.* Franco aparece en varias escenas en casa del político liberal Natalio Rivas, que mantenía una tertulia en su domicilio a la que acudía el joven general.

Los primeros fragmentos cinematográficos interesantes, con Franco como protagonista, se filman al comienzo de la Guerra Civil, cuando su creciente protagonismo en el bando sublevado le lleva a aparecer en los noticiarios internacionales de tendencia conservadora en defensa de la sublevación que él mismo encabezaba.

Son famosos los fragmentos en los que habla –en un inglés macarrónico– sobre los motivos del levantamiento, el fragmento –del que a continuación vemos un fotograma– en el que insta a su hija, de apenas diez años, a dirigirse a los niños del mundo con un mensaje aprendido. Es el propio Franco quien repite en voz baja lo que dice la niña en la figura 5.

Figura 5.

Hay algún otro fragmento cinético donde se expresan los principios de su régimen naciente, como el famoso en el que califica el nuevo Estado español como totalitario. Pero, a medida que el bando sublevado se consolida, la intención de ampliar también la propaganda de sus propuestas lleva al desarrollo de variados y crecientes instrumentos de comunicación en Burgos, en torno al poder cada vez más omnímodo de Franco. En esta labor destacó Dionisio Ridruejo, un falangista luego crítico con el franquismo, pero que ayudó de manera extraordinaria a fundamentar el poder de Franco y su régimen en los primeros años.

Es en esta dinámica donde hay que situar la creación del NO-DO por una orden de 1942, que estuvo precedido por el Noticiario Español ya desde la Guerra Civil, y que fue la palanca fundamental del régimen para fijar y

propagar sus consignas. Hoy se puede consultar toda la colección del NO-DO en la página web oficial de Televisión Española (TVE)[1].

El NO-DO se convirtió en el instrumento más poderoso del nuevo régimen para su justificación y su publicidad y se produjo hasta 1981, incluso con Franco ya muerto. De entre los muchos ejemplos que pudieran citarse debemos recordar el número 1 del año 1943, que comienza con un *travelling* sobre el Palacio del Pardo para mostrar a continuación el trabajo esforzado y constante del Caudillo, entregado a la labor de servir a España, y continua con una visión idílica de la nueva España que entonces nacía y que se había puesto a la tarea de la reconstrucción y la grandeza. Todo un ejemplo de propaganda dirigida a loar al Caudillo y justificar su régimen.

Además de los interminables documentales del NO-DO, hemos de destacar las películas, la ficción dramatizada y sobre todo la película *Raza,* toda una superproducción de la época que, desde un texto original del propio Franco bajo el seudónimo de Jaime de Andrade, adaptó el director falangista José Luis Sáenz de Heredia en 1942[2]. *Raza* es un panfleto donde se cuentan las supuestas virtudes de la raza española a través de la historia de la familia Churruca, que no es otra que la propia familia de Franco idealizada.

También habría que destacar una nueva producción de Sáenz de Heredia sobre Franco, del año 1964, que con el título de *Franco, ese hombre* resultó un nuevo intento de mitificación del Caudillo, ahora desde presupuestos desarrollistas.

Igualmente hay que mencionar las inmensas posibilidades que ofrece el archivo de TVE. Desde el comienzo de las emisiones en 1956 Franco es un personaje siempre destacado, por eso resulta muy interesante indagar en el archivo de televisión sobre la evolución del régimen franquista. Desde los discursos de Navidad a los reportajes de una actividad frenética de inauguraciones y actividades varias. Es cierto que el archivo de TVE se encuentra bastante degradado, incluso en parte perdido y en cualquier caso poco ordenado, pero esperemos que, antes de que se degraden definitivamente los fondos magnéticos, sea posible rescatar no solo la información sobre Franco, sino sobre los múltiples aspectos de la vida

española en años cruciales de cambio y transformación en la sociedad española.

Para concluir este apartado, debemos señalar que utilizar imágenes para analizar la historia siempre es peligroso y, además, si se trata de imágenes cinéticas es aún más complicado. Por eso debemos buscar nuevos usos para la imagen en historia, una tarea complicada pero que puede resultar apasionante. Es cierto que esos nuevos usos estarán sin duda asociados a los soportes digitales, donde la imagen podrá explotar mucho mejor sus inmensas posibilidades.

Discurso visual. Franco y el franquismo

Esta segunda parte aborda de manera directa la propuesta metodológica enunciada antes y sirve de ejemplo, modesto y limitado, de las posibilidades que la imagen puede ofrecer al historiador.

Comenzamos con una visión de la figura del Caudillo que no será, como hemos ya señalado, cronológica. Haremos un recorrido visual organizado en forma de bucles, es decir, con idas adelante y atrás según el discurso visual lo vaya requiriendo. Nuestra intención es reflejar, a medida que se sucedan las imágenes, una visión del personaje poco convencional.

Cuando acaba la Guerra Civil se impone una visión del dictador muy contundente, cuando ya se ha asentado el mito de Franco como salvador de España. La Guerra Civil es lo que explica a Franco y al mito construido en torno a su figura, es el caleidoscopio que encierra toda su trayectoria y altera su pasado, su presente y su futuro. ¿Qué hay detrás de la figura 6?

Figura 6.

Es sin duda una puesta en escena, también un reflejo de la España de entonces, cuando se inauguraba un régimen dominado por el Ejército, tras una sangrienta Guerra Civil, que ensalza a un militar como Caudillo.

Muy lejos quedaba aquel niño tímido, retraído, que con 15 años había emprendido un viaje a la Academia Militar de Toledo para formarse como oficial del Ejército de tierra, tras su frustrada vocación inicial de marino que vemos en la figura 7.

Figura 7.

En muy poco tiempo, cuando al terminar su formación militar se traslada al entonces Marruecos español, se transforma en un joven oficial y alcanza el generalato con algo más de 30 años (como se aprecia en la figura 8). La guerra de Marruecos es la clave de la formación de Franco, no solo como militar africanista, sino de la propia personalidad de Franco, allí aprendió las tácticas y los recursos de poder que luego utilizó durante 40 años de dominio sobre los españoles.

Figura 8.

Franco se encontraba entonces muy cómodo con la corrupta monarquía y para él todo lo demás era molesto, despreciaba la política que amenazaba

su estatus y la perspectiva de la Republica. Los ascensos se sucedían y, en una estancia breve en la Península, se casó con Carmen Polo.

Cuando va alcanzando notoriedad por sus arriesgadas acciones de combate, adquiere cierto prestigio en los círculos militares (nunca el exagerado y manipulado posteriormente, de eso se encargaron sus hagiógrafos, especialmente Ruiz Albéniz con el seudónimo de «El Tebib Arrumi», que significa «el médico cristiano»). Si Franco apenas merece su atención en la descripción contemporánea de la defensa de Melilla, luego será el héroe que salvó a la ciudad de la presión rifeña ante la catástrofe de Annual. Una reinterpretación del pasado desde el presente.

El prestigio adquirido le sirve para participar, junto a Millán Astray, en la fundación de la legión española. La fotografía que plasmó ese momento, la de la figura 9, pone de manifiesto la fuerza de la fuente fotográfica.

Figura 9.

Desde este momento su carrera es imparable. Se refuerza con la dictadura de Primo de Rivera, cuando es nombrado director de la Academia General Militar en Zaragoza. La República le apartará del cargo y Franco incubará un recelo y un odio progresivo al régimen que había truncado una carrera esplendorosa. Las reformas que Azaña realizó para modernizar el Ejército español no sentaron nada bien entre los militares. Una de las pocos fotos que los muestra juntos expresa la frialdad del futuro Caudillo frente al poder civil, es la foto que contemplamos, como ejemplo, al comienzo.

Pero eso no evita que, poco después, con la llegada de la coalición radical-cedista al poder republicano, Franco acepte la jefatura del Estado Mayor y que su oposición a la República se refuerce con el triunfo del Frente Popular, cuando es apartado a la lejana guarnición de Canarias.

Desde ese destino emprenderá su mayor aventura. Desprendiéndose por una vez de su timorata actitud, de su *galleguismo* –aunque envió a su familia a Francia y puso sus ahorros a buen recaudo–, apuesta el todo por el todo y se subleva volando en el *Dragon Rapide* al Marruecos español. Tras unos meses de incertidumbre a comienzos de la rebelión, cuando queda claro que lo que se plantea es una dura y larga Guerra Civil, la necesidad de la unidad de mando concede a Franco todo el poder en la zona sublevada.

Nunca lo abandonaría. Estaríamos de nuevo ante la imagen del Caudillo imponente con el abrigo de piel, ante el salvador de España, tal como se muestra en la figura 6. Es la duración inesperada de la guerra –los sublevados pensaban acabar en unos días con la resistencia republicana– lo que facilita el nacimiento del Caudillo invicto al que se le fabrica un nuevo pasado heroico en África y con quien los militares firman un pacto de sangre, el pacto de los vencedores. El mito del Caudillo se refuerza al terminar la guerra por la necesidad de construir un régimen tras la victoria, un régimen que asegurase para siempre que no habría revancha. Comienza así la exaltación desmesurada que convirtió al militar exitoso en dictador indiscutible.

Desde entonces la imagen de Franco se proyecta de forma apabullante y se rodea de la mística necesaria para hacer su figura indiscutida. Él mismo llegó a creerse que era un enviado de Dios para salvar a España, llegó a asumir como cierta la imagen fabricada por sus aduladores y hagiógrafos.

Pero, mientras la imagen del dictador se agrandaba para sus partidarios y procuraba el desprecio de los que se oponían a él, España había quedado arrasada tras una cruenta Guerra Civil. Si cuando se inició el conflicto la guerra atrajo a la opinión pública mundial (convirtiéndose en un mito de lucha y resistencia), al acabar con la victoria de Franco y comenzar enseguida la Segunda Guerra Mundial, el país quedó olvidado y aislado y los españoles que menos tenían que ver con ello, esa mayoría apolítica pero estragada, tuvieron que purgar las consecuencias del conflicto (figura 10).

Figura 10.

Solo años más tarde, cuando el mundo se recupere de las consecuencias de la Guerra Mundial y comience la prosperidad de la posguerra, de nuevo la opinión internacional girará su atención sobre España y recuperará cierto

atractivo morboso, que siempre han tenido los asuntos españoles en ciertas latitudes de confort burgués.

Pero mientras, en España, poco a poco, en medio del aislamiento y cuando se alcanza la década de los cincuenta, la imagen de Franco torna a la mediocridad, una mediocridad extendida a un país traumatizado por la larga posguerra y adoctrinado en valores de disciplina y moralidad tradicional católica.

Franco se ha convertido mientras tanto en el canalizador de todo lo que sucede en España, administra el miedo pero –al aparecer tan lejano– también suscita la esperanza entre los desesperanzados, entre aquellos que solo aspiran a la paz por encima de cualquier otra cosa. Los errores no son achacables a Franco, sino a los que le rodean o a las circunstancias insalvables.

Aunque a estas alturas Franco era una anomalía en el entorno europeo democrático, en España se había convertido en gestor de la victoria (que recordaba a cada instante) y también en hacedor del futuro. La mística del caudillaje acabó penetrando en las clases populares, como se ve en la figura 11. Si Orwell dice, en su famosa novela 1984, «quien controla el pasado controla el futuro, quien controla el presente controla el pasado», Franco fue ese demiurgo en la España que se acercaba a los años sesenta.

Figura 11.

Un poco antes, los norteamericanos habían acudido en auxilio del dictador. A medida que la Guerra Fría se recrudecía, Franco mostraba sobre todo su perfil anticomunista y el interés norteamericano por controlar la estratégica España hizo el resto. Con los pactos de 1953, al tiempo que tímidamente se abría el país a algunos extranjeros, un país barato y atractivo, Franco selló definitivamente su dominio sobre España, un dominio que ya no abandonaría jamás.

Con la apertura llegó también cierta prosperidad que reforzó aún más la adhesión de una buena parte de la sociedad española que se consideraba apolítica, que renegaba de la política por la mala experiencia de la guerra. Franco era el hacedor de todo este milagro, en palabras del director de *La Vanguardia Española,* Luis de Galinsoga, era el «Centinela de Occidente», tal como se ve en la figura 12.

Figura 12.

El desarrollismo de los años sesenta nos introduce en la última fase del franquismo y en la evolución más sorprendente del dictador.

Aquel temible militar con abrigo de zorro se ha convertido ahora en un abuelo casi entrañable, que se dedica a sus aficiones de caza y pesca. Si bien ahora sabemos, después de mucha labor de investigación –parte de la cual se refleja en este libro–, que, en la intimidad, era un pedante que se había creído toda esa engañifa del caudillaje y que se creía elegido por Dios para llevar a España a la grandeza siempre añorada. Por eso junto a la caza no olvidaba (figura 13), pese a la edad, la figura de estadista de la figura 14.

Figura 13.

Figura 14.

Porque, además, los hechos le daban la razón. Los años 60 constituyen un auténtico milagro, como se calificó entonces a un desarrollismo a veces atropellado y confuso, pero que ciertamente trajo prosperidad y optimismo después de una larga y dura postguerra. Los pantanos, los planes de desarrollo, los primeros automóviles utilitarios y los fenómenos del consumo de masas comenzaban a implantarse en España.

Ahora la represión se combinaba con cierta tolerancia, alternando el palo y la zanahoria. Así surge la disidencia interna, conectada con una opinión pública en el exterior cada vez más concienciada de la anomalía del franquismo, mientras persiste un apoyo también indisimulado a la obra de Franco entre la generalidad de la población despolitizada.

El Caudillo ha traído la modernidad a España (figura 15). De pronto se olvidan las miserias de la posguerra como una pesadilla y todo se liga a la prosperidad material. Y esa prosperidad hace nacer admiradores del Caudillo fuera de nuestra fronteras, reproduciéndose así la dinámica a favor o en contra del franquismo que empezaba a gestarse también en el interior de España.

Figura 15.

Pero el paso del tiempo resultó implacable para el régimen de Franco. El evidente deterioro físico del dictador fue imponiendo una verdad incontestable: Franco se iba a morir pronto, daba igual decirlo sin ambages o recurriendo al eufemismo del «hecho biológico».

El éxito económico –que hace nacer y reforzarse otros valores cada vez más incompatibles con los ya ajados del régimen– y la degradación física del dictador, confluyen para reforzar el antifranquismo que se nutre de estudiantes y obreros y que encuentra la comprensión de la Iglesia del Vaticano II. Pero también, y esto resultará determinante, hace aparecer la discrepancia entre los propios partidarios del régimen, donde cada vez es más fácil distinguir entre inmovilistas y aperturistas.

El Franquismo del blanco y negro al color

El franquismo está ya en la historia de España, también el hombre que acaparó todo el poder en esa época y pudo regir sin cortapisas las ilusiones y las esperanzas de millones de españoles. El hecho de que continúe suscitando interés, no solo entre los historiadores, sino en la sociedad española, obedece a que, como en una especie de paradoja histórica, un régimen nacido con la intención y el propósito de detener el tiempo y la evolución social y económica –incluso de retroceder en ella si eso fuera posible–, acabó siendo el precipitante de uno de los procesos de modernización más acelerados de la historia de España, primero en el orden económico y, luego, ya superado el franquismo e iniciada la democracia, en otros muchos aspectos. También merecería una consideración especial, si no fuera por la falta de espacio, la contribución del periodo democrático para consolidar y profundizar en el desarrollo económico del país, sobre todo a partir de los años ochenta, y comprobar cómo la verdadera modernización, en todos los órdenes, tuvo lugar a pesar del franquismo y se culminó en democracia.

Sin embargo, también como una especie de impulso freudiano, nos sigue atrayendo la etapa negra del franquismo, la larga posguerra y los difíciles años cincuenta, como expresión de los problemas sin resolver. Porque entendemos que ahí están contenidas muchas de las contradicciones que arrastra todavía la sociedad española, una sociedad que pareció librarse y superar sus determinaciones históricas a partir de la década de los setenta del siglo pasado, pero que de forma recurrente hace emerger algunos problemas asociados a esa etapa.

¿Por qué el Franco del abrigo de zorro suscita más interés que el abuelito plácido de los últimos años? y ¿por qué no nos parece la misma persona?

Aquí puede estar la clave para interpretar algunas de la imágenes que hemos plasmado en este trabajo, y muchas otras que no hemos podido reflejar por incapacidad material, pero que forman parte también del legado visual que nos deja el régimen de Franco. Cuando sigamos reflexionando sobre Franco y su régimen en el futuro y el paso del tiempo vaya borrando las huellas más crueles del régimen, mirar las imágenes de ese tiempo

contribuirá sin duda a que sea más difícil sustraerse a un pasado que debemos incorporar, con sus luces y sombras, a nuestro legado colectivo.

[1] Disponible en [www.rtve.es/alacarta/videos/archivo-historico].

[2] En una nueva versión de 1950, *El Espíritu de una Raza,* se intentan limar los perfiles fascistas y se potencian los perfiles anticomunistas de la cinta.

VI. FRANCO EN LA PRENSA DIARIA. LA CONSTRUCCIÓN DEL CARISMA MEDIÁTICO

Alfonso Pinilla García

PLANTEAMIENTO

Como ya es bien conocido, Max Weber definió, en su obra *Economía y Sociedad*[1], tres formas de dominación política consistentes en el carisma, la tradición y la burocracia. El carisma implica fervor, pasión y adhesión ciega a un líder al que se le dota de características casi sobrenaturales, un mesías erigido en salvador de la patria en circunstancias especialmente difíciles que promete y es capaz de realizar prodigios. La tradición es costumbre, repetición del pasado que una y otra vez se actualiza sin perder sus esencias ancestrales. La burocracia es dominio racional, sopesado, calculado, pragmático, que gestiona la «cosa pública» y posibilita el funcionamiento ordenado y eficaz de la maquinaria estatal.

Ningún sistema político, recordará Weber, pone en práctica de manera exclusiva y absoluta una de estas tres formas de dominación. Siempre hay mezcla, diversa proporción de los tres modelos en función de las circunstancias. Es cierto que hay regímenes carismáticos y personalistas (el franquismo lo es) y otros basados en la tradición (las monarquías lo son), así como sistemas racionales que generan una potente burocracia (las democracias liberales), sin embargo, en ninguno de ellos hay una forma pura –ya sea carisma, tradición o burocracia– que, sin mezcla, aplaste o ignore a las demás. Siempre hay interacción, interrelación y diversa proporción, coincidencia y convivencia de las tres formas ideales weberianas. Tarea del investigador será establecer cuándo domina una sobre otra, por qué y, si es posible, definir fases de predominio racional, burocrático o carismático.

Esa es mi premisa y, a la vez, mi objetivo en este trabajo. Entiendo que en la dictadura franquista convive la dominación carismática –esencial, definitoria y básica– con los otros dos tipos. De hecho, defiendo que ningún sistema político es capaz de sobrevivir si no combina, de manera fluida y equilibrada, estas tres formas. Después de estudiar las principales cabeceras

de la prensa diaria franquista, considero –tal como intentaré demostrar en las siguientes páginas– que el régimen pasa por tres fases, atendiendo al tipo de dominación predominante en cada una de ellas.

La primera fase corresponde a los años de la Guerra Civil (1936-1939) y en ella se da la creación del carisma de Franco, la conversión de un general prestigioso en «Caudillo de España por la Gracia de Dios». Esta fase define al régimen, lo cual no implica que el discurso carismático brille siempre con la misma intensidad y a la misma altura, pues a la dominación basada en el fervor y la ciega pasión por el líder, sucederá pronto una segunda fase que sitúo entre 1940 y 1959, donde el carisma –en palabras también de Weber– se «rutiniza», se convierte en costumbre primero y tradición después. Son los años donde el caudillo es interpretado como un egregio emperador, figura señera de una historia de España reescrita y remozada al trasluz del «espíritu del 18 de julio». Y es que no puede vivirse siempre en la excepcionalidad del mesías que nos rescata del peligro y de nuestros errores. Pasados los duros momentos de la Guerra Civil procede estabilizarse, perdurar, regir España evitando sobresaltos. Es entonces cuando el carisma, sin desaparecer, va dejando paso a la dominación tradicional que, cuando madura, abre la puerta al tercer tipo, la dominación racional, burocrática, más pendiente del presente y el futuro que de un pasado cada vez más marchito.

Por eso, a la segunda fase de «rutinización del carisma» sucede la tercera y última de «disolución del carisma», donde lo pasional va quedando lejos y el fervor por el líder guerrero se convierte en mesurado afecto por el «entrañable abuelo» que es más historia que actualidad. Será en esta tercera fase, que he situado entre 1960 y 1975, cuando los discursos aperturistas y reformistas vayan dibujando sus cartas de presentación, coqueteando con ideas cercanas a la democracia liberal, a la representación y la participación políticas de la ciudadanía en el gobierno del país. Y todo ello en medio de una situación crítica donde el régimen tiene que hacer frente a sus propias contradicciones mientras la vida y la imagen de Franco –octogenario y enfermo– se deterioran irremisiblemente, quedando lejos ya, casi borrado por el tiempo, aquel recuerdo del héroe invencible, salvador de la patria y preclaro en su ejecutoria política.

Creación, rutinización y disolución del carisma, esos son los tres movimientos, las tres fases discursivas que el análisis de la prensa diaria me ha permitido establecer en el nacimiento, desarrollo y muerte del caudillaje franquista. Pero antes de introducirnos en el estudio, y de apuntalarlo con las citas que permiten demostrar el establecimiento de esta diacronía, conviene una leve y breve reflexión en torno a los conceptos que explican eso que llamamos «carisma».

Tres condiciones fundamentales posibilitan el surgimiento de una figura carismática: primero, la existencia de una crisis –económica, política, institucional, bélica– de excepcional calado que ponga contra las cuerdas la supervivencia de un país, de una comunidad, de una civilización; segundo, el surgimiento de una figura que por sus dotes oratorias, o por su prestigio (surgido de brillantes acciones previas) genere suficiente esperanza entre la población como para hacer frente a la incertidumbre propia de toda crisis; y tercero, el cumplimiento de las esperanzas surgidas, de las promesas hechas por el líder, porque la ilusión está cerca del ilusionismo y de nada vale decir que puede salvarse al mundo si ni siquiera te salvas a ti mismo. La promesa sin cumplimiento deriva en frustración, porque el líder carismático «es» si cumple. Solo así conseguirá la autoridad ante los gobernados, pues autoridad viene del latín «augere», que significa hacer creer, tener credibilidad. Y eres creíble cuando practicas lo predicado.

Los periódicos de la dictadura situarán a Franco como el hombre providencial que llega para salvar a España en momentos especialmente difíciles. Es mesías redentor que colma de profunda y fecunda esperanza el corazón de los desahuciados españoles. Pero sobre todo, la prensa franquista afirmará que, además de prometer, el caudillo cumple porque salvará la patria de las «hordas rojas», en una excepcional e imprevista victoria sobre el enemigo comunista. Cuando todo estaba en contra, cuando era imposible ganar, dicen estos periódicos, Franco realiza el milagro de la salvación[2], prodigio inefable que solo se explica porque el caudillo está «dotado de buena estrella», de «un aura especial», de un «ángel extraordinario» que solo la providencia concede. Y es que, continuará la prensa del régimen, Franco encarna esa providencia, es enviado desde lo

más alto para personificar los sacrosantos valores de la unidad y la grandeza de España[3].

Crisis, esperanza, cumplimiento de la promesa, salvación, encarnación de valores eternos y superiores, prodigio sobrenatural y sacrificio denodado son los «ingredientes», los conceptos clave, las «ideas fuerza» de eso que llamamos «carisma» y que desemboca en la autoridad, la «augere» o credibilidad del líder ante las masas.

Veamos cómo estos conceptos se exponen en la prensa, con qué intensidad se defienden según las épocas arriba marcadas y por cuáles se sustituyen o, mejor, a cuáles van dejando paso a medida que la dominación carismática se diluye en la tradicional, primero, y en la racional, después.

La «creación» del carisma (1936-1939)

La Junta de Defensa Nacional concede a Franco el poder absoluto al nombrarlo jefe del Estado el 1 de octubre de 1936 en la Capitanía General de Burgos. Al día siguiente, el *ABC* de Sevilla da la bienvenida en su tercera página al «caudillo salvador», que encarna la esperanza del «resurgir esplendoroso de la patria». Y lo hace, además, citando las palabras de Franco al recibir la Jefatura del Estado, donde confirma que sacrificará su vida, si es necesario, en su tarea de redimir a España:

> El jefe del Gobierno del Estado español es encarnación de todos los poderes del Estado […], depositario por unánime designio de las esperanzas y de los ideales que son espíritu y corazón del resurgir esplendoroso de España. El caudillo, general Franco, ha dicho: «Ponéis en mis manos a España y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré a la Patria a lo más alto o moriré en mi empeño»[4].

Desde ese momento, la prensa diaria insistirá en que no solo la retórica define la brillantez del caudillo, sino que su carácter mesiánico se confirma al ir consiguiendo, poco a poco, victorias insospechadas en una guerra que el bando nacional inicia en condiciones de inferioridad militar y material con respecto al bando republicano. Contra viento y marea, Franco cumple lo que dice y recibe el inquebrantable apoyo de su pueblo. Se completa así el discurso creador del carisma de Franco, pues junto a la situación crítica descrita antes y durante la guerra, los periódicos destacan la esperanza

suscitada con su llegada a la Jefatura del Estado, la brillante ejecutoria iniciada justo tras su nombramiento, el resultado de esa ejecutoria –que se concreta en «la salvación de España»– y el sacrificio del generalísimo en la realización de su tarea. Y todo ello, destaca la prensa, porque Franco es encarnación de valores eternos y enviado de la providencia:

> Caudillo de la nación porque es Generalísimo del Ejército, y Caudillo del Ejército porque es el hombre providencial en quien la nación ha puesto fe, esperanza y amores decisivos en su Historia.
>
> […]
>
> Gracias al Caudillo disfruta España el haber más denso, más positivo y más eficaz de cuantos puede aducir un entendimiento genial y un corazón encendido en entusiasmo, aplicados a la misión de regir un pueblo a través de una coyuntura sobremanera trágica.
>
> Por el trabajo desvelado y fecundo de ese cerebro, por el aliento generoso y heroico de ese corazón, España remonta este segundo aniversario de la fecha de su feliz designio, con las creces inefables de su fe en el Caudillo y de su adhesión inquebrantable y leal que es adhesión a su destino mismo[5].

Todo mesías está precedido de un profeta que adelanta el crucial papel en la historia del futuro héroe salvador. Franco es el mesías y José Antonio será su profeta, tal como se pone de manifiesto en la portada y las páginas interiores del *ABC* de Sevilla el 19 de julio de 1938[6]. *Arriba* redundará en esta interpretación cuando destaca el 1 de octubre de 1939, también en su portada, la siguiente frase: «Dios, que a José Antonio nos quitó, nos ha dado a Franco, capitán de virtud y heroísmo»[7].

«Adalid de la victoria», «conductor de los españoles», «salvador de la Patria» son algunas de las expresiones dedicadas a Franco que dominan la prensa afecta al régimen, donde se describe cómo el caudillo emite, y también recibe, un milagroso *aliento de fe*[8] que justifica su nombramiento como jefe del Nuevo Estado. El falangista diario *Arriba* define ese Nuevo Estado según los dictados del totalitarismo fascista, y describe así el partido único del régimen:

> El Movimiento es la vida entera de la nación en proyección histórica. El Movimiento es la voluntad de realizar en todos los órdenes, hasta en el supraestatal de la moral y la cultura, la actitud que ante el mundo ha tenido tradicionalmente la nación[9].

El sistema surgido de la Guerra Civil pretenderá controlar todas las esferas, públicas y privadas, de la vida de los españoles, por eso es un

sistema totalitario, según la tradición fascista imperante en esos mismos años en la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. Y en ese contexto, el apasionado apoyo al líder domina buena parte de los editoriales, reportajes y noticias publicadas por la prensa que controla el bando sublevado. Ese afecto se traduce en una vinculación personal a Franco, que no es un simple y frío jefe del Estado, sino un firme «conductor de la patria», «padre redentor» que cuida de los españoles como de sus propios hijos. Surge así un régimen profundamente personalista donde todo gira en torno a su caudillo, tal como describe el siguiente editorial de *Arriba:*

> En realidad, hablar de Jefatura del Estado es una abstracción impropia. Entre nosotros hay un jefe del Estado como algo presencial, humano, directo; un jefe que es una persona concreta, de carne y hueso, no una Jefatura, que es cosa muerta, meramente jurídica y administrativa. Y este jefe del Estado es algo que está en la existencia misma, espontánea, real, de la nación. Para España entera, su jefe supremo es pura vida y, como tal, libre y creadora. Por eso, cada español se liga al jefe en inmediata relación de persona a persona, relación como toda aquella que es de carácter personal, de puro amor […]. Es hoy el Estado de los españoles una unión personal de todos ellos ante Dios y ante una ley viva. Esta ley viva es el mismo jefe[10].

Pero los sistemas personalistas tienen un talón de Aquiles: permanecen intactos, aunque experimentando cambios, siempre que la vida de su fundador y mantenedor básico continúa. Desparecido este, el sistema se tambalea y las contradicciones existentes se agrandan hasta desgarrar las costuras que el líder mantenía unidas. Por eso, ningún sistema político que quiera sobrevivir en el tiempo, aunque tenga base caudillista o personalista, puede seguir insistiendo en ella siempre. Conviene «rutinizar» el carisma, convertirlo en tradición e introducir en el organigrama de dominación la racionalidad de la gestión burocrática, porque «más allá de Franco habrán de perdurar las instituciones»[11].

La «rutinización» del carisma (1940-1959)

El 1 de abril de 1945 Joaquín Arrarás publica en el *ABC* de Madrid un artículo titulado *La buena estrella de Franco,* en el que considera al Generalísimo dotado de un poder sobrenatural, de un don divino que le salva de las situaciones más comprometidas y le inspira para tomar las

mejores decisiones en difíciles encrucijadas. Se trata, dice Arrarás, de «un halo que rodea a ciertas almas, y que procede de ese universo, siempre inexplorado y misterioso de la psiquis»[12]. Joaquín Arrarás acabará citando en este artículo al doctor Kraff, «máxima autoridad internacional en la interpretación de las profecías de Nostradamus», quien afirma: «Vuestro Franco es el hombre de la buena estrella». «El profesor –comenta el articulista de *ABC*– había descubierto a lo largo de la vida del general una venturosa protección que le preservaba indemne y lo sacaba triunfante de los riesgos y de las situaciones comprometidas»[13].

El diario *Arriba* considera la existencia de Franco «una aceptación sin pausa de su estrella»[14] y, en este mismo periódico, Luís de Galinsoga escribe que el caudillo tiene «ángel», «don que solo suele ser otorgado a los elegidos, algo indefinible y sutil, que no se aprende ni se adquiere, sino que es innato […]. De poco serviría su buena técnica de capitán […] si esas virtudes no se cifrasen, como una gracia divina, de la que cada día y cada hora se lucra la nación entera, en aquella cualidad de tener "ángel" el gobernante»[15].

Franco es un ser «enviado por la providencia», afirmará *El Alcázar* en 1946, por eso su palabra emite «un aire de profecía, de gracia y de carisma. El caudillo surge siempre en los momentos más angustiosos»[16] y no se elige, sino que quien detenta el título y el privilegio de caudillo lo hace porque la naturaleza le confiere ese don. El carisma es innato, no se transfiere ni se hereda, dice *El Alcázar,* es un concepto «a priori»[17].

Así pues, pasada la guerra, el discurso carismático sigue caracterizando a la prensa diaria y la dominación basada en el fervor y la pasión por el líder sirve de principal argumento para legitimar el régimen personalista del caudillo. Pero, precisamente por ese personalismo, quienes rodean a Franco saben que no pueden fiar la continuidad del sistema a la eterna pervivencia de una figura excepcional, así que, a la vez que el discurso caudillista se consolida, va desplegándose un mensaje que pone a las instituciones –a la dominación racional y la «rutinización» del carisma– como garantes últimos de continuidad. Surgirá entonces la monarquía como institución que garantiza la permanencia a través *del ciego automatismo de la herencia,* evitando los azarosos avatares personales y solucionando esa imposibilidad

de elegir aquello que no puede elegirse: un caudillo salvador «que no se hace, sino que nace». El 1 de octubre de 1955, *Arriba* expone con claridad estas ideas:

> Sabemos muy bien que la personalidad de Franco es única y que el conjunto de circunstancias históricas que él resume en sí mismo, en los azares de su vida, en el conjunto de soluciones que ha ofrecido y ofrece para la superación de una etapa de crecimiento y desarrollo de la potencia nacional, no se podrán dar en ninguna otra persona en muchísimos años, tal vez en siglos. Por eso debemos agradecerle su preocupación por asegurarnos un futuro en el que el repertorio de principios fundamentales del Movimiento se continúe a través de una mecánica política institucionalizada.
>
> […]
>
> Cuando no tengamos la indiscutible comodidad del Caudillo indiscutido, aureolado de gloria, habrá que disponer de una pieza institucional […]. Esa pieza será la monarquía, donde el ciego automatismo de la herencia transmitirá su función arbitral a sus hijos, sin que los vaivenes de los grupos puedan hipotecar su imparcialidad.
>
> […]
>
> Habrá a quien le guste menos o más el sistema político presidido por un Monarca, pero los caudillos no se pueden improvisar y, en todo caso, preferible será tener preparado algo que, poniendo la más alta magistratura al margen de las pasiones, contribuya a mantener vigentes los grandes principios de la España nueva sin necesidad de apelaciones demagógicas y fuera de los peligros anarquizantes que acarrean los falsos caudillos haciendo sus pruebas como taifas, pequeños soñadores de grandezas legendarias[18].

Un año después de este editorial, el 2 de octubre de 1956, están en trámite de promulgación dos importantes leyes, la Orgánica del Movimiento y la Orgánica del Gobierno, con las cuales va completándose la definición jurídica del régimen para asegurar su permanencia. Así lo admite *Arriba,* cuyas páginas –y este rasgo es compartido con el resto de las cabeceras controladas por la dictadura– ya no aluden tanto a las virtudes excepcionales del caudillo, cuanto a la necesaria continuidad del sistema a partir de un sólido edificio legislativo e institucional:

> Dos Leyes Fundamentales, la Ley Orgánica del Movimiento y la Ley Orgánica del Gobierno, han sido entregadas para su dictamen al Consejo Nacional. Con ellas va a completarse el cuerpo constitucional del Régimen. Con ellas se concreta legalmente la voluntad popular de asegurar la continuidad de la Revolución. Con ellas, ese mundo nuevo en cuya realidad se satisfacía la voluntad de mando de Franco, cobra perfiles de segura permanencia[19].

La «disolución» del carisma (1960-1976)

A partir de la puesta en práctica del Plan de Estabilización de 1959, España cambia de faz y de dinámica económica. Se moderniza en términos materiales y su sociedad va equiparándose, lentamente, a las sociedades de consumo imperantes en Europa occidental[20]. Ello implica una contradicción que, a la postre, acabará explicando la crisis del franquismo y abriendo la brecha hacia la transición política. Esa contradicción no es otra que el desarrollo de una economía y una sociedad cada vez más modernas y abiertas en contraposición con un sistema político incapaz de albergar, gestionar, regular e integrar esos cambios[21]. Como consecuencia de esta contradicción, y de algunas otras más –el propio carácter personalista del régimen, la inevitable renovación generacional y un contexto internacional que hacía de la dictadura española una excepción cada vez menos sostenible en un entorno de democracias liberales consolidadas–, desde el propio régimen empiezan a surgir voces aperturistas, y posteriormente reformistas, que sugieren la necesaria transformación de la dictadura en un sistema representativo de naturaleza liberal. Y empieza a discutirse sobre asociaciones políticas[22], sobre apertura, sobre modernización, sobre la existencia de un pueblo maduro que debe participar en las instituciones… Todo ello, claro, sin desmerecer la figura del «Caudillo salvador»:

> Basta con echar una ojeada al inmediato próximo pasado para apreciar en toda su dimensión la grandeza de un mandato y de un hombre que durante estos seis lustros ha soportado sobre sus firmes hombros la suprema carga y la responsabilidad tremenda de dirigir a nuestro pueblo preservándole de la catástrofe general y haciéndole progresar económica, social y culturalmente a un ritmo del que no existe precedente en los últimos tres siglos.
>
> […]
>
> Con previsión inigualada, Franco ha impulsado, paso a paso –conforme la madurez progresiva del país lo ha permitido–, la potenciación de nuestras instituciones básicas, ha creado los resortes de un sistema representativo cada día más eficaz y ha abierto el juego de una participación que permitirá decidir al pueblo español, por sí mismo, sobre su futuro[23].

En esta misma línea, José María Pemán escribe en el *ABC* del 1 de octubre de 1966 que Franco no ha sobrevivido en el poder por su buena estrella, sino por su gran habilidad de astrónomo que, con gran sentido de la estrategia y el cálculo racional, ha sabido aprovechar exitosamente las volubles circunstancias. Así pues, la prensa de los años sesenta ya no retrata a Franco como ese héroe salvador tocado por la divinidad, capaz de realizar

prodigios porque tiene don divino, sino como un gestor eficaz e inteligente que ha sabido sobrevivir en entornos muy complicados. Y ahora, pasados los difíciles momentos, al caudillo se le cambia el halo de victorioso y sorprendente guerrero por el aura amable, familiar y afable del abuelo «que deja hacer», del anciano consentidor que asume la lógica de los tiempos y abre la puerta a una evolución inevitable:

> Durar en época de tal ritmo es saber trazar una línea parabólica que arranca de unas palabras y va a caer, sin lesión, en otras distintas y que a veces parecen contrarias. Hubo que transitar de Alemania a Estados Unidos.
>
> […]
>
> A lo más que suele recurrir el que desea rebajar esta cegadora evidencia (de la hábil permanencia en el poder) es a atribuirla a su «buena estrella». Modismo evasivo que arrastra un resabio medieval y mágico, cuando de lo que habría que hablar es del buen astrónomo que sabe descubrir, en cada momento, la estrella que señala el rumbo mejor.
>
> […]
>
> Tuvo una popularidad de guerrero; ahora empieza a tener una pacífica popularidad de abuelo. Pero él sabe que los abuelos llegan a ser populares entre los nietos en la misma medida en que les dejan hacer, un poco, su santa voluntad.
>
> […]
>
> Franco es un caso raro de poder personal que habla constantemente de sucesión y de apertura, sin que por ello haya que perder de vista los valores clásicos y tradicionales de España[24].

Jaime Campmany, en el diario *Arriba* del 1 de octubre de 1966, sugiere la necesaria democratización del régimen –«el destino solo es de nosotros»– mientras expone esta mutación del héroe irrepetible en el simpático abuelo:

> Franco es un héroe que sin dejar la vida ya está en la Historia […]. Él ha empezado por decirnos que ese destino solo es de nosotros y que nosotros seremos los que tendremos que hacerlo y que marcarlo. Y ya con eso todos nos quedamos tranquilos, menos algunos que siempre están inquietos.
>
> […]
>
> Vamos a verlo en su ropa de hombre como nosotros, con la sonrisa del abuelo en los labios, viendo crecer a sus nietos que ahora tienen la edad de nuestros nietos o la edad de nuestros hijos, con una tierna alegría y con una cariñosa preocupación.
>
> […]
>
> Él sabe que pedimos con respeto aquello que nos hace más ilusión y aquello de lo que tenemos más necesidad, aunque no siempre nos lo puedan dar todo de golpe[25].

Un mes antes de la muerte de Franco, Manuel Fraga publica una tercera en *ABC* donde sugiere la necesaria reforma del régimen en clave

democrática liberal. Negará, primero, la actitud reaccionaria de pretender conservar al pasado intacto, como si el paso del tiempo no cobrara facturas:

> Los empeñados en mantener (mirando al pasado y solo a algunos de sus aspectos) un ideal imperial y una ilusión de grandeza sin nuevos esfuerzos de adaptación a la realidad, es obvio que solo han podido mantener una equívoca retórica y desmoralizar a los que intentaban empresas a nuestro verdadero alcance. Aún han hecho otro daño mayor: el de pretender que hay algo así como un modo de ser eterno e inmutable de España y quieren hacer pasar por el aro de su estrecho dogmatismo y su ridícula gazmoñería a las nuevas generaciones[26].

Definirá, a continuación, la reforma como esa síntesis de cambio y continuidad que niega tanto al inmovilismo como a la ruptura:

> Para mí, el cambio es como la edad; no se escoge, se adapta uno a ella […]. La Reforma se contrapone, por tanto, lo mismo al inmovilismo (oposición al cambio) y a la revolución (que supone ruptura de lo existente para mejor lograr un cambio total)[27].

Y, por último, pedirá paso a los nuevos líderes que, con talante reformista, puedan adaptar el sistema político a los nuevos tiempos:

> Los retos planteados exigen ahora un esfuerzo de digestión y de adaptación. El país ha producido de paso los ingenieros, los economistas, los sociólogos, los psicólogos, los juristas que necesita para esta ingente tarea. Tiene ahora que producir también sus líderes políticos; no puede hacerlo sin intentarlo; es decir, sin tanteos ni experimentos, ni eventuales errores. Tiene que ponerse, de una vez, a ello. Y nadie tiene derecho a evitarlo o frenarlo[28].

Ni una palabra sobre Franco, que se ha convertido en rémora del ayer a quien nadie en la prensa del régimen se atreve a criticar, pero al que muchos ya no tienen como referente en quien confiar el futuro. El fervor carismático que fundamentaba el poder del caudillo ha ido convirtiéndose en rutina y, ahora, en momentos críticos y cuando la vida de ese caudillo toca a su fin, la dominación carismática y tradicional va disolviéndose en un discurso racional, ponderado y moderado que expone la necesaria adaptación a los cambios, así como el paso al primer plano de la actividad política de figuras –«ingenieros», dice Fraga, «sociólogos, psicólogos, juristas», profesionales liberales y de naturaleza tecnocrática– que no basan su valía tanto en la realización de prodigios cuanto en la gestión y solución racional, científica y técnica de los problemas.

El carisma está disolviéndose, y no solo en las filas reformistas, sino también en las que integran el búnker. Hasta Girón de Velasco admite la

necesidad de aplicar cambios para afrontar la crisis por la que atraviesa el régimen, si bien esas transformaciones serán cosméticas y no atentarán contra el modelo de democracia orgánica dispuesto por el sistema en sus leyes fundamentales. Sea como fuere, apelando a la continuidad o defendiendo la reforma, lo cierto es que los editoriales y las noticias de esta prensa de la primera mitad de los setenta está más preocupada por el futuro sin Franco que por el presente con un caudillo aún vivo que ni siquiera se tiene en pie. El «abuelo» se muere y hay que conservar la casa como sea, por eso Girón advierte que:

> Identificar las tendencias, organizar la pluralidad ideológica, nutrir, en suma, los cauces naturales con la savia fresca de una concurrencia sincera y popular es, acaso, lo más urgente. Pensar en la sustitución del Sistema o transformarlo hasta que nadie lo conozca, conforma una quimera además de una felonía inadmisible en quienes han sido sus devotos servidores[29].

Muerto el hombre, morirá el sistema. He aquí el punto débil que amenaza la supervivencia de todo régimen personalista. Y el carisma se disolverá definitivamente cuando el caudillo expire. Tal acontecimiento será celebrado por la oposición y bienvenido desde las posturas rupturistas[30], mientras que quienes se aprovecharon de aquella dominación carismática ahora se lamentan del acelerado olvido que sepulta la figura de Franco, así como del revanchismo que pretende mancillar tanto su «egregia persona» como su «inigualable obra». En este sentido, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del generalísimo, Licinio de la Fuente escribe en *ABC:*

> El tiempo es siempre un eficaz artesano del olvido. Pero en este caso está recibiendo muchas ayudas; entre las cuales están los silencios de todo tipo acerca de las continuas manifestaciones de recuerdo y afecto que el Caudillo muerto sigue recibiendo de su pueblo. En el Valle de los Caídos. En El Pardo. En cualquier lugar en que se mencione su nombre.
>
> […]
>
> Se quiere que la etapa del «posfranquismo» sea realmente la etapa del «antifranquismo». Algunos creen llegada la hora no ya de la reforma o de la ruptura, sino de la revancha. No parece la hora de la «reconciliación», sino del «resentimiento». Y a veces comprobamos, con profunda tristeza, que es también la hora de la deslealtad y la ingratitud[31].

Esa pasión que inspiraba el sonoro aplauso al líder ya ha desaparecido de la prensa conservadora y nostálgica del franquismo. Un año después de la muerte del dictador, como mucho, se lanzan llamadas contra «el estéril

revisionismo» de una etapa cuyo balance económico fue un éxito, según esa prensa conservadora. El diario *Arriba* critica en su editorial del 1 octubre de 1976 –primer «día del caudillo» sin el caudillo– ese revisionismo, pero sus palabras no destilan una pizca de dominación carismática, de reivindicación apasionada del heroico líder ya desaparecido, sino que, más bien, esas palabras suponen una loa al esforzado pueblo español que ha sabido, con su sacrificio, fundamentar una prosperidad «cuyos frutos ahora se recogen»:

> No debemos caer en la trampa de un estéril revisionismo de nuestra historia. Ni para la pasión en la defensa ni para las reticencias fácilmente demagógicas que puede brindar el oportunismo […]. Nuestro pueblo aspira, sin más, sin revanchas inútiles a beneficiarse del desarrollo que contribuyó a formar a base de tantas privaciones. Aspira a participar en la decisión de sus destinos. En suma, el clamor es de futuro y no paralización en el camino por afanes –minoritarios afanes– revisionistas[32].

Conclusiones

Los físicos definen la energía como «la capacidad de producir movimiento». Desde ese punto de vista, defiendo que el carisma es energía movilizadora de masas y legitimadora de sistemas políticos, pero, al contrario que la energía física –que ni se crea ni se destruye, pues solo se transforma– hemos visto que el carisma mediático de Franco se crea en los duros años de la Guerra Civil, se transforma en costumbre, liturgia repetida y rutina en las décadas de los cuarenta y los cincuenta hasta ir disolviéndose, sin prisa pero sin pausa, durante la década de los sesenta hasta la muerte del dictador.

El carisma se degrada, pero las formas de dominación mutan en función de las circunstancias y, sobre el poso carismático que fundamenta el régimen de poder absoluto disfrutado por Franco, van añadiéndose elementos nuevos a medida que cambian los escenarios. Y así, como ha podido comprobarse a lo largo de este trabajo, las primeras noticias que ardían en apoyo ciego a la figura excepcional del héroe milagroso y salvador van dando paso a las reivindicaciones de una necesaria institucionalización del régimen que, conservando a Franco en la hornacina del pasado, aseguren la supervivencia de su sistema de poder –y de la oligarquía que lo acompaña– más allá de su propia muerte. Y, en los

momentos finales, cuando esa muerte está cerca, el «guerrero» que ya se había convertido en «abuelo» deja en la prensa más afín una herencia recogida por el denodado pueblo español, protagonista ahora –ausente antes– de la historia. El papel del caudillo es ocupado por el pueblo, ese vago sujeto político al que la prensa antes afín a la dictadura y en 1976 nostálgica del franquismo considera responsable último de los éxitos materiales cosechados desde los «felices años sesenta». ¿Y dónde queda Franco?, ¿dónde su «buena estrella» y su «ángel»? En la noche de los tiempos, olvidado por algunos, «re-visado» y «revisitado» por otros, denostado por muchos, pero carente ya de ese prodigio al que llamamos «carisma» y que concitaba el interés de profesores como el doctor Kraff, parapsicólogo de cabecera en los años cuarenta y «reconocida autoridad internacional en el estudio de las profecías de Nostradamus».

Nada tiene que decir Nostradamus en una España que asiste en 1975 a la crisis de la dictadura y a la germinación, incierta y difícil, de una democracia surgida de las grietas franquistas. En tal encrucijada, el milagro del carisma y los efluvios de la pasión serán sustituidos por el cálculo racional de «ingenieros, economistas, sociólogos y juristas» que, entre la reforma y la ruptura, trazarán el destino del país con el concurso del resto de la ciudadanía. Y en un contexto así, la parapsicología no puede hacer otra cosa más que ceder su puesto a la burocracia, en el más puro sentido weberiano del término.

[1] El segundo capítulo de *Economía y Sociedad* está dedicado al análisis de las formas de dominación aquí citadas: M. Weber, *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva,* México, Fondo de Cultura Económica, 1964, reimpresión de 1993. Este fragmento de la obra de Weber fue publicado, como libro exento, bajo el título *Sociología del poder. Los tipos de dominación,* Madrid, Alianza, 2007.

[2] El 1 de octubre de 1936 Franco fue nombrado jefe del Estado. En el primer aniversario de ese acontecimiento, el *ABC* de Sevilla recuerda que las promesas del generalísimo se han cumplido, que «las esperanzas han sido colmadas con creces»: «La fiesta nacional de Hoy. Al cabo de un año, España ve colmada con creces magníficas, las firmes esperanzas que acompañaron al advenimiento de un gran Estadista y Caudillo a la jefatura del Estado», *ABC* de Sevilla, 01/10/1937, pp. 3-4.

[3] He aquí un ejemplo de cómo la prensa afín al régimen considera que en la persona de Franco se han encarnado valores eternos: «Los derechos imprescriptibles de España al reanudarse su historia

con las esencias y bajo los signos que secularmente forjaron su grandeza augusta, los personifica Franco. ¡Viva Franco! ¡Viva España!», *ABC* de Sevilla, 01/10/1937, p. 4.

[4] «En la mañana de ayer y en el edificio de la Capitanía General de Burgos, tuvo lugar de manera solemne el histórico acontecimiento de recibir el jefe del Nuevo Estado Español, excelentísimo señor general don Francisco Franco Bahamonde, de manos de la Junta de Defensa Nacional, los plenos poderes que corresponden a su alta magistratura», *ABC* de Sevilla, 02/10/1936, p. 3.

[5] «Hoy conmemora la Patria, redimida por Franco, la exaltación de este a la Jefatura del Estado. Día del Caudillo, Día de España. ¡Viva el Generalísimo de los Ejércitos! ¡Viva España! ¡Arriba España!», *ABC* de Sevilla, 01/10/1938, pp. 3-5.

[6] Así reza el titular que domina la portada del *ABC* sevillano de ese día: «José Antonio Primo de Rivera (Profeta y Precursor de la Revolución Nacional-Sindicalista)», *ABC* de Sevilla, 19/07/1938, portada. En la página 3 de este mismo número, y siguiendo con la figura de José Antonio como profeta precursor del mesías Franco, *ABC* afirma: «José Antonio Primo de Rivera, mártir glorioso de nuestra Cruzada. José Antonio dio la voz de alarma […] se había dado cuenta de los peligros que nos amenazaban», «España, redimida por Franco, vibró ayer de fervores patrióticos al conmemorar el 18 de julio. La Nación y su Ejército, con el Caudillo», *ABC* de Sevilla, 19/07/1938, pp. 3-5.

[7] «En el Día de nuestro Caudillo», *Arriba*, 01/10/1939, portada.

[8] Obsérvese, a continuación, una nueva cita procedente de *ABC* donde se constata el discurso anteriormente aludido, donde Franco es considerado conductor y salvador de la patria gracias a su sacrificio y a la brillante conversión de «lo dicho» en «lo hecho». Y todo ello inspirado en un «aliento de fe» que posibilita tales prodigios: «España, en el curso de su historia, ha sentido varias veces estos efectos salvadores. La guerra de liberación ha constituido una guerra de reconquista, sintetizando en tres años el esfuerzo liberador que costó en otro momento ocho siglos […]. Los españoles necesitaron un hombre, y le tuvieron, y este hombre, por el simple acto de su presencia, se convirtió en Caudillo, y en torno de él se agruparon todas las fuerzas nacionales dispuestas a seguir su voz de mando sin regatear ningún sacrificio […]. No se apoyaba en la retórica, sino en los actos […]. El aliento de fe que difundía el Caudillo ganó muchas batallas y últimamente fraguó la Victoria […]. Conductor de todos los españoles […]. Salvador de la Patria», «El día del Caudillo. Hoy celebrará España entusiasta homenaje de adhesión al organizador del nuevo Estado, en la fecha conmemorativa de tan alta significación histórica», *ABC* de Madrid, 01/10/1939, p. 7.

[9] «Caudillo de España», *Arriba,* 01/10/1939, p. 3.

[10] *Ibid.*

[11] Esta sería la frase más repetida en la prensa reformista del régimen en los primeros años setenta, cuando se pone de manifiesto la crisis terminal de la dictadura. Concretamente, el mensaje de que «más allá de las circunstancias personales se halla la solidez del edificio institucional» queda expuesto en un editorial que *Informaciones* publica tras el asesinato de Carrero Blanco, titulado «El futuro está en las Instituciones», *Informaciones,* 21/12/1973, p. 16.

[12] J. Arrarás, «La buena estrella de Franco», *ABC* de Madrid, 01/04/1945, p. 5.

[13] *Ibid.*

[14] «Franco resume, acaso, como ningún hombre de su tiempo, la suerte y la voluntad del héroe que en ningún instante quiere abdicar de su destino. Toda su existencia es una aceptación sin pausa de su estrella, una modesta y ferviente afirmación de su horóscopo y de su gloria», «Francisco Franco: el hombre y su destino», *Arriba,* 30/09/1945, p. 5.

[15] L. de Galinsoga, «Tener "ángel" el gobernante», *Arriba,* 30/09/1945, contraportada.

[16] *«Legitimidad de Franco, Caudillo de España», El Alcázar,* 01/10/1946, p. 4.

[17] «Franco es caudillo no porque se le elija, sino que se le elige justamente porque ya "a priori" reunía las necesarias condiciones. El caudillaje no se improvisa», «Legitimidad de Franco, Caudillo de España», *El Alcázar,* 01/10/1946, p. 4.

[18] «Punto de meditación», *Arriba,* 01/10/1955, p. 4.

[19] «Tiempo nuevo», *Arriba,* 02/10/1956, p. 8.

[20] Este proceso queda expuesto y demostrado en la obra de E. Moradiellos, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad,* Madrid, Síntesis, 2000.

[21] En palabras de P. Preston, este desajuste quedaría así formulado: «La transición puede entenderse en toda su complejidad en función de la profundización de las contradicciones internas del régimen durante los últimos seis años de vida del dictador. La más profunda de esas contradicciones surgió del crecimiento económico que la dictadura había presidido con desasosiego. Los mecanismos autoritarios y la retórica anacrónica del régimen, resultaban inadecuadas para satisfacer las necesidades de modernización de un Estado en el umbral de la Comunidad Europea. La incapacidad franquista para responder a las múltiples demandas de liberalización formuladas desde numerosos sectores de una sociedad española nueva y dinámica, fue el rasgo característico más notable del periodo 1969-1975», P. Preston, *El triunfo de la Democracia en España (1969-1982),* Barcelona, Plaza y Janés, 1986, p. 25.

[22] En 1975 el diario *Arriba* publicaba una sección titulada «Hora Cero» en la que podían leerse propuestas y reflexiones de cara al incierto futuro político. Una de esas reflexiones, aparecida el 2 de octubre de 1975, planteaba la apertura del régimen a través de las asociaciones, en una suerte de «democracia limitada y controlada» donde diversos postulados políticos –excepto los comunistas– podrían participar: «Existe el propósito inequívoco de abrir las áreas del poder político a una participación plural y popularizadora. No para satisfacer modas ni acallar rumores internacionales, sino en pro de una democracia auténtica. Ello es consecuencia natural de las formulaciones doctrinales del Régimen a la hora de la sucesión. La votación democrática del Régimen no es, por tanto, ninguna novedad.

»En las Asociaciones caben todas las posturas políticas no comunistas o anarquizantes. Defender las asociaciones no es ruptura ni traición. No es serio pensar que Franco haya nombrado presidente del Gobierno a Carlos Arias, hombre con clara biografía de lealtades, para dirigir el desmontaje del Movimiento», C. E. Rodríguez, «Nueva Generación. Hora cero», *Arriba*, 02/10/1975, p. 6.

[23] «Treinta años de fe», *Arriba,* 01/10/1966, p. 9.

[24] J. M.ª Pemán, «Treinta años», *ABC* de Madrid, 01/10/1966, p. 3.

[25] J. Campmany, «Francisco Franco», *Arriba,* 01/10/1966, p. 5.

[26] M. Fraga Iribarne, «Cambio y Reforma», *ABC* de Madrid, 01/10/1975, pp. 3 y 5.

[27] *Ibid.*

[28] *Ibid.*

[29] J. A. Girón de Velasco, «El Estado no puede saltar al pasado, tiene que desembocar en el futuro», *El Alcázar,* 01/10/1975, p. 3.

[30] La prensa francesa, libre de censura, fue exponente de las posturas políticas que en ese momento existían dentro y, sobre todo, fuera de España. Periódicos como *Le Monde, L'Humanité* (órgano del Partido Comunista francés) o *Libération* se convirtieron en plataformas que reflejaban el discurso de una oposición democrática que aún no podía expresarse en España. Así describe André Fontaine, periodista de *Le Monde*, a Franco al día siguiente de su muerte: «Era el arquetipo del monstruo frío, convencido de que la supervivencia política nada tiene que ver con la moral, y que la grandeza del Estado no solamente permite, sino que recomienda, ser implacable», A. Fontaine,

«L'homme de la croisade», *Le Monde,* 21/11/1975, portada. Un análisis de la prensa francesa en los días posteriores a la muerte de Franco puede encontrarse en A. Pinilla García, *Ideología e Información. La prensa francesa ante la muerte de Franco,* Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 2013.

[31] *Ingratitud,* sugiere Licinio de la Fuente, por parte de quienes crecieron, se formaron y tuvieron poder dentro del régimen que ahora aborrecen. L. de la Fuente, «La Herencia», *ABC* de Madrid, 01/10/1976, p. 3.

[32] «Un hombre en la historia», *Arriba,* 01/10/1976, p. 7.

VII. EL TIRANO DEMONIZADO. FRANCO EN EL IMAGINARIO ANTIFRANQUISTA

José Antonio Rubio

Pocas figuras de la historia española han estado tan expuestas a alabanzas y a vituperios como la de Francisco Franco. Los ditirambos –visibles, oficializados, mediatizados– con que muchos decoraron la efigie del dictador chocaron siempre con una legión de caricaturas deformantes[1] –clandestinas, subterráneas, censuradas o semiocultas–, nacidas del dolor que en una parte de los españoles engendró su actuación política. Las siguientes páginas se destinan precisamente a desbrozar y analizar las miradas que la oposición le reservó a la figura pública de Franco, el ramillete de rasgos psicológicos, ideológicos y conductuales que, a juicio del antifranquismo, constituyeron el común denominador del personaje a lo largo de toda su existencia.

Originada inicialmente en los focos en que se situó el exilio posbélico, y extendida después al interior de la propia España, la propaganda denunciatoria fue tomando cuerpo. Poco dado a variaciones temporales, el rosario de improperios que anidó en el imaginario[2] de la oposición consta de una serie de *topoi* bien reconocibles: Franco es tirano cuyo talento fue inversamente proporcional a sus ínfulas de grandeza. Cual «caballo de Atila o maldición bíblica»[3], el Caudillo dejaría tras de sí una luctuosa estela: un régimen amoral, vendido a espurios intereses externos, y sostenido en el interior[4] por una traidora minoría.

Procederemos pues a establecer no tanto distingos entre familias ideológicas, partidos políticos o personalidades concretas (los variados ramales del antifranquismo, por lo demás enfrentados entre sí a otros muchos efectos, eran casi unánimes al juzgar al dictador, y sus percepciones del mismo eran poco más que intercambiables), sino que efectuaremos un barrido general para discernir las constantes que alimentaron la caracterización que de Franco hizo el antifranquismo. Sin que ello impida descender a discriminaciones y matices allí donde sea necesario, escrutaremos principalmente aquellas estrategias retóricas empleadas por los deconstructores de la imagen del dictador, y analizaremos los materiales

con que el antifranquismo fue articulando el «contramito» de Franco, a fuerza de remar en el sentido inverso al de las agujas de aquel metafórico reloj propagandístico que el régimen ponía en hora cada día.

La fragua

Para juzgar el perfil político del dictador, el imaginario antifranquista transita inevitablemente por un punto de partida: el de sus orígenes familiares. En este sentido, el relato entronca con la profusa literatura psicológica dedicada a las trayectorias vitales de otros muchos dictadores. En un número significativo de casos, los autócratas proceden de las categorías de «los repudiados, […] los socialmente inadaptados, los desequilibrados mentales», o los hijos de «la envidiosa clase media-baja», o simplemente ambiciosos de mando necesitados de compensar sus sentimientos de incapacidad[5], individuos que ven el poder como el camino más corto para resarcir egos fracasados. Es casi lugar común el recordar que autócratas como Hitler, Napoleón o Stalin compartiesen, pese a lo diverso de sus idearios y orígenes geográficos, rasgos físicos (baja estatura), socioeconómicos (familias humildes) y el no haber efectuado trayectorias políticas profesionales. También los inicios vitales de Franco habrían estado moldeados por el abandono paterno, por una casi preestablecida salida profesional y por la estrechez mental de su asfixiante nicho sociológico, ese universo de casino y parroquia tan propio de las capitales provinciales. Así lo han recordado con constancia una parte de sus biógrafos y la totalidad de sus opositores, coetáneos o retrospectivos.

Un mundo bipolar, emparedado entre la religiosidad de una madre abnegada y la brusquedad de un padre tirano. En esa cotidianeidad de «ayunos forzados y pobreza que hay que llevar con dignidad»[6] se fragua el carácter de Franco. Para colmo de males, al joven *Paquito* tampoco le ayudaría su físico poco agraciado, su escasa estatura, su «rostro feminoide»[7], su nula prestancia militar, su voz atiplada, etc. Su desmirriada estampa no debió pasar desapercibida ante los cadetes de la Academia de Toledo, que, le habrían adjudicado motes insultantes («Paca,

la culona»)[8] o instigaron dolorosas novatadas contra el recién llegado, que acabarían marcándolo «para el resto de su vida»[9].

Ninguno de estos ingratos recuerdos quedaría sin consecuencias. Carlos Castilla del Pino, reputado psiquiatra y militante comunista, atribuye a Franco un «complejo de castración», interpretando que su timidez para la relación interpersonal, su coraza de frialdad, su falta de generosidad, o su «infinita memoria para las más ínfimas heridas» del pasado, son hijas de traumas y carencias. A Franco le faltaría, según el doctor, el falo, justo aquel que, metafóricamente hablando, le habría sobrado años atrás al muy campechano y casi entrañable Miguel Primo de Rivera[10]. Indiferente ante las mujeres y despegado de los placeres terrenales, inmune desde su juventud a todo lo que fuera vicio[11], Francisco Franco es dibujado por la totalidad de sus críticos como un «tímido sexual»[12], como un superdotado tan solo para la contención, un hombre patológicamente inhibido. Tal blindaje anímico es solo la manifestación de un espíritu retraído que aguarda su momento.

Trabajado durante los años de iniciación vital por los miedos del hogar, este hombre espera años, como volcán adormilado, para entrar en erupción. Y entonces arrasará con todo y con todos. El niño melancólico, el cadete inadaptado, el mediocre alumno, devendrá guerrero laureado y autócrata implacable. El hazmerreír se tragará las lágrimas y se tomará, desde la atalaya del poder, su revancha contra el mundo. Quienes le odiaron o sufrieron dibujan al unísono el cuadro de un hombre dañado que solo sabe hacer daño. Eso es lo que venía a preguntarle Fernando Arrabal en la célebre carta que le envió en las postrimerías del régimen: «usted sufre infinitamente; […] el dolor preside […] incluso sus distracciones; usted pinta naufragios y su juego favorito es matar conejos, palomas o atunes […]»[13]. A decir del cenetista Eduardo de Guzmán, Franco nunca vio otro medio para superar sus traumas, que «alcanzar alturas sociales que obligasen a los otros a rendirle admirada pleitesía»[14]. Ascender para borrar las huellas. «Vivía en lucha con sus fantasmas», opina el jesuita del Partido Comunista de España Francisco García Salve[15]. En fin, Luciano Rincón compendiaba así toda la vida del dictador: «Una frustración humana vengada después con sangre»[16].

La inseguridad y la introversión son algunas de las taras que habrían adornado el espíritu del dictador. Franco aparece en los retratos denigratorios que de él se efectúan como un ser lastrado por una enfermiza inexpresividad y por una malsana torpeza para las relaciones humanas, rasgos que *a priori* lo inhabilitaban para la ejecución de grandes cometidos históricos. Nadie hubiera esperado gran cosa de él. El ascenso al poder de cualquier otro enemigo de la democracia hubiera sido más lógica: el peso intelectual de un José Antonio, la vocación nazi de Ramiro de Ledesma; el «cerebro teutón»[17] del general Mola… nada de ello había en Franco, que no pasaba de «representante gris del conservadurismo burgués español del último tercio del siglo XIX»[18].

Múltiples voces señalan que su misma apariencia física carecía del carisma de los caudillos verdaderos. El *gudari* peneuvista Pedro Urrutikoetxea subraya su «voz de tenorino frustrado»[19]. Vicente Guarner se pregunta cómo aquel cadete «taciturno, apagado y de limitada cultura», aquel «gallego triste y cauteloso» pudo escalar hasta el punto en que lo hizo[20]. Franco se sitúa en las antípodas de aquellos líderes fascistas puros a los que, con cierta ligereza intelectual, se le ha asimilado. No pocos biógrafos críticos recuerdan las dudas de los mismos jerarcas nazis cuando se confirmaba el ascenso del general ferrolano. Y sin embargo, acaso fueron sus hándicaps los que le catapultaron al poder. Lorenzo Gomis insiste en que si Franco «hubiera sido más alto, si hubiera tenido una voz más tonante y un gesto más elocuente, y sobre todo si hubiera sido menos listo, habría caído en la tentación fascista»[21] entrando en la Guerra Mundial y perdiendo el poder y la vida 30 años antes. Sus defectos habrían acabado siendo su mejor virtud.

Hay en este paradójico punto, también entre la oposición, cierto espacio para el claroscuro. Su escueta talla moral y su rudimentario repertorio ideológico podrían quedar compensados en el mejor de los casos por un sumario manojo de cualidades: la astucia elemental para la baja política, la capacidad de supervivencia, o la terquedad propia de los hombres cerebrales y pacientes. Era Franco, según Aranguren, una «figura carente de

proyección, un hombre ignaro y carente de visión histórica»[22]. Para Cardona, se trataba de un recalcitrante iletrado «que sentía por la tecnología o por la humanidades el mismo interés que un rodaballo por la música»[23]. En *La forja de un rebelde,* Barea lo representa en Marruecos como un oficial solitario, odiado hasta por sus pares, que se quedaba en la tienda mientras los demás salían de juerga, «igual que uno de esos escribientes viejos que tienen que ir a la oficina hasta los domingos»[24]. Un hombre incapaz de perder la cabeza por nada que no fuese él mismo, dotado de las virtudes y los defectos de los funcionarios oscuros. En cualquier profesión hubiera triunfado con una sola condición: que no se le exigiese más que voluntad.

«HOMINI LUPUS»

La frialdad del dictador para el ejercicio del mal sin experimentar atisbo de compasión es otro de los lugares comunes de una literatura antifranquista, que ofrece hasta tres explicaciones distintas sobre el fenómeno: una de tipo médico, otra de tipo biológico, y una tercera psicológica.

La tesis de una patología, en primer lugar, entiende que el dictador es poco más que un loco pertrechado de poder. Franco sería un «maníaco homicida»[25], un perturbado que, subido al pedestal del gobierno, pudo dar rienda suelta a su querencia innata por la comisión de sevicias. La explicación darwiniana del fenómeno, en segundo lugar, ve en Franco el arquetipo de individuo débil, necesitado de estrategias de adaptación a un entorno que de partida le es hostil. Su inclemencia para con los adversarios o los inferiores en rango no se situaría en el campo de las enfermedades innatas, sino en el terreno de los hábitos adquiridos, de las conductas impuestas por la presión ambiental. Franco habría experimentado una necesidad de reconocimiento que solo pudo proporcionarle la dureza de alma. Y en un entorno fanfarrón y machista, el tierno *Paquito* se acabaría rodeando de una fama de frialdad que iba a compensar, con creces, unos hándicaps físicos capaces *a priori* de truncar cualquier carrera castrense. Un tercer análisis huye, por el contrario, de alambicadas elucubraciones y

reduce la complejidad explicativa: Franco no habría sido más que un empedernido enamorado de sí mismo, un medrador a quien todo lo humano le era ajeno. Así contemplado, Franco se movería sin odio: habría seguido simplemente su camino. Un hombre que patea a rifeños insurrectos, a subordinados díscolos, a mineros asturianos, pero que «no experimenta placer especial en que alguien sea asesinado a su alrededor»[26]. Si bien tampoco lo evita. Es inhumano, pero no sádico. Una apisonadora con motor diésel que sigue su hoja de ruta a velocidad de crucero.

Por encima de especulaciones sobre sus causas, el tema de la crueldad del dictador ocupa un lugar preeminente en el retrato antifranquista. Franco desdeña sentimientos, y deja claro que la palabra perdón no figura en su pobre diccionario emocional. Para sus adversarios o damnificados, es un ser aquejado de crueldad persecutoria, un mandatario que pudo «seguir echando barriga sin perder el sueño»[27] pese a arrastrar el baldón de haber autorizado el primer *Blitz* de la historia humana sobre ciudades abiertas. Capítulo aparte merecería a este respecto la impavidez, el talante funcionarial con que, según sus detractores, firmaba las sentencias de muerte que pasaban bajo sus ojos[28]. El icono del jerarca cruel se repite hasta la saciedad: el de la muy ensangrentada «Espada de Occidente».

¿Fue la inevitable fatalidad, la necesidad histórica, la causa de tanta barbarie? En absoluto. Incluso los sectores más moderados de la oposición sostienen sin ambages que Franco escogió libremente el ensañamiento. Según Alcalá-Zamora el general pudo haberse decantado tras la guerra por camino de la apaciguamiento, pero eligió el más cruel, aquel que ya había impregnado todo el decurso histórico español, y de nuevo «la España martillo iba a continuar golpeando implacable sobre la España yunque»[29]. Desde similar óptica, Francisco Ayala recuerda cómo frente al «intento de reconciliación generalizada» procurado por los liberales del XIX tras cada una de las guerras civiles de ese siglo, Franco, imitando la vetusta «reacción fernandina»[30], cerró todo camino hacia la paz.

Fogueado en Marruecos y en Asturias, Franco instaura un régimen asociado a «una de las más drásticas represiones posbélicas recogidas por la memoria humana»[31], que solo pervivirá por el mantenimiento de un nivel sostenido de miedo e intimidación[32]. Incluso cuando, con el andar de los

años, la dictadura procure borrar sus huellas y untarse el maquillaje de la moderación, las similitudes con las autocracias más feroces seguirán siendo flagrantes, como denunciará, por ejemplo, el liberal Madariaga[33] en un vehemente alegato. Ni el desarrollismo ni la creciente aparición pública del dictador en traje de civil consiguen erradicar el pasado. La violencia fue para la oposición la marca de fábrica del régimen, y Franco, siguiendo a Maquiavelo, habría actuado con calculada crueldad al principio de su reinado para que luego el solo efecto del miedo hiciera su trabajo.

Tal fue su ferocidad, que ni siquiera necesitó acompañarse de grandes aspavientos. Con ánimo halagador, Giménez Caballero llamaba la atención sobre el hecho de que el Caudillo, a diferencia de los espadones del XIX, no precisase ni sable ni pistola: solo una «pequeña varita negra y plateada» a modo de «porra o falo incomparable». Abad de Santillán recuerda que el coronel Vicente Guarner le contaba cómo hasta el propio Ramón Franco, durante las primeras horas del alzamiento, habría exclamado ante su círculo: «Vosotros no sabéis quién es mi hermano; es el hombre más peligroso de España y habría que matarlo»[34]. La ferocidad no solo la aplica con sus enemigos naturales, sino también contra los de su propia trinchera. Arturo Barea pone en boca de algunos de los personajes de *La forja de un rebelde* retratos de Franco que lo asimilan poco menos que a un ogro: «Yo he visto asesinos ponerse lívidos solo porque Franco los ha mirado una vez de reojo»[35]. O bien: «Todo el mundo le odia […]. Hay muchos que quisieran pegarle un tiro por la espalda, pero […] les da miedo de que pueda volver la cabeza precisamente cuando están tomándole puntería»[36]. A juicio de los opositores, la inquina del dictador es temible, porque «tiene el rencor cicatero de una mujer, con los medios de un hombre todopoderoso»[37].

Si el presente epígrafe se titula «Homini lupus» no es solo por la ferocidad que el antifranquismo atribuía a Franco, sino también por otro rasgo de carácter que emparentaría al Caudillo español con el cánido depredador: son ambos criaturas esquivas y sigilosas. «Gallego» en el sentido popular y peyorativo de la palabra, Franco es descrito por sus detractores como un personaje opaco, cauteloso e impasible, que enmascara intenciones tras un espeso velo de imperturbabilidad. A nadie decía lo que

pensaba, sostiene Jiménez de Parga, porque «jamás confió en nadie»[38]. Su oscuridad procedería del desprecio que sentía hacia cada uno de sus congéneres. Ese talante le llevó a no enseñar nunca sus cartas, a imponerse por sorpresa a propios y extraños, y a liberar solo en el momento oportuno toda la ferocidad que, estoico, sabía retener. Las mismas maneras flemáticas y sutiles le permitirán más tarde a Franco el rodearse de una aureola cuasidivina. El distanciamiento en que va quedando el personaje entronizado se acompaña del miedo reverencial que consigue generar entre el pueblo. Insisten los antifranquistas en que la frialdad del Caudillo era precisamente la de los auténticos jefes. A pesar de su secreta ambición de poder, el gallego tendió a mantenerse aislado de la masa, con la que tendría un contacto cada vez más esporádico. Franco se espiritualiza y se aísla, pero no en una modesta clausura como la del portugués Salazar, sino en un retiro rimbombante, propio de los reyes premodernos. Y aunque carente de la aclamación de que gozaron otros dictadores, Franco aprovecha en su favor justo lo contrario, el distanciamiento de los servidores, prefiriendo a los calores del fascismo las frialdades de la monarquía absoluta. Un aparato lento y alambicado se adecuaba mejor a la personalidad del gallego. El lobo, tras haber conseguido su presa, se agazapa en el silencio.

Veneno y astucia

Otra faceta del dictador bien presente en el repertorio antifranquista es la perfidia, su capacidad para llevar a efecto su voluntad mediante malas artes. La efigie del Caudillo camaleónico y oportunista, versado en las técnicas del engaño y el disimulo, superdotado para la trampa y la demora, generó torrentes de tinta. El hombre que traicionó primero a la República, que había jurado defender, y después a la monarquía, que había prometido restaurar, demostraba ser capaz de las más abyectas felonías.

Franco solo tomó decisiones tras rodearse de las mayores garantías. Así lo demostró durante los estertores de la monarquía alfonsina, con sus ambigüedades de última hora; vacilaciones que también exhibió hasta muy poco antes del estallido de la Guerra Civil, entregado a un doble juego. Comenzada la contienda, Franco generaría todo un muestrario de palabras

incumplidas que dejó damnificados entre propios y extraños. Su tardía incorporación a la conjura constituye casi un género entre historiográfico, memorístico y literario, cultivado preferentemente por la oposición. Durante toda la contienda el personaje disputó dos guerras paralelas: una, estruendosa, contra los «rojos» y otra, subrepticia, contra los de la facción propia. Frente al enemigo visible, el mismo ferrolano que hasta finales de junio de 1936 había titubeado, se reveló –furia del converso– como el martillo más inmisericorde. Y frente a los de su misma trinchera sobró toda piedad[39].

Una vez alcanzado el poder y sentados los cimientos de un Estado a su medida, la astucia a Franco le depararía un segundo triunfo: el de convertirse en la imprescindible bisagra del régimen. Se rodea de familias ideológicas que ven en él al artífice de sus anhelos, y se erige en la esperanza de todas, sin contraer compromiso con ninguna. Sostienen sus adversarios que sigue la táctica africanista de «pactar con las cabilas por separando»[40] y fomenta los grupúsculos fraccionados.

Por todo lo dicho, el relato antifranquista sitúa al dictador en las antípodas de la brillantez, a años luz de la creatividad, de la inventiva, de la inspiración o del impulso generoso. Los retratos que de él esbozan sus enemigos insisten en esa faceta cicatera, de dirigente que no crea, sino que simplemente resiste y aguarda. Su política habría consistido en aprovechar hechos en cuya gestación no había contribuido para sacarles el mayor provecho. Anduvo siempre a remolque de los acontecimientos. Jamás presionó contra la realidad, sino que se limitó a reconocerla y a manipularla. Superviviente nato, su historia es la de una constante adaptación a las circunstancias. La misma evolución del régimen reflejaría la camaleónica personalidad de su creador. Recurriendo a escalas zoológicas para identificar al dictador, hay incluso quien utiliza el término «reptil»[41] para definirle, por sus dotes para triunfar en la darwiniana lucha por la adaptación al entorno.

En suma, la oposición bosqueja la figura de un Franco avieso y retorcido, paradójico triunfador en su mediocridad. El dictador se habría mantenido en el poder con el auxilio del martillo más burdo –empleado contra sus enemigos ideológicos– y con la ayuda del tacticismo más sutil,

usado como arma de supervivencia. El Caudillo careció de grandes virtudes, pero estuvo repleto de pequeñas habilidades. Y gracias a su exasperante flema, logró todo lo que se proponía. Tal fue la paradoja de este hombre que abominaba públicamente de los políticos, pero que fue un político, quizá sin confesárselo a sí mismo, durante toda su vida.

Dios de cortos vuelos

La aleación de tradicionalismo moral y de religiosidad popular, aderezada con un ordenancismo de indudable sabor castrense, fue otro de los componentes del talante de Franco que más sulfuró a sus adversarios. De la combinación «de padre autoritario y madre beata han salido los peores engendros de estos dos siglos»[42], se apuntaba en una semblanza sobre el personaje escrita mucho después de su muerte. Pero incluso en vida del dictador, los opositores no ahorraban epítetos al respecto. Salvador de Madariaga definía a su enemigo como un «reaccionario beato y cuartelero»[43]. Fue la espiritualidad de Franco definida por sus adversarios como un catolicismo de mesa camilla, supersticioso, consuetudinario y meramente formal. Según la disidencia, la ética de Franco no fue otra que la que se desprendía del cumplimiento rutinario de los ritos católicos, la que se apoyaba en el tópico, en el método y en el orden[44].

La religiosidad del dictador habría poseído una doble vertiente: sumaria y epidérmica en lo teológico, asfixiante y rigorista en lo formal. Diversos aspectos de su propia biografía reflejan tal extremo. Cabanellas, en primer lugar, denuncia lo tardío e impostado de la espiritualidad de Franco, y recuerda que el general, en absoluto dado al menor arranque místico durante su juventud, solo convirtió a la religión en estandarte de su causa política cuando esta ya había sido levantada por los «nacionales»[45]. Y entonces sí, Franco alcanzaría inéditas cotas de puritanismo y devoción. No ha faltado quien, buscando vituperar la hipocresía católica y compararla con la virtud protestante, inscribe de Franco aquella cultura latina en la que el pecado se lava con la simple confesión[46]. Clamando contra la omnipresencia de lo religioso en la España de Franco, Madariaga equiparaba el castrante catolicismo con el no menos dogmático marxismo-

leninismo del oriente europeo: de ahí la comparación que establecía entre «Yugoeslavia» y «Yugoespaña»[47]. Y si sobre Franco la oposición colocó la etiqueta de la beatería reaccionaria, sobre la Iglesia puso el fardo de la traición[48]. La alianza fue deletérea. Sotillos, por ejemplo, no vacila: «yo acuso a Franco de haberme robado a Dios por identificarlo con la Iglesia dominante y triunfal del *Te Deum* del 18 de julio»[49]. El Franco que entraba bajo palio en las catedrales habría acabado por abrir la puerta del ateísmo. Y dado que Dios tenía por socio a aquel dictador, muchos españoles optaron por huir de ambos.

Fuego lento

Cuando se trata de evaluar el comportamiento que como militar mantuvo durante la Guerra Civil, los adversarios de Franco recuerdan la parsimonia con que habría movido a sus tropas, y la sospechosa lentitud con que progresó hacia la victoria final. Los juicios que se emiten para explicar tal conducta son de dos tipos. En un lado se situarían aquellos para los que la morosidad de los insurrectos se debió a la impericia militar de Franco. Cabanellas, por ejemplo, atribuye la desesperante acción de Franco a unos titubeos estratégicos y a una falta de audacia más propias de «cualquier bisoño alférez»[50] que del Generalísimo que pretendía ser. Cardona insiste sobre el hecho de que Franco, para derrotar a las indisciplinadas tropas republicanas[51] necesitó tres años y el sacrificio de 200.000 de los suyos.

Con todo, la lentitud de Franco en los frentes es achacada con más frecuencia razones no tanto técnicas sino políticas. Sería su premeditación y su meta de «liquidar una cizaña»[52] que había ido creciendo en el país durante 100 años, lo que explicaría su comportamiento en la guerra. Sabedor de que una escaramuza pasajera que dejara las cosas prácticamente igual que antes de 1936 no serviría para derrotar al marxismo, Franco, máxima encarnación de la sangre fría, alarga la contienda, sabedor de que un triunfo rápido podría serle perjudicial, y que por el contrario su poder sería más duradero cuanto más costoso fuera el conflicto.

Memorias de África

Resulta imposible describir el retrato que de Franco hace el antifranquismo sin referirse a la huella que en aquel dejó la formación militar, y el denominado ese «espíritu africanista» que forjó su identidad. Los años de servicio en Marruecos («fábrica de héroes artificiales»[53] según Indalecio Prieto) y los meteóricos ascensos por méritos de guerra fueron denominadores comunes de la generación de oficiales a la que el Caudillo perteneció. En el imaginario de sus enemigos, Franco es percibido ante todo como un subproducto de aquel resentimiento cuartelero, ensalada de patriotería esencialista y añejo antiintlectualismo. La psique del Caudillo no estaría tan empapada de fascismo o de catolicismo como de una cosmovisión épica y legionaria: la desconfianza hacia el plural burbujeo del mundo civil, o los rígidos conceptos del bien y del mal, reinan en ese biotopo donde se cimienta la personalidad de Franco.

Toda la biografía del personaje reflejaría ese espíritu de cuartel y vara de mando. De Zaragoza a El Pardo, pasando por los días del Alzamiento en 1936. No pocos opositores describen la Academia dirigida por Franco en la capital aragonesa como un mundo militar autónomo, construido a su capricho, del que desapareció todo resquicio para la menor materia formativa del espíritu[54]. Más tarde, Franco, como «hijo doctrinal de la ideología del desquite»[55], se convertiría en la más fiel encarnación del revanchismo. La República le inquieta porque supone la entronización de los prosaicos hombres de oficina. Luego, el desarrollo de los acontecimientos viene a alimentar sus prejuicios. Hasta que finalmente estalle la cólera del africanismo: acosado en épocas parlamentarias por sus corruptelas o por su incapacidad, el espíritu del protectorado se lanzaba a una revancha histórica, para cobrarse su venganza en forma de dictadura vitalicia.

Una vez en marcha, el nuevo Estado regido por Franco seguirá teñido de idiosincrasia militar. El origen africanista pervive en su forma de gobierno, como revelaría su desconfianza hacia los jóvenes tecnócratas o su desprecio hacia todo lo que rebasara los límites de sus expedientes castrenses. Opositores de los más variados ángulos ideológicos adjudican al

dictador un pensamiento tosco y romo, un escueto bagaje intelectual, y una evidente insolvencia para aprehender el complejo devenir de la sociedad. Su concepción de la vida pública solo se apoyó en el pilar de la disciplina, hasta el punto de que, careciendo de instrumentos cognoscitivos para entender el mundo moderno, acabó actuando como Alejandro ante el nudo gordiano, esto es, rompiéndolo con el filo de la espada. La ojeriza a los intelectuales o la primacía concedida a lo jerárquico sobre lo transversal, marcaron a fuego la mentalidad de un hombre que menospreciaba el mundo de los civiles. Según sus opositores, el sujeto de mundo estrecho y mecánico, el Caudillo con mentalidad de policía militar indígena, el enamorado de la rutina y los detalles precisos e insignificantes, no podía sino ver en un cuartel el modelo perfecto de organización social, el espejo en que debía mirarse todo un país.

Hambre de mando

Otra de las zonas más sombrías del personaje fue, a juicio de la oposición, su desmedida ambición de poder. No en vano, inauguró un sistema político inédito, ni monarquía ni república, «un reino sin rey» tallado a su medida personal. Son múltiples las opiniones que atribuyen el afán de medro de Franco a taras o fallas psíquicas, y se dibuja a un personaje amargado que, pese a sus constantes triunfos, «arde por dentro»[56], sin gozar de la vida, sin amar la cultura ni disfrutar con mujer. En contra de lo que otro dictador menos narcisista hubiera hecho, Franco desecha toda operación de popularización parcial del poder o de cesión de parte de sus privilegios[57], dando a su victoria un carácter puramente patrimonial. Lo que en el fondo era una tara psíquica, fue indignamente disfrazada de patriotismo generoso: he ahí otro de los rasgos del régimen que más irritaron al antifranquismo. Para sus adversarios, Franco enmascaró con la elegante seda del amor a la patria lo que no pasaba de ser un caso de burda egolatría.

¿Cómo podía ser, en consecuencia, el gobierno ejercido por personaje de tan monumental ego? El de una especie de padre que gobernaba sobre sus hijos en minoría de edad, el de un césar que mantuvo a los españoles en

condición de súbditos. Encajaba Franco, por paradójico que se antoje, en el prototipo del ácrata español, en virtud de su negativa «absoluta y total de aceptar obligación, regla, deferencia o linde a su real gana»[58]. En el dictador gallego, la aversión a la racionalidad demoliberal, tuvo su correlato en una megalomanía inmejorablemente retratada en el Valle de los Caídos. La mole pétrea representaría, según sus adversarios, el obsceno desfase que mediaba entre el fasto del régimen y la indigencia en que cientos de miles de españoles vivían cuando se edificó, así como el lacerante espíritu belicista que nuca le dejó de acompañar.

Tal megalomanía quedó igualmente plasmada en el desmedido amor del personaje por la pompa y el boato, que rozaría extremos tan ridículos como contradictorios: una inopinada mezcla de rasgos en principio contradictorios cohabitaba en él. Fasto y austeridad, modestia franciscana y esplendor de satrapía convivían en la existencia. ¿Era Franco víctima de un complejo mesiánico? Para muchos de quienes se opusieron a su régimen, sin duda. No faltan quienes sospechaban que el dictador acabó convencido de que se comunicaba con la providencia, y que solo así le era posible aceptar sin problemas de conciencia el peso de la Guerra Civil. Saciado de los títulos menores, deseoso de acuñar monedas con su efigie y su nombre[59], Franco habría creado un trono simbólico para sí. Y murió tras haber ejercido una magistratura vitalicia, tras haber nombrado heredero, tras haber elegido obispos y haber entrado bajo palio en los templos, y sin haber comparecido ante la prensa, sin haberse arriesgado a perder unos comicios: a los ojos de sus adversarios, un dramático paso atrás en la historia española.

Un retroceso político cuya onda expansiva también afectó, para mal, las esferas de la economía y de la moral, según la oposición. En efecto, el hombre que tan a menudo fue dibujado como un retraído patológico o un ambicioso medrador, también fue enjuiciado como un nulo gobernante. Dos imágenes retratarían fielmente su fracaso como gestor: la del ficticio y a la postre carísimo desarrollo económico, y la del páramo arrasado por la corrupción moral y material. Aun admitiendo que España alcanzó ciertas cotas de prosperidad material desde los años sesenta, la mayoría de los dictámenes antifranquistas atribuyen los pretendidos logros a políticas

inhumanas y a largo plazo deletéreas. Franco habría resuelto el problema económico del país a base de esparcir españoles por el extranjero para que desempeñaran en fuera «el papel que en la Grecia antigua cumplían los ilotas»[60]. La España del desarrollismo sería un disfraz estadístico tras el que se ocultaban la inepcia de las elites y la insensibilidad congénita de su líder[61] El Caudillo solo supo implantar un amasijo de modernidad con aditamentos folclóricos, una «Edad media americanizada»[62], por utilizar la fórmula empleada en un sarcástico documental elaborado en la República Democrática Alemana. Y en términos éticos, la corrupción es otra de las regiones sombrías que marcan la obra gubernamental de Franco. El antifranquismo es unánime al lamentar cómo la oligarquía pudo incluso prescindir de la nocturnidad para la comisión de sus desmanes. Una corrupción moral, y no solo política y mercantil, bien perceptible en la cotidianeidad intrahistórica del pueblo: levantando la veda de la delación, Franco habría corrompido también a los españoles, empujándoles a actuar contra sus principios para sobrevivir. Bajo la costra de la prosperidad material, pues, habría vegetado una nación anémica.

Espejos opuestos

El relato iconoclasta del antifranquismo fue concebido por sus autores como el contrapunto necesario a un discurso oficial que empapaba, día tras día, a la indefensa sociedad española[63]. Y dado que la propaganda franquista fue unívoca y simplificadora, el discurso opuesto a aquella no pudo sino poseer rasgos parecidos, por mucho que sus contenidos fueran radicalmente distintos. Como en dos espejos situados frente por frente, las percepciones que del Caudillo tenían franquistas y antifranquistas llegaron a parecerse, paradójicamente, en su diametral oposición. Allí donde los partidarios del dictador veían la prudencia propia de los seres clarividentes, los detractores de aquel percibían el hermetismo típico de todo mediocre; lo que para sus defensores era sana austeridad, para sus enemigos era la parquedad consustancial a los hombres anodinos; aquello que según los unos era el alejamiento mayestático inherente a los hombres superiores, según los otros era solo la frialdad del ególatra; lo que para los primeros era

inteligencia de estadista, para los segundos era cicatería de cortos vuelos. En fin, mientras los adeptos al Régimen vieron a Franco como un patriota recto y firme que nunca se ablandó ante sus adversarios, los antagonistas de aquel solo percibieron en el general gallego a un caporal feroz y despiadado: un resentido sin cura.

Y sin embargo, entre ambas playas hubo un mar de matices. Acaso quepa concluir que Franco no fue «ni el inteligente y previsor estadista proyectado por sus hagiógrafos, ni tampoco la nulidad humana, meramente afortunada, que pretendían sus adversarios, sino algo mucho más complejo y a la par, más normal y corriente»[64]. Preguntándose en voz alta si fue un patriota, Tusell se rehúye respuestas taxativas, opinando que en todo caso el gallego fue un dirigente astuto, ambicioso y en cierta medida convencido del relato mesiánico que su propio régimen había cocinado. Antes que el redentor dibujado por sus adláteres y el ángel exterminador retratado por sus enemigos, Franco fue un «uno de los mejores franquistas», que no resultó tan «simple, mezquino y estúpido como muchos de sus colaboradores»[65]. Ni obtusa ineptitud ni astucia florentina. Quizá acierte Amando de Miguel al atribuirle una «personalidad infantil», «supersticiosa y elemental»[66], alejada de la talla de semidiós que le atribuyó la más burda propaganda, pero distante también del cruel maquiavelismo con que lo presentó la literatura denigratoria.

El relato que el antifranquismo tejió en torno a Franco merecería tres consideraciones finales más. En primer lugar, no debe pasarse por alto el sugerente hecho de que el relativo éxito cosechado por la propaganda contra Franco (y particularmente el éxito alcanzado fuera de las fronteras españolas) no fue ajeno a los alambicados equilibrios geopolíticos de la Guerra Fría. Diríase, con afán de concisión, que a Occidente no le disgustó que a Franco se le criticase, a condición de que no se le derrocara. No es descabellado pensar, pues, que la imagen negativa del dictador español alcanzó notable eco al ser tolerada y en cierto modo auspiciada por unas democracias occidentales bien deseosas de focalizar el odio hacia el extemporáneo régimen ibérico. Tuvo la operación algo de doble juego: el practicado por unas cancillerías democráticas que, prefiriendo la continuidad del franquismo antes que el eventual estallido de una

revolución social de imprevisibles consecuencias, contribuyeron al mismo tiempo a la expansión de la iconografía mundial de Franco como tirano pestilente. Era preferible pues que la maldad histórica universal se concentrase en Franco, y que este deviniese carne de caricatura, a que en la conciencia occidental anidase un reparto de culpas y responsabilidades más matizado, más complejo, y por ende más peligroso.

Una segunda observación final invita a reflexionar sobre el grado de eficacia real que alcanzaron las imágenes que de Franco generó el antifranquismo. Es obvio que la tarea de zapa y desacreditación de todo sistema político pasa por la denuncia y la caricaturización de sus líderes y símbolos, y ello porque tal estrategia simplifica mensajes complejos, capta adeptos de entre los tibios y sobre todo nutre de evidencias a los ya convencidos del mensaje. Pero es cierto también que, en su tarea de denuncia y denigración del dictador, el descarnado mensaje *ad hominem* corría el riesgo serio de generar una barrera difícilmente franqueable entre los antifranquistas y un considerable sector social que, sin ser declaradamente adepto, tampoco estaba dispuesto a enfrentarse al régimen. A este respecto, no hará falta insistir en que Franco, lejos de ser fruto epidérmico de una mera coyuntura, surgió de un sustrato ideológico y cultural bien anclado en la memoria de al menos «una» de las Españas (por utilizar la catalogación machadiana). Considerando el vertiginoso ascenso de Hitler en Alemania, Kershaw[67] llega a conclusiones parecidas, cuando expone que la propaganda resultaba eficaz allí donde venía a fomentar, no a contrarrestar, unos valores y unas mentalidades preexistentes. El terreno abonado de las creencias, los prejuicios y las fobias formaban un importante estrato de la cultura política alemana, y sobre él, el mito de Hitler pudo quedar fácilmente impreso. De este modo, y volviendo a España, el riesgo que asumió la oposición era el de ofender no ya a Franco y a los franquistas declarados, sino a una parte de la sociedad pasivamente identificada con los valores que aquel encarnaba o decía encarnar. Franco –admitía en plena Transición el antiguo *poumista* Víctor Alba– «fue causa, cierto, pero fue efecto también. Franco fue posible porque existía ese enorme *macizo de la raza* que el país arrastraba como un grillete»[68].

No se puede dejar de insistir, finalmente, en que el personalismo de la dictadura impuso o determinó el personalismo de la oposición. Ya sea por necesidad o por comodidad e inercia, el antifranquismo se vio arrastrado, en su estrategia de contrapropaganda, por la propia naturaleza del régimen al que atacaba. Siendo este acendradamente personalista, la oposición se centró y poco menos que se obcecó sobre la figura del dictador. Como si estuviera embarcada en un fenómeno de culto a la personalidad invertido, el antifranquismo hubo de emprenderla a golpes contra el líder en la medida en que la esencia y la proa del propio régimen era un individuo bien concreto[69]. Ante sistemas sustentados en lógicas y autoridades más racionales y burocráticas (en el sentido weberiano), los ataques efectuados por la oposición tienden a circunscribirse menos en la persona que detenta el poder. Así, en su ejercicio de propaganda a la inversa, el antifranquismo acabó entendiendo cuán fácil, cómodo y directo resultaba personificar el mal, centralizar el dolor, y condensar en una sola figura visible y tangible –Franco– todo el cúmulo de daños (abstractos, estructurales, complejos, inasibles) que aquejaban al país. Los ataques, aun cuando sus contenidos poseyesen altas dosis de realidad o justificación, tendían forzosamente a ser maniqueos y caricaturescos, y su esquematismo podía llegar a traicionar al poso más que fundamentado del que partían. Acaso autocracias como la vivida por España entre 1939 y 1975, ostentosas acumulaciones de poder personalista, enemigas de la ponderación y la templanza más propias del democratismo liberal, también generen, a modo de lógico rebote, oposiciones políticas mal avenidas con la mesura y los matices. Lo demostraría la figura de Franco, mito ampuloso con pretensiones de indestructibilidad frente al cual hubo que erigir un contramito de marmórea resistencia.

[1] «La libertad de expresión por la que apuesta el exilio y por la que tan alto precio tuvo que pagar, le permite y casi le obliga a contrarrestar el sentido de aquellas consignas que consistían el pan cotidiano de los medios de comunicación bajo el régimen franquista», A. Sarría, «Sátira y caricatura desde el exilio: en torno a la figura del general Franco», *Humor y política en el mundo hispánico contemporáneo,* 2006, Presse, Imprimés, Lecture dans l'Aire Romane, París, p. 80.

[2] Entendemos los imaginarios políticos como aquellas representaciones mentales, de carácter dinámico e histórico, que forman conjuntos coherentes y dinámicos, que son elaboradas por un grupo o comunidad y que son susceptibles de funcionar como resortes de acontecimientos materiales. Cfr., R. Chartier, «Le monde comme représentation», *Annales,* 1989, pp. 1505-1520.

[3] A. Alted, «Franco y el Régimen. Imágenes de Franco desde el exilio», *Anales de la Universidad de Alicante* 8-9, 1992, pp. 149-176.

[4] Esta tesis, un tanto ilusoria y autocomplaciente, será largamente manejada por la oposición. Recién terminada la guerra, Abad de Santillán expresaba «Franco ha ganado la partida, pero ha perdido al pueblo español», D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra,* Imán, Buenos Aires, 1940, p. 57.

[5] J. A. C. Brown, *Técnicas de persuasión: de la propaganda al lavado de cerebro,* 4.ª ed., Madrid, Alianza, 1991, p. 102.

[6] G. Cabanellas, *La guerra de los mil días,* Tomo 1, Buenos Aires, Grijalbo Argentina, 1973, p. 115.

[7] D. Abad de Santillán, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles y Franco,* 3.ª ed., Barcelona, Planeta, 1979, p. 17.

[8] A. Rueda, *Franco, El ascenso al poder de un dictador,* Madrid, Nowtilus, 2013, p. 84. Preston sostiene que el apelativo es más tardío, y provendría de Queipo de Llano, que fue superior suyo en África. P. Preston, «Franco y sus generales», *El País,* 20 de abril de 2008.

[9] G. Cardona, *Franco no estudió en West Point,* Barcelona, Littera, 2002, p. 28. Sobre el humor español a propósito de su persona, cabe destacar: J. G.ª Martínez-Calín, *Los chistes de Franco,* Barcelona, Ediciones 99, 1977; R. Abella, *Anécdotas para después de una guerra,* Barcelona, Planeta, 2002; G. Cardona, *Cuando nos reíamos de miedo,* Barcelona, Planeta, 2010. Una peculiar obra de ficción basada en la parodia hacia Franco es: S. de Madariaga, *Sanco Panco,* México, Latinoamericana, 1964.

[10] C. Castilla del Pino, cit. en J. G.ª Martínez-Calín, *Los chistes de Franco, op. cit.,* p. 45.

[11] G. Cabanellas, *Cuatro generales,* Planeta, Barcelona, 1977, p. 56.

[12] L. Ramírez, *Francisco Franco. Historia de un mesianismo,* Ruedo Ibérico, París, 1964, p. 45. El autor, cuyo nombre verdadero era Luciano Rincón, fue cofundador del Frente de Liberación Popular.

[13] F. Arrabal, *Carta al general Franco,* Barcelona, Actuales, 1973, p. 8.

[14] E. de Guzmán, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 275.

[15] F. G.ª Salve, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 214.

[16] L. Ramirez, *Francisco Franco, op. cit.,* p. 265.

[17] F. González, *Liturgias para un caudillo. Manual de dictadores,* Cambio 16, Madrid, 1977, p. 70.

[18] J. M.ª Díez Alegría, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 168.

[19] P. M.ª Urrutikoetxea, *La hora del ultraje,* Idatz, Bilbao, 1984, p. 17.

[20] V. Guarner, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 261.

[21] L. Gomis, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 248.

[22] J. L. Aranguren, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 73.

[23] G. Cardona, *Franco…, op. cit.,* p. 188.

[24] A. Barea, *La forja de un rebelde (la ruta),* Plaza y Janés, 1986, p. 186.

[25] F. Matéu, *Franco, ese… Mirando atrás con ira,* Epidauro, Barcelona, 1977, p. 37.

[26] L. Ramírez, *Francisco Franco…, op. cit.,* p. 167.

[27] F. Matéu, *Franco, ese…, op. cit.,* p. 26.

[28] Cfr., R. Garriga, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler,* Buenos Aires, J. Álvarez, 1965, p. VII. M. Vázquez Montalbán, *Autobiografía del general Franco,* Debolsillo, Barcelona, 2005, p. 278. Y dentro del volumen de entrevistas de Gironella y Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* aparecen declaraciones del mismo tenor realizadas por De Guzmán (p. 273) y P. G.ª Partida (p. 209).

[29] N. Alcalá-Zamora, «20 años de franquismo», *Acción Republicana Democrática,* 1960, p. 3. Conferencia pronunciada en el Ateneo Español de México el 4 de diciembre de 1959.

[30] F. Ayala, *España a la fecha,* Buenos Aires, 1965, p. 34.

[31] M. Vázquez Montalbán, *Los demonios familiares de Franco,* Barcelona, Debolsillo, 2004, p. 198.

[32] El que fuera dirigente de Izquierda Republicana, P. García Partida, recordaba irónicamente en qué se asentaba la obediencia que a Franco le prestaban los españoles: «Su poder se basó en el triunfo de las armas, y más de un millón de muertos acreditaban su poder carismático», P. G.ª Partida, «Ortega y la República, 47 años después», *Diario 16,* 01/09/1977.

[33] S. de Madariaga, *General, márchese usted,* Nueva York, Ibérica, 1959, p. 15.

[34] D. Abad de Santillán, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 17.

[35] A. Barea, *La forja…, op. cit.,* p. 186.

[36] *Ibid.,* p. 436.

[37] L. Ramírez, *Francisco Franco…, op. cit.,* p. 131.

[38] M. Jiménez de Parga, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 302.

[39] Frente a la fogosidad o la vehemencia de sus camaradas, a Franco le es solo atribuida la virtud de la paciencia. Ciertamente, Franco carece de imaginación, de ideas densas o principios ideológicos afianzados más allá de un elemental repertorio conservador, pero eso es lo que precisamente le permitirá no acabar como el populista Mussolini, linchado en Milán, o el histriónico Hitler, suicidado en Berlín.

[40] F. González, *Liturgias para un caudillo…, op. cit.,* p. 125.

[41] P. García Partida, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 209.

[42] J. M. Perceval, «Padres, hermanísimos, cuñadísimos», *El periódico de Catalunya,* 30/11/1992.

[43] S. de Madariaga, *General…, op. cit.,* p. 12.

[44] F. González, *Liturgias para un caudillo…, op. cit.,* p. 119.

[45] G. Cabanellas, *La guerra…, op. cit.,* p. 865.

[46] G. Cardona, *Franco…, op. cit.,* p. 68.

[47] S. de Madariaga, *General…, op. cit.,* p. 242.

[48] Denuncias muy recurrentes en los textos de los «curas rojos», de los años setenta: A. Iniesta, *Recuerdos de la Transición,* PPC, 2005; A. Aradillas, *Proceso a los tribunales eclesiásticos,* Madrid, Sedmay, 1974; F. García Salve, *Y robarás el fuego,* Salamanca, Sígueme, 1976; L. Xirinacs, *Secularització i cristianisme,* Barcelona, Nova Terra, 1969.

[49] E. Sotillos, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 518.

[50] G. Cabanellas, *La Guerra Civil y la victoria,* Madrid, Giner, 1978, p. 74.

[51] G. Cardona, *Franco…, op. cit.,* p. 115.

[52] M. Vázquez Montalbán, *Autobiografía del general…, op. cit.,* p. 276.

[53] I. Prieto, *Convulsiones de España,* México, Oasis, 1967, p. 48.

[54] La decisión del futuro Caudillo de remplazar los libros por apuntes, extractos y reglamentos oficiales sería un palmario reflejo del espíritu cerril de los africanistas. A. de Miguel, *Franco, Franco, Franco,* Ediciones 99, 1976, p. 47.

[55] M. Vázquez Montalbán, *Los demonios…, op. cit.,* p. 12.

[56] L. Ramírez, *Francisco Franco…, op. cit.,* p. 156.

[57] D. Ridruejo, *Escrito en España,* Buenos Aires, Losada, 1962, p. 377.

[58] S. de Madariaga, *España. Ensayo de Historia Contemporánea,* 14.ª ed., Madrid, Espasa, 1979, p. 571.

[59] J. Zugazagoitia, *Historia de la guerra en España,* Buenos Aires, La Vanguardia, 1940, p. 590.

[60] F. Matéu, *Franco, ese…, op. cit.,* p. 8.

[61] Otros autores, como el peneuvista Joseba Elosegi, niegan incluso a Franco ese dudoso honor, adjudicándole más bien la función de anciano sin voluntad gracias al cual otros hacían sus lucrativos negocios: «Los dictadores no tienen una edad de retiro, porque la camarilla que se alimenta a su costa quiere puestos vitalicios. Una empresa privada no aceptaría nunca como director a un anciano con las facultades de Franco», J. Elósegi, *Quiero morir por algo,* Barcelona, Plaza y Janés, 1977, p. 17.

[62] C. López y W. Martin-Hamdorf. «El lacayo de Berlín, Bonn y Washington. La imagen de Franco en el cine documental alemán», *Archivos de la Filmoteca* 46-47, p. 114.

[63] «El control estricto de la opinión pública y la supervisión de todos los medios de expresión […] siempre dio a los partidarios del régimen franquista la impresión de que constituían la gran mayoría», R. Calvo Serer, «L'alternative démocratique», *Le Monde Diplomatique,* mayo de 1975, p. 16.

[64] E. Moradiellos, *Francisco Franco: crónica de un caudillo casi olvidado,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 245.

[65] X. Tusell, en J. M. Gironella y R. Borrás, *Cien españoles…, op. cit.,* p. 557.

[66] A. de Miguel, *Franco, Franco…, op. cit.,* p. 44.

[67] I. Kershaw, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich,* Paidós, Barcelona, 2003, p. 19.

[68] V. Alba, *Todos somos herederos de Franco,* Planeta, Barcelona, 1980, p. 310.

[69] El debate sobre el peso relativo que en los procesos históricos desempeñan los factores individuales y los condicionantes contextuales es antiguo entre los historiadores. Mientras que los análisis más orientados a la izquierda han tendido a minimizar la importancia del papel del líder o protagonista de turno y a privilegiar la función de las estructuras sin rostro, los observadores liberales o conservadores se han podido adscribir con más facilidad a tesis de corte intencionalista o personalista. Si tal esquema, aplicado al caso del franquismo, se cumple con cierta nitidez en niveles científicos o historiográficos, la propaganda y la contrapropaganda, en cambio, difuminan dicha línea divisoria, otorgando primacía al elemento personal, individual, por las razones ya desgranadas en estas páginas, y relegando factores estructurales. Ello no obsta para que incluso la publicística antifranquista también pueda bifurcarse en dos líneas: una, «mayoritaria», simplificadora y personalista, destinada a ganar el mayor número posible de adeptos, que sí pone preferencialmente a Franco en su diana, y otra más selectiva, difícil, que se centra en elementos estructurales (materialismo dialéctico, tectónica de clases), que posee preferentemente una orientación marxista-leninista, y que se destina no tanto a la búsqueda de respaldo social entre los no adeptos, sino a la instrucción ideológica de las militancias.

VIII. MITO Y DESMITIFICACIÓN DE FRANCO EN LA LITERATURA

Mario Martín Gijón

La imagen de Franco en la literatura se conforma de manera prácticamente acabada durante la guerra y aparece indisolublemente ligada a las necesidades propagandísticas de ambos bandos. Si en el bando sublevado la progresiva imposición de una imagen de liderazgo personal pretendía ejercer un efecto unificador sobre la población, la sátira en la literatura republicana buscaba desenmascarar las falsedades de esa mitificación. Como afirmara Alberto Reig Tapia, si la condición de Caudillo está «ligada a la capacidad de unión y agregación» de un pueblo, «ninguna figura política de toda la historia de España ha dividido tanto y durante tanto tiempo a los españoles»[1], y ello se refleja en la literatura escrita hasta su muerte, definible como «franquista» o «antifranquista». Derrotados los regímenes fascistas en los que se inspiraba su imagen conformada durante la guerra, su figura desaparecerá prácticamente de la literatura publicada en España, conformándose como una presencia ineludible, pero cuya mención, a modo de interdicto religioso, era conflictiva por la censura y sus consecuencias. Al mismo tiempo, en la literatura del exilio, el desprecio por la persona del dictador hará asimismo que su presencia sea muy escasa. Tras su desaparición y la transición a la democracia, su figura seguía resultando divisoria y evitada, a modo de un fantasma que seguía allí, y apenas en las dos últimas décadas algunos escritores han osado presentar un Franco desprovisto del patetismo, a favor o en contra, de la larga posguerra española.

La sonrisa de Franco. De Caudillo providencial a *Deus absconditus*

El ensalzamiento de Franco en la literatura durante la guerra, ligado a la configuración de un mito que lo equiparase a los otros grandes dictadores fascistas, solo arranca cuando se impone sobre el resto de generales y políticos golpistas. Como señalara Laura Zenobi, «no se puede separar del

contexto bélico la elaboración del proyecto político sobre el Caudillo imaginario»[2], y Alberto Reig Tapia afirma que «el caudillaje de Franco es por completo hijo de las circunstancias […]. Los panegiristas del general Franco aleccionaban al pueblo español a través de todos los medios de difusión con el fin de hacer arraigar en la mentalidad social la personalidad excepcional del "Caudillo" a pesar de su evidente falta de cualidades que puedan ser consideradas "carismáticas"»[3]. Esta consagración viene marcada por dos fechas fundamentales. La primera es el 1 de octubre de 1936, cuando es alzado a la Jefatura del Estado en la zona bajo control de los militares sublevados. Así, en el largo poema *¡Arriba España!* de Juan Fernández Gil y Casal, terminado de imprimir el 30 de septiembre de 1936, el futuro caudillo era solo uno más entre los «laureles de inmarchita gloria» que alcanzarían «Franco, Mola, el genial Queipo de Llano, / Cabanellas y tantos coroneles, / y nobles oficiales, siempre fieles»[4]. Esta equiparación se convertiría en impensable poco después. La Oficina de Prensa y Propaganda, ubicada en Salamanca, desempeñaría en esto un papel importante. Desde diciembre de 1936 había pasado a ser dirigida por el general Millán Astray, a quien su grave incidente con Miguel de Unamuno no había perjudicado para nada la consideración en que lo tenía Franco, su amigo y compañero en la Legión. Millán Astray delegaba gran parte del trabajo operativo en su secretario, Ernesto Giménez Caballero[5]. Giménez Caballero y Millán Astray, ambos fascinados por la Alemania nazi, calcarían el lema tripartito *«Ein Volk, ein Reich, ein Führer»,* en la versión hispánica, «Una Patria, un Estado, un Caudillo», luego sustituida por «Una Patria: España. Un Caudillo: Franco», que durante un tiempo debieron reproducir en su cabecera todos los periódicos de la zona sublevada, remplazando lemas como el «Dios, Patria y Rey», del carlista *El Pensamiento Navarro.* La importancia de este lema se comprueba en cómo Vicente Gay se apresura a añadir a última hora un colofón a sus *Estampas rojas y caballeros blancos* (1937), dónde glosa «el lema del nuevo Estado» y dentro del mismo el caudillo investido de la «magistratura suprema de la Nación» porque «así lo ha querido Dios; así el pueblo que le aclama». El escritor vallisoletano describe a Franco como «hombre de visión tan penetrante que descubre el pensamiento ajeno a pesar de toda reserva; su

mirada es todo equilibrio y armonía serena; su palabra responde en todo momento, con exactitud, a la idea que se enciende en su pensamiento»[6].

La otra fecha fundamental es la del 19 abril de 1937, con el decreto de Unificación que fundía a Falange y a los requetés, poniendo a Franco a la cabeza de la unificada Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). Giménez Caballero tuvo un importante papel en el sometimiento de la Falange, tanto redactando dicho decreto como en su justificación posterior[7], siguiendo con entusiasmo la consigna salida del cuartel general de Franco de que se orientara la propaganda «hacia la integración del movimiento y la exaltación del Caudillo»[8]. Así, en su ensayo *España y Franco* (1938), el escritor madrileño, que había sido pionero de la introducción del fascismo en España, pero cuyas relaciones con José Antonio Primo de Rivera habían sido complicadas, afirmaba paladinamente que «la esencia de la Falange, el eje, no es esta ni la otra doctrina, sino la figura del Caudillo, del jefe, del Mando único, base de un Estado Nacionalsindicalista. Como es la del *Duce* para el fascismo y la del *Führer* para el nazismo». Giménez Caballero, como puede verse, pretende diluir la ideología falangista para convertirla en instrumento de una dictadura carismática dirigida por la figura paternalista del Caudillo, a cuya sonrisa, que como veremos devendría un tópico, se dedica un capítulo: «La sonrisa de Franco ha conquistado a España. Y nos ha conquistado a todo el pueblo». Siempre hiperbólico, el madrileño llega a las connotaciones eróticas en su identificación entre el dictador y España: «¿Quién se ha metido en las entrañas de España como Franco hasta el punto de no saber ya hoy si España es Franco o si Franco es España? ¡Oh Franco, Caudillo nuestro, padre de España! ¡Adelante! ¡Adelante!»[9]. En otro artículo que causó cierto revuelo, Giménez Caballero, en su tiempo introductor del psicoanálisis en España, glosará la pluma de Franco de esta guisa: «He aquí su bastón de mando, su vara mágica. Su porra, su *falanx* incomparable. Un rasgo de esa estilográfica es superior en energía y voluntad a la porra, al fusil, a la ametralladora y al cañón mejor disparado, porque mueve todos los cañones, ametralladoras, fusiles y porras de la España Nacional»[10].

En los años de guerra e inmediata posguerra, los escritores instalados en las distintas instancias de propaganda quieren presentar una imagen de un carismático y juvenil dictador fascista. Así, Agustín de Foxá describe la llegada del dictador a Burgos: «El clamor del pueblo anuncia al Generalísimo; la camisa azul –de juventud, de fábrica, de milicia– asoma por el cuello de su guerrera de capitán general y la boina roja, guerrera, alegre de Navarra, cae hacia su sien derecha»[11]. Es evidente que los escritores adictos a Franco querían elaborar la imagen de un liderazgo carismático y providencial que tenía sus mejores modelos en los mitos de Mussolini y, sobre todo, de Adolf Hitler[12]. Como en el caso de este, la Providencia habría enviado al Caudillo para rescatar a España del caos partidista de una República que se percibía como en manos de los marxistas, iniciándose en ambos casos un resurgimiento nacional que era prólogo al Imperio. Como en Alemania, donde la devoción al Káiser, que combinaba las imágenes de pujanza militar, unidad nacional, logros heroicos y simbolismo pseudorreligioso, fue trasvasada, por gran parte de la derecha monárquica, al *Führer,* el caudillo también recibiría el apoyo de una derecha monárquica deslizada hacia el extremismo y carente de un pretendiente solvente.

El carácter providencial de Franco aparecía sin apenas pudor en los poetas de la zona sublevada. Antonio R. Guardiola, en «La mano de Franco» evoca con arrobo haber «visto en Salamanca, en un balcón barroco, / la mano milagrosa del fuerte General» y ordena: «Nadie pregunte nunca, blasfemo, quién la mueve. / ¿No comprendéis, amigos, que la ha inspirado Dios?»[13]. Por su parte, Felipe Cortines Murube, en su soneto «El Generalísimo» reitera que este ha sido «suscitado por Dios en la campaña / […] Como un milagro elévase el portento / de tu figura. La moderna Historia / en ti admiró providencial talento»[14]. La expresión de este providencialismo no era muy distinta en los poemas que pretendían mayor elevación, entre los que destaca el delirante «Franco. Leyenda del César visionario» del falangista Federico de Urrutia, incluida en sus *Poemas de la Falange Eterna* que, siguiendo lo que se convertirá en la tradición del obsequioso «envío» ritual, se dedica: «A Francisco Franco, César y Héroe. A Ti, José Antonio, Iluminado y Profeta». En la primera parte del poema se

evoca la situación catastrófica de la patria: «¡Ay General, nuestra España / se está muriendo de espanto!». Pero «cuando todo era un lamento» vino la salvación, pues «del Marruecos legendario, / sobre un águila de hierro / volaba Francisco Franco». Los guerreros son convocados cuando «levantó el César la espada» que tras cruzar el Estrecho va a curar a España con sus poderes taumatúrgicos. Frente a la persecución anticlerical republicana, «los incendios de los templos / se apagaban a su paso», vuelve la prosperidad y hasta «las montañas inclinaban / sus crestas para besarlo […] / Y de la tierra brotaban / bosques de brazos alzados…». Los hombres corren a «buscar por los caminos / la estrella del Visionario» mientras «las mujeres a sus hijos / gritaban: ¡Ya llegó Franco!». Todo termina con un temblor geológico en el que «se estremecieron los montes» y el grito mundial (esta vez cuádruple, por el verso octosílabo): «desde la América virgen / hasta el oriente lejano, / resonó el nombre del César: "¡Franco!… ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!"»[15]. Pemán dictamina que «Dios está al lado / de ese caudillo pálido y moreno, / cara de trigo en flor y alma de trueno»[16]. Este carácter providencial no dudaba en convocar lo mesiánico, y así, el novelista Wenceslao Fernández Flórez calificaba a Franco como «el Mesías de la Redención cívica de España»[17]. Mesianismo religioso y caudillaje fascista no resultaban incompatibles en una época de fascistización de la Iglesia en la que el poeta falangista Rafael Duyos llegaba a hablar de un redentor fascista, el «Gran Conductor de Todos, *Duce, Führer* y Cid de la Redención, Jesús de Nazareth»[18].

El proyecto de sumisión a un líder carismático era asumido incluso por escritores que habían hecho gala de una rabiosa independencia, como el periodista de fino estilo Julio Camba, que refería cómo «esto le dicen hoy a Franco infinidad de personas en los pueblos que el Caudillo va reconquistando con su espada: "Guíanos. Condúcenos. Danos tus normas e imponnos tu autoridad, porque tras un largo periodo en el que nadie nos ha mandado y hemos hecho todo lo que quisimos, llegamos a convencernos ya de que no hay libertad posible fuera de la ley" […]. La libertad es el trabajo. La libertad es la obediencia y la disciplina»[19]. El también gallego Álvaro Cunqueiro, que se haría célebre por su prosa exquisita y sus novelas de fantasía, exponía igualmente en su ensayo «Necesidad de un César», los

deseos que, según él notaba, tenían los españoles de «tener un señor mortal y fuerte», y concluía: «Necesitamos Caudillo, porque no habiendo más que un libro, la piel trasga y dura de España, solo uno debe leer, que así tendrá autoridad, y seremos como discípulos»[20]. Por su parte, el poeta y novelista Francisco de Cossío, afirmaba que «la legitimidad de los poderes del Caudillo se halla en que se los ha conferido no una minoría ni un partido, sino la nación en armas». Lo cual tenía como corolario que, quienes «por maldad, por obcecación o contumacia no estén con él […] no merecen el nombre de españoles»[21]. En general, se observa un deseo de identificar en Franco a un hombre excepcional, que para Dionisio Ridruejo, por entonces entusiasta pro nazi, había de ser «padre de armas y paz […] / tú en cuartel, de pueblo acompañado / que exige en ti su joven aventura»[22], aunando la voluntad popular en el típico liderazgo fascista.

El buscado paralelismo con otros dictadores fascistas y a la vez su unicidad se observa también en la búsqueda de una proyección biográfica anterior, dentro de la cual se explica la reedición en 1939 de *Marruecos. Diario de una bandera* (1922), escrita por Franco con menos de 30 años y que Luis Moure-Mariño compara con el *Mein Kampf:* «Lo que representa *Mi lucha* de Adolfo Hitler, en la historia política del nacionalsocialismo, es lo que significa *Marruecos. Diario de una bandera,* para la interpretación justa del momento trascendental que vive España». El reseñista señalaba sin embargo que, frente al carácter político del libro hitleriano, «la obra de Franco nos habla en sus páginas de una lucha puramente militar […] sin que por ello se hallen ausentes las reflexiones de pura fibra política»[23]. Sin embargo, frente a la modernidad política del fascismo, el incipiente régimen franquista, reaccionario por antonomasia, buscaba sus modelos en la Castilla medieval y en la España del siglo XVI. La formación africana de Franco, como el apoyo de las tropas marroquíes, hará que paradójicamente tratándose del enfático salvador de Occidente, África cobre una connotación pasiva. En su celebérrimo *Poema de la Bestia y el Ángel,* Pemán narra el «Vía Crucis del Héroe» por «tierras africanas, donde se templa y se curte su espíritu»[24].

Sumado al hecho de que la guerra contra la República se viera como una Cruzada o una Reconquista, y además dirigida desde Castilla

(Salamanca y Burgos) hará que abunden las apariciones del Cid, aunque fuera aquel «Cid con camisa azul, / [que] por el cielo cabalgaba» en el «Romance de Castilla en armas» de Federico de Urrutia[25], o en el *Romancero de la Reconquista* de Nicomedes Sanz, se anuncia que «España vuelve al Imperio! / ¡Mio Cid vela por ella / desde los altos luceros!»[26]. Las equiparaciones de Franco con el infanzón burgalés abunden hasta el punto de ser imitadas por el poeta francés de origen cubano Armand Godoy, que en su enfático soneto «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» comienza afirmando que «*Don Quichotte et le Cid ont trempé ton épée*»[27]. Por su parte, Eduardo Marquina, en «A nuestro caudillo», lo presenta como el Cid, seguido de varios epítetos: «Cid Francisco Franco, el Justo, / capitán de tus escuadras, / caudillo de capitanes / sembrador de Laureadas» y «Cid Francisco Franco, el Bueno» que habría despertado a «los dormidos» y habría enmendado los yerros de otros. Marquina afirma que «por Francisco Franco somos» y condena a quien lo olvide o niegue, que «no es mío, ni de él la Patria; / por no morir maldiciéndole, / se me rompa la garganta»[28]. La genealogía del Caudillo primó sobre todo en los años de exaltación de un paradójico Imperio que esperaba a la España devastada. Un buen ejemplo es la obra de Ramón Cué Romano, *Y el imperio volvía* (1940) en cuyo cuarto acto el propio Mio Cid llama a Franco y le entrega su espada, declarando: «Te di mi espada… pues toma a España también con ella; Patria y Espada: junta tan santa no es bien rompella»[29]. En el anónimo *Breviario del mio Cid* (1942), destinado a las escuelas, se repasaban las figuras heroicas de la historia de España, hasta llegar como conclusión lógica al caudillo Franco, «Gran Capitán de la Hispanidad en este quebrar albores del nuevo Imperio»[30]. En el ámbito teatral, Dionisio Ridruejo, por entonces director general de Propaganda y aún no desencantado del caudillo, encargó en 1940 que se elaborasen unos proyectos con la efigie de Franco para los telones de todos los teatros de España[31].

Por otra parte, junto a esta mitificación de un Caudillo heroico, desde muy pronto querrán combinarse las propiedades del salvador providencial con rasgos que hicieran al frío general más cercano, como su supuesta sencillez. Así, el general metido a poeta Leocadio López en *Mis amores: Dios, patria, Franco,* en «¡Franco!», jugando con la polisemia de su

apellido ensalza su franqueza: «Franco, de España salvador Caudillo; / Franco, legislador sabio y prudente; / franco de corazón, noble y clemente; / franco carácter, prócer y sencillo»[32]. José María Alfaro, promesa literaria falangista que se marchitaría en la política, resalta la calma patriótica del general en su soneto «A Francisco Franco, Generalísimo»: «Tragedia y flor tranquilamente erguidas / apretándole a España frente y pecho»[33].

Esa cercanía será, antinaturalmente tratándose de alguien del carácter medularmente antipático de Franco, simbolizada por su sonrisa, a la que Giménez Caballero dedicaba un capítulo en su ensayo *Franco y España,* afirmando que «la sonrisa de Franco ha conquistado a España. Y nos ha conquistado a todo el pueblo», o llega a afirmar que «la sonrisa de Franco tiene algo de manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez». Pero será sin duda Manuel Machado quien le otorgue su forma más canónica, en su soneto «Francisco Franco», con el que quiso congraciarse definitivamente con las autoridades que habían desconfiado de su fidelidad y encarcelado al inicio de la guerra:

> Caudillo de la nueva Reconquista,
> Señor de España, que en su fe renace,
> sabe vencer y sonreír, y hace
> campo de pan la tierra de conquista.
> Sabe vencer y sonreír… Su ingenio
> militar campa en la guerrera gloria
> seguro y firme. Y para hacer Historia
> Dios quiso darle mucho más: el genio.
> Inspira fe y amor. Doquiera llega
> el prestigio triunfal que lo acompaña,
> mientras la Patria ante su impulso crece,
> para un mañana, que el ayer no niega,
> para una España más y más España,
> ¡la sonrisa de Franco resplandece![34].

La continuidad con la tradición se ensalzaba en un libro que, en un gesto de *obsequium* que se convertirá en ritual, Machado dedicaba a Franco, uno de los hombres «a quienes la Providencia ha concedido el privilegio de realizar la poesía de la Historia»[35]. Se preguntaba José-Carlos Mainer, asombrado: «¿Cómo pudo ser que Manuel Machado primero y Giménez después enaltecieran la mueca estereotipada de un hombre que fue la

negación de la gallardía y cuya visible falta de espontaneidad denunciaba su carácter receloso y su culto obstinado al ordenancismo y la rutina?»[36]. Y sin embargo, esa «mueca estereotipada» será tópico recurrente en las letras del bando sublevado. No solo en la literatura, recordemos que Joaquín Arrarás hablaría del «timonel de la dulce sonrisa». Así, la forzada sonrisa de Franco, ensalzada como el símbolo de la omnipotencia previsora del general, será glosada, por tres veces, por Eduardo Marquina: «Los días heroicos / de los heroísmos singulares pasan / y en esa otra ya histórica sonrisa / franca, / en la sonrisa del Caudillo / clara, / en aquel humanismo de la viril sonrisa / con que ecuánime Franco da luz a las batallas / se incuban ya los días de todos los días»[37]. Convertida en tópico, José María Salaverría llamaría a Franco «el general que sonríe y obra»[38], y en un imaginativo artículo opone «la sonrisa alegre y como muchachil» de Hitler y Franco, que «se caracteriza por su modo amable y casi continuo de sonreír» con la sonrisa de Stalin, «que solo de mirarla se siente uno intranquilo» y que delataría al «espíritu del Mal hecho hombre»[39]. También el poeta Manuel de Góngora, en su «Dolor y resplandor del 18 de julio», galardonado en los Juegos Florales de Vitoria en 1938, increpa a la «Rusia torva y helada» y opone «frente al agrio gesto de tu hoz y tu martillo, / la generosa y franca sonrisa del Caudillo».

José María Pemán, el vate más popular de los sublevados, reunirá los tres atributos que se pretendían destacar en Franco en su increíble poema «Los dones de las tres hadas», donde en un ambiente de cuento fantástico, tres hadas visitan la cuna del futuro caudillo. La primera le trae «una espada con el puño de oro», la segunda «una pesa de plata» y la tercera «una sonrisa / clara y abierta […] como una rosa en flor». La tercera hada explica a sus compañeras: «Con tu espada invencible conquistará la tierra / y los vientos y el sol. / Con tu pesa medida conquistará el respeto… / ¡con mi sonrisa clara conquistará el amor!»[40]. Pemán será de los más esforzados en presentar a un Franco dechado de virtudes, desinteresado, con una «noble frente a la ambición extraña»[41], bondadoso y paternal, llegando a afirmar en un breve ensayo que el caudillo «conquistó la zona roja como si la acariciara: ahorrando vidas, limitando bombardeos»[42]. También Manuel de Góngora, poeta granadino que luego caería en el olvido, en un

poema que identifica la «voz de España» con la voz de Franco, termina con una enumeración tripartita muy similar: «Hay… luz ardiente de tu áurea espada; […] / luz franca y noble de tu mirada, / luz apacible de tu sonrisa»[43]. Aunque en el empeño de adjudicarle virtudes, los escritores franquistas llegarían, en el caso de Eugenio Montes, hasta hablar de su «voz ciertamente poética»[44], algo difícil de entender para cualquiera que haya escuchado una grabación de sus discursos.

En cuanto a otras virtudes del general, Manuel de Góngora retrata a un Franco caracterizado por su serenidad, «el Capitán de la sonrisa blanca, / latido firme y despejado ceño» bajo cuya «clara frente crepita el pensamiento»[45]. Por su parte, el ensayista Eugenio d'Ors, metido a poeta romancero, elogiaría la supuesta claridad de ideas del general, en una fórmula que lo relaciona con el Cid Campeador, profetizando que «un día campear / de punto a punta de España, / tenemos un Fiador / con una cabeza clara»[46]. Eduardo Marquina, uno de los autores que más incienso vertió sobre Franco, se fijaba en sus «clarísimas miradas» y el «ágil aplomo» del «Caudillo infalible / y seguro en su marcha […] de muchacho español»[47], en uno de los pocos ejemplos donde se enfatiza el atributo de la juventud, tan importante en el imaginario fascista. Tan dudosos como estos atributos de simpatía personales, será frecuente la caracterización de Franco como pacificador y justiciero. Así, Dionisio Ridruejo le canta como «Padre de Armas y paz; por tu promesa / vuelve Occidente a revelar su empresa»[48], y Álvaro Cunqueiro lo llama «Conductor recto, arma, justicia y lector máximo de la Ley»[49]. Por su parte, José Pemartín, intelectual orgánico de Acción Española y que sería nombrado tras la guerra jefe del servicio nacional de enseñanza, caracterizaría a Franco, además de por «la Justicia», por su tesón estudioso. Dios, con «su alquimia» habría logrado la dificilísima fusión, tratándose de un pueblo como el nuestro de «vagos heroicos» de un «Legionario español –todo gallardía y bravura– doblado por un Oficial estudioso –todo trabajo y constancia»[50].

Resulta llamativo que, frente a la omnipresencia de la figura del Caudillo en la literatura adicta al régimen durante los años de guerra y la inmediata posguerra, el fin de la Segunda Guerra Mundial y la redefinición política del régimen hará que su imagen prácticamente desaparezca de la

literatura publicada en España, incluso por sus adictos. A manera de un *deus absconditus,* que sostenía todo el orden establecido, pero en la práctica innombrable, como se pondrá de manifiesto cuando la censura actúe de modo implacable contra cualquier mención que atentara a una imagen establecida e idealizada, pero que no resultaba adecuado tematizar en una literatura que fingía haber recobrado su autonomía respecto al poder.

EL TRAIDOR Y LA CRUELDAD

En el bando republicano, Francisco Franco, general sublevado contra el gobierno legítimo de la República, aparece desde el principio caracterizado fundamentalmente como el epítome del traidor, desarrollado con su maestría conceptista habitual por José Bergamín en un romance que se haría famoso y que, según se dice, Franco no le perdonaría nunca:

¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Si tu nombre fuera Franco,
se te saldría a la cara,
encendiéndola de sangre,
si tu sangre fuera franca.
Tu nombre fuera vergüenza
si a tu rostro se asomara,
proclamando por la sangre
la traición que la engendraba:
que la sangre has traicionado
desmintiéndola de clara.
¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Como una máscara el pueblo
te tira el nombre a la cara,
descubriendo la traición
que en tu nombre se amparaba.
Traicionándote de franco
traidor a tu misma causa,
fuiste dos veces traidor:
a tu sangre y a tu patria,
que a España no se defiende
con la traición emboscada,
asesinando a su pueblo,
que es el alma de su alma.

¡Traidor Franco, traidor Franco,
tu hora será sonada!
Tu nombre es como bandera
que tu derrota proclama.
Si la traición criminal
en ti franqueza se llama,
tu nombre es hoy la vergüenza
mayor que ha tenido España.
Que ni tu nombre es ya nombre,
ni en tu sangre se espejeaba;
traidor, hijo de traidores,
mal nacido de tu casta:
no eres Franco, no eres hombre,
no eres hombre, no eres nada[51].

El ensalzado como caballero cristiano entre sus partidarios será comparado con el traidor a Cristo. Así, un poema de Fray Ortiga en la revista *Galicia,* titulado «Rehabilitación de Judas», habla por boca del discípulo que aliviado, dice: «Por fin descansaré. Ya los mortales / no mentarán mi nombre, a cada paso / cuando designar quieran algún caso / de traición a su fe o a sus ideales […] / Pues desde el día de hoy, fuera de dudas, / en lugar de llamar al traidor Judas, / el mundo entero ha de llamarlo Franco»[52].

Por su parte, Antonio Machado lo comparará tanto con Judas como con el noble visigodo que abrió el camino a la invasión árabe, en su célebre soneto «A otro conde don Julián», en el que se muestra una paradójica piedad hacia el traidor:

¿Adónde irá el felón con su falsía?
¿En qué rincón se esconderá, sombrío?
Ten piedad del traidor. Paríle un día,
se engendró en el amor, es hijo mío.
Hijo tuyo es también, Dios de bondades.
Cúrale con amargas soledades.
Haz que su infamia su castigo sea.
Que trepe a un alto pino en la alta cima,
y en él ahorcado, que su crimen vea,
y el horror de su crimen lo redima[53].

En el exilio continuará esta imagen, como en el poema «Un traidor» del anónimo poeta que firma como «Viriato» en *Galicia,* el periódico más

importante del exilio gallego, y que, como será también habitual, se burla del físico del caudillo: «Petiso, barrigudo, narigón, / con la cabeza llena de aserrín, / tiene toda la facha de un rocín / al que solo le falta el albardón»[54]. Pero más que con un asno, en la poesía satírica del exilio, Franco será retratado como un cerdo, por ejemplo, por el poeta también gallego Ramón Rey Baltar, que en la revista *A Nosa Terra,* de Buenos Aires, le dedicará una trilogía: «O porco está triste» (1944), «A oración do porco» (1945) y «O testamento do porco» (1951)[55].

En la narrativa de la guerra y el exilio republicano raras veces aparece. En *Cumbres de Extremadura* (1938) de José Herrera Petere, se menciona un retrato del caudillo, en la vivienda de unos falangistas asaltada por los guerrilleros, en la cual su pose pretendidamente arrogante en una fotografía se comparaba con la de «una croqueta enharinada»[56]. Y frente a la idealización hagiográfica que entre sus partidarios se hacía de su trayectoria anterior y de su etapa africana, donde se habría forjado el héroe, desde el exilio se vería en aquella las raíces de una crueldad que aplicaría luego en España. Así, uno de los retratos más contundentes, además basado en su conocimiento biográfico de Franco, será el que traza Arturo Barea en *La ruta,* segundo volumen de su trilogía *La forja de un rebelde,* y al que le dedica un capítulo, «El embrión de un dictador», donde recuerda el temor que infundía:

> Todo el mundo le odia, igual que todos los penados odian al jaque más criminal del presidio, y todos le obedecen y le respetan, porque se impone a todos los demás, exactamente como el matón de presidio se impone al presidio entero. Yo no sé cuántos oficiales del Tercio se han ganado un tiro en la nuca en un ataque […]. Se le queda mirando a un fulano con unos ojos muy grandes y muy serios y dice: «Que le peguen cuatro tiros». Y da media vuelta y se va tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos solo porque Franco los ha mirado una vez de reojo[57].

No creo que esta caracterización fuera ajena a la prohibición absoluta que la trilogía de Arturo Barea recibió de editarse en España, o a la estigmatización del autor extremeño como el exiliado «resentido» por antonomasia, a raíz de un célebre artículo de Francisco Yndurain, en el que el filólogo navarro, como era habitual en la España franquista, denostaba un libro que el público español tenía vedado leer[58].

Esta imagen era heredera, obviamente, de la literatura satírica de la guerra. Más novedosa y adecuada a la nueva situación sería la presentada en el originalísimo relato *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco,* de Max Aub (1960) que cuenta la peripecia de Ignacio Jurado, veterano «mesero» en un concurrido café de la Ciudad de México, que ve amargada su plácida existencia a raíz de la llegada de los vocingleros refugiados españoles. Ignacio idea la solución a sus problemas a raíz de que un refugiado portorriqueño se pregunte «cómo habiendo tantos anarquistas en España no hubieran, por lo menos, intentado asesinar a Franco». Lo que no han hecho los anarquistas lo hará el mesero Nacho, pues «tras tanto oírlo, no duda que la muerte de Francisco Franco resolverá todos sus problemas –los suyos y los ajenos hispanos». Por primera vez en su vida se toma vacaciones, traba amistad con un agregado militar norteamericano a quien emborrachará y sustraerá el uniforme y se cuela en el desfile militar del 18 de julio: «A diez metros, en el estrado central, Francisco Franco presidía, serio, vestido de capitán general. Jurado sacó la pistola, apoyó el cañón en el interior de su codo izquierdo doblado […]. Disparó al paso bajo de unos aviones de caza. El estruendo de los motores cubrió el de los tiros. El generalísimo se tambaleó. Todos se abalanzaron». Nacho Jurado logra escabullirse y alejarse desapercibido, regresando a México cuando tras un periodo de turbulencias, se ha producido «el advenimiento de la Tercera República»[59]. Su consternación no tendrá límites cuando, al regresar a su café, encuentre que los exiliados republicanos siguen allí, «más cien refugiados, de los otros, recién llegados», falangistas y otros pro franquistas prófugos de la nueva República.

La visión de la posteridad

La llegada de la democracia posibilitó el tratamiento abierto de la figura de Franco en la ficción. Paradójicamente, la novela más exitosa con Franco como protagonista partiría de la extrema derecha nostálgica del dictador. En *… Y al tercer año, resucitó* (1978) subtitulado «novela de historia-ficción», Fernando Vizcaíno Casas presenta el escenario que se produciría ante el regreso del caudillo resucitado a una España sumida en el caos que ha

provocado la llegada de la democracia y sus políticos, presentados como ridículos personajes de opereta que tiemblan ante la noticia de que el sepulcro de Franco está vacío, mientras que la euforia se apodera de la población y «más de un millón de personas enajenadas llenan la Plaza de Oriente»[60], esperando su aparición. Así termina una novela que tiene como colofones tres epílogos, uno «para franquistas acérrimos», otro «para gentes de izquierdas» y otro «epílogo racional (y previsible)» donde se revela que finalmente la apertura del sepulcro era la visión de un sacristán borracho, para decepción de un pueblo que repudia el «desgobierno» y añora los tiempos de «orden, justicia social y pacífica convivencia ciudadana que pasó bajo el mandato del Caudillo Franco»[61], según afirma José Antonio Girón, que anuncia la falsedad del rumor. Una década después, Vizcaíno Casas reincidiría en la historia-ficción o la «ucronía» en *Los rojos ganaron la guerra* (1989)[62], donde Franco, exiliado desde Paraguay, apoya a Estados Unidos y Gran Bretaña, una novela que se inspiraba, declaradamente, en un género que había tenido dos entregas al inicio de la Transición, con *En el día de hoy,* de Jesús Torbado (1976) y Fernando Díaz-Plaja, con *El desfile de la victoria* (1976) y que, aunque no declaradamente nostálgicos de Franco como Vizcaíno-Casas, presentaban una situación poco halagüeña tras la victoria republicana.

Durante los años ochenta, se ha hablado, sobre todo por hispanistas extranjeros, de una ausencia o incluso silenciamiento del franquismo en la literatura. Así, el holandés Maarten Steenmeijer analizó «la falta de ganas (o de voluntad o de capacidad) de ficcionalizar las propias vivencias y observaciones en la dictadura»[63], en novelistas tan reconocidos como Eduardo Mendoza o Javier Marías, y hacía una distinción con Antonio Muñoz Molina, en quien sí aparecería el peso de la dictadura, aunque, añadamos, eludiendo el tratamiento de la figura del dictador que seguía (y sigue) siendo más tabú aún que la propia dictadura. Para Jo Labanyi, que sigue las ideas del último Derrida de *Espectros de Marx,* las ficciones, tanto literarias como cinematográficas, que han tratado de mejor manera el traumático periodo del franquismo han sido las que han recurrido a una simbología de espectros y fantasmas, como Víctor Erice, Juan Marsé, Antonio Muñoz Molina o Julio Llamazares, concluyendo que «in a country

that has emerged from forty years of cultural repression, the task of making reparation to the ghosts of the past –that is, to those relegated to the status of living dead, denied voice and memory– is considerable»[64]. La versión más elaborada de esta crítica es la de Teresa Vilarós, que afirma que «Franco o el franquismo no fueron únicamente un régimen político; fueron también y quizá sobre todo, para nuestro mal y nuestro bien, una adicción, un enganche simbólico y real» y considera que el espectro del Franco decrépito de sus últimos años está presente, como una «Cosa» lacaniana, como una presencia ominosa que acecha el optimismo de la nueva democracia española[65].

Por ello, Vilarós considera especialmente acertado el tratamiento de Franco y el franquismo en la obra del malogrado novelista murciano Miguel Espinosa. Aunque no solo eso, *Escuela de Mandarines* (1974) es una deslumbrante alegoría del franquismo. Ambientada en la «Feliz Gobernación», distópica sociedad que se hace eco de la complaciente propaganda franquista, la figura del Caudillo se refleja en varios personajes, como el procónsul Didipo, que aplastó a los «municipalizantes» gracias a «aliarse con aquellos pueblos, dueños de artificios capaces de decidir batallas e inclinar de su parte la voluntad divina»[66] o, ya en su época de plácido gobierno, por el mandarín y Gran Padre Cara Pocha, quien es igualmente el Intérprete de los Hechos. La novela deja escasas esperanzas a que, incluso después de su desaparición, el mandarín no siga condicionando a quienes fueran súbditos suyos, una visión que se confirma en su siguiente novela, *La fea burguesía* (escrita entre 1971 y 1976, aunque publicada póstumamente en 1990) que muestra, como resumiera Teresa Vilarós, «el sutil cambio de la clase dirigente en los últimos años franquistas respecto al dinero y al poder»[67]. Significativamente, el catedrático Cipriano Castillejo quien en sus años universitarios «aprendió el conformismo y la obediencia a la Dictadura, demás que él mismo se consideraba parte de aquella Gobernación» es discípulo de «cierto ilustre catedrático, llamado F. J. Conde, famoso por una "Teoría sobre el Mando Único y Totalitario"»[68].

El centenario del nacimiento de Franco, junto con el cada vez mayor cuestionamiento del pacto de olvido que selló la transición a la democracia

favorecerá el tratamiento literario del Caudillo en algunas obras entre las que destaca *Leyenda del César Visionario* (1991) de Francisco Umbral. Ambientada durante la Guerra Civil entre Burgos y Salamanca, ajustada a la historiografía más rigurosa aunque con licencias ficcionales, Umbral presenta un Franco «carnosito y culoncillo» cuya mediocridad contrasta de modo patente con la imagen legendaria que intentan crearle los intelectuales falangistas, y al que resume como «un hombrecillo insignificante, un militar con más tensión que bizarría, alguien que se engrandecía en vano con su leyenda y sus medallas, pero que nunca podría tener fascinación para un pueblo». Umbral describe la «gesticulación excesiva, desajustada» de Franco, su «cabeza erguida y anodina, la tripa muy fajada militarmente» y no se olvida de mencionar su «sonrisa hermética». Ideológicamente, el narrador reitera que Franco no es fascista, sino «franquista, militarista, vagamente borbónico y un poco cursi»[69].

Coincidiendo con el mencionado centenario se publicó la *Autobiografía del general Franco* (1992) de Manuel Vázquez Montalbán, un encargo de la editorial Planeta que supuso un reto que el autor barcelonés ha explicado en otro lugar: «Si me enfrentaba al desafío de novelar la vida de Franco, yo solo podía hacerlo desde la tensión dialéctica del antifranquismo»[70]. Mediante el recurso de la *mise en abyme,* es el narrador, Marcial Pombo, hijo de represaliado, quien recibe el encargo de escribir una autobiografía del caudillo, lo que hace, acotando sus propias interpolaciones y réplicas al discurso justificador de Franco. El resultado, a pesar del esfuerzo de documentación de Vázquez Montalbán y su cuidado por imitar un plausible estilo de Franco, basado en sus discursos, en *Diario de una bandera* y el guion de *Raza,* no es literariamente logrado, pues apenas añade nada que, desde la literatura, pudiera aportar algo a lo que haría una biografía como la de Preston, aparecida inmediatamente después.

Más de una década más tarde, la novela *El vano ayer* (2004) de Isaac Rosa parte de la insatisfacción con la representación de la Guerra Civil y el franquismo que aparece en la novela de las dos últimas décadas, y que se desarrolla con una extrema autoconciencia de ser «un relato amenazado por plagios y lugares comunes» que tampoco quiere caer en el riesgo de la deformación que supone «la visión ridiculizante de un régimen que, antes

que grotesco (que lo era y mucho) fue brutal». Huyendo de la representación realista, necesariamente insuficiente y más viniendo de un autor que no fue testigo de la época, Rosa utiliza multitud de registros, y resulta especialmente llamativo el resumen del régimen del «general» en forma de crónica en castellano antiguo, que combina intertextos del *Cantar de Mio Cid,* las crónicas alfonsinas, las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, y el propio *Don Quijote,* todo ello para parodiar el antimodernismo y el discurso de Cruzada sobre el que la dictadura franquista quiso basar su legitimidad, y del que puede dar una idea el comienzo:

> Que por julio era, por julio, quando los grandes calores, quando el General, el que en buen ora nasco, supo en tierras africanas de la perdida de España […] Mio General, entre todos el mejor, el buen lidiador, la loriga vestida e cinto el espada, apriesa pide el cavallo e a la batalla salía; malamente y enojado, bien oiréis lo que decía: «Traidora me sois, España, traidora falsa, malina, porque pienso que traición me haceis e alevosía»[71].

Pero en los últimos años empiezan a aparecer imágenes de Franco que lo representan en sus facetas más cotidianas y banales, de un modo cercano a cómo en los mismos años ha empezado a hacerse con la figura de Hitler en películas como *Der Untergang* (2004) o *Mein Führer* (2009). Quizá la imagen más desprovista de patetismo y por ello más sorprendente es la que presenta la novela *Las lágrimas de Franco* (2007) de José Antonio Lago, quien en su prólogo se distancia de visiones hagiográficas y condenatorias, aunque prevé que «tal vez no haya pasado el tiempo suficiente para poder hablar de él sin que los coros respectivos de beneficiarios y damnificados alcen la voz para corregir cada una de nuestras afirmaciones»[72]. La ficción urdida por Lago presenta la peculiar amistad que trabaría el anciano Franco, durante una cacería, con Andrés Osaba, un cazador furtivo gallego, que pronto se revelará como un antiguo guerrillero, quien no lo reconoce como el caudillo, hecho que le encanta, por permitirle un trato ajeno a intereses y adulaciones: «Franco disfrutaba de la conversación. Por raro que pueda parecer, sentía un especial placer en que le llevaran la contraria. Era algo que, sencillamente, no sucedía nunca. Ahora se daba cuenta con toda claridad de la gran mentira en que estaba inmersa su vida»[73]. La imagen de Franco resulta inusual, no solo por presentarle en sus últimos años (el

encuentro se produce en 1970) sino por los efectos de real introducidos por Lago, como el gusto del abstemio Franco por la Fanta de limón («mi bebida favorita») o las galletas Chiquilín. Pero la amistad entre el republicano Andrés Osaba y quien se hace pasar por Francisco Ortiz, adinerado constructor, se quebrará un día cuando Franco, llevado de un arrebato de malhumor, no tolere la afirmación de Osaba de que reserva una «bala de plata» para el dictador y se revele como quien es. Osaba, incapaz de matarle, afirma haber tratado «con la libertad y confianza con que se habla entre amigos. Yo, hasta ahora, nunca había hablado con Franco; a Franco no lo conozco. Yo he hablado con Francisco Ortiz, mi amigo Francisco Ortiz, pero ahora resulta que ese amigo ha muerto»[74]. En el epílogo, titulado «Réquiem» se cuenta cómo años después, un envejecido Osaba deposita disimuladamente, en el féretro ante el que desfilan miles de españoles, una bala de plata.

Otra de las escasas novelas donde aparece esta visión de un Franco ni mitificado ni grotesco es *Si mañana muero* (2013), novela histórica fallida de Eugenio Fuentes[75], pero que contiene un llamativo pasajes sobre una breve aparición de Franco, en una situación más que paradójica. De visita en el ficticio pueblo extremeño de Breda, ante la enfermedad de su barbero habitual, le corresponde afeitarle al barbero del pueblo, cuya esposa, que sufrió las vejaciones del rapado y el aceite de ricino, se exilió en Francia. El caudillo es caracterizado esencialmente por su vanidad y desconfianza: «Tras ellos avanzó Franco con la barbilla erguida, como si así quisiera compensar su baja estatura». La situación deja al caudillo en una situación de vulnerabilidad paradójica y el barbero, por un momento, al alzar la navaja, fantasea con la idea de degollarle, vengando a su esposa y sus vecinos: «Si Franco hubiera tenido la cabeza erguida y los ojos abiertos, habría advertido la insoportable tensión que padecía el barbero, estremecido por recuerdos tristísimos, torturado por el descubrimiento de que en ese instante nada mediaba entre él y el dictador inerme, que entre el acero y la piel no había escudo ni pantalla, y que sin embargo él, un barbero cojo debilitado por la palabrería y derrotado por la carencia de abrazos, nunca había tenido ni tenía suficiente coraje»[76].

Resulta llamativo que estas últimas novelas tematicen esa frustración del antifranquismo por haber permitido que el dictador muriera en la cama, sin atreverse, por respeto a la verosimilitud, a acribillar a Franco como, por ejemplo, lo hacían con Hitler los protagonistas de la película *Unglorious bastards* (2009) de Quentin Tarantino. Un paso que Max Aub, más consciente de los derechos de la literatura y, por otra parte, de la caducidad de la fórmula del magnicidio, había dado ya en los años sesenta.

[1] A. Reig Tapia, *Franco «Caudillo»: Mito y realidad,* Madrid, Tecnos, 1995, pp. 54 y 96.

[2] L. Zenobi, *La construcción del mito de Franco,* Barcelona, Cátedra, 2011, p. 16.

[3] A. Reig Tapia, *Franco «Caudillo»…, op. cit.,* pp. 77-78.

[4] *¡Arriba España!,* Villagarcía de Arosa, Imprenta de Juan Buceta, 1936.

[5] Quien así se vería lo más cerca de cumplir el sueño que expresara un año antes, con su vehemencia habitual, en su libro *Arte y Estado:* «En 1933 se creó en Alemania por Goebbels, el mago del nacional-socialismo, el *Reichsministerium für Volksaufklärung und Propaganda,* recogiendo en él todas las actividades que, desperdigadas, andaban por otros departamentos […] Yo os pido, fascistas de España, que seáis piadosos conmigo cuando triunfemos. ¡Dadme ese ministerio! Solo os lo cambio por un sillón de Gran Inquisidor», *Arte y Estado,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2009 (ed. original: Madrid, Gráfica Universal, 1935).

[6] V. Gay, *Estampas rojas y caballeros blancos,* Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1937, pp. 311-312.

[7] Véase el capítulo «Ideólogo unificador del franquismo», en M. Martín Gijón, *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos,* Barcelona, RBA, 2011, pp. 118-128.

[8] M. García Venero, *Falange en la guerra de España. La Unificación y Hedilla,* París, Ruedo Ibérico, 1967, p. 396.

[9] E. Giménez Caballero, *España y Franco,* Cegama, Los Combatientes, 1938, s. p.

[10] *La Gaceta Regional,* 25/04/1937, en J. Rodríguez Puértolas, *Historia de la literatura fascista española,* vol. I, Madrid, Akal, 2008, p. 364.

[11] *Diario Vasco,* 21/11/1938, en L. Zenobi, *La construcción…, op. cit.,* p. 152.

[12] Véase, por supuesto, I. Kershaw, *The «Hitler Myth». Image and Reality in the Third Reich,* Oxford, Oxford University Press, 1987 [ed. cast.: *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich,* Barcelona, Crítica, 2012].

[13] J. Sanz y Díaz, *Lira bélica. Antología de los poetas y la guerra,* Valladolid, Santarén, 1939, p. 45.

[14] *Ibid.,* p. 25.

[15] J. Villén, *Antología poética del Alzamiento,* Cádiz, Librería Cervantes, 1939, pp. 204-206.

[16] Pemán, *Poema de la Bestia y el Ángel,* Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 98.

[17] «La última lección», *ABC,* 20/09/1938.

[18] «La Falange en América. Fuego de Entusiasmo. Por un Imperio del Espíritu», *Arriba España,* 11/09/1938.

[19] J. Camba, «El secreto del hombre libre», *ABC,* 08/05/1939.

[20] «Necesidad de un César», *Arriba España,* 04/03/1938.

[21] «Toda España con Franco», *ABC,* 03/03/1938.

[22] Soneto publicado en *Heraldo de Aragón,* 16/01/1939.

[23] *El Adelanto,* 18/07/1939, en Zenobi, p. 155.

[24] Pemán, *Poema de la Bestia y el Ángel,* Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 77.

[25] J. Villén, *Antología poética…, op. cit.,* p. 117.

[26] «El ayer y el hoy se funden», en *Romancero de la Reconquista,* Valladolid, 1937, p. 90.

[27] *Occident* 17, 25/06/1938, p. 8.

[28] *Laureadas (1936-1939),* Madrid, Fermina Bonilla, 1939, p. 41.

[29] R. Cué Romano, *Y el imperio volvía. Poema coral-dramática en cinco jornadas con un prólogo y un epílogo,* Barcelona, Balmes, 1940.

[30] *Breviario del mío Cid,* Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942, p. 135.

[31] Véase L. Zenobi, *La construcción…, op. cit.,* p. 174.

[32] *Mis amores: Dios, patria, Franco,* Pontevedra, Artes Gráficas, 1938.

[33] *Vértice,* marzo de 1939.

[34] M. Machado, *Horas de oro (Devocionario poético),* Valladolid, Reconquista, 1938, pp. 43-44.

[35] Machado insistiría en ese carácter providencial en un artículo de prensa, donde hablaba del «hombre providencial, elegido por Dios para realizar la magna obra, nuestro invicto Caudillo», *ABC,* 07/12/1937.

[36] J.-C. Mainer, «Ernesto Giménez Caballero en la guerra o la inmolación del intelectual», en *Estudios Hispánicos* 15, 2007, p. 64.

[37] E. Marquina, *Obras Completas,* vol. VI, 1944, p. 1004.

[38] J. Rodríguez Puértolas, *Historia de la literatura…, op. cit.,* vol. I, Madrid, Akal, 2008, p. 172.

[39] J. M.ª Salaverría, «El hombre de la siniestra sonrisa», *ABC,* 24/09/1938, p. 1.

[40] J. Villén, *Antología poética…, op. cit.,* p. 203.

[41] Véase el soneto dedicado «al generalísimo Franco» que precede su libro *La Historia de España contada con sencillez,* Madrid, Escelicer, 1939, p. 9.

[42] «Semblanza del Caudillo Franco», *Ejército* 1, febrero de 1940, en A. Reig Tapia, *Franco «Caudillo»…, op. cit.,* p. 86.

[43] «Voz de España, Una, Grande, Libre», *Dolor y resplandor de España,* Barcelona, Santa Fe, 1940, p. 72.

[44] E. Montes, «Eco a la voz del Caudillo», *Arriba,* 02/01/1949, en A. Reig Tapia, *Franco «Caudillo»…, op. cit.,* p. 150.

[45] J. Villén, *Antología poética…, op. cit.,* pp. 38-39.

[46] «Romance del impaciente ante un mapa mural en color de las operaciones de guerra», en J. Villén, *Antología poética…, op. cit.,* p. 70.

[47] «Prólogo para una fiesta de cine y versos», en J. Villén, *Antología poética…, op. cit.,* p. 46.

[48] *Poesía en armas,* 1940.

[49] *Era azul,* 15/04/1937, en A. Montero, *op. cit.,* p. 39.

[50] *Laureadas (1936-1939),* Madrid, Fermina Bonilla, 1939, p. 48.

[51] *El Mono Azul* 4, 17/09/1936, p. 4.

[52] *Galicia* 503, 17/01/1937, en X. Alonso Montero, *Os poetas galegos e Franco (Estudio e antoloxía),* Madrid, Akal, 1997, pp. 109-110.

[53] *Hora de España,* junio de 1938, p. 10.

[54] *Galicia,* 16/01/1941.

[55] Recogidas por X. Alonso Montero, *Os poetas galegos…, op. cit.,* pp. 170-175.

[56] J. Herrera Petere, *Cumbres de Extremadura. Novela de guerrilleros,* Barcelona, Anthropos, 1986, p. 43.

[57] A. Barea, *La forja de un rebelde II. La ruta,* edición e introducción de G. Torres Nebrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2011, p. 319.

[58] F. Yndurain, «Resentimiento español: Arturo Barea», *Arbor* 85, 1953, pp. 73-74.

[59] M. Aub, *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco,* México, Libro Mex, 1960, pp. 21, 23 y 29-30.

[60] F. Vizcaíno Casas, … *Y al tercer año, resucitó,* Barcelona, Planeta, 1978, p. 203.

[61] *Ibid.,* p. 210.

[62] *Los rojos ganaron la guerra,* Barcelona, Planeta, 1989.

[63] M. Steenmeijer, «El tabú del franquismo vivido en la narrativa de Mendoza, Marías y Muñoz Molina», en J. Ramon Resina (ed.), *Disremembering the Dictatorship. The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy,* Ámsterdam, Rodopi, 2000, p. 153.

[64] J. Labanyi, «History and Hauntology; or, What Does One do With the Ghosts of the Past? Reflections on Spanish Film and Fiction on the Post-Franco Period», en J. Ramón Resina, *Disremembering…, op. cit.,* p. 80.

[65] T. Vilarós, *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la Transición española,* Madrid, Siglo XXI de España, 1998, pp. 18-20.

[66] M. Espinosa, *Escuela de mandarines,* Murcia, Tres Fronteras, 1992, p. 129.

[67] *Ibid.,* p. 95.

[68] M. Espinosa, *La fea burguesía,* Madrid, Alfaguara, 1990, p. 15.

[69] F. Umbral, *Leyenda del César Visionario,* Barcelona, Bibliotex, 2001, pp. 21, 27, 76, 131 y 149.

[70] M. Vázquez Montalbán, «*Autobiografía del general Franco:* un problema lingüístico», en J. Ramón Resina, *Disremembering…, op. cit.,* p. 241.

[71] I. Rosa, *El vano ayer,* Barcelona, Seix-Barral, 2004, p. 251. Sobre la relevancia de esta novela véase mi artículo «Un cambio de paradigma en la novela de la memoria. Sobre *El vano ayer* (2004) y *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* (2007) de Isaac Rosa», en *Études romanes de Brno* 33 (2), 2013, pp. 33-41.

[72] J. A. Lago, *Las lágrimas de Franco,* Madrid, Kailas, 2007, pp. 33-34.

[73] *Ibid.,* pp. 57-58.

[74] *Ibid.,* pp. 55-56 y 139.

[75] «El pintor y la guerra», en *Clarín. Revista de nueva literatura* 106, julio-agosto de 2013, pp. 69-70.

[76] E. Fuentes, *Si mañana muero,* Barcelona, Tusquets, 2013, pp. 347 y 356.

IX. EL CAUDILLO ENTRE PAPELES. ARCHIVOS Y MEMORIA DEL FRANQUISMO

Manuel Melgar Camarzana

Las diferentes funciones desempeñadas por el general Franco, tanto en el ámbito de la esfera pública –jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos, jefe Nacional del Movimiento, etc.–, como en el de la esfera privada, se tradujeron en una gran producción documental que trataremos de examinar a lo largo de estas páginas. Por tanto, este trabajo tiene como objeto el estudio y análisis de los documentos que Franco recopilaba en su despacho y que hoy en día se custodian en la Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF)[1], así como de otros fondos documentales donde la figura del *Caudillo* de una forma u otra está presente y que se encuentran diseminados en diferentes centros archivísticos, como pudieran ser el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH), el Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), etcétera.

Por otra parte, es imprescindible profundizar asimismo en aquellos fondos que fueron producidos por una serie de instituciones que pudiéramos considerar como propias o representativas del régimen, ya que no existían con anterioridad al mismo y que una vez extinguido desaparecerían con este, como es el caso del Movimiento Nacional y la Organización Sindical, depositados en el Archivo General de la Administración (AGA).

El archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. Los «papeles de Franco»

El ingreso en el CDMH de la copia en microfilm de los documentos que se custodian en la FNFF tuvo lugar en 2009, como resultado de las ayudas que la fundación había recibido por parte del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte durante el periodo comprendido entre el año 2000 y 2003. Estas ayudas, destinadas a instituciones o entidades privadas sin ánimo de lucro para llevar a cabo tareas de organización de archivos, descripción, conservación o reproducción de documentos, tienen por objeto

la realización de proyectos archivísticos de ámbito nacional que redunden en la mejor conservación y difusión del patrimonio documental.

En 2001 la FNFF suscribió un convenio con el ministerio para adherirse al Sistema Español de Archivos, de acuerdo con lo previsto en la Ley de Patrimonio Histórico Español (LPHE), conservando la condición de archivo privado, pero con el compromiso de facilitar el acceso a los fondos documentales a los investigadores, así como colaborar con los demás archivos e instituciones que integran el Sistema Español de Archivos en todo lo relacionado con el tratamiento archivístico, difusión de los fondos y conservación del patrimonio documental español. A su vez, el ministerio tiene la obligación de facilitar asesoramiento técnico en estas materias.

El archivo de la FNFF está compuesto por documentos que en su mayoría proceden del despacho y secretaría particular del que fuera jefe del Estado entre 1936 y 1975, si bien se ha enriquecido con otras aportaciones de fondos particulares y personalidades del régimen. El volumen total es de unos 40 metros lineales de documentación[2].

Los documentos se encontraban numerados aleatoriamente y agrupados en 320 carpetas con contenido heterogéneo. La extensión de las unidades documentales era muy variada, desde fichas o cartas de una página, hasta informes que llegan a superar las 50. Como instrumento de control solamente se disponía de un inventario somero que hacía referencia al número de carpeta y al contenido de la misma, lo que conllevaba gran pérdida de tiempo a la hora de localizar los documentos que los usuarios solicitaban, así como un alto porcentaje de resultados negativos.

El plan previsto para la informatización y efectiva apertura del fondo a la consulta pública paso por diferentes fases:

a) Informatización de los registros descriptivos de los documentos para facilitar su consulta, así como para atender las solicitudes de información a distancia. Para ello se seguirían las pautas marcadas en las normas internacionales de descripción archivística ISAD (G) e ISAAR (CPF)[3].
b) Microfilmación íntegra de la totalidad de los documentos y paralela digitalización, proceso que contó con el asesoramiento técnico del

Servicio de Reproducción de Documentos del Ministerio.

c) Instalación y acondicionamiento de una sala de consulta para ofrecer el servicio a los usuarios e investigadores que estuviesen interesados por el archivo, así como facilitar las copias de documentos que pudieran solicitarse.

d) El objetivo final es el acceso a través de internet, tanto a los registros descriptivos como a las imágenes de los documentos. No obstante, hasta este momento la consulta de estos fondos solamente es posible en la fundación y en la sala de investigadores del CDMH.

Los resultados del proyecto fueron los 230 rollos de microfilm de 35 milímetros y sus correspondientes imágenes digitales, así como una base de datos y un inventario con 27.490 unidades documentales referenciadas. El microfilm presenta incidencias de diferentes tipos: imágenes mal ordenadas, mal capturadas, dificultad para la consulta y en algunos casos no coincidencia con la descripción. Todo ello redunda en la calidad del servicio que desde la fundación o desde el centro se está facilitando a los investigadores.

Respecto a la tipología documental, no podemos hablar propiamente de expedientes, sino que predominan fundamentalmente informes, correspondencia personal y oficial, telegramas y notas procedentes de embajadas y consulados, artículos y notas de prensa, etc., así como apuntes y notas autobiográficas o comentarios del propio Franco sobre diferentes aspectos y asuntos. La mayoría de estos documentos comprenden el periodo que se extiende desde la Guerra Civil hasta la muerte del Caudillo, aunque constan documentos anteriores a 1936 y posteriores a 1975.

Si bien la riqueza de todo archivo radica fundamentalmente en el carácter seriado de sus documentos y solamente en algunos casos, dada la importancia de los mismos, documentos aislados pueden aportar información relevante por sí mismos, este sería uno de ellos. Como ya se ha comentado anteriormente, los documentos del archivo no tienen una organización ni orden cronológico o lógico, sino que son un conjunto deslavazado que tocan múltiples y diferentes temas, como múltiples y variadas fueron las gestiones que día a día el jefe del Estado tenía que llevar

a cabo. No obstante, predominan los concernientes a las relaciones internacionales, seguridad nacional, represión de los enemigos del régimen e informes sobre sus actividades, etc., por lo que se trata de una documentación de alto valor histórico, en su mayoría procedente de las instituciones del Estado –Consejo de Ministros, Alto Estado Mayor, Ministerio de Asuntos Exteriores, Ministerio de la Gobernación– y elevados a la Jefatura para su conocimiento y toma de decisiones.

Con carácter general el acceso a estos documentos es libre, si bien en algunos casos se debe tener en cuenta lo dispuesto en el artículo 57 de LPHE, y en otros, dada la naturaleza de los documentos, están sujetos a lo establecido en la Ley de Secretos Oficiales de 1968, así como al desarrollo reglamentario posterior. En este sentido, el Real Decreto del Sistema Español de Archivos de 2011 establece en el artículo 27 que «los documentos clasificados conforme a la normativa de secretos oficiales están excluidos de consulta pública, sin que pueda concederse autorización para el acceso en tanto no se lleve a cabo una desclasificación por el órgano competente para realizarla». No obstante, «cuando la solicitud se refiera a documentos o series documentales que incorporen marcas de reserva o confidencialidad, la solicitud se debe remitir al superior jerárquico o al órgano que realizó la declaración para que decidan sobre la autorización de la consulta».

La Guerra Civil

La guerra generó una gran masa documental que se encuentra repartida y dispersa por la red de archivos públicos, bien sean civiles o militares, pero también archivos que aún hoy están en manos de instituciones de carácter privado y personas físicas, por lo que cualquier estudioso de la misma debe recurrir a diferentes centros e instituciones.

En lo que se refiere al archivo de la FNFF, los documentos relacionados con el periodo republicano y la guerra no son demasiados, pero sí que algunos son de enorme interés, sobre todo aquellos en los que el propio Caudillo anotaba sus comentarios. La preparación del golpe de Estado y el inicio del conflicto aparecen reflejados en unas notas autobiográficas del

propio Franco donde constan los diferentes movimientos que fue realizando: su traslado de Canarias a Marruecos y, posteriormente, a la Península al mando de las fuerzas africanas. En estas notas también se constata que fue Franco quien buscó el apoyo de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini[4], que resultó ser de una importancia capital para ganar la guerra. En relación con este aspecto, otros documentos hacen balance de esta ayuda, tanto en efectivos humanos como en armamento, así como la deuda que en definitiva habría de pagarse al final de la contienda[5].

En cuanto a las operaciones militares, hay algunos documentos relativos a la ofensiva de Madrid –finales de 1936 y comienzos de 1937– y a la batalla del Jarama –febrero de 1937–. En relación con la campaña del Norte, el 23 de mayo de 1937 Mola remitía un telegrama a Franco dándole cuenta de la ruptura del frente de Vizcaya y consta una nota muy interesante de Mussolini sobre el comportamiento de los legionarios italianos en el Puerto del Escudo, en los límites entre Cantabria y Burgos. A su vez, el Cuartel General del Generalísimo periódicamente emitía los partes de guerra de las distintas operaciones que se iban llevando a cabo. Los de 1938 explican las operaciones en el Ebro, una de las batallas más decisivas y cruentas de la contienda. A finales de este año, en diciembre, comienza lo que sería la gran ofensiva sobre Cataluña, entrando «los nacionales» en Barcelona el día 26 de enero de 1939. La guerra prácticamente estaba perdida para los republicanos y se conservan varios documentos sobre la descomposición del frente de Madrid, así como el texto de la propuesta de paz del Consejo Nacional de Defensa[6].

No obstante, el gran archivo donde se conservan la mayoría de los documentos que pudieran ser de interés para estudiar el desarrollo del conflicto es el AGMAV[7], por lo que se ha convertido en un centro imprescindible para cualquier estudioso de la guerra y el posterior régimen franquista. Los documentos son abundantes, especialmente los correspondientes al «Ejército Nacional» o «Nacionalista», entre los que destacan los fondos del Cuartel General del Generalísimo, entendido este como el conjunto de mandos tácticos y logísticos que apoyaban las decisiones del jefe Supremo de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire. A su vez, la documentación producida por las grandes unidades que se van

conformando –grupos de ejércitos, ejércitos, cuerpos de ejército y divisiones– complementan la anterior. Por todo ello, estos fondos son fundamentales para conocer la organización del ejército sublevado y las operaciones sobre Madrid, Vizcaya, Santander, Asturias, Brunete, Belchite, Teruel, Ebro, Levante y Cataluña, etcétera.

En Ávila se custodian también la documentación y expedientes de la Jefatura de la Milicia Nacional, encargada de la organización, encuadramiento, reclutamiento y distribución de efectivos de las diferentes unidades de milicias, una vez que se produjo la militarización de las mismas.

Para finalizar, no podemos dejar de comentar el último parte de guerra por el que se comunicaba el final de las operaciones. Entre las copias que se conservan en el AGMAV, está la que sirvió de base para la emisión de Radio Nacional el día 1 de abril de 1939, además de otros ejemplares que fueron remitidos a todas las grandes unidades del «Ejército Nacional».

El proceso de institucionalización del régimen

El armazón legal del franquismo se inicia a finales de septiembre de 1936, cuando Franco es nombrado Generalísimo de los Ejércitos y jefe del Gobierno del Estado. Al año siguiente, las discrepancias que pudiera haber entre los grupos que formaban el llamado «Movimiento» quedaron suprimidas por el Decreto de Unificación. A su vez, en marzo de 1938, se aprobó el Fuero del Trabajo.

Una vez acabada la guerra, en diciembre de 1940 se aprueba la Ley de Organización Sindical y en julio de 1942 se crean las Cortes Españolas, como órgano consultivo y controladas por el jefe del Estado. Al final de la Segunda Guerra Mundial, y como gesto de alejamiento de Alemania, se aprobó el Fuero de los Españoles –17 de julio de 1945–, en el que se recogían una serie de libertades que en el fondo estaban recortadas. En octubre de este mismo año se promulgó la Ley de Referéndum Nacional y el 6 de junio de 1947 las Cortes aprobaban el proyecto de Ley de Sucesión, por la que la monarquía constituiría la forma política en la sucesión. Esta

etapa se cierra con la promulgación de la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento en 1958.

Así mismo, coincidiendo con los cambios económicos y sociales que se produjeron en los años sesenta, en enero de 1967 se promulgaba la Ley Orgánica del Estado, que resultaba ser una especie de carta magna o constitución. El «estado nacionalsindicalista» era sustituido por la «democracia orgánica», basado en tres pilares fundamentales: los sindicatos, los municipios y la familia.

En los «papeles» que se conservan en el archivo de la FNFF hay algunos que reflejan este proceso de institucionalización, entre ellos se conserva un documento de 1938 con una exposición de Franco acerca de los objetivos del Movimiento y los problemas que habría que resolver una vez finalizada la guerra. En cuanto a la Ley Orgánica del Estado, un buen número de documentos se refieren a la misma, bien sean borradores o proyectos desarrollando el articulado, o bien las modificaciones que debían llevarse a cabo, en algún caso con una anotación «trabajo efectuado por el Generalísimo», lo que demuestra el interés del Caudillo por esta cuestión.

La preocupación por el tema sucesorio es una constante en el archivo, por ello se conserva el texto del acta de abdicación de don Alfonso en favor de su hijo don Juan el 15 de enero de 1941. A su vez, la correspondencia cruzada entre el Caudillo y el Conde de Barcelona ponen de manifiesto la actitud de don Juan, quien reclama el trono, insistiendo además en la imperiosa necesidad de ser rey y buscar la reconciliación entre todos los españoles, incluidos los que perdieron la guerra[8], pero Franco no estaba dispuesto a realizar esta concesión, exigiendo además que acatase los «principios inspiradores del Movimiento». Para Franco, una restauración de la monarquía hubiera supuesto retroceder a la legalidad anterior al 14 de abril de 1931, por lo que se trataba de la instauración de una nueva monarquía inspirada en los «principios inalterables del Movimiento».

El conflicto se resolvió con la elección del nieto de Alfonso XIII, don Juan Carlos, quien el día 22 de julio de 1969 prestaba juramente ante las Cortes como heredero de la Corona de España, de esta forma «todo está atado y bien atado»[9]. En julio de 1969 don Juan Carlos escribía a su padre, don Juan de Borbón, comunicándole que había sido llamado al

palacio de El Pardo por Franco para notificarle su decisión de proponerle a las Cortes como su sucesor a título de rey, propuesta que había aceptado para que se volviese a instaurar un régimen monárquico en España[10].

El Movimiento Nacional y las instituciones representativas del régimen

En la estructura institucional del franquismo hay una serie de organismos que podemos considerar específicos del régimen, ya que se trata de instituciones nuevas que surgen con este y que una vez desaparecido no tuvieron continuidad, se trata del Partido Único y de la Organización Sindical.

El decreto de 20 abril de 1937, comentado anteriormente, unificaba Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS) con las formaciones tradicionalistas, así como declaraba la disolución de las demás organizaciones y partidos políticos. De esta forma se implantaba un partido único que más tarde pasaría a denominarse Movimiento Nacional y que, si bien va perdiendo influencia en los ámbitos de poder a medida que avanzaba el régimen, mantuvo sus estructuras hasta el final del mismo. El partido se organizaba en una Jefatura Nacional, que recaía en el jefe del Estado, un Consejo Nacional del Movimiento, la Secretaría General y las diferentes delegaciones nacionales, con su correspondiente implantación a nivel periférico.

El AGA custodia la documentación de los diferentes órganos centrales del Movimiento: el consejo, la secretaría y las delegaciones. Estos fondos han sido adscritos al CDMH por resolución de 16 de junio de 2014 del director general de Bellas Artes y Bienes Culturales y de Archivos y Bibliotecas.

En las provincias, el jefe Provincial del Movimiento, cargo que recaía siempre en el Gobernador Civil, transmitía las órdenes que procedían de la Secretaría General y coordinaba las distintas delegaciones provinciales, que a su vez dependían y estaban subordinadas a las nacionales citadas anteriormente. Las más representativas fueron Juventud, Sección Femenina, Prensa, Educación Física y Deportes y Auxilio Social. Esta documentación se custodia en el respectivo archivo histórico de cada provincia.

La intervención y control de la sociedad se llevaba a cabo a través de la Organización Sindical, que agrupaba a todos los sindicatos verticales, quienes a su vez integraban a empresarios, técnicos y obreros. Desde la promulgación del Fuero del Trabajo en 1938 hasta la liquidación del sistema en la transición con la Administración Institucional de Servicios Socio Profesionales, la organización va evolucionando, pero siempre bajo las directrices del Movimiento Nacional, de esta forma tanto el partido como el sindicato serían únicos. El conglomerado institucional se basa en una fuerte estructura administrativa central –la Delegación Nacional de Sindicatos– y su correspondiente representación periférica a través de las delegaciones provinciales. El enorme acervo documental producido por la estructura central se custodia en el AGA y la documentación producida por las delegaciones provinciales la podemos encontrar en los diferentes archivos históricos provinciales.

La represión

La represión iniciada durante la guerra continuó, incluso con más intensidad, durante el régimen de Franco. El número de internados en las prisiones rondaba el cuarto de millón, según consta en los documentos del archivo de la FNFF. Pero esta represión no solo se ejercía contra los enemigos en la guerra, sino que se llevaba a cabo contra todo aquel que pudiera disentir de las órdenes e instrucciones del Caudillo. El caso más paradigmático es el de Manuel Hedilla, cabecilla de la Falange que se opuso al proceso de unificación con los tradicionalistas. Entre estos «papeles» se conserva el texto del juicio sumarísimo, así como la carta manuscrita al Generalísimo aportando explicaciones de su actitud y solicitando clemencia[11].

Por otra parte, se llevó a cabo un control exhaustivo de las unidades disciplinarias, como eran los campos de clasificación y concentración, batallones de trabajadores, batallones de trabajadores penados, hospitales de prisioneros, etc. No son demasiados los documentos existentes en el archivo, pero sí que merece la pena destacar alguno de ellos. Se conserva un listado de campos de concentración del Ejército de Operaciones del Centro

con el número de prisioneros, unos 177.482 en total, así como numerosos recortes de prensa que hacían referencia a la afirmación de Franco de no «considerarlos presos políticos, sino criminales de guerra».

Relacionados con estos documentos en el CDMH está depositada la serie documental de campos de concentración y batallones de trabajo, que ingresó en el año 2010 procedente del Tribunal de Cuentas, y en el AGMAV se conservan las memorias de la Inspección de Campos de Concentración –entre los fondos del Cuartel General del Generalísimo– y las relaciones que se enviaban a los diferentes ejércitos con los nombres de los prisioneros; mientras que en Guadalajara se conservan los expedientes personales de los encuadrados en las distintas unidades disciplinarias, así como el archivo de Miranda de Ebro.

En relación con el trabajo llevado a cabo por los presos, capítulo especial merece el Valle de los Caídos. Varios documentos constatan el interés del Caudillo por hacer de este lugar el gran mausoleo que perdurase para la posteridad, alguno de ellos con notas manuscritas del propio Franco, bien sean referidas a las obras de la basílica, bien a la comunidad religiosa que se asentó en dicho lugar, o bien al traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera.

Instrumentos fundamentales en todo este proceso represivo serían los diferentes organismos y tribunales que el régimen fue organizando, cuya producción documental se conserva hoy en día en el CDMH. El 20 de abril de 1937 se creaba la Oficina de Información y Propaganda Anticomunista (OIPA) con el fin de recopilar la propaganda generada por el enemigo y de esta forma organizar la contra propaganda. Un mes más tarde se organizaba la Delegación Nacional de Asuntos Especiales con el objeto de llevar a cabo la incautación de los documentos, objetos y enseres de organizaciones pertenecientes a la masonería y de otras instituciones como librepensadores y rotarios. Por decreto de 26 de abril de 1938 se crea la Delegación del Estado para la Recuperación de Documentos (DERD), si bien los equipos de recuperación habían comenzado a funcionar en el verano de 1937 durante la campaña del Norte. Su función principal sería la incautación y recogida de material –fundamentalmente de los archivos, las bibliotecas, así como periódicos y casas particulares– de todos aquellos organismos –

administración, partidos políticos, sindicatos, asociaciones, fundaciones, etc.– y personas físicas y jurídicas –como empresas y fábricas– que fueran afines al régimen republicano. Todo este gran acervo documental sería enviado a la ciudad de Salamanca, donde se procedía a la organización y clasificación de los documentos.

Una vez acabada la Guerra Civil, los organismos antes mencionados se fusionaron en la Delegación Nacional de Servicios Documentales (DNSD) en 1944. Sus funciones serían continuar con la clasificación de los documentos confiscados para dar servicio a los organismos que requerían esta información con fines represivos, fundamentalmente el Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo (TERMC), Tribunales Militares, etcétera.

En 1968 la DNSD cambiaría su denominación por la de Servicios Documentales de Presidencia del Gobierno. Con la transición estos fondos documentales pasaron a depender del Ministerio de Cultura, Sección Guerra Civil del AHN, cambiando su denominación en 1999 al crearse el Archivo General de la Guerra Civil Española. Hoy en día, y desde la creación del CDMH en 2007, este archivo está integrado en dicho centro.

Con los fondos incautados se formaron dos secciones –la Sección Especial y la Sección Político Social– y para el control y localización de los mismos se elaboraron una serie de fichas, donde además del nombre y los apellidos se anotaban los datos esenciales contenidos en los documentos. La información de estas fichas, que en principio tenía una función represora, con la llegada de la democracia serviría para proporcionar la documentación necesaria para que muchos ciudadanos, víctimas de la represión y la dictadura, pudieran acogerse a los diferentes beneficios que otorgaba la legislación reparadora.

En Salamanca se custodia también la documentación producida por el TERMC. Se trataba de una jurisdicción especial para juzgar los delitos tipificados en la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo[12]. El tribunal fue suprimido por la Ley de creación del Juzgado y Tribunal de Orden Público, de 2 de diciembre de 1963, aunque funcionó una comisión liquidadora hasta enero de 1971, fecha en que los fondos documentales fueron trasladados a Salamanca. El archivo está formado por los

expedientes o sumarios judiciales instruidos contra masones y comunistas, libros de sentencias, libros o diarios de sesiones, libros de registro, etcétera.

Procedente del AHN ingresó en 2010 en el CDMH la documentación de la «Causa General». El decreto de 26 de abril de 1940 concedía amplias facultades a la Fiscalía del Tribunal Supremo para que procediese a instruir un sumario con el objeto de averiguar los hechos delictivos cometidos en todo el territorio nacional durante la Segunda República y la Guerra Civil. De esta forma el Ministerio Fiscal, bajo la dirección del Fiscal del Tribunal Supremo, asumió la tarea de recoger toda la documentación que pudiera servir para este fin, formando lo que se ha denominado «Causa General», hasta que en marzo de 1969 se reconoció la prescripción de las posibles responsabilidades penales anteriores al 1 de abril de 1939. La documentación se clasifica en once «piezas», pero también se acumularon en este archivo los documentos de los juzgados y tribunales republicanos.

El Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas (TNRP) fue creado por la Ley de Responsabilidades Políticas, de 9 de febrero de 1939, por la que se declaraban fuera de la ley todos los partidos políticos, sindicatos y organizaciones sociales, a la vez que eran incautados sus bienes y documentos. El TNRP constituía la última instancia, o instancia superior, en la resolución de determinados casos excepcionales sobre responsabilidades políticas, de los que ordinariamente se ocupaban los juzgados instructores provinciales y los tribunales regionales, que enjuiciaban los hechos y fallaban. Aunque suprimido por orden de 27 de junio de 1945, pervivió en forma de comisión liquidadora hasta 1966.

En 1963 la ley de 2 de diciembre organiza, en el ámbito de la jurisdicción ordinaria, un Tribunal y Juzgado de Orden Público (TOP), a los que se les confiere la competencia sobre los delitos cometidos en todo el territorio nacional contra los principios básicos del estado franquista y el orden público. Así mismo, se le atribuye el conocimiento de los delitos previstos en la ley de 1940, al ser suprimido el TERMC. Con sede en Madrid, su competencia era de ámbito nacional y la vigencia temporal de esta jurisdicción abarca desde diciembre de 1963 hasta enero de 1977, fecha en que fue extinguido por el gobierno de Suárez coincidiendo con la

publicación de la Ley para la Reforma Política, la creación de la Audiencia Nacional y el traspaso a la misma de los asuntos de terrorismo.

El exilio y la oposición al régimen

Una de las consecuencias de la guerra fue el exilio, en principio a Francia, donde numerosos españoles tuvieron que soportar duras condiciones de vida recluidos en los campos de refugiados del mediodía francés, condiciones que se agravaron con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en la que participaron, fundamentalmente en la resistencia. En los años cuarenta muchos exiliados consiguieron regresar a España, pero otros permanecerían en Francia, Unión Soviética, América Latina –fundamentalmente México y Argentina–, siendo la mayoría políticos, intelectuales, excombatientes, etc. En muchos casos el regreso no se produciría hasta el periodo de la Transición y la instauración de la democracia, si bien algunos habían conseguido un grado de integración en los países de destino que no regresarían.

En el archivo de la FNFF se encuentran documentos que hacen referencia a los organismos de ayuda a los refugiados, como fueron el Servicio de Emigración de Refugiados Españoles (SERE) y la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles (JARE), pero también otros que se refieren a las actividades de los exiliados en los países de acogida.

Los diferentes gobiernos en el exilio también tienen cabida entre «los papeles», al fin y al cabo se trataba de controlar toda la actividad política de aquellos que se oponían al régimen, tanto dentro como fuera del país. Asimismo, existen abundantes referencias de dirigentes como Indalecio Prieto, Martínez Barrio, Giral, Negrín, etcétera.

Si bien hubo un intento desde el exilio por parte del gobierno republicano de influir sobre los aliados de la Segunda Guerra Mundial para derrotar al régimen, algunos prefirieron continuar con la lucha desde el interior, es el fenómeno de los maquis, también denominados «guerrilleros o bandoleros». Numerosos son los documentos que se refieren a la actividad de estos con informes de la Guardia Civil sobre los enfrentamientos que

tenían lugar, así como al intento en octubre de 1944 de invasión en el Valle de Arán a través de los pasos pirenaicos.

Entre los documentos también aparecen cuadros con las diferentes organizaciones que actuaban en la oposición desde dentro y fuera del país, como eran el Partido Comunista[13], la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, que aglutinaba a republicanos, libertarios y socialistas, o el Frente de Liberación Popular.

Uno de los hechos más significativos de esta actividad fue el denominado por la prensa oficial «contubernio de Múnich». Salvador de Madariaga, que por entonces era presidente de la Internacional Liberal, organizó la asistencia de personalidades españolas al IV Congreso del Movimiento Europeo, que tuvo lugar en junio de 1962. Asistieron unas 80 figuras de la oposición interior y 38 del exilio. Se redactó una resolución por la que para entrar a formar parte de los organismos europeos se exigía la legitimidad democrática del país candidato. En los archivos están las relaciones de los asistentes al congreso, así como las organizaciones representadas: Unión Española, Democracia Social Cristiana, Partido Socialista Obrero Espñaol, Frente de Liberación, Partido Nacionalista Vasco, Izquierda Democrática Cristiana, Acción Democrática, etc., así como informes sobre los discursos. Gil Robles escribía a Franco, antes de exiliarse, sobre los puntos acordados en Múnich: instituciones representativas y democráticas, garantía de los derechos de las personas, reconocimiento de la personalidad de las regiones, ejercicio de las libertades sindicales y reconocimiento de los partidos políticos.

La oposición de un sector importante de la Universidad, no solo de los estudiantes, sino también de algunos rectores y profesores destacados, como Tierno Galván desde su cátedra en Salamanca, iría en aumento, sobre todo a partir de la década de los sesenta. Por ello, abundan los documentos que hablan de los incidentes que se producían tanto en las facultades como en las calles con la Policía.

Junto a al movimiento universitario, estaba la efervescencia de la Iglesia, animada por el espíritu del Concilio Vaticano II, que iba a cambiar el talante de una parte importante de la Iglesia española. Franco estaba al tanto de toda esta actividad, como reflejan algunos documentos que hacen referencia

a la actuación de las Juventudes Obreras Católicas (JOC) y la Hermandad de Obreros de Acción Católica (HOAC). En este ambiente surgiría Comisiones Obreras (CCOO) y consta un informe sumamente interesante del Ministerio de Gobernación sobre su actividad y los comunicados «subversivos» que enviaban a los trabajadores, actividad que se puso de manifiesto en las huelgas de la minería asturiana de 1962.

Otro de los sucesos con abundante cobertura es el proceso y ejecución del dirigente comunista Julián Grimau en 1963, con gran repercusión en la prensa extranjera, así como no podían faltar tampoco noticias sobre la actividad de ETA. La repercusión internacional del proceso de Burgos contra 16 miembros de la organización en 1970, así como la presión y las movilizaciones, lograron que seis condenas fueran conmutadas por cadena perpetua.

El asesinato de Carrero Blanco, presidente del Gobierno, el 20 de diciembre de 1973 conmocionó al Caudillo, y prueba de ello son los borradores y texto definitivo de la alocución de Franco que se conservan entre los documentos, así como las relaciones de presos con fotografías que se elaboraron en el transcurso de las investigaciones.

Las relaciones exteriores

Si bien en un principio la política exterior del régimen estuvo marcada por un profundo aislacionismo, con el tiempo su principal objetivo fue la búsqueda del reconocimiento internacional. Se pueden establecer varias fases.

a) Desde 1939 al final de la Segunda Guerra Mundial: esta fase viene marcada por la amistad con las potencias del Eje, es decir, Alemania e Italia, que habían ayudado a Franco a ganar la guerra. En relación con el conflicto internacional, en un principio el gobierno español se declaró neutral, pero ya en junio de 1940 modificó su postura y pasó a ser un país no beligerante, una vez que Italia entró en guerra y Francia fue ocupada por los alemanes. Los informes que llegan a manos de Franco hablan de la superioridad alemana tanto en material bélico como en

preparación, dando por hecho que Alemania ganaría la guerra. La entrevista de Hendaya –23 de octubre de 1940– entre Hitler y Franco también aparece reflejada en los «papeles», entrevista de la que Hitler no consiguió un compromiso firme de Franco para entrar en guerra. Los escritos de Serrano Súñer relatan con detalle los aspectos de estas negociaciones[14] y la opinión alemana con respecto a la capacidad de España de participar en el conflicto. Sin embargo no se conserva la copia en español del denominado *Protocolo de Hendaya.*

Por lo que se refiere a la División Azul, no hay demasiadas referencias y el grueso de la documentación se encuentra en el AGMAV, donde se custodia la información de las operaciones y los expedientes de los divisionarios.

b) Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1953: es un periodo de aislamiento y ostracismo del régimen, al que fue sometido por parte de las potencias extranjeras que habían ganado la guerra, era la deuda que había que pagar, dada la posición que España había tomado durante el conflicto. En 1946 una resolución de la ONU recomendaba la retirada de embajadores y la solicitud de admisión de España como miembro de las Naciones Unidas no sería apoyada, ya que el régimen se había impuesto con la ayuda de la Alemania nazi y la Italia fascista. Muchos documentos plasman las diferentes posturas de los países en cuanto a esta resolución y el descontento en España por la misma, incluso se organizaron manifestaciones en la Plaza de Oriente, que fueron recogidas ampliamente por los medios de comunicación.

La visita de Eva Perón en 1947, así como el comienzo de la Guerra Fría y el establecimiento de democracias populares en los países del Este favorecieron en cierta manera las posiciones de Franco, por lo que el cerco a España se va rompiendo. En 1950 las Naciones Unidas levantan su veto y en septiembre de 1953 se firman los pactos entre España y Estados Unidos para la instalación de bases americanas en nuestro territorio[15]. Todos estos aspectos aparecen reflejados en los documentos y destaca un borrador extenso, manuscrito por el Caudillo, en relación con el acuerdo defensivo.

c) El periodo comprendido entre 1953 y 1975: una vez firmado el Concordato con la Santa Sede y los pactos con Estados Unidos, la política aperturista del régimen continúa alejándose cada vez más de la autarquía y dando paso a una liberalización en la economía. El ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María Castiella, es el principal impulsor de este cambio. Documentos relacionados con la admisión de España en la ONU y en la OECE, así como en el FMI y el Banco Mundial son testimonios de este periodo, aunque quizá el acontecimiento más interesante y que aparece también plasmado en los «papeles» es la visita del presidente de Estados Unidos, Eisenhower.

Otra de las cuestiones relevantes en los archivos es la cuestión de Gibraltar, especialmente a partir de 1964, cuestión que si bien la Asamblea General de la ONU resolvió a favor de España abogando por la descolonización, la negativa de los ingleses ante esta resolución llevó al cierre de la frontera en 1968. Las notas manuscritas de Franco se agrupan junto con los numerosos artículos de prensa, notas informativas y recortes.

Menos presencia hay de las negociaciones con la CEE, que no fructificaron, dado el carácter dictatorial del régimen y la incompatibilidad con los principios del Tratado de Roma de 1957.

La situación en Marruecos y la cuestión de Ifni y del Sahara preocupaban al Caudillo y de ahí los numerosos documentos al respecto. Marruecos se independizó en 1957 –algo inevitable según los informes–, Ifni se cedería a Marruecos en 1969 y con respecto al Sahara, en 1975 Hassan II lanzó la «marcha verde» para apoderarse del territorio, cuando tanto el régimen como el propio Caudillo estaban agonizando. Desde notas manuscritas por el propio Franco, que reflejaban la situación del Sahara, hasta la carta que el 17 de junio de 1975 envió Hassam II denotan la preocupación por la antigua colonia española que finalmente se cedió la administración del Sur a Mauritania y el Norte a Marruecos.

La carrera militar del Caudillo

Por último, no debería finalizarse este trabajo sin una referencia, aunque sea breve, a la carrera militar del Caudillo. El Archivo General Militar de Segovia, creado en 1898, custodia los expedientes personales y hojas de servicio de los militares de carrera. De Franco están archivados varios expedientes repartidos en varias cajas de la serie «célebres», si bien en algunos casos se trata de copias de documentos que se encuentran en otros centros y que se han remitido a Segovia para completar la información[16]. Entre estos está la hoja de servicios, desde su ingreso en la Academia de Infantería de Toledo en 1907 hasta 1923, en que era jefe del Tercio de Extranjeros en Ceuta. Constan también otros documentos militares que complementan la hoja y que se refieren a los diferentes ascensos que fue obteniendo y condecoraciones militares que se le fueron concediendo, por no citar temas de índole personal, como era la solicitud de licencia para contraer matrimonio en junio de 1923 con doña María del Carmen Polo Martínez Valdés. Interesante es también un documento de 1943 que le remite el coronel director del Servicio Histórico Militar solicitando la aprobación de algunos extremos relacionados con el primer tomo de la *Historia militar oficial de la guerra de liberación,* cuestiones a las que el Caudillo responde y en algunos casos con documentos de su puño y letra.

Otros documentos se refieren a discursos y escritos, desplazamientos a fincas y cotos de caza –que complementan la documentación conservada en el Archivo General de Palacio y en el AGMAV–, así como correspondencia de autoridades civiles y militares relacionada con su estado de salud. Como colofón de estos documentos, aparecen también copias del certificado médico de defunción, así como el acta notarial del fallecimiento.

Bibliografía

Melgar Camarzana, M. y López Wehrli, S. A., *Los archivos militares. Qué son y cómo se tratan,* Gijón, Trea, 2010.

Salmador, V., *Los archivos secretos de Franco,* Madrid, Tiempo, 1985.

Suárez Fernández, L., *Francisco Franco y su tiempo,* Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1984.

[1] La FNFF es una institución de carácter cultural creada en 1976, una vez fallecido el Caudillo, con el objetivo de difundir su memoria, tanto desde el punto de vista del personaje histórico como de su legado. Disponible en [http://www.fnff.es/Fundacion_Nacional_Francisco_Franco_19_c.htm] (consulta el 24/10/2015).

[2] Censo-Guía de Archivos de España e Iberoamérica, Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco, disponible en [http://censoarchivos.mcu.es/CensoGuia/archivodetail.htm?id=47811] (consulta el 24/10/2015).

[3] Norma Internacional General de Descripción Archivística (ISAD [G]) y Norma Internacional sobre los Registros de Autoridad de Archivos relativos a Instituciones, Personas y Familias (ISAAR [CPF]).

[4] Archivo de la FNFF, documento 1.224.

[5] V. Salmador: «El pacto con Hitler», *Los archivos secretos de Franco,* Madrid, Tiempo, 1985.

[6] Archivo de la FNFF, documento 26.893.

[7] Por orden del general Franco de 23 de junio de 1939 se disponía el establecimiento del Archivo Histórico de la Campaña con las funciones de recogida y clasificación de la documentación propia y del enemigo que pudiera servir para realizar el estudio histórico de la guerra.

[8] En marzo de 1945 don Juan hizo público un manifiesto desde Lausana exigiéndole a Franco el abandono del poder y la restauración de la monarquía en su persona, como legítimo heredero del rey Alfonso XIII, fallecido en 1941.

[9] Discurso de Navidad de Francisco Franco de 30 de diciembre de 1969.

[10] V. Salmador, «Las cartas entre el Caudillo y don Juan», *Los archivos secretos de Franco,* Madrid, Tiempo, 1985.

[11] V. Salmador, «Los exiliados, en lucha», *Los archivos secretos de Franco,* Madrid, Tiempo, 1985.

[12] Conocida es la obsesión del Caudillo por este tema y son numerosos los documentos, y de diferentes épocas, que se conservan entre los fondos del archivo de la FNFF, como, por ejemplo, el texto de un artículo redactado por Franco sobre la *Masonería y descristianización.*

[13] En relación con los comunistas no podía pasar inadvertida para el régimen la actividad de La Pirenaica –Radio España Independiente–, de ahí que numerosos documentos aludan a las diferentes emisiones.

[14] España entraría en guerra siempre y cuando se atendieran sus pretensiones sobre el norte de África y sobre Gibraltar y se garantizasen los suministros por parte de Alemania.

[15] En total son tres acuerdos: el primero se refería a los suministros de material de guerra de Estados Unidos a España, el segundo consistía en una ayuda económica y el tercero se refería a la ayuda para la defensa mutua y el establecimiento de las bases.

[16] Datos facilitados por el Archivo General Militar de Segovia.

SOBRE LOS AUTORES

El equipo de autores está constituido por los once integrantes del equipo de investigación y trabajo sobre el franquismo dirigido por el profesor Enrique Moradiellos García, catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Extremadura. El profesor Moradiellos es desde el año 2014 investigador principal del Proyecto de Investigación HAR2013-41041-P («Las caras de Franco: funciones políticas y representaciones públicas del Caudillo en el régimen franquista»), proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en el marco del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia.

Como director de la obra figura, Enrique Moradiellos, cuya trayectoria académica confirma su dedicación al estudio del franquismo como régimen y del general Franco como protagonista histórico. Así lo prueba su breve pero bien recibida biografía política del personaje, *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2002) y la autoría de un conocido manual de estudio *El Franquismo (1939-1975). Política y sociedad* (Madrid, Síntesis, 2000).

En el caso de la profesora Giuliana Di Febo, su condición de experta en la temática de la dimensión religiosa de la historia española contemporánea y, particularmente, de la época franquista es universalmente reconocida gracias a sus obras más emblemáticas: *La Santa de la Raza. Un culto barroco en la España franquista* (Barcelona, Icaria, 1988) y *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista* (Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2012).

En el caso del profesor Manuel Ros Agudo, su capacidad para abordar la dimensión militar de Franco está avalada por sus previos estudios sobre esa materia durante la Guerra Civil y la Guerra Mundial: *La guerra secreta de Franco, 1939-1945* (Barcelona, Crítica, 2002) y *La gran tentación. Franco, el imperio colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundia*l (Barcelona, Styria, 2008).

En el caso del profesor Joan Maria Thomàs Andreu, su calidad de máximo experto en la faceta política y falangista de Franco está bien acreditada por sus ocho obras publicadas al respecto, las últimas de las cuales son *El gran*

golpe. El «Caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con Falange (Barcelona, Debate, 2014) y *Franquistas contra franquistas. Luchas por el poder en la cúpula del régimen de Franco* (Barcelona, Debate, 2016).

En el caso del profesor Mario Pedro Díaz Barrado, su especialización es en estudios de la imagen, tanto fija como móvil. Como previa y relevante incursión en el tema: «Franco en la memoria fotográfica», *Revista de Extremadura* 18, 1995, pp. 21-35.

En el caso del profesor Alfonso Pinilla García, es uno de los mejores expertos en historia de la prensa durante el franquismo y la transición. Algunas de sus obras son: *Información y deformación en la prensa. El caso del atentado contra Carrero Blanco* (Cáceres, Universidad de Extremadura, 2007); *La transición de papel* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008); *Ideología e Información. La prensa ante la muerte de Franco* (Cáceres, Universidad de Extremadura, 2013).

En el caso del profesor José A. Rubio Caballero, es experto en estereotipos nacionales o ideológicos en los medios de comunicación, españoles o franceses: «La parole et l'image photographic: discours visuels et interprétations écrites des images de la guerre civile», en P. Martínez-Vasseur (dir.), *Paroles de vainqueurs, paroles de vaincus en la guerre civile* (Nantes, Université de Nantes, 2011, pp. 293-313); «Mitos y ritos de la burguesía española: el cine franquista como medio de acción social», en A. Rivera, J. M.ª Ortiz de Orruño y J. Ugarte (eds.), *Movimientos sociales en la España Contemporánea* (Madrid, Abada, 2008, pp. 285-307); «Construcción nacional y propaganda visual: los casos antagónicos de Alsacia y de Bretaña», en I. Sanmartín (ed.), *Temporalidad y contextos* (Santiago, USC, 2015, pp. 575-589).

En el caso del profesor Mario Martín Gijón, historiador de la literatura española del siglo XX: *Los (anti)intelectuales de la derecha en España. De Giménez Caballero a Jiménez Losantos* (Barcelona, RBA, 2010).

En el caso de don Manuel Melgar Camarzana ha sido director técnico del Archivo General Militar de Ávila y en la actualidad es director del Centro Documental de la Memoria Histórica, sito en Salamanca, y gran conocedor de nuestro pasado reciente y su huella documental.

PINCHE AQUÍ

SIGLO XXI ESPAÑA

Desde 2010 la prestigiosa editorial **Siglo XXI de España Editores** está integrada en el **Grupo editorial Akal.** Con una historia editorial de más de cuarenta años, desde sus comienzos se ha caracterizado por una decidida apuesta por las Humanidades y las Ciencias Sociales, conformando uno de los más significados catálogos existentes en lengua española, catálogo que, en la actualidad, se sigue fortaleciendo con la recuperación de títulos clásicos y con la publicación de las más importantes novedades internacionales.